FINLAY DONOVAN

ELLE COSIMANO

Una novela de misterio

UNA ESCRITORA DE MUERTE

CONTRALUZ

ELLE
COSIMANO

Finlay Donovan: una escritora de muerte

Traducido del inglés por Jorge Ollero Castela

CONTRALUZ

Para Ashley y Megan,
porque iría con cualquiera de vosotras
a enterrar un cadáver.

Capítulo 1

No es ningún secreto que la mayoría de las madres están dispuestas a matar a alguien a las ocho y media de cualquier mañana. Concretamente la mañana del martes, 8 de octubre, yo lo estaba a las siete cuarenta y cinco. Si nunca os habéis tenido que pelear con vuestro hijo de dos años untado de sirope de arce para ponerle el pañal mientras la de cuatro decide hacerse un corte de pelo antes de ir a la escuela, todo a la vez que intentáis averiguar el paradero de vuestra niñera desaparecida y recogéis los posos del café que han rebosado porque en la confusión causada por la falta de sueño se os olvidó ponerle el filtro a la cafetera, dejadme que os lo explique con pelos y señales.

Estaba dispuesta a matar a alguien. Me daba bastante igual a quién.

Llegaba tarde.

Mi agente ya había cogido un tren desde la Grand Central para ir a la Union Station de Washington D. C., donde teníamos reserva para el *brunch* en un restaurante que no me podía permitir y en el que habíamos quedado para hablar sobre cuánto me estaba retrasando exactamente con la entrega de un libro que había empezado tres veces y que probablemente no terminaría nunca porque… Dios santo, mirad qué panorama. Por algo sería.

Mi casa de dos plantas de estilo colonial estaba en South Riding, lo suficientemente cerca de la ciudad como para creer, cuando lo planeé, que las diez era una hora razonable. Y también estaba lo suficientemente lejos de la ciudad como para que gente que posiblemente no estuviera en su sano juicio pensara que era buena idea comprar una muñeca hinchable de tamaño real para colarse en el carril de vehículos de alta ocupación sin que les pusieran una multa o les pegáramos un tiro desde el coche quienes aún nos resistíamos a comprarnos una.

No me malinterpretéis. South Riding me gustaba, pero antes de divorciarme. Antes de saber que mi marido se acostaba con nuestra agente inmobiliaria, que encima era miembro de la presidencia de la comunidad de vecinos. No sé el qué, pero algo me dice que no era eso lo que tenía en mente la vendedora cuando se refirió al ambiente de nuestra meca suburbana como «de pueblecito». El folleto incluía fotos de familias felices abrazadas en porches pintorescos. En él se

empleaban palabras como *idílico* y *tranquilo* para describir el vecindario, porque en las páginas satinadas de una revista inmobiliaria nadie puede ver por las ventanas a la madre agotada y con ganas de acuchillar a alguien, ni al bebé desnudo y pringoso, ni el pelo, la sangre y el café esparcidos por el suelo.

—¡Mami, arréglamelo! —Delia estaba en la cocina, frotándose con los dedos el rapado desigual y húmedo donde se había arañado con las tijeras. Le recorría la frente un reguero fino de sangre, que retiré con una gasa vieja antes de que le goteara en el ojo.

—No puedo arreglártelo, cariño. Después del cole vamos a la peluquería.

Presioné la gasa sobre la calva hasta que dejó de sangrar. Luego, con el móvil encajado entre el hombro y la oreja, repté bajo la mesa y fui juntando los pelos que se habían caído, a la vez que contaba los tonos de la llamada a la que nadie contestaba.

—¡No puedo ir así al cole! ¡Se va a reír todo el mundo de mí! —Delia soltaba lagrimones y mocos mientras Zachary la miraba boquiabierto desde la trona y se restregaba el pelo con gofres precocinados—. Papi sabría arreglármelo.

Me golpeé la cabeza contra la parte inferior de la mesa y mi hijo de dos años estalló en lloriqueos incontrolables. Me puse de pie con dificultad, blandiendo un puñadito de pelos de mi hija. El resto de los recortes se me habían pegado con sirope en las rodillas de los pantalones. Tragándome la palabrota que, de haberla dicho en alto, mi hijo de dos años seguramente habría repetido durante semanas subido al carrito del súper, eché al fregadero las tijeras para el pollo llenas de pelos.

Como al cuadragésimo séptimo tono, saltó el buzón de voz.

—Hola… ¿Veronica? Soy Finlay. Espero que vaya todo bien —dije amablemente, por si acaso había muerto aplastada en un accidente de tráfico o calcinada en un incendio por la noche. Nadie quiere ser la gilipollas que deja un mensaje en el que jura matar a alguien por llegar tarde para luego descubrir que ya la han asesinado—. Esperaba que vinieras a las siete y media para que así yo pudiera ir a la reunión que tengo en el centro. ¿Puede ser que se te haya olvidado? —El tono alegre que añadí al final de la frase insinuaba que no pasaba nada. Que estábamos bien. Pero sí que pasaba. *Yo* no estaba bien—. Si escuchas este mensaje, llámame. Por favor —añadí antes de colgar. Sí, es que mis hijos estaban observándome y siempre decimos *por favor* y —: Gracias.

Colgué, marqué el número de mi ex y volví a ponerme el teléfono debajo de la oreja mientras me sacudía de las manos cualquier

esperanza de remontar el día.

—¿Va a venir Vero? —preguntó Delia toqueteándose su obra de arte y frunciendo el ceño al verse los dedos rojos y pringosos.

—No lo sé.

Vero probablemente se pondría a Delia en el regazo y le taparía el destrozo peinándola a la moda, con la raya a un lado. O lo escondería bajo una trenza de raíz intrincada. Yo estaba bastante segura de que cualquier intento parecido por mi parte solo empeoraría las cosas.

—¿Puedes llamar a la tía Amy?

—Tú no tienes ninguna tía Amy.

—Sí. Era hermana de Theresa en la universidad. Ella sabe arreglarme el pelo. Estudió cosmología.

—Quieres decir *cosmetología*. Y no, que fuese a la misma hermandad universitaria que Theresa no la convierte en tu tía.

—¿Vas a llamar a papi?

—Sí.

—Él sí que sabe arreglar cosas.

Dibujé una sonrisa forzada. Steven también sabía romper cosas. Como los sueños y los votos matrimoniales. Pero no lo dije. En lugar de eso, me mordí la lengua, porque los psicólogos infantiles dicen que no es sano poner verde a tu ex delante de los niños. Y el sentido común dice que no deberías hacerlo cuando estás esperando a que coja el teléfono para pedirle que los cuide.

—Tiene cinta de Simba —insistía Delia siguiéndome por la cocina mientras yo iba tirando los restos del desayuno a la basura y soltando los platos en el fregadero junto con mi salud mental.

—Se dice *cinta adhesiva*. No podemos arreglarte el pelo con cinta adhesiva, cariño.

—Papi sí.

—Espera, Delia. —La hice callar cuando mi ex al fin respondió—. ¿Steven? —Parecía molesto incluso antes de que dijera *buenos días*. Pensándolo bien, creo que ni siquiera fue *buenos días* lo que dijo—. Necesito que me hagas un favor. Vero no ha aparecido esta mañana y yo he quedado con Sylvia en el centro y ya llego tarde. Necesito que te quedes a Zach unas horas. —Mi hijo me dirigió una sonrisa viscosa desde la trona y yo cogí la gasa húmeda para refregar la mancha pegajosa que se me había formado en los pantalones arreglados. Eran los únicos decentes que tenía: trabajo en pijama—. Tampoco le vendría mal un baño.

—Ya —dijo Steven despacio—. Y lo de Vero…

Dejé de limpiarme con la gasa y la solté dentro del bolso del bebé, que tenía abierto en los pies. Ya me conocía ese tono de voz. Era el

mismo que empleó cuando me dio la noticia de que Theresa y él se habían prometido. También era el mismo que usó el mes pasado, cuando me contó que su negocio de diseño de jardines iba viento en popa gracias a los contactos inmobiliarios de Theresa y que le salía el dinero por las orejas, y que, ah, por cierto, había hablado con un abogado para solicitar la custodia exclusiva. «Querría haberte llamado ayer, pero Theresa y yo teníamos entradas para el partido y al final se me hizo tarde».

—No. —Me agarré a la encimera. «No, no, no».

—Trabajas desde casa. No te hace falta una canguro a tiempo completo para Zach…

—No me hagas esto, Steven.

Pellizqué el dolor de cabeza que me estaba brotando entre los ojos mientras Delia me tiraba de la pernera del pantalón y me pedía gimoteando cinta adhesiva.

—Así que la he despedido —dijo.

«Cabrón».

—No puedo seguir sacándote de apuros…

—¿Sacándome de apuros? ¡Soy la madre de tus hijos! ¡Se llama pensión alimenticia!

—Tienes atrasada la cuota del monovolumen…

—Estoy esperando el anticipo del libro.

—Finn.

Cada vez que decía mi nombre sonaba como un improperio.

—Steven.

—Puede que ya sea hora de que te plantees encontrar un trabajo de verdad.

—¿Como dedicarme a la hidrosiembra de urbanizaciones? —Sí, tiré por ahí—. Este es un trabajo de verdad, Steven.

—Escribir libros basura no es un trabajo de verdad.

—¡Son novelas románticas de suspense! Además, ya me han pagado la mitad por adelantado. ¡He firmado un contrato! No puedo desentenderme del contrato. Tendría que devolver el dinero. —Entonces, como me sentía con bastantes ganas de acuchillar a alguien, añadí—: A no ser que también quieras sacarme de ese apuro.

Refunfuñó para sí mientras yo me arrodillaba a recoger el charco de posos del suelo. Podía visualizar a Steven sentado a la mesa de cocina impoluta que hay en el inmaculado adosado de diseño de Theresa, con una taza de café preparado en prensa francesa y tirándose de los pocos pelos que le quedaban.

—Tres meses. —Su paciencia parecía tan escasa como el pelo que tenía en la coronilla, pero me guardé ese comentario porque me hacía

más falta una canguro que poder disfrutar de la satisfacción que me producía menoscabar su frágil ego masculino—. Llevas tres meses de retraso en la hipoteca, Finn.

—Querrás decir el alquiler. El alquiler que te estoy pagando yo a ti. Déjame respirar, Steven.

—Y la comunidad de vecinos va a imponer un gravamen sobre la casa si no pagas la factura que te mandaron en junio.

—¿Cómo te has enterado de eso? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta. Se estaba tirando a nuestra agente inmobiliaria y su mejor amigo era nuestro prestamista. Así es como se había enterado.

—Creo que los niños deberían venirse a vivir conmigo y con Theresa. De forma permanente.

Casi se me cae el móvil. Dejé ahí la bola de papel absorbente, salí corriendo de la cocina y bajé la voz hasta convertirla en un susurro áspero.

—¡Ni hablar! No pienso mandar a mis hijos a vivir con esa mujer.

—Pero si lo que ganas con los derechos de autor apenas te da para comprar comida.

—¡A lo mejor tendría tiempo de terminar el libro si no hubieras echado a mi canguro!

—Finn, tienes treinta y dos años…

—No.

Tenía treinta y uno. A Steven le fastidiaba que yo fuera tres años más joven que él.

—No puedes pasarte toda la vida encerrada en esa casa inventándote historias. Hay facturas de verdad y problemas de verdad de los que deberías ocuparte.

—Imbécil —murmuré en un hilillo de voz.

Pero es que la verdad dolía. Y Steven era la verdad más grande y dolorosa de todas.

—Mira —dijo—, estoy intentando no portarme como un imbécil. Le pedí a Guy que lo aplazara a finales de año para que te diera tiempo a encontrar algo.

Guy. Su compañero de hermandad universitaria que ahora era abogado matrimonialista. Guy, el mismo que en demasiadas ocasiones había bebido de un barril de cerveza haciendo el pino y que había vomitado en el asiento trasero de mi coche cuando estábamos en la universidad, era ahora el abogado que se iba los sábados a jugar al golf con el juez y por cuya culpa yo había perdido los fines de semana con mis hijos. Y, por si fuera poco, Guy había liado también al juez para que me quitase la mitad del anticipo de mi último libro y se lo diera a Theresa como indemnización por los daños que le causé a su

coche.

Vale, que sí.

Reconozco que emborracharme y rellenar el tubo de escape del BMW de Theresa con plastilina de Delia quizá no fuera la mejor forma de encajar la noticia cuando me dijo que se habían prometido, pero dejar que ella se largara con la mitad de mi anticipo y, encima, mi marido fue ya meter el dedo en la llaga.

Desde el comedor vacío observé a Delia enrollar lo que le quedaba de pelo alrededor de un dedo rojo y pringoso. Zach gimoteaba removiéndose en la trona. Si no conseguía ingresar algo de dinero en los próximos tres meses, Guy iba a encontrar la manera de quitarme también a los niños y dárselos a Theresa.

—Llego tarde. Ahora mismo no puedo ponerme a discutir esto contigo. ¿Puedo llevarte a Zach o no?

«No voy a llorar. No voy a…».

—Sí —dijo hastiado. Steven no sabía qué significaba estar hastiado. Tomaba café y disfrutaba de ocho horas de sueño ininterrumpido todas las noches—. Finn, lo sient…

Colgué. Vale que no me supo tan bien como meterle un rodillazo en la entrepierna, y sí, probablemente fue una reacción pueril y poco original, pero una parte de mí se sintió mejor después de haberle colgado. Esa parte muy pequeña de mí (si es que la había) que no estaba cubierta de sirope ni llegaba tarde a la reunión.

Daba igual. Yo seguía sin estar bien. Nada iba bien.

Sentí otro tirón en los pantalones. Delia me miraba desde abajo, con los ojos llenos de lágrimas y el pelo apelmazado en forma de pinchos enredados y sanguinolentos.

Solté un hondo suspiro.

—Sí, cinta adhesiva. Ya lo sé.

Un aire pesado y otoñal entró de pronto en la casa cuando abrí la puerta de acceso al garaje. Encendí la luz, pero el espacio cavernoso seguía resultando lúgubre y deprimente; estaba vacío, salvo por las manchas de aceite que la camioneta Ford F-150 de Steven y mi Dodge Caravan cubierto de polvo habían ido dejando sobre el hormigón. Alguien había dibujado un falo en la luna trasera que Delia no me había dejado borrar porque decía que parecía una flor, y a mí todo aquello me parecía una metáfora de ese momento de mi vida. Contra la pared del fondo del garaje se alineaba un banco de trabajo sobre el que había un tablero enorme para colgar las herramientas. Lo único es que no había herramientas, solo una paleta rosa de jardinería que compré por diez dólares en unos grandes almacenes, una de las pocas cosas que Steven no se llevó cuando vació el garaje. Dijo que todo lo

demás era de su empresa de diseño de jardines. Rebusqué entre la chatarra que estaba abandonada sobre el banco de trabajo —unos tornillos sueltos, un martillo roto, una botella casi vacía de limpiador de tapicerías— y encontré un rollo de cinta adhesiva plateada. Estaba tan pegajosa y llena de pelos como mis hijos; la cogí y volví a entrar en casa.

Los ojos de cordero degollado de Delia desaparecieron. Miraba el rollo de cinta con toda la confianza que conserva la chica a la que aún no le ha decepcionado el hombre más importante de su vida.

—¿Estás segura? —le pregunté sosteniendo un puñado de sus pelos leonados.

Delia asintió. Cogí un gorro de punto que había en el perchero del vestíbulo y volví a la cocina. Zach nos observaba con un trozo de gofre pegado a la cabeza y los ojos como platos, apretando y separando los dedos pringosos con una expresión que rozaba lo místico. Casi seguro que estaba soltando una plasta.

Genial. Que lo cambiara Steven.

Mis tijeras estaban sepultadas bajo el montón de platos sucios del desayuno, así que saqué un cuchillo del taco de la encimera. La cinta se despegó del rollo con un fuerte chillido y coloqué los pelos recortados contra el lateral de la cabeza de Delia mientras la rodeaba con ella, como si fuese una corona plateada espantosa, hasta que (casi todo) el pelo se mantuvo fijo. El cuchillo estaba romo, sin apenas filo suficiente para cortar la cinta del rollo.

«Santo Dios».

Me obligué a sonreír mientras le cubría la cabeza con el gorro de punto, lo suficiente para ocultar las pruebas. Delia me miró con una sonrisa amplia, peinándose con sus diminutos dedos para apartarse de los ojos la pelambrera a lo Frankenstein.

—¿Ya estás contenta? —le pregunté intentando disimular la vergüenza que sentía y desviar la atención del pedazo de pelo que se había soltado y que ahora reposaba sobre su hombro.

Delia asintió.

Me metí el cuchillo y la cinta en la bandolera junto con el móvil y saqué a Zach de la trona, levantándolo lo suficiente para olisquearle los calzoncillos, que le colgaban. Satisfecha, me lo coloqué en la cadera y cerré de un portazo al salir.

Yo estaba bien, me dije a mí misma cuando pulsé de un manotazo el botón de la pared para abrir la puerta del garaje. El motor se encendió y un rechinido horrible ahogó el cotorreo de los niños mientras iba subiendo la puerta y el garaje se inundaba de la luz gris del otoño. Los monté en el monovolumen, colocando a Zach y a sus

calzones caídos con cuidado en su silla de seguridad. No sabría tan bien como meterle una patada en la entrepierna, pero entregarle a mi ex un niño de dos años con el pañal cagado era lo máximo a lo que hoy podía aspirar.

—¿A dónde va Zach? —preguntó Delia mientras yo arrancaba el coche y lo sacaba con cuidado del garaje.

—Zach se va a casa de papi, tú te vas al cole y mami… —Pulsé el botón a distancia que había en el parasol y esperé a que la puerta se cerrara. No sucedió.

Eché el freno y me agaché para ver el interior del garaje. La luz del motor de la puerta estaba apagada. También lo estaban las luces del pórtico de la entrada y la de la ventana del dormitorio de Delia, que siempre se olvidaba de apagar. Saqué el móvil del bolso del bebé y miré la fecha.

«Mierda». Llevaba treinta días de retraso en el pago de la factura de la luz.

Dejé caer la cabeza contra el volante con un golpe sordo y no la moví. Me iba a tocar pedirle a Steven que me la pagara. Él iba a tener que llamar a la compañía eléctrica para rogarles que me restablecieran el servicio… otra vez. E iba a tener que pedirle que viniera a cerrar manualmente el garaje. Y lo más probable es que Guy ya se hubiera enterado de todo antes de que yo volviera a casa.

—¿A dónde vas tú, mami? —preguntó Delia.

Alcé la cabeza y fijé la mirada en la absurda pala rosa que colgaba en el tablero de herramientas. En la ventana oscura del despacho que no había pisado en semanas. En la hierba que sobresalía del camino de losas delantero y la pila de facturas que el cartero había ido echando sobre el peldaño de la entrada cuando dejaron de caber en el buzón. Metí la marcha atrás al tiempo que captaba a través del espejo retrovisor las caras de mis hijos llenas de mocos, cubiertas de sirope y angelicales mientras iba bajando lentamente el coche hasta la calzada, con un pesar en el pecho que crecía ante la posibilidad de tener que entregárselos a Steven y Theresa. «Mami va a averiguar la forma de conseguir dinero».

Capítulo 2

Pasaban treinta y seis minutos de las diez cuando por fin llegué al Panera de Vienna, que estaba mucho más cerca de South Riding que de Washington D. C., demasiado tarde para el desayuno y lo bastante temprano como para librarme del ajetreo de la comida, y aun así no encontraba aparcamiento. Cuando llamé a Sylvia para explicarle que no iba a llegar a tiempo al restaurante de *brunch* tan chic en el que había reservado, me pidió que le dijera un sitio que estuviera cerca de una estación de metro, que abriera pronto y al que se pudiese ir sin reserva. Sintiéndome culpable y hecha polvo en medio de un atasco de la carretera de peaje, Panera había sido el primer sitio que me había venido a la cabeza y Sylvia había colgado antes de que me diera tiempo a retirar la propuesta.

El aparcamiento del Panera estaba completo, repleto de Audis, Mercedes y BMW relucientes. ¿Quién era toda esa gente y por qué no tenía que ir a trabajar a la oficina? Es más, ¿por qué yo tampoco?

Giré con el monovolumen hacia el aparcamiento contiguo de la tintorería y me quité de los pantalones los últimos restos del pelo de Delia hasta que al final me rendí. Tras ponerme un par de gafas de sol enormes que me tapaban la mayor parte de la cara, me até el pañuelo de seda de la peluca a la cabeza, ahuequé desde las puntas las ondas largas y rubias que caían en cascada y me apliqué pintalabios burdeos por encima de los bordes naturales de mi boca. Suspiré a mi reflejo del retrovisor. Aquella era la misma versión de mí que aparecía en la solapa de mis libros, y al mismo tiempo no. En esos retratos de estudio parecía una mujer misteriosa y glamurosa, una escritora de novelas románticas que quería proteger su identidad secreta de las hordas de fans alocados. Pero con la luz pobre del monovolumen, que tenía la batería casi descargada, los manchurrones peludos de sirope de los pantalones, la crema de pañal debajo de las uñas y el mechón suelto de mi propio pelo que se había empeñado en escaparse del forro del pañuelo, simplemente resultaba demasiado obvio que estaba intentando parecer alguien que no era.

Seamos realistas: no llevaba la peluca-pañuelo para impresionar a mi agente; Sylvia ya sabía quién era. Y quién no era. Pero si hoy lo llevaba era para evitar que me echaran de este Panera en concreto. Si conseguía llegar a la hora del almuerzo sin que me reconocieran como

el desastre con patas al que le habían prohibido la entrada al establecimiento ocho meses atrás, ya sería un logro.

Me eché al hombro el bolso maternidad de imitación, respiré profundamente y me bajé del coche rezando por que Mindy la Encargada hubiera dejado el trabajo o la hubiesen despedido desde la última vez que estuve allí, cuando Theresa me había invitado a comer con ella para hablar abiertamente sobre nuestras diferencias.

Entré al restaurante, atisbando el mundo entre los largos bucles rubios de la peluca que me había dejado caer sobre los ojos. Sylvia ya estaba en la cola y escudriñaba la carta que había en la pared detrás de la caja como si la hubieran escrito en un idioma extraño. Me quedé parada a su lado durante un minuto y medio de reloj, hasta que al final la llamé y ella tuvo que mirarme dos veces seguidas.

—¿Finlay? ¿Eres tú?

Me escondí detrás de ella, haciéndola callar mientras lanzaba miradas furtivas por encima de su hombro a los empleados del mostrador. Al no ver a Mindy la Encargada ni a ningún otro cajero cuya cara me sonase, me coloqué los mechones sueltos tras las orejas.

—Siento no haber podido quedar en la ciudad —dije—. Mi mañana ha sido un caos.

—Ya veo.

Sylvia había pasado de escudriñar la carta a escudriñarme a mí. Se deslizó las gafas por el puente de la nariz con una uña larga y roja.

—¿Por qué te has puesto eso?

—Es largo de contar.

Mi relación con Panera era complicada. A mí me gustaba la sopa que hacían, pero a Panera no le gustó que se la echara por encima de la cabeza a otra clienta. En mi defensa diré que fue Theresa la que empezó, cuando trató de justificarse por haberse acostado con mi marido.

—Tienes algo en los pantalones —dijo Sylvia dedicándole una mueca de desagrado a una de las manchas de sirope llenas de pelos.

Apreté fuerte los labios. Intenté sonreír. Sylvia era tal y como os imaginaréis que es una neoyorquina si habéis visto demasiada tele. Y probablemente porque era de Jersey. Su despacho estaba en Manhattan. Sus zapatos eran de Milán. Se maquillaba como si hubiese llegado de aproximadamente 1980 en un DeLorean y llevaba una ropa que parecía haberse fabricado con la piel de un gato salvaje enorme.

—Les atiendo por aquí —nos llamó la atención un dependiente desde una caja abierta.

Sylvia se acercó al mostrador, interrogó al joven acerca de las opciones sin gluten y luego procedió a pedir una *baguette* de atún y

una sopa de cebolla.

Cuando llegó mi turno, identifiqué lo más barato de la carta: una sopa del día. Sylvia tendió la tarjeta de crédito y dijo «Pago yo», así que añadí un sándwich de jamón con queso *brie* y una porción de tarta de queso para llevar.

Fuimos con las bandejas hasta el comedor y buscamos una mesa. Por el camino, puse a Sylvia al corriente de los pelos y señales de mi mañana. Ella había tenido hijos, hace ya mucho, así que no fue del todo indiferente a mi historia, pero no la noté especialmente conmovida por los suplicios que estaba sufriendo en mi vida de madre soltera.

Como estaban todos los reservados ocupados, nos dirigimos a la última mesa libre para dos que quedaba en medio del comedor lleno de gente. A un lado, una universitaria con cascos miraba fijamente a la pantalla de su MacBook. Al otro, una mujer sola de mediana edad picoteaba de su plato de macarrones con queso. Sylvia se abrió camino entre las mesas y se acomodó en una silla dura con gesto de exasperación. Solté mi cartera en el bolso del bebé y lo puse en el pequeño hueco del suelo que había junto a mí. La mujer de la mesa contigua le dirigió una mirada que después posó sobre mí. Yo le dediqué una sonrisa deslavazada mientras bebía de mi té con hielo, hasta que por fin volvió la vista a su comida.

Sylvia puso mala cara al contemplar su sándwich.

—Recuérdame por qué hemos venido a este sitio.

—Porque las heridas de la cabeza tardan la vida en limpiarse. Siento el retraso.

—¿Para cuándo habíamos puesto la fecha de entrega? —preguntó con la boca llena de atún—. Por favor, dime que si he venido en tren hasta aquí es para escuchar buenas noticias.

—No exactamente.

Me fulminó con la mirada mientras masticaba.

—Dime que al menos has pensado un plan.

Me precipité sobre mi bandeja y piqué de la comida.

—Más o menos.

—Te han pagado por adelantado la mitad por este trabajo. Dime que te queda poco.

Me incliné sobre la mesa, bajando el tono de voz. Menos mal que la estudiante de nuestro lado tenía los cascos puestos.

—Mis últimos asesinatos fueron muy predecibles. Estoy cayendo en el cliché, Syl. Noto como si me estuviese estancando.

—Pues cambia el enfoque. —Agitó la cuchara en el aire, como si con poco esfuerzo se pudiera hacer aparecer una novela de la nada—.

El contrato no especifica cómo tiene que resolverse todo siempre y cuando lo termines antes del mes que viene. Puedes hacerlo, ¿verdad?

Le di un bocado al sándwich para no tener que responder. Si me ponía de verdad, podría tener un primer borrador en dos meses. Mes y medio como mucho.

—¿Tan difícil es? Si ya lo has hecho antes.

—Sí, pero este va a ser un caos.

Probé una cucharada de la sopa. Sabía a cartón. Como todo desde que me divorcié.

—Mataría a alguien por un poco de salsa picante —murmuré comprobando si había en la mesa de al lado. Sal, pimienta, azúcar y servilletas. Nada de salsa picante. Pero la mujer apenas se dio cuenta. Tenía la mirada puesta en mi bolso, aún abierto en el suelo. Metí la cartera más adentro y doblé las asas por encima para que el contenido no quedara a la vista. Al ver que seguía mirando, le lancé una mirada glacial.

—No entiendo qué te resulta tan difícil. Tienes a una mujer guapa, amable y empática que necesita que la salven de un tipo muy malo. El malo acaba como se merece, la mujer empática demuestra cuán agradecida puede llegar a ser, todos viven felices y comen perdices y tú te llevas un buen fajo de billetes.

Arranqué una esquina del sándwich.

—Pues ya que mencionas el dinero…

—Ni hablar. —Sylvia agitó la cuchara hacia mí—. No puedo volver a hablar con ellos y pedirles otro anticipo.

—Lo sé, pero este requiere mucho trabajo de investigación —dije en voz baja—. Estamos hablando de locales de alterne de mala muerte, instrumentos de tortura, mensajes cifrados… Todo eso cae fuera de mi ámbito de especialidad. Normalmente soy muy discreta. Ya me conoces; no me gusta llamar la atención ni meterme en líos. Pero este… —Corté un trozo de la tarta de queso—. Este es diferente, Syl. Si consigo sacarlo adelante, puedo convertirme en el próximo gran nombre del sector.

—Sea lo que sea, hazlo rápido. Acabemos con este y pasemos al siguiente.

Negué con la cabeza.

—No quiero ir con prisas. Necesito que sea un éxito. Los anticipos de dos y tres mil dólares no cubren el tiempo y el esfuerzo que llevo invertidos. Sea cual sea el siguiente encargo, tiene que darle un empujón a mi carrera o, si no, lo dejo —declaré con un pedazo de tarta de queso en la boca—. Si este va bien, por el siguiente no pienso aceptar ningún aumento porcentual que sea menor de cincuenta.

—Bien, pues que se queden todos tiesos con este y ya hablaremos del siguiente. —El teléfono de Sylvia vibró sobre la mesa. Entornó los ojos para leer el número de la pantalla—. Disculpa, tengo que cogerlo —dijo escapándose entre las mesas. Cuando torcí el cuerpo para dejarla pasar me fijé en la mujer de la mesa de al lado. Con el tenedor en ristre sobre los macarrones con queso ya fríos, se quedó mirándome durante un rato largo e incómodo que me hizo preguntarme si me habría reconocido a pesar de todo el maquillaje y la peluca-pañuelo que llevaba. O quizá lo que había reconocido era la peluca-pañuelo. Nadie me había pedido nunca un autógrafo. Si me hubiera pedido que le firmara la servilleta, lo más probable es que me hubiese atragantado. No sabría decir si me sentí aliviada o decepcionada cuando finalmente apartó la mirada y se acercó su bolso.

Volví a mi sándwich y mientras le daba bocados comprobé si había recibido algún mensaje en el móvil. Tenía uno de Steven en el que me preguntaba cuánto más iba a tardar. Dos más de las compañías de las tarjetas de crédito para recordarme los pagos atrasados. Y un correo de mi editora en el que me preguntaba qué tal llevaba el libro nuevo. Tenía la extraña sensación de que me estaban observando, pero la mujer de al lado estaba inclinada sobre la mesa con un bolígrafo y un trozo pequeño de papel.

Unos minutos después, los tacones de Sylvia volvieron a resonar en el comedor. Se me cayó el alma a los pies cuando vi que ni se molestó en sentarse.

—Lo siento, corazón. Tengo que irme —dijo tomando su bolso *satchel*—. Necesito coger el tren de vuelta a la ciudad. He recibido una oferta muy importante para otro cliente y la fecha límite es en cuarenta y ocho horas. Tengo que darme prisa antes de que la retiren. —Se colgó el bolso del hombro—. Ojalá pudiéramos hablar más tiempo.

—Nada, no te preocupes —le aseguré. Pero yo no estaba bien. Nada iba bien—. Ha sido todo culpa mía.

—Sí —suscribió poniéndose sus gafas de sol de diseño y dejándome a mí con sus platos—. Ahora ponte a trabajar en ese exitazo y avísame cuando hayas terminado.

Me levanté y forcé una sonrisa mientras nos despedíamos con dos besos incómodos que nos hicieron parecer dos amigas que en realidad no querían ni tocarse. Ya tenía el móvil pegado a la oreja incluso antes de salir por la puerta.

Me volví a hundir en la silla. La mujer que estaba sentada a mi lado se había ido, y miré hacia abajo, aliviada de encontrar mi bolso y la cartera aún en el suelo. Vacié la bandeja de Sylvia separando los

platos y los cubiertos junto a los cubos de basura. Cuando regresé a la mesa, me di cuenta de que debajo de mi plato había un pedazo de papel doblado. Miré alrededor buscando a la mujer que había estado garabateando a mi lado, pero no vi rastro de ella. Desdoblé la nota.

50000 $ EN EFECTIVO
HARRIS MICKLER
NORTH LIVINGSTON ST., 49
ARLINGTON

Y un número de teléfono.

Arrugué la nota y la sostuve sobre el cubo de la basura. Pero el símbolo del dólar —y todos los ceros que le precedían— despertó mi curiosidad. ¿Quién era Harris Mickler? ¿Por qué tenía tanto dinero en metálico? ¿Y por qué la mujer sentada a mi lado dejó el papel en mi bandeja cuando podría haberlo desechado ella misma?

Me metí la extraña nota en el bolsillo y recogí mi bolso. Los parabrisas del mar de coches que había afuera deslumbraban a causa del sol de mediodía, y busqué a tientas las llaves en el bolso, tratando de recordar dónde había aparcado. Todavía no las había encontrado cuando llegué a la tintorería y me paré junto al monovolumen cerrado, maldiciendo hacia el abismo del interior de mi bolso. Algunos de los pelos extraviados de Delia me hicieron cosquillas en la muñeca al pegárseme los dedos al rollo de cinta adhesiva que había utilizado para arreglarle el estropicio. Algo me picó al echarla a un lado. Con un gritito, retiré la mano del bolso sacudiéndola.

Una fina línea de sangre me recorría los dedos. Con cuidado, aparté la gasa manchada de sangre que esa mañana había usado para limpiarle la frente a mi hija y debajo encontré el cuchillo de cocina desafilado que también había echado dentro, junto con las llaves del monovolumen.

Presioné la gasa contra el corte superficial y puse el aire acondicionado fuerte mientras esperaba a que dejara de sangrar. El aire de fuera era fresco, otoñal y vigorizante, pero el coche por dentro se estaba cociendo con el sol del mediodía, así que a esas alturas ya tenía el pelo empapado en sudor y me picaba debajo del pañuelo. Me lo quité enseguida y lo solté dentro del bolso junto con las gafas de sol oscuras. Una mujer muy maquillada con un moño alto y apretado se quedó mirándome desde el espejo retrovisor. Me froté con el babero para quitarme el pintalabios burdeos oscuro, sintiéndome una impostora. ¿A quién quería engañar? No había manera alguna de que yo acabara ese libro en un mes. Cada día que pasaba fingiendo que me ganaba la vida como escritora me acercaba un poco más a perder la

custodia de mis hijos. Debería haber llamado a Sylvia justo en ese momento y habérselo dicho así.

Saqué el móvil del bolsillo y la extraña nota salió con él. Le eché un ojo.

Cincuenta mil dólares.

Volví a mirar el móvil. Luego, otra vez a la nota; la curiosidad no me permitía separar los ojos del número de teléfono que estaba escrito al final.

Siempre podría decir que me había confundido y colgar, ¿no? El teléfono pitaba con cada número que pulsaba. Una mujer respondió al primer tono.

—¿Diga? —vaciló su voz queda.

Abrí la boca, pero de ella no salió nada inteligente.

—¿Sí?

—Ha encontrado la nota.

No estaba segura de qué decir, por lo que pequé de despistada.

—Ah, ¿sí?

La mujer espiró temblorosamente al otro lado del teléfono.

—Nunca he hecho nada así. Ni siquiera sé si lo estoy haciendo bien.

—¿Haciendo el qué?

Soltó una risilla, una risa de pánico, casi histérica, que acabó cuando se sorbió la nariz. La llamada se escuchaba tan bien que era como si estuviera sentada justo delante de mí. Busqué con la mirada en los parabrisas de los coches contiguos, esperando que estuviera mirándome.

Mi dedo sobrevoló el botón rojo de la pantalla.

—¿Está usted bien? —pregunté en contra de lo que me decía la intuición—. ¿Necesita ayuda o algo?

—No, estoy bien. —Se sonó la nariz en el micrófono, lo que añadió confusión a la llamada, como si estuviera hablándome a través de una bola de pañuelos de papel—. Mi marido… no… no es bueno. Está haciendo cosas extrañas. Cosas horribles. Si hubiese sido solo una vez, a lo mejor podría entenderlo, pero ha habido otras. Muchas otras.

—¿Otras qué? No entiendo qué tiene ver todo esto conmigo.

«Debería colgar», pensé. Esto se estaba poniendo muy raro.

—No puedo decirle que lo sé. Eso estaría… muy muy mal. Necesito que me ayude. —Respiró profundamente al otro lado del teléfono, como si su dedo también estuviera sobre el botón rojo. Tras una fuerte pausa, dijo—: Quiero que sea usted quien lo haga.

—¿Hacer el qué? —pregunté esforzándome en seguir el hilo.

—Lo que sea que usted haga. Como ha dicho antes, con discreción. Solo quiero perderlo de vista. Tengo cincuenta mil en efectivo. Iba a

emplearlos en dejarle, pero creo que será mejor así.

—¿Así cómo?

—Esta noche va a estar en un encuentro para hacer contactos que han organizado en The Lush. No quiero saber cómo va a suceder. Ni dónde. Llámeme a este número cuando lo haya hecho y listo.

La señal se cortó.

Sacudí la cabeza, todavía desorientada por el extraño giro que había tomado la conversación. Bajé la vista a la gasa llena de sangre que tenía sobre el regazo. Al cuchillo en el bolso abierto y la cinta adhesiva con los pelos de Delia pegados. Recordé la expresión pálida de la mujer que estaba escuchando nuestra conversación mientras lanzaba miradas furtivas a mi bolso.

«El malo acaba como se merece, la mujer empática demuestra cuán agradecida puede llegar a ser, todos viven felices y comen perdices y tú te llevas un buen fajo de billetes».

Ay, madre.

«Si este va bien, por el siguiente no pienso aceptar ningún aumento porcentual que sea menor a cincuenta»… «Acabemos con este y pasemos al siguiente».

Cincuenta. Cincuenta mil dólares. Creyó que yo hablaba de dólares en vez de porcentajes.

Ay, no. «¡No, no, no!».

Volví a meter todo a presión en el bolso. El papel. ¿Qué debía hacer con el papel? ¿Tirarlo a la basura? ¿Quemarlo? ¿Regresar al Panera, hacerlo pedacitos y tirarlo por el váter? Cuanto antes me deshiciera de él, mejor. Lo arrugué, bajé la ventanilla y lo sostuve dentro del puño sobre el asfalto abrasador.

Cincuenta mil dólares.

Subí la ventanilla y me volví a guardar la nota en el bolsillo mientras metía la marcha del coche. El corazón me latía con violencia al salir con cuidado del aparcamiento, procurando poner los intermitentes y vigilando la velocidad. ¿Y si me paraba la policía, me registraban y lo encontraban? Solo con mi historial de búsqueda en Google ya bastaba para que el gobierno me metiera en una lista negra. Escribía novelas de suspense sobre asesinatos como este. He buscado información sobre todas las formas de matar a alguien que existen. Con cualquier arma imaginable. He investigado sobre todas las maneras posibles de deshacerse de un cadáver.

Era absurdo. Era una tontería preocuparse por un simple trozo de papel. No podía ser sospechosa de un crimen que aún no había sucedido. Y de ninguna de las maneras iba a planteármelo siquiera. Si esa mujer quería a su marido muerto, que se buscara a otra persona. Y

yo, a seguir con…

«Ah…»

Mis manos agarraron fuerte el volante. La mujer parecía haber hablado en serio. Cincuenta mil dólares eran cosa seria, ¿no? ¿Qué pasaría si de verdad encontrara a otra persona que lo hiciera? ¿Me convertiría en sospechosa? Puede.

A no ser que…

Miré por el retrovisor antes de incorporarme al tráfico. ¿Y si nadie encontraba el cadáver? ¿Y si nadie supiera a ciencia cierta que el tal Harris Mickler estaba muerto? No tendría por qué haber siquiera un sospechoso, ¿no?

Casi podía oír la voz de Steven en mi cabeza, que me decía que era patética, que me estaba poniendo en lo peor y montándome mis películas. Ese era el argumento al que siempre recurría, el que me había soltado la primera vez que sospeché que se estaba acostando con Theresa a mis espaldas.

Solo que esta vez me cabreaba que tuviera razón.

Di un manotazo al volante, maldiciéndome mientras me aproximaba al carril más a la derecha de la carretera de peaje. ¿Por qué estaba siquiera pensando en esto? Tenía problemas de verdad de los que hacerme cargo: las fechas de entrega inminentes sin canguros ni anticipos, las cuotas del coche atrasadas, las llamadas incansables de los cobradores de las facturas… Y todo este tema de Harris Mickler… era una locura. Era enfermizo.

Eran cincuenta mil dólares.

Un claxon resonó detrás de mí y pegué un bote en el asiento, acelerando un poco para mantenerme al ritmo del tráfico. Debería arrojar el papel por la ventana, me dije, y olvidar lo que ha pasado.

Mis dedos tamborilearon sobre el volante. Encendí la radio. La volví a apagar. Controlé la velocidad al pasar entre las casetas del carril de telepeaje, sin poder parar de recrear la conversación en mi cabeza.

«Mi marido… No… No es bueno».

¿No era bueno porque «se le olvida nuestro aniversario»? ¿O no era bueno porque «se acuesta con otras»? Porque tirarse a la agente inmobiliaria no es razón para querer que se carguen a tu marido. Podría ser una razón legítima para desear que una cortadora de césped le mutilara los huevos por accidente o que contrajera una enfermedad venérea horrenda cuyos síntomas incluyeran las palabras «secreción con escozor». Pero matar a un hombre por ponerle los cuernos a su mujer no estaría bien. ¿Verdad?

«Si hubiese sido solo una vez, a lo mejor podría entenderlo, pero ha

habido otras. Muchas otras».

¿De cuántas estábamos hablando exactamente? ¿Cinco? ¿Diez? ¿Cincuenta mil?

¿Y porque estaría «muy muy mal» decirle que sabía lo de las otras?

Llegué a la entrada de mi garaje y me paré en seco junto a la pila de facturas por pagar que había en el pórtico de la entrada, rezando, mientras pulsaba el botón del mando a distancia, por que Steven hubiera pagado la factura de la luz. Un suspiro de alivio se me escapó del cuerpo cuando la puerta del garaje crujió para abrirse. Metí el monovolumen con cuidado, cerré la puerta, apagué el motor y me quedé contemplando el tablero de herramientas vacío. El garaje estaba oscuro y en silencio, y me quedé ahí sentada durante un rato, pensando. En mis hijos. En las facturas. En Steven y Theresa.

En los problemas de verdad que cincuenta mil dólares podrían solucionar.

Agarré la nota arrugada que llevaba en el bolsillo y la desplegué, preguntándome cómo de mal marido era realmente Harris Mickler.

Capítulo 3

El reloj del microondas estaba parpadeando cuando abrí la puerta de la cocina. Sabía que tenía que agradecérselo a Steven; él nunca dejaría que nuestros hijos vivieran en una casa sin electricidad. Aun así, era difícil sentirse agradecida por tener agua caliente y luz cuando, de entrada, era culpa suya que nuestro hogar se hubiera desmoronado. Estaba bastante segura de que todo aquello formaba parte del plan de su abogado, que consistía en concederme lo mínimo posible todos los meses para que Steven pudiera hacer acto de aparición y salvarme el culo, restituyendo el engaño de la gran moralidad que tenía a la vez que dejaba la mía en evidencia.

Cuanto más tiempo pasaba, más me preguntaba si tendría razón. Pasé las siguientes horas pensando en Harris Mickler. En mis momentos más lúcidos, me lo imaginaba con cierto parecido a Hugh Jackman: demasiado encantador y atractivo como para rechazar a las incontables mujeres que debían de lanzarse a por él, la pobre víctima de una mujer celosa que probablemente se beneficiaría de su seguro de vida. En otros, de los que me sentía mucho menos orgullosa, me lo imaginaba como un Joe Pesci puesto de Viagra y me convencía de que con esa altura no tendría muchos problemas en levantar su cuerpo sin vida y meterlo en la parte trasera de mi monovolumen.

Estos pensamientos solían venir acompañados de fantasías con carros de hipermercado repletos de productos. Fantasías en las que me permitía calcular para cuántos paquetes formato ahorro de Huggies, comida congelada y toallitas para bebés daban cincuenta mil dólares.

Apoyé la frente contra la puerta de mi despacho, asqueada conmigo misma. Si necesitaba dinero, tan solo tenía que escribir el maldito libro que mi agente y mi editora estaban esperando.

Con un suspiro, presioné la funda de plástico de seguridad para niños y giré el pomo. Probablemente esa medida de seguridad era innecesaria: llevaba tanto tiempo sin abrir la puerta de mi despacho que casi seguro que mis hijos ni siquiera sabían que existía ese cuarto. Dentro el aire era rancio y estaba viciado. Una capa de polvo recubría mi escritorio y deslustraba el marco del diploma que estaba colgado encima: un grado de cuatro años en Lengua Inglesa de la Universidad George Mason que me acreditaba para absolutamente nada.

Activé el interruptor de alimentación de mi ordenador y esperé,

oyendo el quejido agudo mientras la pantalla se encendía. Era el ordenador que había usado Steven en la universidad, que luego fue el que tuvimos en casa hasta el divorcio. Ahora ya estaba tan viejo que probablemente iba a perder el resto del día que me quedaba sin niños en arrancar el dichoso cacharro.

El disco duro zumbaba y el reloj de arena giraba sin parar sobre una pantalla blanca que me quitaba las ganas de todo. ¿Por dónde empezar? ¿Cómo se suponía que iba a escribir la conmovedora historia de amor de otra persona cuando yo había fracasado estrepitosamente en la mía? Ya era casi mediodía y Steven esperaba que recogiera a Zach dentro de unas horas. Probablemente para que él y Theresa pudieran pasarse el resto del día chingando en el tiempo que les quedaba entre salir a comer tarde a un sitio de postín y la *happy hour*. Si durante todas las noches del próximo mes y medio me ponía a trabajar cuando los niños se fueran a dormir, puede que me diese tiempo a terminar un borrador bastante terrible. Pero ¿para qué? ¿Para poder dejarme los centavos que me queden del anticipo en pagar facturas atrasadas? A juzgar por el tamaño de la torre que había en la entrada, el dinero volaría en menos de una semana.

La pantalla de inicio surgió con un parpadeo. Una barra de búsqueda emergió de pronto. Escribí la palabra *cómo*, de *¿cómo demonios escribo este libro y arreglo mi vida?*

El resto de la casilla se autocompletó, nutrida de un historial de búsqueda repleto de preguntas violentas y morbosas que empezaban todas de la misma forma: ¿cómo de rápido se descompone un cadáver en una sepultura poco profunda durante el invierno en Virginia? ¿Cómo afecta un disparo de un Colt 45 a un varón adulto de gran estatura con pectorales extraordinariamente desarrollados? ¿Y cómo podría eliminarse todo lo que permite identificar su cadáver?

Debería haber cerrado el motor de búsqueda y haber abierto un documento de Word. Tenía varias buenas razones para avanzar con este libro, pero también contaba con cincuenta mil más que me hacían sentir curiosidad por Harris Mickler.

De verdad, al fin y al cabo, ¿qué más daba una búsqueda más o una menos? Solo por ponerle cara a ese nombre. En realidad, ¿qué tenía de malo hacer un par de clics en dos o tres archivos públicos para hacerme una idea de quién era exactamente Harris Mickler?

Me acomodé sobre la silla, teniendo una sensación extraña al adaptarme a esas inclinaciones y curvas que tan bien conocía. Justo cuando levanté las manos para apoyarlas sobre el teclado, el teléfono vibró sobre el escritorio. Una foto de perfil de mi exmarido emergió en la pantalla y enseguida deslicé el dedo hacia la derecha para que

desapareciera.

—Hola, Steven.

—¿Ha vuelto la luz?

—Sí. Gracias por gestionarlo —dije forzando una sonrisa, con la esperanza de que pudiera captarla. De fondo, Zach chillaba como un cerdo furioso. Steven gruñó.

—No las des. Es Theresa la que se ha encargado. Un cliente suyo trabaja en el departamento de facturación de la cooperativa eléctrica. Ha movido algunos hilos para que te reactivaran el servicio. Luego ella y Amy han pasado por tu casa de camino a almorzar y han cerrado el garaje. Por cierto, me ha dicho Theresa que la puerta de la cocina que da al jardín trasero no tenía la llave echada. Deberías tener mucho más cuidado con esas cosas, que tú y los niños pasáis mucho tiempo solos allí.

Me mordí la lengua para no soltarle algo que sonara desagradecido y cortante.

—Me lo tomaré como un consejo. En cuanto a esta tal Amy, ¿quién es?

Supongo que se me había pasado por alto ese capítulo de la historia.

—Sí, mujer, la íntima amiga de Theresa. Delia está enamoradita de su tía Amy. Los sábados nos cuida a los niños unas horas para que así Theresa y yo descansemos un rato.

¿Para que descansen? ¿De las cuarenta y ocho horas que pasan con nuestros hijos?

—Delia ya tiene a su tía Georgia. No le hace falta ninguna tía Amy.

—Muy bien —dijo Steven inexpresivo—. Pues llamamos a Georgia y le pedimos a ella que nos haga de canguro.

Apreté los dientes.

—¡Au! ¡No, no, Zach! ¡Vuelve aquí…! Dios… —murmuró Steven sin mucho aliento—. Escucha, Finn, necesito que vengas a por Zach. Theresa tenía que ir a enseñar una casa después de comer, así que me lo he traído al vivero. Yo he quedado con un cliente en menos de una hora y Zach no se está quieto en ningún sitio.

—Cómo no.

Apreté fuerte los párpados para visualizar el caos que se estaría desatando al otro lado de la línea. El vivero de césped de Steven era básicamente un jardín gigantesco sin vallas. Hectáreas y hectáreas de espacio abierto para correr y montones de tractores y excavadoras a los que trepar. Era el paraíso de un niño pequeño y, a menos que fueras campeona de atletismo, también la mayor pesadilla de un padre.

—¿Finn?

Entre los chillidos de Zach casi podía oír resquebrajarse la cordura de Steven. Su vivero estaba cerca de la frontera con Virginia Occidental. Tardaría por lo menos cuarenta minutos en llegar y de camino iba a tener que recoger a Delia del colegio.

—Vale. —Hurgué en mi cartera y encontré los veinte dólares que me había ahorrado de la comida esa mañana. Me daba para la gasolina—. Ya voy. Dame unos minutos para ir al baño y recoger a Delia.

—Dentro de una hora, Finn. Por favor.

Parecía desesperado. Y un poco cabreado. No había pasado ni tres horas con uno de nuestros hijos, ¿y se creía capaz de gestionar la custodia exclusiva de los dos? Me planteé tomarme mi tiempo, presentarme tarde solo para ver cuánto pelo le quedaba cuando por fin llegara. Pero entonces Zach empezó a llorar, con ese lloriqueo que Steven nunca había tenido la paciencia suficiente de aprender a calmar. Me levanté del escritorio y una capa de polvo se reveló en el lugar donde mis manos habían rozado la superficie.

Esta era mi vida. Un contrato de dos mil dólares para varios meses de trabajo, estar sin dormir y tener solo diez minutos para ir al baño.

—Dile a Zach que estoy de camino.

Colgué el teléfono, apagué el ordenador e intenté no hacerme más preguntas sobre Harris Mickler.

Capítulo 4

Steven había comprado el vivero de césped menos de un mes después de que nos divorciáramos. Llevé una vez a los niños para que lo vieran. No sabía nada sobre el negocio, más allá de que cubría unas ciento veinte hectáreas, producía varios tipos de césped que Steven vendía a empresas constructoras o promotoras y que se estaba labrando una pequeña fortuna con él. Por lo demás, me los imaginaba a él y a Theresa retozando desnudos por campos esmeralda de billetes y *Festuca*, razón por la que probablemente nunca me había molestado en volver allí.

Tenía un ligero recuerdo de dónde estaba. Mi GPS me guio el resto del camino hasta un cartel enorme que señalaba la entrada a una carretera de gravilla. «VENTA DE ÁRBOLES Y TEPES DE CÉSPED EN ROLLOS», decía. El largo camino de tierra estaba flanqueado a ambos lados por campos de árboles de Navidad jóvenes, el próximo gran cultivo comercial que Steven sin duda usaría como prueba en su pleito por la custodia. No solo podía permitirse tener a mis hijos bien vestidos y alimentados, sino que por añadidura podía darles una Navidad perfecta a lo *¡Qué bello es vivir!*

Sentada en lo alto de su elevador para mirar por la ventana, Delia me indicó que aparcara delante de una caseta-remolque al final de la finca de árboles. La liberé del cinturón de su asiento y la seguí hasta la oficina, a cuya puerta llamé antes de asomar la cabeza dentro de la caseta. Delia correteó rodeándome las piernas y se dirigió a toda prisa hacia el mostrador, teletransportándose hasta donde estaba una chica rubia y guapa. La recepcionista no debía de tener más de diecinueve o veinte años, además de una sonrisa bonita y tetas vivarachas. Tal y como le gustaban a Steven. Pobrecita. Theresa probablemente no tenía ni idea y casi que lo sentía por ella también.

—¡Hola, Delia! —gorjeó la chica frotándole la cabeza a mi hija. El gorro de Delia se desplazó un poco y dejó ver el borde de la cinta adhesiva que mantenía el pelo en su sitio. La chica arrugó la nariz al verlo y me lanzó una sonrisa cómplice como si hubiera vislumbrado la historia que el gorro de Delia trataba de esconder.

«Ay, cielo —pensé—. No tienes ni idea».

—Usted debe de ser Finlay —dijo la chica levantándose para estrecharme la mano—. Soy Bree. El señor Donovan la está esperando.

Qué mona. Le llamaba «el señor Donovan» en la oficina. Esta vez fui yo la que arrugó la nariz y sonrió.

—Gracias, Bree. Solo he venido a por Zach.

—Están donde la *Zoysia*. Seguid por la carretera como unos cuatrocientos metros hasta pasar los tractores de la izquierda. Es el campo que está justo detrás.

—Gracias —dije verdaderamente triste tras pensar en todo el desamor que le quedaba por delante; todos los falos que esperaban su turno para que los dibujaran en el polvo de su futuro parabrisas. Quería decirle que huyera. Que se salvara mientras pudiera. Pero yo tenía la misma edad que ella cuando me colé por Steven y, si alguien me hubiera dicho que resultaría ser un mujeriego y un baboso, nunca me lo habría creído.

Le cogí la mano a Delia y volvimos al coche.

—¿Puedo ir delante contigo? —preguntó cuando abrí la puerta de atrás.

—No, cariño. Tienes que ir en tu elevador.

—Pero papi me deja.

—Pues papi no te está dando buen ejemplo, porque hacer eso no es muy responsable. ¿Y si os ve un policía y le pone una multa?

Delia puso los ojos en blanco.

—Esta carretera no es de verdad, mami. Papi dice que es privada.

—Pero ¿y si tenéis un accidente?

—Pero ¡si por aquí no pasa nadie! —se quejó—. Solo papi con la camioneta. A veces hasta me deja montarme atrás del todo.

Confesó esto último con una sonrisa traviesa. Se la devolví, apuntándome en la cabeza que debía compartir esa información con mi abogado, si es que se molestaba en responder a mis llamadas. Estaba bastante segura de que su recibo estaba en el montón que había sobre el escalón de la entrada, junto al resto de facturas pendientes.

Le puse el cinturón de seguridad a Delia y bajamos traqueteando por la carretera de gravilla, atravesando el vivero de Steven y levantando polvo a nuestro paso. No me gustaba admitirlo, pero era un terreno precioso. Abierto y llano, sin nada que obstruyera las vistas a las onduladas estribaciones de los Apalaches, que se divisaban al oeste, y con los campos cuidadosamente seccionados en cuadrados de diferentes tonos de verde. En ese paisaje, no me costó nada encontrar la camioneta de Steven. La pintura roja resaltaba sobre el fondo vivo de tréboles y distinguí su espalda arqueada, que perseguía a Zach por detrás de la cabina del conductor. Zach rodeó la camioneta corriendo y salió por el otro lado, con el pañal lleno y casi arrastrándolo por el

suelo.

«Buena jugada, Steven. Buena jugada».

Steven lo cogió en brazos al ver aparecer mi monovolumen y lo trajo rápidamente hacia mí, deseando perdernos a todos de vista antes de que llegaran sus clientes. Conociendo a Steven, le pediría a esa ayudante tan guapa que los hiciera esperar en la oficina hasta que nuestro coche se hubiera ido. Era un maestro trilero, un experto en ocultar lo que le interesaba y recurrir a distracciones para apartarlo sutilmente de la vista de todos, en conservar su imagen impecable. Aunque yo dudaba de que incluso Steven fuera a ser capaz de camuflar las manchas del tamaño de un niño pequeño que se notaban en su camisa buena de marca.

Me colocó a nuestro hijo en los brazos sin ningún tipo de cortesía, más o menos como yo había hecho con él esa misma mañana. No había forma de encontrar el chupete de Zach —de esos que se enganchan a la parte delantera del peto— por ningún lado y su dueño empezó a poner el grito en el cielo justo delante de mi oído.

—Gracias por venir hasta aquí —dijo Steven por encima de los chillidos de Zach—. Ojalá tuviera tiempo para decirle algo a Delia, pero el cliente aparecerá en cualquier momento.

Saludó con la mano más allá de mi espalda y soltó una palabrota entre dientes. Me giré para encontrarme a Delia ya desabrochada y saliendo del monovolumen. Corrió hacia nosotros y brincó a los brazos de Steven. Él le plantó un beso en la coronilla del gorro y la puso en el suelo, junto a mí, desviando una mirada ansiosa hacia la carretera.

—Debe de ser uno gordo —le dije tratando de calmar a Zach.

—Es ese promotor de la urbanización de la que te hablé, la que han proyectado en Warrenton —dijo Steven distraídamente—. Dos mil quinientas unidades para los próximos diez años.

Alzó un dedo como respuesta a un miembro de su equipo, lo que nos hizo saber que solo podía demorarse un minuto más.

Mecí a Zach sobre la cadera. Reposó la cabeza en mi hombro y sus lloriqueos se fueron reduciendo a gemidos lastimosos.

—Estupendo. Bueno, entonces no quiero entretenerte. ¿Dónde está la mantita de Zach?

Steven hizo una mueca de fastidio.

—Me la he dejado en casa esta mañana. Y el chupe también.

Lo que claramente explicaba por qué quería que me largara de allí tan pronto como fuera posible. Lo miré boquiabierta y dejé de mecer a Zach, que se enarcó en mis brazos y empezó a lloriquear otra vez.

—Toma. —Aturullado, Steven rebuscó en el bolsillo y desenganchó una llave de su casa del llavero—. Pasa por mi casa y cógelos. Luego

deja la llave debajo del felpudo y, por lo que más quieras, no le digas a Theresa que te he dejado entrar.

Me tomó del brazo y comenzó a acompañarnos hacia el monovolumen.

Me planté en el camino y puse a Zach en el suelo. El llanto de repente cesó y arrancó a correr lleno de júbilo. Steven fracasó en su intento de atraparlo cuando Zach dirigió sus pasos de pato directamente hacia el campo.

Utilicé una mano de visera para protegerme del sol de la tarde y mirarlo corretear.

—El trayecto hasta aquí es bastante largo y ando justa de gasolina. Solo llevo veinte dólares. ¿Te importaría…?

Extendí una mano. Si tanta prisa tenía por que nos marcháramos, al menos que nos financiara el viaje.

Con la mandíbula apretada, Steven desvió la atención de Zach de mala gana.

—Con veinte te basta para llegar a casa. No está tan lejos.

Puso una sonrisa tensa. Probablemente para no parecer un auténtico gilipollas delante de Delia.

Bajé la mano y la puse sobre la cabeza de nuestra hija para quitarle el gorro de un tirón. Unos pedazos de pelo suelto saltaron con él. Steven puso cara de resignación. Volvió a mirar de reojo la carretera de gravilla que había detrás de nosotras mientras sacaba un billete de veinte del fajo de su bolsillo y me lo metía en la mano. Delia intentaba agarrar el gorro, tratando de colocárselo sobre la cabeza, sin éxito. Corrí a por Zach antes de que trepara al tractor de color amarillo vivo que le había llamado la atención.

—Gracias por echarle un ojo a Zach esta mañana —dije cuando por fin lo tenía retorciéndose y gimoteando en mis brazos—. Supongo que nos iremos yendo.

El polvo se levantaba tras dos coches que se aproximaban. El Mercedes reluciente vino a parar detrás del falo dibujado sobre la luna trasera de mi monovolumen, y estoy bastante segura de que nunca había visto a Steven tan aliviado como cuando abroché los cinturones de los niños y cerré las puertas.

—Es más rápido salir por allí —dijo abriéndome la puerta en un gesto que desde la distancia probablemente pareció caballeroso—. Sigue por la carretera de gravilla hasta llegar al final. Desemboca en la carretera local que pasa por donde termina el vivero. Gira a la derecha, luego otra vez a la derecha y sigue las indicaciones para salir a la autovía.

Steven nos dijo adiós con la mano y se apresuró a reunirse con sus

clientes, cuyos coches bloqueaban ahora la carretera por la que habíamos llegado.

Arranqué el motor y bajé las ventanillas. Una brisa fresca sopló sobre las hectáreas y hectáreas de césped joven, ondulándolo como si fuera la superficie de un enorme mar verde. Mientras lo atravesábamos, no pude evitar sentir admiración por lo que Steven había levantado. Plantando, cultivando, cosechando. Era algo que él había empezado y en lo que había perseverado, con lo que había seguido hacia adelante. Los tractores removían la tierra oscura y fértil a cada lado de nuestro camino, esparciendo semillas frescas en los surcos que dejaban tras de sí. Otros cortaban tiras largas y nuevas de un césped tan denso que con él se podría revestir un campo de golf y, a la vez, los había que elevaban largas piezas de tepe para luego enrollarlas en forma de tubos y apilarlas en camiones plataforma.

Trescientas hectáreas. Yo no podía ni terminar trescientas páginas. No era capaz de mantener el pelo de una niña pequeña tan acicalado como todos estos campos que Steven cuidaba.

Me fui exactamente por donde Steven quería, por la salida trasera, por donde nadie me vería; pasado el campo en barbecho que había al final del vivero, pasadas las pocas hectáreas de tierra que todavía no había llegado a cubrir con algo nuevo.

Capítulo 5

Inserté la llave de Steven en la cerradura con una mano mientras Zach gimoteaba en mi cadera. Delia entró después de mí, se quitó las deportivas y se fue derecha a su habitación. Por casa de Theresa no se iba con zapatos. Los suelos de tarima de lama ancha y las alfombras blancas y prístinas despedían un fuerte olor a desinfectante de limón, como si Theresa hubiera empapado la casa entera después de que mis hijos se hubieran marchado esa mañana.

Me dejé las deportivas puestas, por lo que fui dejando a mi paso parte del vivero mientras subía las escaleras hacia las habitaciones de los niños. La de Zach era aséptica y sosa: alfombras blancas, estores blancos y muebles caros y austeros de ángulos pronunciados y líneas puras. La manta de Zach, manchada de colores vivos y con dibujos desgastados de perritos, estaba colgada sobre el cambiador, al lado del chupe mordisqueado. Zach se lo encajó en la boca. Se colocó la franela llena de bolas debajo de la barbilla y reposó la cabeza contra mi hombro, emitiendo sonidos suaves de satisfacción al succionar el chupete. Llamé a Delia mientras bajaba las escaleras, pero, como de costumbre, se resistía a venirse. Esta casa aún era novedosa para ella, diferente, con sábanas y colchas de princesa nuevas y bordadas con volantes, y con Barbies recién sacadas de su caja. En casa nunca jugaba a las Barbies. Y le daban bastante igual las princesas. Pero este era el mundo de su papá y estaba más que encantada de jugar a disfrazarse en él.

Me paré en el vestíbulo, en medio de los innumerables retratos posados de Steven y Theresa, que iban desde el rellano hasta la puerta principal. Su dormitorio también debía de estar forrado. Cada centímetro de su casa era un recordatorio de por qué estaba allí y a quién quería mucho, por si se le olvidaba, como le pasó conmigo cuando Theresa apareció.

Cuando Steven y yo vivíamos juntos, como mucho habían salpicado las paredes un puñado de fotos enmarcadas de los dos. Que yo recordara, solamente una espontánea en la cena de la universidad que nos hicieron unos amigos con los que no habíamos vuelto hablar desde el divorcio; la foto de nuestro compromiso, en la que salimos con mis padres; y una en la que estábamos llenándonos la cara de tarta en nuestra boda. Quizá fuera en eso en lo que me equivoqué.

Quizá no nos inmortalicé lo suficiente. Quizá no supe recordarle lo que teníamos o lo que se arriesgaba a perder. O quizá nada de eso hubiera servido en absoluto. Él no es que llevara precisamente un cinturón de castidad; que Bree la del vivero no saliera en ninguna de las fotos de Theresa no significaba que no estuviera de fondo en alguna de ellas.

Tenía la blusa mojada por donde se apoyaban las mejillas redondas de Zach. La nariz le moqueaba, y resistí la tentación de pasarle el dedo por debajo y pegarle un moco a uno de los portarretratos de cristal, justo en las narices de Theresa. Pero eso habría estado muy feo. Un moco no pasaría desapercibido durante mucho tiempo en el mundo perfecto de Theresa y, con algo de suerte, Bree tampoco.

Llamé a Delia otra vez y saqué un pañuelo de la caja de la cocina. Al lado estaba el portátil de Theresa, abierto sobre la barra, suspendido; el logo de Windows rebotaba de un extremo a otro de la pantalla. La curiosidad me pudo y pulsé la barra espaciadora. El portátil se activó sin obligarme a introducir contraseña y reveló la pantalla de inicio: un buscador. El cursor parpadeaba en el campo de búsqueda vacío.

Me asomé a la esquina del vestíbulo. La conversación que Delia estaba manteniendo con sus Barbies llegaba por las escaleras desde la habitación. Zach se retorció cuando me lo cambié al otro hombro y volvió a cerrar los ojos succionando levemente el chupete.

Con la mano libre, fui tecleando el nombre de Harris Mickler.

La pantalla se inundó con fotos y cuentas de redes sociales. Facebook, LinkedIn, Instagram, Twitter. Cliqué en su perfil de Facebook, que tenía abierto. Un hombre atractivo de unos cuarenta y algo me saludó con una sonrisa. Harris Mickler, cuarenta y dos años, casado con Patricia Mickler y subdirector del departamento de relaciones públicas de alguna empresa prometedora de servicios financieros.

Patricia… Se me hacía raro ponerle un nombre tan inocuo a la mujer que me había ofrecido cincuenta mil dólares por matar a su marido. Examinando los álbumes de Harris, solo logré encontrar una imagen de los dos juntos: la foto obligada de un aniversario de hace cinco años. La expresión de sorpresa capturada por el flas de la cámara que tenía ella, con los ojos muy abiertos, era la misma que mostraba cuando la pillé mirándome en el restaurante.

La vocecilla de princesa que ponía Delia tintineaba suavemente en el piso superior y el chupe de Zach se aflojaba entre sus labios mientras dormía. Cliqué en el perfil de Patricia. No sé qué esperaba encontrar —¿un selfi con morritos de los que te haces para llamar la

atención? ¿Uno de esos amigos de las redes sociales tan molestos, cuyas publicaciones escuetas varían entre los test en línea y los memes de política?—, pero Patricia no hacía ninguna de esas cosas. Sus publicaciones eran sobrias y reflexivas, y casi nunca incluía fotos suyas. Según su perfil, trabajaba en banca de inversión, lo que invitaría a imaginarla como una rica gilipollas y con aires de superioridad. En cambio, por lo que podía ver, era igual de modesta con su dinero. Solía trabajar como voluntaria en el refugio animal de su zona, donaba a fondos de financiación colectiva para ayudar a los amigos que estaban pasando una mala racha, y los vaqueros lavados y sudadera parecía ser el conjunto con el que más cómoda se sentía. El único elemento que resultaba ostentoso en ella era su anillo de bodas, incrustado de diamantes y con una fastuosa piedra central exageradamente grande. Teniendo en cuenta lo poco que sabía de Patricia, resultaba de una extravagancia desproporcionada. Y, aun así, la joya destacaba en cada una de sus fotos.

Con curiosidad, amplié una de ellas. Patricia acariciaba en sus brazos a un gato del refugio, con el anillo completamente expuesto. Todo lo demás era informal y discreto: los vaqueros sin adornos, las deportivas gastadas, la camiseta del refugio con una sudadera azul sencilla encima… Ladeé la cabeza para poder ver más de cerca. Una cinta negra le asomaba de la manga de la sudadera, le rodeaba la mano y se enroscaba hasta el pulgar: era una muñequera. Cliqué hacia atrás en las fotos y me detuve en una tomada tres meses antes: una venda en la frente. Y en otra anterior: una férula en el dedo.

«No puedo decirle que lo sé. Eso estaría… muy muy mal».

Seguí retrocediendo en sus fotos, buscando moretones en lo que pudieran parecer ojeras, alguna hinchazón reveladora en la forma aguileña de su nariz o el bulto de una escayola bajo una sudadera holgada; Harris Mickler me gustaba cada vez menos a medida que encontraba imperfecciones en el cuerpo de Patricia que pudieran ser cicatrices. Volví al perfil de Facebook de Harris Mickler, aunque sabía que no debía. Era miembro de cantidad de grupos de *networking* ubicados tanto en el este como en el sur de la región, desde Annapolis hasta Richmond.

Y, justo como Patricia me había dicho, esa noche había confirmado su asistencia a una reunión en un bar de moda de Reston. The Lush quedaba solo a unos kilómetros de allí…

Intenté sacudirme ese pensamiento peregrino, pero se me quedó. A lo mejor podría ir. Para mirar, nada más. Podría pedirme un cóctel y observarlo con discreción desde un rincón del bar. Solo porque Patricia me preocupaba.

Cerré el navegador y limpié el historial de búsqueda. Era absurdo. Ni siquiera tenía nada que ponerme.

Desde arriba bajaba el tenue repique de la voz de Delia mientras jugaba. Acosté a Zach en el sofá con su mantita y el chupe, volví a subir los escalones y me detuve ante el dormitorio de Steven. Theresa había estado en mi casa esa misma mañana. Le había dicho a Steven que la puerta no tenía la llave echada, algo que solo podría haber sabido comprobándolo. Al menos, en mi caso, me habían dado una llave.

La habitación tenía la puerta entornada y la abrí empujándola con el dedo, sorprendida por el caos que reinaba al otro lado. Esperaba encontrar las sábanas estiradas y los cojines dispuestos con esmero. Me había preparado para toparme con flores de seda en el tocador y velas alrededor de la bañera. Pero el dormitorio de Theresa y Steven era un desastre. La cama era una montaña de sábanas deshechas. Había sujetadores y calcetines esparcidos por todos lados y lo único que adornaba la bañera era una pila de toallas mohosas. Una sola foto de los dos colgaba torcida de la pared. Todo este tiempo, desde que les pillé juntos, había temido que los espacios privados que compartían estuvieran más ordenados que los míos. Pero, tras apartar con el pie unos bóxeres de Steven y colocarme delante de su armario abierto, su vida de puertas adentro no parecía muy diferente de la que tuvimos él y yo, y de pronto comprendí el sentido de que Theresa no quisiera que yo entrara en su casa.

Me acerqué sigilosamente a su lado del armario. Blusas, vestidos y faldas estaban colgadas sin orden ni concierto, solo con el espacio suficiente entre ellos para que no se arrugaran y así nadie sospechara que en realidad era una dejada. Pasando las perchas una por una, me detuve en un vestidito negro. Contaba por lo menos cinco. Lo saqué y me cubrí con él delante del espejo. Si le metía y le ponía unos imperdibles, podía quedarme bien. Y lo más probable es que ni se diera cuenta de que había desaparecido.

Me mordisqueé el labio, repasando todas las cosas que ella me había quitado a escondidas. Todas las cosas que todavía intentaba quitarme. Antes de que pudiera cambiar de opinión, hice una bola con el vestido, me lo metí debajo del brazo y dejé la puerta del dormitorio entornada, exactamente como me la había encontrado.

Llamé a Delia, esta vez con insistencia. El fuerte suspiro con que me respondió me recordaba cada vez más a su padre y sus pies diminutos pisaron con pereza los escalones que iba bajando detrás de mí.

—¿No nos podemos quedar más rato, mami? —gimió.

—Hay que irse a casa. —Le metí los brazos por las mangas del

abrigo. Delia dio una patada al suelo una vez que conseguí ponerle los zapatos.

—Esta va a ser mi casa. Papi me lo ha dicho.

Las palabras me atravesaron el corazón como un cuchillo. Reprimí una mueca de dolor mientras agarraba a Zachary con su manta y el chupe, y tomé de la mano a Delia, procurando no dejar ni un solo rastro de mis hijos. Y mientras salía y echaba la llave de la puerta de casa de mi ex no pude evitar preguntarme qué clase de abogado podría contratar con cincuenta mil dólares.

Capítulo 6

En cuanto llegué a casa, puse a los niños delante de la tele con un cuenco de galletitas saladas y marqué el número de Vero, temiendo acobardarme si me lo pensaba mucho más.

Esperé a que sonara el pitido.

—¡Hola, Vero! Soy Finlay. Mira, sé que Steven te dijo que ya no te íbamos a necesitar para echarles un ojo a los niños, cosa que no fue decisión mía, por cierto. Obviamente, no lo consultó conmigo antes de… bueno… despedirte —dije con cierto bochorno. No tenía derecho a pedirle nada. Sin embargo, respiré profundo y se lo pedí—. La cuestión es que me ha surgido algo esta noche y me vendría bien una canguro. Estaría genial que vinieras a las siete, si estás libre. No voy a estar fuera mucho tiempo. —Aunque, si de todas formas iba a pagar a una canguro y a ponerme guapa, a lo mejor podría tomarme la noche libre—. Hasta las once como tarde —añadí—. Sé que te estoy avisando a última hora, pero puedo pagarte el doble de lo habitual. —De la cuenta de PayPal de Steven. La contraseña seguía siendo la misma. La había estado reservando para una urgencia, pero con el día que había tenido estaba bastante segura de que la necesidad de tomarme una copa cumplía los requisitos—. Si no puedes —o no quería—, lo entiendo perfectamente. A lo mejor puedo llevar a los niños a casa de mi hermana. Pero si escuchas este mensaje pronto, llámame y avísame, por favor.

Dejé el teléfono en la mesa y observé la pantalla perder brillo. Entonces lo volví a coger y comprobé las notificaciones mientras recorría la cocina de un lado a otro mordiéndome la uña del pulgar. El vestido negro de Theresa estaba colgado del pomo de la puerta de la despensa. Tenía el escote pronunciado, la cintura entallada y una raja seductora por encima de uno de los muslos, parecía algo que se pondría la heroína de una de mis historias. Seguro que a Theresa le quedaba fabuloso. No había visto ni un solo pantalón de chándal de madre ni ropa interior cómoda entre aquellos montones caóticos de su cuarto.

Desbloqueé el móvil y marqué el número de mi hermana.

—Hola, Finn.

—Hola, George. ¿Esta noche trabajas?

La fuerte pausa que vino después ya fue delatora. Mi hermana

miente fatal. Es una persona muy sincera, más de lo que le conviene. Probablemente por eso es tan buena policía.

—¿Por? —preguntó cauta.

—Necesito dejarte a los niños.

A mi hermana no se le daban bien los niños. Se le daban bien los criminales. Georgia llevaba soltera desde que vino al mundo y, según decía, lo prefería así. Prefería pasar las noches echando puertas abajo y emitiendo órdenes de detención que viendo *Barrio Sésamo* o *Dora, la exploradora*. En realidad, ¿no lo preferiría cualquiera?

—Solo unas horas —le supliqué—. Primero les voy a dar la cena y seguro que Zach cae redondo incluso antes de que te lo lleve. Van a estar casi todo el tiempo dormidos, te lo prometo.

El telediario sonó de fondo a al otro lado de la línea.

—Lo siento, Finn, pero no puedo. ¿No has visto las noticias? El jefe de la mafia rusa en nuestra zona se ha apuntado otro tanto en los juzgados esta mañana. Me esperan esta noche en una reunión para hablar del tema con algunos agentes de la OCN.

La OCN. La unidad de Crimen Organizado y Narcotráfico. Georgia trabajaba en Delitos Violentos.

—Tú no llevas narcotráfico.

—No, pero les hago compañía cuando ahogan las penas en cerveza.

Sonó una sintonía, la reposición de alguna serie policiaca de tarde, de esas que Georgia veía solo para poder echar pestes de todos los detalles de su trabajo en los que los guionistas habían metido la gamba.

—Venga, Georgia. Que tengo una cosa importante.

—¿No puedes llamar a Vero?

—Steven la despidió esta mañana y ella ni siquiera me responde a las llamadas. No tengo a nadie más. Y necesito hacerlo. —¿Hacer qué? ¿Qué demonios iba a hacer? Joder, ¿de verdad iba a hacerlo? Que sí, coño, claro que iba a hacerlo—. Necesito investigar una cosa para un proyecto en el que estoy trabajando y no me puedo llevar a los niños.

—¿Y tus amigos? ¿No te pueden echar una mano?

—Con ellos no tengo tanta confianza.

Me clavé los dedos en la sien, pensando en las pocas personas a las que podía llamar. A Steven nunca le habían caído bien mis amigos. Quizá porque a ellos nunca les cayó bien él. Y, con el paso de los años, conscientemente o no, me fui alejando. Elegí a Steven antes que a ellos y, cuando nos divorciamos, sus amigos lo eligieron a él.

Georgia silenció la televisión que sonaba al fondo y maldijo por lo bajo.

—¿No hay ningún canguro en tu barrio que pueda echarles un ojo?

Claro. La tía Amy, ¿no?

—¡El que me hacía de canguro acaba de contratar a un abogado para reclamar la custodia de mis hijos y ha despedido a la niñera! Así que no, Georgia, no tengo a nadie más que les pueda echar un ojo.

Soltó tal suspiro que podría haber tumbado las puertas de un laboratorio de metanfetaminas.

—Vale. Pero solo unas horas. Si a las diez no has vuelto, dicto una orden de busca y captura y organizo un dispositivo de búsqueda.

Me apresuré a darle las gracias y a colgar antes de que pudiera cambiar de opinión. Metí corriendo una bandeja de *nuggets* de pollo en el horno, bañé a los niños, les di la cena y, una vez que le puse un pañal limpio a Zach, subí a toda prisa a prepararme. Al tiempo que soplaba para quitarle el polvo a un viejo bolso negro con piedrecitas bordadas y lo llenaba con la peluca-pañuelo y algo de maquillaje, me pregunté cómo sería Harris Mickler de puertas adentro. ¿Qué clase de secretos esconderían Patricia y él en su armario? ¿Era tan grave lo que había hecho Harris como para llegar a pagar cincuenta mil por deshacerse de él?

Capítulo 7

Yo he salido por bastantes bares. Bares universitarios, garitos, bares de lujo a los que iba con Steven cuando quería agasajar a los clientes, bares de polis con Georgia, bares de ambiente (también con Georgia) y bares de alterne y mala muerte en las zonas no tan agradables de la ciudad en aras de la investigación para un libro del que probablemente nunca habréis oído hablar. Pero daba igual que hubiera pisado cientos de bares, que siempre me perturbaba entrar sola en uno. Detestaba sentir cada mirada desviarse hacia mí para saber quién había cruzado la puerta.

O peor: cuando nadie se molestaba en mirarme.

The Lush estaba a rebosar de trajes con corbata y vestiditos negros, y nadie parecía darse cuenta ni preocuparse por si alguien más accedía al local. Me aseguré de que mi peluca-pañuelo estuviera fija en su sitio y me bajé las gafas de talla grande sobre el puente de la nariz para que mis ojos se acostumbraran a la escasa luz del lugar. La barra de latón y madera de cerezo que había en mitad del bar estaba decorada con botellas de colores y cristal grabado retroiluminado, y rematada por unos camareros jóvenes desmesuradamente atractivos que probablemente se pasaban la jornada haciendo circular sus retratos de estudio y ojeando por Internet anuncios de *casting* en Washington D. C. Atravesé el local, metiendo codo y rodeando mesas altas y conversaciones muy íntimas, y finalmente logré coger el último taburete que quedaba libre, al final de la barra. Hice el ademán de colgar en el respaldo la correa del bolso del bebé, hasta que me di cuenta de que lo había dejado en casa de Georgia con los niños. En cambio, puse el bolso delante de mí, sobre el mostrador, algo incómoda por sentirme tan ligera sin mi equipaje habitual, como si me hubiera olvidado algo importante en casa. Aparte del carné de identidad, no llevaba más que una barra de labios burdeos, los veinte dólares de Steven, el móvil y el pedazo de papel arrugado que me había dado la mujer de Harris Mickler.

Inspeccioné la cara de los hombres que había en las mesas. Luego, la de las mujeres. A todos les encontraba cierto parecido a Steven y Theresa, pero estaba casi segura de que no conocía a nadie. Me retiré las gafas y las metí dentro del bolso de mano. Pensé en pedirme una cerveza, pero el sitio no tenía pinta de servir Budweiser. Así pues, pedí

un *vodka tonic* y mientras lo sorbía eché un vistazo por el bar en busca de Harris Mickler. Estatura media, complexión media, pelo castaño y algo canoso en las sienes. Sus ojos, algo pequeños para su cara, se estrechaban al sonreír hasta convertirse en dos rayas profundas. No vi a nadie que se le asemejara en todo el local, así que cuando pasó el camarero levanté un dedo para llamar su atención. Se inclinó sobre la barra, con las palmas de las manos apoyadas, ladeando la cabeza para oírme mejor entre todo el bullicio y la cháchara.

—¿Por dónde suele ponerse la gente de empresa? —le pregunté.

El camarero me miró de reojo el dedo anular de la mano izquierda, desprovisto de anillo y, con una sonrisa sagaz, apuntó con la barbilla a un grupo ruidoso de hombres y mujeres que reían en torno a unas cuantas mesas altas.

—Los que trabajan en inmobiliarias suelen hacer un corrillo por ahí. —Luego inclinó la cabeza hacia el grupo de al lado—. Los de banca e hipotecas no se van muy lejos. —Colocó el pulgar sobre su hombro en dirección a un grupo muy animado que se hallaba en el otro extremo de la barra—. Los emprendedores, los de los esquemas piramidales y los que trabajan desde casa —dijo haciendo un gesto de molestia con la ceja que insinuaba la razón por la que había escogido este lado de la barra—. Los ejecutivos de alto *standing* suelen elegir los reservados del fondo. —Sacó un vaso de debajo del mostrador y dejó vagar la mirada por mi cuerpo—. Tú no pareces su tipo.

Clavé el removedor en la lima y apuré los últimos sorbos de mi copa.

—Y tú no pareces tener edad para servir alcohol.

—¡Au! —exclamó riéndose. Se mordió el labio y me observó con interés renovado—. Me refería a que no pareces estereotípica ni estirada.

Le di vueltas al hielo de mi vaso.

—Mmmm…, estereotípica. ¿Esa palabra os entra en la prueba de acceso a la universidad?

Nuestros dedos se rozaron cuando él tomó mi vaso, ya vacío.

—A la Facultad de Derecho, concretamente. —Se detuvo un momento, juzgando mi reacción antes de cambiarme el vaso por uno nuevo. Ni me había dado cuenta de que había estado preparándome otro—. ¿Cómo te llamas?

Chupé un gajo de lima mientras sopesaba mi respuesta. Qué demonios. ¿Por qué no?

—Theresa —dije tendiendo una mano.

—Yo Julian.

Estrechaba bien la mano. Nada de hacer gala de testosterona para

reafirmar su dominio sobre mí ni una leve insinuación de que menospreciara el mío.

—¿Y qué quieres estudiar, Julian?

—Estudio Derecho —me corrigió. Si le había ofendido, no se le notó—. Voy a la George Mason. Estoy en tercero de Derecho Penal.

Levanté una ceja con expresión de cinismo.

—¿Los fiscales no son también estereotipados y estirados?

Se echó la bayeta al hombro.

—Yo es que no aspiro a tanto. Creo que al mundo le vendrían bien unos buenos abogados de oficio. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

Bebí sin prisa de la copa, dejando que el hielo chocara contra mis dientes mientras pensaba qué decir. Me había empeñado en no contarles a los desconocidos con qué me ganaba la vida porque la conversación siempre se volvía rara. E inolvidable. Bajé la vista al vestido de Theresa y retiré del tejido una pelusa de algodón.

—Gestión inmobiliaria.

—Suena aburridísimo.

Solté una risa ahogada.

—Ni te imaginas.

—No me malinterpretes —dijo con cierta cautela—, pero tampoco pareces una de las que trabajan en inmobiliarias.

—¿En serio? —Era chulito pero entrañable, y puede que fuera por el segundo *vodka tonic,* pero su sonrisa cada vez me gustaba más—. Entonces, ¿de cuáles soy?

Julian me examinó mientras sacaba brillo a un vaso.

—De las de cerveza fría y *pizza* a domicilio. Mejor descalza, con vaqueros y una camiseta ancha y desteñida.

Sentí la sangre subírseme a las mejillas, sorprendida por lo acertado que había sido y porque no me molestara su franqueza. Ni la manera en la que me miraba. Me acabé lo que quedaba del *vodka tonic* mientras repasaba las diferencias entre Theresa y yo, preguntándome si a Steven le apeteció alguna vez lo de la *pizza* a domicilio o si sus gustos siempre habían sido de alto *standing* y fui demasiado torpe al no darme cuenta.

—Una pena que no te interese el derecho de familia. Al mundo también le vendrían bien unos cuantos abogados matrimonialistas que fueran honestos.

Dejé el billete de veinte sobre el mostrador y me bajé del taburete. Tenía que ir a hacer pis y los aseos probablemente estaban al fondo del bar, cerca de los reservados que Julian habían mencionado. Podría echar un vistazo de camino. Solo por curiosidad.

—Oye —dijo Julian cubriéndome una mano con la suya antes de

que me alejara—. Mi turno acaba dentro de una hora. Si quieres esperarme por aquí, podemos ir luego a pillar algo de comer.

Un rizo color miel le caía encima del ojo y su sonrisa estaba perfectamente desalineada. No miento si digo que me tomé unos segundos para pensármelo.

—Gracias. —Deslicé los veinte dólares hacia él. Tenía que recoger a los niños antes de que mi hermana mandase todos los coches patrulla de la ciudad a localizarme y lo último que necesitaba era que me encontraran llena de *pepperoni* en la parte trasera de mi monovolumen con un universitario cazamaduritas—. Pero no voy vestida para la ocasión.

Forzó el labio inferior para contener una sonrisa.

Le di las gracias y me encaminé hacia el fondo del bar, por lo que le dejé claro que, por muy tentadora que fuera su propuesta, mis planes de esa noche no habían cambiado. Así que me dispuse a encontrar el aseo de mujeres. Y quizá a Harris Mickler.

Los reservados que había tras la barra eran privados, con asientos de cuero negro, respaldos altos de madera y una iluminación cálida y tenue que me hacía parecer la mayor perturbada del mundo al intentar mirar en cada uno de ellos mientras caminaba tambaleándome en unos tacones que hacía años que no me ponía. Se me había formado una ampolla en el sitio donde la tira del zapato se metía por debajo de la articulación del dedo gordo derecho, y los dos *vodka tonic* que me acababa de pimplar con el estómago vacío no estaban facilitándome el trayecto. Sentí que me escoraba levemente hacia un lado al escabullirme por el estrecho pasillo que había entre los reservados, en dirección al letrero de los aseos. Sonó un teléfono cuando me acercaba al último.

—¿Me disculpas? —dijo un hombre—. Tengo que cogerlo.

El hombre salió del reservado sin levantar la vista del móvil, casi arrollándome al dirigirse con paso airado hacia la barra.

—Soy Harris —dijo al teléfono en voz baja mientras se rozaba conmigo al pasar.

«Harris». Apoyé una mano en el respaldo del reservado más próximo para no perder el equilibrio a la vez que me giraba para vislumbrarlo otra vez. La pareja que estaba sentada a mi lado me miraba con curiosidad, así que me doblé sobre mí misma y fingí que me ajustaba la tira de los tacones al tiempo que una mujer abandonaba el reservado de Harris Mickler. Sus tacones altos resonaron por el vestíbulo y desaparecieron en el aseo de mujeres. Aguardé un momento, tratando de escuchar la conversación que

Harris estaba manteniendo unos metros más allá, pero pronto acabó y se metió el móvil en el bolsillo. Tras hacerle una seña al camarero más cercano, pidió dos copas de champán y regresó a su asiento. Me fui corriendo al baño, sorprendida por lo acelerado que tenía el pulso, y me encerré en un cubículo vacío.

¿Qué estaba haciendo? Esto era patético. Yo era patética. Harris Mickler le estaba siendo infiel a su mujer. ¿Y? Montones de hombres lo han hecho, hasta mi propio marido. Por mucho que lo odiara, nunca se me ocurriría matarlo. Ni por cincuenta mil dólares. Sin embargo, aquí estaba, espiando a alguien que ni siquiera conocía.

Alivié mi vejiga tan rápido como pude, me lavé las manos y abrí el bolso para volver a aplicarme el pintalabios, pero me detuve al ver la nota de Patricia Mickler arrugada en el fondo del bolso. Debía tirarla por el váter en ese mismo momento. Debía hacerla trizas y tirarla por el desagüe del lavabo.

El pestillo del cubículo que estaba a mi espalda chasqueó al abrirse y cerré de inmediato el bolso.

La acompañante de Harris Mickler se inclinó sobre su móvil; la melena larga y rubia le colgaba como unas cortinas a ambos lados de la cara y sobre los hombros de su traje gris paloma. Me puse otra capa de la barra de labios mientras la observaba por el espejo marcar un número y llevarse el teléfono a la oreja. Un anillo de diamantes impresionante relucía en el cuarto dedo de su mano izquierda, flanqueado por una alianza con brillantes engastados.

—Hola, churri —gorjeó la mujer al teléfono cuando yo volvía a meter el pintalabios en el bolso.

A lo mejor era una de las compañeras de trabajo de Harris, me dije. A lo mejor solo acababan de cerrar un acuerdo importante y habían venido a celebrarlo.

—Lo siento, amor —dijo—. Tengo una reunión con un cliente. Está durando más de lo que pensaba. Hay sobras en el frigo y en la encimera está la medicina de Katie para la alergia. ¿Te importaría acostar tú a los niños?

Vale, sin duda Harris le estaba poniendo los cuernos a su mujer. Con una mujer casada.

Pues vaya historia. Puede que se mereciera sufrir un cuadro agudo de gonorrea, y si pegaba a su mujer sin duda se merecía ir a la cárcel, pero hasta ese momento no veía nada que me indicara que Harris Mickler mereciese la muerte. Me ajusté la peluca-pañuelo en el espejo y miré la hora en el móvil. Era temprano. Aún podía comprar con la cuenta de Steven algo de comida china para llevar, acercarle la cena a Georgia y olvidarme de…

La acompañante de Harris Mickler se apoyó en el lavabo y elevó la voz.

—¡Es un cliente importante, Marty! ¿Qué quieres que haga?

Me escapé del baño y la puerta se cerró, lo que silenció su acalorada discusión. Volvía deprisa por el pasillo hasta el bar justo cuando el camarero dejó frente a Harris Mickler dos copas burbujeantes de champán. Capté el destello de la manga blanca e impoluta de Harris al poner un billete doblado en la mano del camarero. Cuando este se giró, de la palma de Harris se deslizó algo hacia el interior de una de las bebidas. La pastilla blanca brillaba entre las burbujas doradas, bailando con efervescencia hasta el fondo de la copa estrecha.

Cabizbaja, pasé veloz por delante del reservado de Harris y me coloqué sigilosamente en un espacio vacío de la barra. El ángulo era demasiado cerrado para poder verle la cara, pero estaba lo suficientemente cerca como para divisar su brazo girando la copa. Apenas me percaté de que el camarero se había parado delante de mí para tomarme nota. El caso es que ya no me quedaba suelto, así que estiré el cuello para, por encima de su hombro, observar a Harris cambiar de posición las copas de champán.

El camarero ladeó el cuerpo para invadir mi campo de visión. Julian me sonrió cuando nuestras miradas se encontraron. Disimuladamente, intenté echar vistazos a la puerta del aseo que estaba al final del vestíbulo. La mujer volvería en cualquier momento. ¿Qué hacía? ¿Decírselo a Julian? ¿Pedirle que se lanzara sobre la mesa? ¿Que fuera a buscar a la mujer del baño y le dijera lo que había visto hacer a Harris? Cualquiera de esas opciones me convertirían en testigo. Tendría que esperar allí a que viniera la policía y me tomara declaración. Me preguntarían quién era y qué estaba haciendo allí. Tendría que explicarles por qué llevaba una peluca y un vestido robado y por qué había dicho que me llamaba Theresa. Y tendría que explicarles por qué era el objetivo de un dispositivo policial de búsqueda y captura, porque para entonces ya no habría podido recoger a mis hijos de la casa de mi hermana.

«Georgia», pensé.

Georgia era policía. Si Georgia estuviera allí, ¿qué haría? Cada supuesto que se me ocurría implicaba el uso de un arma reglamentaria o de esposas, o cierto conocimiento de *jiu-jitsu*. Y yo no tenía nada de eso.

—¿Cambio de planes? —preguntó Julian ladeando la cabeza con curiosidad.

—Tal vez —solté antes de que me arrepintiera.

Su sonrisa se ensanchó un poco.

—¿Quieres una copa mientras esperas?

Esta era la parte de la historia en la que la heroína tenía que pensar con rapidez. ¿Qué haría la heroína de mi historia? Desde luego, llamar a la policía cuando llevas escondido en el bolso el pagaré de un asesinato no.

—¿Un *bloody mary*?

Levantó una ceja al oír el cóctel que había elegido, pero no rechistó. Contemplé la puerta del baño mientras Julian vertía tomate y *vodka* sobre hielo, tras lo que colocó una rama de apio en el vaso.

—Gracias —dije quitándoselo de la mano antes de que tocara el mostrador—. Ahora vuelvo.

Retomé deprisa mi camino hacia el oscuro vestíbulo que llevaba a los aseos y abrí la puerta de golpe, aliviada de encontrar a la acompañante de Harris inclinada hacia el espejo mientras se retocaba el colorete.

Respiré profundo y recé por que la mujer no tuviera un permiso para portar armas ocultas. Entonces, fingí que me tropezaba y derramé el contenido de mi copa sobre la espalda de su traje, empapándola de zumo de tomate.

La columna vertebral se le puso tiesa cuando el líquido helado le caló su falda gris claro.

—¡Ay! ¡Ay, no! ¡Lo siento, lo siento! —Dejé el vaso vacío en el lavabo e hice una bola con el papel secamanos del dispensador.

Frenó a manotadas mis torpes intentos de limpiar el desastre y se giró con una mirada de indignación para ver los daños en el espejo.

—¡Me has calado entera!

«Podría haber sido mucho peor».

Se pasó un dedo por la espalda, pero no logró alcanzar la peor parte de la mancha.

—Agua con gas —dije volviendo hacia la puerta—. Necesitamos mucha agua con gas. Quédate aquí. No te muevas. Sé perfectamente lo que hay que hacer.

Abrí la puerta lo suficiente para asomarme a escondidas.

Harris levantó la cabeza cuando salí del baño. Se le borró la sonrisa en el momento en que me paré delante de su reservado. El corazón me martilleaba el pecho. Era ahora o nunca.

—¿Harris? ¿Harris Mickler? ¿Eres tú?

La cara le palideció y se puso a lanzar miradas de pánico a las mesas de nuestro alrededor.

—Eh…, no. No estoy… —Sus ojos volvieron rápidamente a la puerta del baño—. Disculpe —dijo entre confundido y molesto—, ¿nos

conocemos?

—¡Harris! —dije dándole palmaditas en el brazo—. Nos conocimos en aquella fiesta… Sí, hombre, en eso de Navidad de hace unos años. —Despacio, Finlay. Muy despacio. Me habría dado de tortas a mí misma por pasarme de la raya si no fuera porque aquello tampoco habría mejorado la situación—. Bueno, ¡levántate y dame un abrazo, pedazo de idiota!

Le agarré la mano, prácticamente sacándolo a rastras del reservado, y me eché encima de él como si nos conociéramos desde el instituto. Él permaneció rígido, con las manos muertas a los lados, mientras le rodeaba con un brazo. El otro lo alargué para alcanzar la copa de champán más cercana, pero estaba demasiado lejos. Harris me apartó poco a poco tomándome por los hombros, mascullando que debía de haberme confundido. Lo apreté más fuerte y me incliné sobre él, decidida a alcanzar la copa.

Seguía estando lejos.

—¡Oye! —exclamó cuando su cuerpo dio contra la mesa—. ¿Qué estás…?

Bajé la mano hasta su culo. Harris se calló y su mirada bizca se ensanchó con sorpresa cuando le di un estrujón. Ay, Dios. ¿Qué estaba haciendo?

—Ah, sí —dijo con repentina curiosidad mientras los dedos de mi otra mano se acercaban a la copa de champán—. Claro que me acuerdo. —Algo duro empezó a presionarme la tripa y estaba casi segura de que no era la hebilla de su cinturón. Menudo asqueroso. Con un gesto rápido, deslicé las copas por la mesa hasta lograr intercambiarlas. Después me dejé caer al interior del reservado, ansiosa por poner una barrera entre ambos, y me agencié la más cercana.

—¿Te importa que me quede?

Harris hizo una maniobra engorrosa para llegar al banco y se sentó, con la mirada inquieta y pegada a la puerta del baño detrás de nosotros.

—Eh… No sé si…

Me incliné la copa sobre los labios y me bebí la mitad de un trago. Eso no estaba lo suficientemente fuerte como para quitarme el asco que sentía por lo que acababa de hacer, pero la expresión de conmoción que apareció en la cara de Harris lo compensó.

Jugueteé con la copa entre los dedos.

—No estabas esperando a nadie, ¿verdad? —Me incorporé llevándome una mano al pecho—. ¡Ay, no! Espero que no fuera la pobre mujer del baño. Estaba discutiendo por teléfono con alguien;

debía de ser su marido. Estaba muy enfadada. La he visto salir por la puerta de atrás.

Harris puso cara larga. Frunció el ceño, alcanzó su copa y se la bebió, mirando distraídamente hacia la salida de emergencia del final del pasillo, donde estaban los aseos.

«Uh, mierda», pensé mientras la nuez se le movía con el último trago. ¿Cuánto tardaban estas cosas en hacer efecto? Posé la copa. Mis labios habían dejado una marca roja y nítida en el borde del cristal y las huellas de mis dedos moteaban el tallo. Si se desmayaba allí y en el hospital le hacían una prueba de toxicología, la cosa se me pondría muy muy fea.

—Oye, Harris —dije lanzando miradas inquietas a los reservados de nuestro alrededor—. ¿Qué te parece si nos vamos de aquí? A un lugar más… íntimo.

Apunté con la barbilla hacia la puerta a la que había estado mirando y sentí alivio al ver una sonrisa perversa ensanchándosele en la cara. Había aparcado detrás de los contenedores del fondo, lo más lejos posible de la entrada delantera y las ventanas. Su dirección estaba escrita en la nota de Patricia, en mi bolso. Si llegábamos hasta el coche, podría llevarlo a su casa para que durmiera la mona. Luego quemaría la nota y me olvidaría de todo lo que había pasado.

Harris paró al camarero levantando un dedo.

—La cuenta, por favor.

Mientras esperábamos, se aflojó el nudo de la corbata y pude advertir cómo la línea del pelo le brillaba a causa de la transpiración y las mejillas se le tensaban.

—Entonces, ¿cómo has dicho que nos conocimos?

—¡Ah! Eh… —Hurgué entre mis recuerdos de sus perfiles en redes sociales, pero tenía la mente paralizada del miedo. No era capaz de recordar el nombre de ninguno de los grupos de los que era miembro —. Estábamos en eso de… Sí, hombre… Aquel evento con el grupo ese del norte de Virginia… —dije haciendo un gesto de desdén con la mano—, el de finanzas. —Reduje el tono de la voz a un susurro de complicidad, con la esperanza de que él rellenara los huecos—. Ese que se llama…

—¿Trabajas para Feliks?

Disparó miradas inquietas por el salón.

—¡Sí! —dije dando una palmada—. De eso nos conocemos, justo. Yo trabajo para Feliks —repetí distraídamente con la mirada pegada a la puerta del aseo de mujeres, deseando con todas mis fuerzas que la acompañante de Harris no saliera.

—Ah —dijo frotándose el esternón como si le estuvieran dando

ardores. Parecía que tenía el estómago un poco revuelto—. ¿Y qué haces exactamente para él?

Mi pierna se meneó debajo de la mesa.

—Ah, pues ya sabes, un poco de todo.

Harris parecía sacudirse telarañas de la cabeza; tenía la mirada cada vez más apagada y perdida. Le di una patada por debajo de la mesa.

—¡Oye, no te duermas! —dije animadamente.

Estiré el cuello buscando al camarero. ¿Cuánto se tardaba en traer la dichosa cuenta?

—El champán ese estaba bastante fuerte —dijo mientras la cabeza le bailaba sobre los hombros—. Me noto un poco… raro. —Hablaba más despacio, con los labios fundidos en un gesto propio de la embriaguez. Parpadeó como si le pesaran las pestañas—. ¿Cómo te llamabas?

—Theresa.

—Eso, Theresa —dijo cuando el camarero apareció por fin con una bandeja llena de bebidas que logró mantener en equilibro mientras deslizaba sobre la mesa una funda de cuero con la cuenta y desaparecía otra vez.

Harris hundió aún más la barbilla y yo agradecí que el camarero no se hubiera parado a charlar.

—Vámonos, Harris.

Me levanté y, comprobando que nadie nos miraba, tiré de él para ponerlo en pie. The Lush estaba de bote en bote, por lo que había demasiados cuerpos apelotonados como para que alguien se percatara de lo que estaba haciendo y además Julian estaba ocupado sirviendo copas tras la barra. Harris se apoyó en mí mientras le cogía la cartera del bolsillo trasero, sacaba un billete de cien y lo dejaba en la mesa para cubrir el importe de la cuenta. Tras enroscar su brazo alrededor de mi hombro, lo conduje con torpeza por el vestíbulo trasero en dirección al cartel de salida iluminado y abrí la puerta lo suficiente como para poder pasar los dos juntos.

Para cuando llegamos al aparcamiento, el peso de Harris había aumentado considerablemente. Los tacones me hacían tambalearme y la cabeza se le caía hacia mi hombro. Empleé más fuerza para lograr levantarlo y me dirigí hacia el contenedor a paso lento y oscilante, en dirección a la sombra que era mi monovolumen. En el aparcamiento del personal reinaban el silencio y la oscuridad, así que apoyé a Harris contra el panel lateral y lo sujeté con mi cuerpo para evitar que se cayera hacia adelante mientras yo trataba de encontrar las llaves de mi coche en el bolso. Sus manos me recorrieron el cuerpo, impacientes

y babosas. Una me palpó por debajo del vestido y retrocedí cuando empezó a introducir su lengua húmeda en mi oreja.

—¡Ay, Harris! —Me aparté de su boca, con la voz impregnada de un fuerte sarcasmo, mientras me sobaba—. Eres un travieso, ¿eh? —Tanteé con el llavero y la puerta corrediza se abrió, lo que casi tira a Harris al suelo. Lo sostuve con firmeza mientras se dejaba caer como una plancha sobre el suelo del coche, delante de la silla de Zach, y un mazacote de galletitas saladas y zumo de manzana se le quedó pegado en la espalda del traje caro cuando lo empujé hacia atrás, prometiéndole a la vez que pasaríamos un buen rato si se tumbaba al fondo como un niño bueno. Me gruñó al oído cuando lo metí dándole golpecitos mientras balbuceaba todas las cosas que me iba a hacer si me echaba ahí dentro con él, la mayoría de las cuales me provocaron un escalofrío de repugnancia y habrían justificado que finalmente aceptara la oferta de Patricia. Luego, al fin, cayó en un sueño profundo.

Metí a presión los pies de Harris en el monovolumen y cerré la puerta corrediza. Unos perros ladraron cerca y me asomé al aparcamiento iluminado de al lado, rodeando el contenedor y rezando por que nadie hubiera visto lo que había hecho. Una pareja entró en el bar cogida del brazo. Un grupo de mujeres se arrimaban unas a otras en corrillo mientras fumaban delante de la entrada, pero no miraron hacia donde yo estaba. Los ladridos de los perros se perdieron a lo lejos.

Hurgué en el bolso para coger el móvil mientras corría hasta la puerta del conductor. Primero debía llamar a Patricia. Asegurarme de que estaba en casa. Luego le explicaría la conversación que había escuchado en el Panera y arreglaría todo este malentendido.

—¡Theresa!

Me agarroté al oír una voz serena cruzar el aparcamiento.

Me di la vuelta de un golpe y vi a Julian atravesar la explanada hacia mí, con una sonrisa desenfadada y dándoles vueltas en un dedo a las llaves de su coche. Los dos primeros botones de su camisa estaban desabrochados y llevaba las mangas enrolladas hasta los codos, señal de que acababa de terminar su turno de noche.

—Esperaba que no te hubieras ido.

Se apoyó contra el lateral del monovolumen y en silencio di gracias a Dios por la oscuridad que había en el aparcamiento. Y a Dodge, por fabricar sus coches con los cristales de las ventanillas traseras tintados.

—Lo… Lo siento mucho —tartamudeé presionándome la frente con los dedos e intentando improvisar una disculpa—. En absoluto quería hacer una bomba de humo. Y no era mi intención marcharme sin

pagar la última copa. Es que…

—Oye, oye, oye —dijo amablemente, irguiéndose y retrocediendo un paso con las manos arriba—. No tienes que disculparte. No me debes nada.

—Pero el *bloody mary*…

—Está más que pagado con la propina que has dejado —dijo guardando una distancia cómoda entre los dos—. Solo quería asegurarme de que te encontrabas bien para volver a casa. Puedo pedirte un taxi —añadió dejando claro que no se trataba de una insinuación—, si prefieres que te lleven.

—Gracias, estoy bien.

Apreté los labios para evitar irme de la lengua y hablar demasiado. Ni de lejos estaba bien. Tenía un pervertido en estado inconsciente metido en la parte trasera de mi monovolumen y en el bolso llevaba un pagaré escrito por la mujer que quería que lo matara. E iba a llegar tarde a casa de mi hermana para recoger a mis hijos, lo que significaba que no iba a tardar en ponerse a buscarme. Desbloqueé la pantalla del móvil, sorprendida porque Georgia no estuviera ya reventándolo a llamadas.

—¿Me dejas ver tu móvil un momento? —me preguntó Julian.

Se lo di. Tenía algo que desarmaba. Puede que fuera la suavidad de su voz o la preocupación sincera de su mirada. Abrió la agenda de contactos y grabó su número.

—Por si acaso lo necesitas —dijo, devolviéndomelo, y encajó las manos en los bolsillos—. O…, bueno…, por si cambias de opinión y te animas a salir conmigo un día.

Retrocedió alejándose de mi coche, con la silueta de su cintura estrecha recortada por la farola que estaba a su espalda. En contraste con el cielo oscurecido se le adivinaba una buena figura, y una parte no tan pequeña de mí deseó haber pasado más tiempo con él en la barra, a pesar de que era demasiado mayor para él.

—Tengo hijos —elevé la voz para que me oyera—. Dos.

La luz de la farola captó su sonrisa.

—No tengo nada en contra de los monovolúmenes.

Me costó contener una carcajada de sorpresa mientras le observaba marcharse. ¿Qué leches estaba pasando? ¿Cómo es que mi vida era esto? Me subí al asiento del conductor y fijé la mirada en su número. Si la noche terminaba sin que me detuviera una patrulla de tráfico —o peor: mi hermana—, a lo mejor un día lo llamaba.

Con un suspiro profundo, extraje la nota arrugada del bolso y marqué el número de Patricia. Mientras oía los tonos a través del *bluetooth*, me incorporé al tráfico en dirección a la ubicación nada

precisa de la casa de los Mickler. Patricia por fin respondió.

—¿Ha terminado?

—¿Está en casa?

Tras una pausa, contestó:

—Sí.

—¿Está sola?

—Sí.

—Menos mal. —Tomé un paquete de chicles de dentro del apoyabrazos. La boca me olía como una tienda de licores—. Su marido ha intentado drogar a una mujer en el bar. Le he… Se ha drogado a sí mismo sin querer. Lo tengo en el coche y se lo estoy llevando a casa —dije sintiendo una conexión extraña con esa mujer a la que apenas conocía. Y una demasiado cercana con su marido.

Me cambié al carril de la derecha del todo, manteniéndome por debajo del límite de velocidad indicado.

—¡No! ¡Cómo lo va a traer aquí! —Comenzó a protestar enérgicamente—. Tiene que deshacerse de él. No le voy a pagar nada hasta que se deshaga de él como usted dijo…: ¡discretamente!

—Yo en ningún momento dije que fuera a hacer nada. Usted malinterpretó una conversación. —Un Audi se me cruzó para dirigirse zumbando hacia el desnivel que llevaba a la autovía de peaje. Me eché sobre el claxon, sintiendo una descarga de adrenalina, a la vez que buscaba destellos de luces en los retrovisores. Aliviada, no encontré ninguna—. Mire, solo porque sea un capullo y un perturbado no se merece…

—¿Tiene su móvil ahí? —preguntó Patricia.

Su pregunta me paró los pies.

—Puede. No lo sé. —Sé que Harris llevaba la cartera. La última vez que le había visto el teléfono, se lo estaba metiendo en el bolsillo superior de la chaqueta—. Creo que sí. ¿Por qué?

—Encuéntrelo. La contraseña es *lechero*. Vaya a la galería. Cuando haya terminado, me llama.

—No pienso ponerme a mir…

La línea se cortó. Aporreé el volante, soltando un taco. ¿Qué debía hacer ahora? Estaba claro que Patricia no iba a abrirme la puerta si me presentaba en su casa. Con la suerte que yo tenía, un vecino me vería soltando a Harris en el jardín y darían parte de mi número de matrícula.

«Mierda». La noche mejoraba por momentos.

Salí de la carretera de peaje para meterme en el aparcamiento de unas oficinas, donde paré el coche. Tras levantar el apoyabrazos, logré llegar hasta el fondo del monovolumen, procurando no empalar a

Harris Mickler con los tacones. «Señoría, el Estado quisiera aportar la siguiente prueba para el caso, el Louis Vuitton de imitación del pie derecho, considerada el arma homicida». Ahogué una risa al preguntarme cómo me defendería Julian, mientras pasaba entre las sillas de seguridad de mis hijos y buscaba el teléfono de Harris en el bolsillo de su chaqueta. La pantalla estaba bloqueada. Tecleé la contraseña con una mueca de asco.

Mi dedo sobrevoló el icono de la galería. Con lo que sabía de Harris Mickler, lo que me aguardaba en esa aplicación iba a ser como mínimo desagradable y en el peor de los casos iba a dejarme bastante huella. O al menos me induciría al vómito. Muy a mi pesar, toqué el icono. Aparecieron un puñado de carpetas con los títulos habituales: FACEBOOK, INSTAGRAM, TWITTER, CAPTURAS DE PANTALLA, CÁMARA…, PRIVADO.

Mirando solo con un ojo, pulsé en la última y me sorprendí cuando vi que no era una colección de porno de muy mal gusto. En cambio, encontré una lista de subcarpetas numeradas. Trece. Todas etiquetadas con nombres: SARAH, LORNA, JENNIFER, AIMEE, MARA, JEANETTE…

Abrí la primera subcarpeta y fui bajando por su contenido, despacio al principio, acercándome la pantalla para sacar algo en claro de esas imágenes, mientras Harris roncaba levemente a mi lado. Por lo que podía ver, era una serie de fotos indiscretas, tomadas desde ángulos inusuales, como si se hubieran hecho a escondidas. Una mujer rubia en la cola de una cafetería. La misma mujer al montarse en su coche. Otra foto de ella al llevar el carro de la compra por el aparcamiento, aunque esta vez se le veía con claridad el rostro. La reconocí. Era la misma mujer a la que yo había mojado con zumo de tomate en el bar.

Harris Mickler era un acosador.

«Si hubiese sido solo una vez, a lo mejor podría entenderlo, pero ha habido otras. Muchas otras».

Cerré esa subcarpeta y abrí la siguiente. El aliento se me atascó en la garganta.

Estas empezaban igual que las anteriores, con decenas de robados. Pero las fotos de las otras doce subcarpetas daban paso a unas más perturbadoras: posados de Harris con aquellas mujeres, aparentemente en una cita, como la que había tenido esa noche. Luego, esas mismas mujeres en diferentes posturas forzadas: desnudas, con los ojos cerrados, con la mirada perdida mientras él las toca, las besa y las viola, y sus brillantes alianzas hechas a medida siempre cuidadosamente recogidas en el encuadre.

La boca me supo a bilis al bajar por las incontables imágenes de las otras doce mujeres a las que había acosado y con las que luego había

tenido una cita durante los últimos dos años y medio, todas ellas ligeramente similares en apariencia y complexión, y me dio asco darme cuenta de que probablemente las había drogado y violado a todas. La última imagen de cada una de las carpetas era una foto asquerosamente íntima con un mensaje escrito en la parte superior.

«O haces lo que te he dicho y eres discreta, o le enseño estas fotos a tu marido y le digo lo que has hecho».

Sentí un mareo al encajar en su sitio las piezas del puzle. Las estaba chantajeando. Chantajeándolas para garantizar su silencio. Harris iba detrás de mujeres casadas con hijos. Mujeres casadas con hombres ricos que gozaban de éxito profesional y de los medios, la posición social y los recursos suficientes para arruinarles la vida. Había tomado a propósito fotos que podían malinterpretarse y hacer pensar que había tenido una cita con sus víctimas, que las relaciones sexuales eran consentidas. Pero en realidad Harris era un acosador enfermo y retorcido que parecía preferir que sus víctimas estuvieran desmayadas en la parte trasera de su coche.

Me encorvé contra los asientos y contemplé el teléfono de Harris. Luego, la nota de Patricia. Patricia tenía razón. No sabía a dónde iba a llevarlo, pero de ninguna manera iba a devolver a ese monstruo a casa de Patricia Mickler.

Capítulo 8

Eran casi las diez cuando paré el coche a trompicones en la entrada de mi garaje.

Y todavía no sabía qué hacer con Harris Mickler.

Me quedé sentada en el monovolumen, con el motor al ralentí, los nudillos blancos sobre el volante mientras la puerta se levantaba recorriendo sus raíles. Los faros se reflectaron contra la tabla de herramientas al meter el coche y proyectaron sombras espeluznantes sobre el interior del garaje.

Esto no estaba bien.

El *kraken* inconsciente que descansaba sobre el suelo del monovolumen no estaba bien.

Debía llamar a Georgia y contárselo todo. Ella sabría qué hacer. Y probablemente no dejaría que nadie me metiera en la cárcel porque entonces estaría condenada a cuidar de mis hijos para siempre.

Salí del coche y mi cuerpo atenuó las luces de los faros al recorrer el estrecho camino entre el parachoques y el banco de trabajo de Steven; el motor murmurante me calentó las piernas cuando me pegué al monovolumen. La noche se había vuelto fría y los gases que emitía el coche se escapaban por la puerta formando nubes densas y blancas en dirección a la casa de la señora Haggerty. Las ventanas de su cocina estaban apagadas y en silencio di gracias al cielo porque la metomentodo del vecindario ya se hubiera acostado.

Abrí de un empujón la puerta que daba a la cocina. La estancia olía a los restos de gofres mojados que había en los platos apilados en el fregadero y el teléfono inalámbrico todavía estaba pegajoso del sirope, sobre la mesa, justo donde lo había dejado. Pulsé la tecla de repetición de llamada y me lo pegué a la oreja, y conté los tonos mientras empujaba ligeramente la parte trasera de la puerta a oscuras, con demasiado miedo como para encender la luz.

—Finn.

Zach lloriqueaba a lo lejos. Me pellizqué el entrecejo. Los llantos de mi hijo eran un lenguaje que había aprendido a entender después de años de ensayo y error y noches en blanco.

—No has conseguido dormirlo, ¿eh?

—No sé qué hago mal —dijo con la respiración un poco entrecortada. Georgia sabía mantener la cabeza fría durante un

secuestro, pero la crisis nerviosa de un niño pequeño obviamente era más de lo que se sentía capaz de gestionar.

—Nada, solo está agotado —le dije clavándome los talones de las manos en los ojos. Era curioso que los gritos de un hijo pudieran silenciar el resto de las cosas que tenemos en la cabeza.

—Entonces, ¿por qué no se duerme?

—Porque tiene dos años. Sigue atentamente mis instrucciones —dije con mi mejor voz de mediador de secuestros con la esperanza de calmar a mi hermana y que no se desconcentrara—. ¿Tienes a mano su mantita?

El ruido de su movimiento fue eclipsado por los aullidos de Zach.

—Sí, tengo su mantita.

—Arrópale con ella y apriétalo contra ti. Luego ponle el chupe en la boca. Sujétalo con un dedo mientras le das palmaditas en la espalda.

—¡Ni que fuera yo un pulpo!

—O puedes dejarle berrear hasta que llegue yo.

—¿Cuánto tardas en llegar?

—Depende.

—¿De qué?

Reposé la frente sobre las rodillas.

—¿Cuánto tarda en despertarse un hombre adulto después de haberse tomado un somnífero?

La pausa de Georgia la puntuaron los quejidos lastimosos de Zach.

—Me he perdido.

—Mi investigación. Estoy trabajando en un libro.

—Creía que tenías que hacer algo importante esta noche.

—Esto es importante. —¿Por qué todo el mundo pensaba que mi trabajo no era importante?— Estoy atascada en un punto de la trama.

—¿Somníferos has dicho? —masculló—. Depende del tamaño del hombre y de lo fuerte que sea la droga. Quizá solo unas horas, o puede que una noche entera. —Oí crujidos a través del teléfono mientras Georgia se peleaba con Zach para rodearlo con la manta, cuyos llantos logró sofocar una vez que le tapó la boca con el chupete. Más crujidos. Zach se sorbía la nariz—. Vale, creo que funciona.

—Entonces, si fueras la heroína de una historia y hubieras drogado a un hombre horrible que ha hecho cosas terribles…

—¿Qué clase de cosas?

—Cosas ilegales.

—¿Hablamos de delitos menores o delitos graves?

—Delitos graves, sin duda. Y pongamos que se ha desmayado en el maletero de tu coche. ¿Qué harías con él?

—¿Puedes demostrar que ha cometido delitos graves?

—¿Eso importa?

—Claro que importa —dijo como si la respuesta fuera obvia—. Si la heroína tiene pruebas, debe soltarlo en comisaría y entregárselas al comisario. Que las autoridades se encarguen.

Levanté la cabeza parpadeando en la penumbra de la cocina. Las fotos del móvil de Harris. Tenía pruebas físicas de que había fotografiado a escondidas y chantajeado a quién sabe cuántas mujeres. Y había sido testigo de cómo había drogado a una de esas mujeres, lo que añadía peso al hecho probable de que hubiera drogado a las otras también, y eso era una prueba de agresión. Podría entregarlo a la policía y darles el teléfono de Harris. Qué leches, podría llevarlo a casa de Georgia y dejarlo allí tanto a él como su teléfono. Yo le explicaría que estaba en un bar, que me di cuenta de que intentaba drogar a alguien y que cambié las copas.

—¿Y yo…? O sea, ¿mi personaje se metería en líos por haberle drogado?

—Depende de las circunstancias. ¿Lo hizo con premeditación? ¿Eran drogas ilegales? Probablemente.

—¿Estaríamos hablando de líos gordos, o más bien pequeños?

—¿Y eso qué importa? Es una novela romántica.

—¡Sí que importa! Quiero ser rigurosa.

Georgia exhaló un suspiro.

—Bueno, creo que, si se entregara, el fiscal sería blando con ella y le propondría un acuerdo.

Me incorporé. Eso era. Podía entregarme a Georgia. Entre detenerme o dejarme libre, sin duda me dejaría libre. La alternativa sería comerse a mis hijos con patatas hasta que alguien me pagara la fianza, y no se los quedaría ni un minuto más de lo estrictamente necesario.

—Bueno, ¿vas a venir a por Zach y Delia ahora que ya hemos resuelto tu problema con la trama?

Zach se había dormido. Oía su tenue respiración de bebé con la nariz congestionada entre el rumor sordo del monovolumen dentro del garaje y los ladridos lejanos de los perros del vecino que vivía al final de la calle.

—Sí —dije—. Voy a preparar las cosas ya. Estoy ahí enseguida.

Georgia colgó. Dejé el teléfono en el suelo. Seguía pegajoso y cubierto de los pelos de Delia. No sé cómo, pero el día había ido de mal en peor. No había avanzado con el libro y la posibilidad de pagar las facturas no estaba más cercana que antes. Y, una vez se archivara el informe policial, el abogado de Steven y Theresa tendría una razón más para retratarme como una madre incompetente. Daría igual que

un monstruo como Harris hubiera acabado en la cárcel y ya no estuviera suelto. Había estado en un bar con una peluca y un vestido robado, gastándome en copas el dinero que mi marido me había dado para la gasolina. Había drogado a un hombre y después lo había secuestrado y encerrado en la parte trasera del vehículo familiar.

O también…

Podría hacer desaparecer a Harris Mickler, rezar por que Patricia no hubiese mentido sobre lo del dinero y confiar en tener la suerte de que no me pillaran.

Me puse en pie y me sacudí unas migas de gofres que tenía pegadas a la espalda. Me llevé los tacones y la peluca-pañuelo al piso de arriba para cambiarme de ropa interior y ponerme algo cómodo, no fuera a ser que al final acabara detenida. Me tomé mi tiempo para quitarme el sabor a bar de los dientes, lavarme la oreja para deshacerme de la saliva de Harris y desmaquillarme. Cuando terminé, me quedé de pie delante del espejo del baño y respiré profundo, preparándome para lo que estaba a punto de hacer. Iba a entregar a Harris Mickler —junto con mi declaración— a mi hermana.

Porque aceptémoslo: no soy precisamente la persona con más suerte del mundo.

Capítulo 9

Los pies me pesaban al bajar los escalones que llevaban a la cocina. Me quedé parada delante de la puerta que daba al garaje, con la frente apoyada contra ella mientras me convencía a mí misma (una vez más) de que eso era lo correcto. Abrí la puerta con resignación. Al otro lado, el aire estaba enrarecido y caliente, y los gases me asestaron un golpe a la garganta. Me tapé con la manga para apartarme el humo de la boca. El rumor del monovolumen resultaba ensordecedor dentro del espacio cerrado y me apresuré a abrir la puerta de la cochera que daba al jardín trasero antes de girar la llave de contacto.

Se hizo el silencio en el garaje. La brisa que soplaba desde fuera era fría y vigorizante y, regañándome por haber dejado el maldito cacharro encendido, me apoyé sobre el capó del monovolumen mientras los gases empezaban a dispersarse. Algo mareada y quizá algo pedo por el champán y los *vodka tonics* que me había bebido con el estómago vacío en el bar, me pareció buena idea esperar unos minutos a que se me despejara la cabeza y a que la cochera se ventilara. Aunque, para ser sincera conmigo misma, en realidad solo estaba posponiendo lo inevitable. Tenía las mismas ganas de entregar a Harris Mickler a mi hermana que de cargármelo. De hecho, no quería tener nada más que ver ni con Patricia ni con…

«Ay… Ay, no».

Me incorporé tambaleándome y noté como los últimos restos de la neblina terminaban de disiparse en mi cabeza.

Había dejado a Harris Mickler dentro del coche.

Corrí hasta el lateral del monovolumen y abrí de un golpe la puerta corredera, sin saber si debía sentirme aliviada o aterrorizada al encontrarlo justo donde lo había dejado.

—¿Harris? —Le agité los pies—. Harris, ¿estás bien?

Pasé por encima del asiento de Zach y me arrodillé a su lado para darle una bofetada en la cara. Como no sucedió nada, le abofeteé más fuerte. Su mejilla estaba un poco caliente, pero también lo estaba mi mano, y estoy casi segura de que el corazón se me paró durante unos treinta segundos. Repetí su nombre, sin tener muy claro qué hacer en caso de que reaccionara. No sabía qué era peor: estar atrapada en la parte trasera de un monovolumen con el cadáver de un violador en serie que yo había secuestrado o estar atrapada en la parte trasera de

un monovolumen con un violador en serie plenamente consciente y muy enfadado que yo había secuestrado.

Presioné con dos dedos el lateral de su cuello y noté… que no había pulso, lo que significaba que, o bien lo estaba haciendo mal, o bien…

«Ay, no, ay, no, ay, no...».

Pegué el oído a su pecho. No se movía nada. Llegué hasta el asiento delantero para coger mi bolso y hurgué en él frenéticamente hasta encontrar los polvos de maquillaje; abrí el espejo que traían y lo coloqué debajo de la nariz de Harris. El cristal no se empañaba, y me dejé caer sobre los talones.

Sin duda, Harris Mickler no estaba bien.

—Mierda.

Una sobriedad repentina hizo que se me aguzara el pensamiento. «¿Qué haría Georgia? ¿Qué haría Georgia?». Georgia me arrestaría. O me metería un tiro. Eso es lo que haría Georgia. Una risa histérica brotó desde dentro de mí. En *shock*. Estaba en *shock*. Era la única explicación.

—Ha sido un accidente. El homicidio involuntario es un cargo menor. No es para tanto, ¿no? —murmuraba para mí misma a la vez que se me aceleraba la respiración—. Solo que no parecerá tan involuntario cuando descubran que lo drogué, me lo traje a casa y luego lo dejé en el garaje con el motor encendido.

O cuando encontraran la nota de su esposa en mi bolso.

—No. ¡No, no, no! ¡No te mueras! —le grité al cuerpo inerte con mi voz de madre más autoritaria. Porque era físicamente imposible que el día empeorara más. Apretada en el espacio que quedaba entre los asientos de mis hijos, me incliné en una postura extraña sobre el cuerpo de Harris. Con bastante asco, le pellizqué la nariz con una mano y le tiré de la barbilla con la otra. Le abrí la mandíbula sin dificultad. La boca le olía a aceitunas con ajo y a salsa de queso, y reprimí el impulso de vomitar. Con los ojos cerrados, pegué la boca a los labios de Harris, que cada vez notaba más fríos, y exhalé tres espiraciones rápidas dentro su boca. Pero era inútil. No había suficiente espacio. No era capaz de encontrar el ángulo adecuado y todo el aire se escapaba por los lados. Parecía que, más que tratando de revivir a un muerto, me lo estaba montando con él, cosa que tampoco distaba mucho de las últimas veces que Steven y yo lo hicimos antes de divorciarnos. Y, visto lo visto, entonces tampoco logré salvar nada.

Salí gateando del monovolumen, le cogí por los brillantes mocasines de piel, hice palanca apoyándome sobre los talones de mis deportivas y tiré. Era como si tuviera el cuerpo de plomo, y el traje

caro se le enganchaba a las fibras de la alfombrilla del suelo y chascaba a causa de la electricidad estática.

—¡Venga, Harris, sádico de los cojones!

Aprovechando mi peso, tuve que tirar tres veces con toda mi fuerza para moverlo. Cuando su trasero sobrepasó la puerta, me eché hacia atrás y volví a tirar de él. Sus nalgas se deslizaron hacia adelante, seguidas del resto del cuerpo, y el cráneo se chocó contra el lateral del coche con un sonoro crac al caer hacia fuera. Hice una mueca de dolor cuando por fin se desplomó con un ruido sordo sobre el hormigón.

Solté los pies de Harris. Las talones de sus zapatos de vestir golpearon el suelo. Me dejé caer de rodillas junto a él, maldiciendo en mi fuero interno mientras mi boca descendía hacia la suya. De pronto, oí detrás de mí:

—¡Ay, mi madre! ¡Disculpe, señora Donovan! No sabía que estaba en casa. He venido a por…

La cabeza me crujió al girarla para descubrir a Vero ahogando un grito.

La niñera de mis hijos estaba parada en el umbral de la puerta de la cocina con una caja de cartón en los brazos. Me limpié los labios con rabia contra el antebrazo. Sus pestañas postizas se abrieron de par en par al ver a Harris y yo me puse en pie con torpeza.

—¡Vero! ¿Qué haces aquí?

—¿Qué hace usted aquí? —me preguntó echando vistazos furtivos al hombre muerto que yacía a mi espalda.

—Tú primero.

Puse los brazos en jarras, tratando de estirarme tan alto como podía para impedir que viera a Harris.

—¿Por qué?

—Porque es mi casa. —Más o menos. En realidad, era la de Steven desde que me la había refinanciado, lo que lo había convertido en mi casero. Pero eso importaba poco en este momento—. ¿Cómo has entrado?

—Con mi llave, por la puerta principal. Como dijo que iba a salir, vine a recoger mis cosas. —Vero se recolocó la caja de cartón sobre la cadera y la camiseta corta que llevaba se le subió hasta las costillas. Siguió asomándose para ver qué había detrás de mí—. ¿Quién es ese?

—¿Quién?

Señaló con la barbilla los pies de Harris.

—¡Ah, él! —Me rasqué el cuello, ya que el sudor me provocaba picores, y me moví para no salirme de su campo de visión—. Es… uno que he conocido en… un bar.

Se inclinó hacia un lado para ver mejor y la boca se le fue abriendo

conforme se acercaba. Su voz se incrementó una octava y se le quebró.

—¿Está muerto?

—¡No! —La sonrisa nerviosa que le dediqué hizo que los músculos de la cara me hicieran cosas raras, así que me presioné una mejilla con la mano y sentí cómo se me acumulaba la sangre—. ¡No digas tonterías! ¿Por qué iba a estar muerto?

—¡Porque parece que está muerto!

Me arriesgué y le eché un vistazo a Harris. Tenía los labios morados y la piel de un tono azul grisáceo muy extraño. «Ay, madre».

Vero se alejó esquivándome y se dirigió hacia la pared.

—¿Sabe qué? No se preocupe. Me voy a ir.

Tocó sobre el botón para abrir la cochera. El motor arrancó, runruneando por encima de nosotras, pero la puerta no se inmutó.

—¡Espera! Todo tiene una explicación.

—No hay nada que explicar —insistió volviendo a golpear el botón, esta vez más fuerte, y lanzando miradas hacia mí y a la puerta del garaje—. No he visto nada. No sé nada. Me da igual ese tío muerto —dijo entre los zumbidos del motor.

—Por favor —le rogué. Vero hundió el pulgar en el botón, echando pestes porque la puerta no se abría—. Vero. —Bajé el tono de la voz, tratando de mantenerlo firme—. Sé lo que debe de parecer todo esto, pero no es lo que piensas. Este hombre no era una buena persona. Hizo cosas muy malas.

—Supongo que no es el único. —Vero retrocedió hacia la cocina, murmurando entre dientes mientras el motor enmudecía y mirando con urgencia a su alrededor, probablemente en busca de un arma—. ¿Sabes qué? Estáis los dos locos. Tú y tu marido.

—¡Mi ex! —le espeté—. ¡Exmarido!

—¡Lo que sea! Tu exmarido. Da igual. ¡Estáis chalados!

Colocó la caja de cartón entre nosotras a modo de escudo. Un mango de acero inoxidable que me resultaba familiar sobresalía de la tapa mal cerrada.

—¡Oye! —Señalé a mi sartén antiadherente favorita—. ¡Eso es mío! ¿Qué haces cogiéndola?

Estiré la mano hacia ella, pero Vero la tomó antes y dejó caer el resto del contenido de la caja al suelo. Se agachó para cogerla y blandió la sartén como una cachiporra.

—Como indemnización —dijo con una actitud que me desafiaba a acercarme a ella.

—¿Te crees con derecho a llevarte el menaje de mi cocina porque mi exmarido te haya despedido?

Intentó asestarme un golpe y salté hacia atrás, casi a punto de

caerme sobre el cuerpo de Harris.

—¡Tu marido no me ha despedido! ¡He dejado yo el trabajo!

—¿Que lo has dejado?

Tanteé el espacio detrás de mí para alcanzar el banco de trabajo y mis dedos palparon la superficie buscando un destornillador o un martillo. Cualquier cosa que me permitiera defenderme de mi sartén favorita. Cerré el puño en torno al mango de la pala rosa de jardinería y la extendí ante mí, caminando hacia atrás por el perímetro del garaje para alejarme de ella.

—¡Pensaba que te gustaban mis hijos!

—¡Y me encantan!

—Pues si te encantan, entonces ¿por qué lo has dejado?

—¡Porque cuando fui a casa de tu ex a por el dinero, me dijo que o me acostaba con él o que dejaba de pagarme!

Mi mano se volvió flácida. La pala de jardín cayó al suelo con un sonido hueco y sordo.

Me empecé a reír, al principio en silencio, luego en alto, con la garganta dolorosamente tensa, solo por no llorar.

—Ay… Ay, eso es muy de Steven. —Me dejé caer sobre el peldaño de madera sin tratar que daba a la cocina—. ¿Sabes qué? Quédate con la dichosa sartén. —La pobre ya había aguantado bastante. Se la merecía. Hundí la cara en las manos, repugnada por el olor a vodka de la boca de Harris Mickler que ahora notaba en mi aliento—. Tienes razón. Estamos los dos chalados.

Vero me contempló de soslayo. Permaneció agachada a una distancia prudente, introduciendo con cuidado lo que quedaba por recoger del contenido de la caja, como si temiera hacer movimientos bruscos. Se levantó despacio, con la caja asida bajo el brazo. No me importaba cuántas cosas mías se estaba llevando. ¿Qué más daba? Iba a perderlo todo de todas formas.

—Qué idiota he sido al creerme capaz de hacer esto —dije mientras Vero caminaba de puntillas hacia la puerta del garaje. La levantó unos centímetros con un brazo, con la caja todavía sujeta con el otro.

Estupendo. Se había roto. Otra cosa más que Steven sabía solucionar y yo no. Y ahora tendría que pagar a un manitas para que me la arreglara.

Negué con la cabeza, añadiendo mentalmente una factura más al montón que había en la entrada.

—Si Steven no se hubiera empeñado en ser tan capullo, nunca me lo habría planteado —me dije—. No habría ido a ese bar ni me habría traído a este perturbado a casa. Pero ¿qué culpa tengo? Por cincuenta mil dólares, cualquiera se lo habría pensado.

La mano de Vero se paralizó. La puerta se quedó abierta a la altura de su rodilla.

—¿Cómo has dicho?

Dejé escapar una risa oscura y desesperada. Vero ya pensaba que estaba chalada. Había un tío muerto en el suelo de mi garaje y ahora estaba hablando sola.

—He dicho que tienes razón. Mi ex es un capullo; siento lo que te ha hecho.

La puerta se cerró de golpe y el estruendo reverberó en las paredes de la cochera. Levanté la cabeza, esperando que Vero se hubiera ido, pero seguía ahí, sosteniendo la caja contra el pecho.

—¿Cómo de malas? —Lanzó una mirada curiosa al cuerpo de Harris. Su cola de caballo se meneó al señalarlo con la barbilla—. Has dicho que hizo cosas malas. ¿Cómo de malas?

—Muy malas.

—¿Equivalentes a cincuenta mil dólares?

Los dedos de Vero agarraron todavía con más fuerza el mango de la sartén cuando me puse de pie despacio. Crucé el garaje hasta llegar al monovolumen y saqué el móvil de Harris de debajo del asiento. Orientándolo hacia ella, abrí su álbum de fotos y extendí el brazo para que lo viera.

—¿Qué es eso?

Dejó la caja en el suelo y apretó la sartén contra su cuerpo para tomar el teléfono de mis manos. Se lo conté todo: la cita con mi agente y la conversación que Patricia Mickler escuchó. La nota que me había dejado y de lo que fui testigo en el bar. Su gesto se torció de horror y asco a partes iguales mientras iba pasando las imágenes.

—Yo no planeé nada de esto —le expliqué—. Solo lo seguí porque tenía curiosidad por saber por qué su mujer quería que muriera. Intenté decirle que se había equivocado de persona, pero entonces lo vi echarle alguna droga en la bebida a esa mujer y lo siguiente que recuerdo es que…

—Lo has matado.

Me estremecí.

—Sin querer.

Me devolvió el teléfono de Harris.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Iba a entregarlo a mi hermana, pero… —Miré a Harris. Había tomado la decisión de entregarlo a Georgia cuando todavía respiraba. Antes de saber que estaba muerto—. Si le explico a la policía que fue un accidente, no será tan grave, ¿verdad? No es como si lo hubiera asesinado. El homicidio involuntario es un cargo menor.

—No lo sé, Finlay. —Vero dejó la sartén en el suelo—. Después de lo de la plastilina, la cosa pinta bastante mal.

Tenía razón. Los cargos que Theresa había presentado contra mí ya eran antecedentes. Nunca tuve intención de hacerle daño —solo a su BMW—, pero en este caso a la policía podría parecerle que había utilizado mi coche para intoxicar a Harris a propósito. Sobre todo después de haberlo espiado, drogado y traído a mi casa.

Inspiré y espiré entrecortadamente mientras reflexionaba sobre qué iba a hacer.

—Delia y Zach ya están en casa de Georgia. Si me entrego y la policía me detiene, ¿la ayudarás con los niños?

Vero asintió curvando sus gruesos labios en la zona de las comisuras.

—Supongo que debería decirle a Patricia que Harris…

Ambas dirigimos la mirada el rostro ceniciento de Harris. Si le contaba todo a la policía, implicaría a Patricia como cómplice de asesinato. Cumpliría condena en prisión conmigo. Lo mínimo que podía hacer era ponerla sobre aviso. Las manos me temblaban cuando saqué el móvil y marqué su número.

—¿Ha terminado? —preguntó con una desesperación que por fin comprendía. Harris era un hombre horrible. Podía entender que lo quisiera muerto.

—Sí, pero creo que ha habido un malentendido. No soy…

—¿Se ha deshecho del cadáver?

—No. Por eso le llamaba. No puedo…

—Tiene que hacerlo —insistió.

—Me voy a entregar a la policía.

—¡Pero cómo se va a entregar!

—No lo comprende. Esto no debería…

—Usted tiene hijos, ¿verdad?

Se me cortó la respiración. Su tono había cambiado en cierta manera, se había endurecido. Una profunda arruga de preocupación se formó entre las cejas de Vero al ver mi cara. Se acercó a mí, atenta a la conversación.

—¿Por qué me lo pregunta?

—El bolso que llevaba hoy en el Panera era para llevar las cosas de un bebé. Llevaba toallitas dentro, las vi. Si ama usted a sus hijos, debe hacer desaparecer el cuerpo de mi marido.

—¿O si no qué? —Vero y yo cruzamos una mirada.

—La policía será lo que menos le preocupe. —Sus palabras me dejaron helada—. Mi marido se relacionaba con gente muy peligrosa. Si descubren lo que hemos hecho, vendrán a por nosotras dos. Nos

encontrarán y nos matarán. Y dará igual que estemos entre rejas. Tienen ojos y oídos por todas partes. Tienen amistades muy bien posicionadas. Usted y sus hijos nunca estarán a salvo de ellos. No pueden enterarse. Nadie puede enterarse. ¿Me entiende?

—¿Qué clase de gente? —pregunté.

—Hágame caso. Es mejor para usted que no lo sepa. —La creía. Me creía el temblor de su voz, que revelaba que temía tanto a esa gente como había temido a su marido. Puede que más—. Deshágase de Harris esta misma noche. Me da igual cómo. Solo debe asegurarse de que nadie lo encuentre nunca. Es la única forma de garantizar nuestra seguridad. No contacte conmigo hasta que lo haya hecho.

La llamada se cortó.

Anonadada, me retiré el móvil de la oreja.

—¿Crees que decía en serio todo eso de… la gente que vendría a por ti? —preguntó Vero con los ojos muy abiertos.

—No lo sé —dije con un hilo de voz.

Pero no estaba segura de querer comprobarlo. No quería poner en riesgo a mis hijos. Ni tampoco mi vida.

Guardamos silencio durante un rato largo.

—Suponiendo que no te pillen, te pagará igualmente, ¿no?

—Supongo.

Vero caminó de un lado a otro del garaje. Tamborileaba los dedos sobre los brazos cruzados, pensativa.

—Y tú sabes de estas cosas, ¿no? O sea, escribes libros sobre estos temas, ¿verdad?

—Sí, pero…

—Así que sabes cómo deshacerte de un cadáver.

Vero se paró. Alzó una ceja finamente depilada al no obtener respuesta. Yo sabía cómo deshacerme de un cadáver en la ficción, pero el que estaba en el suelo de mi cochera era muy pero que muy real.

—Supongo que sí.

La tensión se le soltó de los hombros, como si se hubiera resignado a tomar una decisión.

—En ese caso, el cincuenta por ciento. —Cruzó los brazos sobre el pecho y yo me quedé boquiabierta—. Te ayudo a deshacerte del cadáver y dividimos el dinero. Mitad y mitad.

¿Qué estaba pasando? ¿En serio la canguro de mis hijos me estaba ofreciendo su ayuda para salir impune de un asesinato? Eso sí que no estaba bien.

Poniendo los ojos en blanco de impaciencia, dijo:

—Vale, pero del cuarenta por ciento no bajo. Y quiero que me

vuelvas a contratar. Más un cuarenta por ciento por nuevos clientes.

—¿Nuevos clientes? —farfullé—. ¿A qué te refieres con nuevos clientes?

—No tenemos toda la noche. —Puso los brazos en jarras y tamborileó las uñas sobre su cadera ante mi falta de respuesta—. ¿Lo hacemos juntas o no?

Juntas.

Esto no estaba bien. Nosotras mismas no estábamos bien. Pero *juntas* sonaba muchísimo mejor que hacerlo sola.

Extendió una mano. Los dedos me temblaron al estrechársela; los suyos también. Vero se agachó para devolver la sartén a la caja de cartón. Sacó una botella de *bourbon* sin abrir, desenroscó el tapón y le dio un trago, haciendo una mueca al ofrecérmela.

—Esto es mío y lo sabes —le dije arrebatándole la botella de la mano conforme deslizábamos a la vez la puerta del monovolumen.

—Solo en un sesenta por ciento —contestó.

Le lancé una mirada fulminante mientras bebía de ella.

—Debería venirme a vivir contigo —dijo. Me atraganté y me llené la blusa de *bourbon*—. No te preocupes. Me quedo con el dormitorio pequeño.

Bebí un poco más. Me fue quemando conforme bajaba. Cuando volví a abrir los ojos, Harris Mickler todavía estaba allí, cien por cien muerto; Vero seguía a mi lado, sentada junto a una caja de objetos que había robado de mi casa y que, según mis mejores cálculos, ahora solo eran míos en un sesenta por ciento; y estaba bastante segura de que pasaríamos el cuarenta por ciento de nuestra vida en la cárcel si no encontrábamos la manera de quitarnos a aquel muerto de encima.

Capítulo 10

En la ficción, todo se reduce siempre a la cortina de ducha. El poli experto desmenuza la escena del crimen, busca pruebas e inmediatamente se percata de la ausencia manifiesta de la cortina de ducha. Porque la gente usa cortinas de ducha. Necesitan cortinas de ducha. Y si estáis implicadas en una investigación por homicidio y no tenéis una, ya podéis ir llamando a la policía y cascaros las esposas vosotras mismas.

Por eso yo estaba envolviendo el cuerpo de Harris Mickler en el mejor mantel de seda que tenía.

Fue el regalo de bodas que nos hizo mi tía abuela Florence cuando me casé con Steven hace ocho años y no lo había utilizado ni una sola vez. Y, como había vendido la mesa del comedor por eBay hacía seis meses para poder pagar la cuota del monovolumen, si algún poli experto venía a registrar mi casa, estaba casi segura de que no se daría cuenta de que faltaba.

Vero y yo extendimos la tela granate sobre el suelo del garaje, a los pies de Harris. Luego, ella lo agarró por las manos y yo por los tobillos. A la vez lo levantamos unos centímetros y, columpiándolo, lo colocamos en medio del mantel.

Le solté las piernas y plegué la tela de tal forma que lo cubriera, como si estuviera envolviendo un bocadillo en papel de aluminio. Después, con gran esfuerzo y muchos gruñidos, Vero y yo convertimos a Harris Mickler en un burrito gigante.

—Le asoman los pies —jadeé cuando habíamos concluido el último pliegue.

—Mejor que la cabeza.

Algunos mechones del pelo de Vero se le habían escapado de la cola de caballo y el sudor empezaba a brotar de su pecho. Era casi diez años más joven que yo y estaba mucho más en forma. A mí me chillaron los músculos cuando me doblé hasta las rodillas.

—¿Por qué me estás ayudando? —le pregunté entre respiraciones pesadas.

Era joven y lista y estaba soltera. Una vez acabara los estudios, tendría toda la vida por delante.

—Necesito el dinero.

—¿Para qué?

—Para el préstamo de los estudios.

Descansé las manos sobre las caderas, aún con palpitaciones en el pecho, y la miré boquiabierta.

—A ver si lo he entendido. ¿Me estás ayudando a eliminar un cadáver para pagarte la universidad?

—Está claro que eres demasiado mayor para acordarte de lo caro que es estudiar —contestó con dureza.

—No es que sea mayor, es que… nunca tuve que preocuparme de ese dinero.

—Vale, pues yo voy a estar pagando intereses hasta los cincuenta.

—Si no nos detienen antes.

Ambas miramos a la enchilada deforme que había sobre el suelo.

Ni por asomo íbamos a desenrollarlo —ya había sido bastante complicado enrollarlo una vez—, pero iba a ser muy engorroso manejarlo con los pies por fuera. Hurgué entre los objetos del viejo banco de trabajo de Steven y encontré una cuerda elástica dentro de un cubo de clavos oxidados. Le faltaba el gancho de uno de los extremos, lo que probablemente fuera la única razón por la que no se la había llevado cuando se marchó de casa. Enrollé el elástico alrededor de los tobillos de Harris, lo até con un nudo y dejé colgando el gancho del otro extremo.

—Tengo que recoger a los niños de casa de mi hermana —dije con miedo de mirar la hora en el móvil.

Vero señaló a Harris.

—¿Qué hacemos con él?

No podía volver a meterlo en el monovolumen, con mis hijos. Pero tampoco podía dejarlo tirado en medio del garaje para que lo vieran al llegar a casa.

—Vamos a meterlo en tu coche.

—¿En mi coche? —Los ojos de Vero se agrandaron y la cola de caballo se le balanceó al dar un paso atrás—. ¿Por qué en mi coche?

—Porque tienes maletero. Todo el mundo sabe que los cadáveres se meten en el maletero. No me mires así. ¿Qué quieres que haga? ¿Sentarlo en el elevador de Delia y ponerle el cinturón? ¡Que se le ven los pies!

Vero masculló una retahíla de improperios en español al tiempo que se sacaba las llaves del bolsillo. Nos asomamos a hurtadillas a la puerta lateral, donde me quedé esperando tras los arbustos de rododendro, buscando caras en las ventanas de las casas de los vecinos mientras Vero salía a la calle y daba marcha atrás su Honda para pegarlo a la puerta del garaje. Apagamos las luces del porche y las del interior de la cochera, e iluminadas por el tenue resplandor de la

farola de la entrada a mi cochera subimos juntas la puerta rota e intentamos llevar en volandas a Harris Mickler hasta su maletero.

—Ahora pesa más —dijo Vero después de nuestro tercer intento, que nos dejó exhaustas. Tenía las manos en carne viva por el esfuerzo. Algunos mechones rebeldes y húmedos se me habían soltado del moño y los tenía pegados por el sudor al lateral de la cabeza—. ¿Cómo conseguiste meterlo en el monovolumen tú sola? —me preguntó.

—Lo seduje haciéndole creer que me iba a acostar con él —jadeé.

Vero arqueó una ceja, poco convencida. Estaba claro que el *look* de asesina *amateur* con pantalones de deporte sudados no era el que mejor me sentaba. Puse los ojos en blanco y dije, picada:

—Estaba drogado, ¿vale?

Vero resopló.

Pero tenía razón. Debía de haber una forma más fácil de hacerlo.

—Coge el monopatín de Delia —dije.

Lo más probable es que fuera el *bourbon* el que habló cuando señalé el listón de plástico rosa chillón que descansaba apoyado contra la pared del fondo.

Vero lo hizo rodar hasta el cuerpo de Harris.

—¿Esta idea la has sacado de uno de tus libros?

—No exactamente.

Estaba casi segura de que era de un episodio de *Sid, el niño científico*. A estas alturas, me daba igual con tal de que funcionara.

A la de tres, montamos a Harris en la tabla y lo llevamos rodando hasta el maletero abierto del coche de Vero. Usando el parachoques como palanca y la cabeza de Harris como contrapeso, poco a poco, y echando mano de muchas palabrotas y resoplidos, logramos meterlo. Cuando terminamos, me apoyé sobre la aleta trasera del Honda, chorreando de sudor y con una extraña sensación de logro.

Vero cogió del banco de trabajo la pequeña pala rosa y la echó encima de Harris.

—¿Para qué queremos eso? —pregunté mientras ella cerraba el maletero.

—¿Qué otra cosa tenemos para enterrarlo?

Se encogió hombros y se montó en el coche.

Capítulo 11

Según nuestros padres, la primera pregunta que salió de la boca de Georgia el día que nací fue: «¿Cuándo podemos devolverla?». Georgia nunca había pedido una hermanita y, en su defensa, puede argumentarse que entonces solo tenía cuatro años. Pero aquello subsistió como la cuestión determinante de nuestra relación hasta el día que Georgia se marchó de casa para ingresar en la academia de policía. De niñas, yo siempre fui la mala: la única persona de la casa a la que Georgia podía señalar con el dedo cada vez que pasaba algo malo. Pero, cuando Georgia se hizo poli, fue como si de pronto se le hubieran acabado los dedos con los que acusarme. Los malos estaban por todas partes y, en comparación, yo no era tan mala.

Pero lo cierto es que no me sentí precisamente una santa cuando paré delante de la entrada del apartamento de mi hermana mayor, impregnada de olor a vodka, a sudor y a la saliva de Harris Mickler, y plenamente consciente de que lo más probable fuera que su cuerpo estuviera empezando a descomponerse poco a poco en el maletero del coche de Vero. Con suerte, a Georgia le aliviaría tanto mi llegada que no notaría nada raro.

Zach estaba despatarrado sobre su hombro cuando Georgia me abrió la puerta. Retorció a mi hijo, sin fuerzas, para pasárselo a los brazos, pero se detuvo cuando yo ya me estaba inclinando para cogérselo. Arrugó la nariz.

—Pensaba que estabas trabajando.

Maldito olfato de policía. El de Georgia era casi un alcoholímetro.

—Y lo estaba.

Extendí los brazos para coger a Zach. Georgia lo mantuvo fuera de mi alcance.

—¿Por qué hueles a alcohol?

«Porque puede que el *bourbon* sea lo único que me esté manteniendo de una pieza ahora mismo».

—Bloqueo creativo. Necesitaba algo para engrasar el cerebro.

—¿Puedes conducir?

—No conduzco yo.

Posé el pulgar sobre mi hombro para señalar a mi socia criminal.

Georgia se puso de puntillas para echar una ojeada por encima de la barandilla de la terraza. Debajo de ella, podía verse el trasero de

Vero sobresalir de su Honda Accord al tratar de colocar las sillas de los niños en el coche.

—Pensaba que Steven la había despedido.

—Así es. —Me rasqué el cuello, todavía sudoroso; me costaba mirar a mi hermana a los ojos—. Ha venido a casa a recoger sus cosas y hemos acabado… —«Destrozando un mantel que me regalaron por la boda, repartiendo los bienes que me quedan y cargando a un muerto en su maletero»— arreglando las cosas.

Como si la hubiéramos invocado, Vero apareció detrás de mí.

—Voy a mudarme con ella y a cuidar de los niños a cambio de alojamiento y comida —dijo cogiendo a Zach.

«Y el cuarenta por ciento de mi alma».

El cuerpo de Georgia se aflojó, como si le hubieran quitado un peso enorme de los hombros, al tiempo que levantaba a Zach para ponerlo en brazos de Vero, que se lo llevó al coche. Georgia se frotó el hombro inclinando la cabeza hacia el sofá que estaba detrás de ella. Delia estaba tumbada y enroscada bajo una manta, el pelo fino y rubio le sobresalía en forma de aureola estática en torno a la corona plateada de cinta adhesiva, frunciendo el ceño mientras dormía. La televisión estaba encendida con el volumen bajo, despidiendo destellos sobre las mejillas suaves de Delia. Me alegré de que no estuviera despierta, porque así no podía escuchar al presentador relatar los detalles de tres homicidios horribles que habían sucedido a pocos kilómetros de allí. Eché un vistazo al titular: «Absuelven de todos los cargos al hombre presuntamente vinculado a la mafia».

Hice un gesto hacia el televisor.

—Siento que no hayas podido estar esta noche con los de la OCN.

Georgia soltó un suspiro de cansancio mientras observaba en la pantalla a dos hombres que descendían las escaleras de los juzgados y desaparecían dentro de una limusina negra y brillante.

—Habrá muchas más ocasiones —dijo negando con la cabeza—. No hay forma de frenar a estos tipos. La mafia rusa ya puede asesinar a la mitad de la ciudad que seguirán encontrando a alguien a quien sobornar. Ese capullo no pasará un solo día a la sombra mientras Yirov le saque las castañas del fuego.

Yo no recordaba cuántas semanas llevaba sin ver las noticias y no tenía ni idea de lo que estaba hablando Georgia, pero asentí comprensiva colgándome el bolso de un hombro para luego colocarme a Delia sobre el otro.

—Gracias por echarles un ojo —susurré sintiendo el peso de la mirada de Georgia sobre mí todo el trayecto de regreso a la puerta. El día, la adrenalina y la resaca se me estaban subiendo a la cabeza, pero

me pesaban en los talones.

—Finn.

Mi nombre sonó como una orden serena. Despacio, me giré, aterrorizada por la idea de haber dejado que se oliera algo.

—Me has tenido preocupada —dijo Georgia.

Me dio el gorro de Delia y se rascó el pecho haciendo una mueca, como si algo le incomodara por dentro. Fijó la mirada en sus pies, en el bolso del bebé, en cualquier punto menos en mi cara cuando me dijo:

—Me alegro de que no estés sola.

Me tragué el nudo doloroso que tenía en la garganta, sin tener claro de repente qué era peor: los secretos que le estaba ocultando a mi hermana o el cadáver que estaba ocultando en el maletero de Vero. Georgia siempre estaba sola. Y, por mucho que ella insistiera en que era justo así como quería estar, a veces —como en ese momento— me preguntaba cómo podía soportarlo.

Plegué el gorro de Delia, me lo metí en el bolsillo y la sujeté contra mí un poco más fuerte. La cinta adhesiva del pelo se me pegó a la mandíbula. Por un momento, se me pasó por la cabeza contárselo todo a Georgia. Lo que había pasado en el Panera. Lo que había pasado en el monovolumen, en mi garaje.

Georgia fue a coger de la mesa el mando de la televisión.

—Georgia… —empecé a decir con una voz débil, apretando a Delia contra mi pecho.

Cuando mi hermana se giró, me fue difícil sostenerle la mirada. Mis ojos se desviaron a la escena que no dejaban de repetir en la tele. Solo podía pensar en la advertencia de Patricia. En toda la gente peligrosa con contactos en las altas esferas. En que mis hijos nunca vivirían a salvo si alguien se enteraba de lo que había hecho. Si Georgia y sus compañeros no eran capaces de limpiar las calles de gente peligrosa, quizá Patricia sí tenía una razón por la que tener miedo. Quizá Vero tenía razón y no me quedaba otra opción que acabar la faena y callármelo.

—Gracias —murmuré.

Me giré hacia la puerta, sintiendo aquellos ojos de poli astuto en la espalda durante todo el trayecto hasta el coche de Vero.

—¿Y ahora a dónde vamos? —me preguntó Vero cuando cerré la puerta del coche.

Puso cara de confusión al ver la corona de cinta adhesiva de Delia por el espejo retrovisor. Los niños dormían como troncos en los asientos traseros, tan plácidamente como Harris Mickler cuando lo

encerramos en el maletero con la palita rosa.

—No lo sé.

No me había dado tiempo a pensar en qué íbamos a hacer con el cuerpo. Tal vez porque una parte de mí se imaginaba que nunca llegaría a ese punto. Me mordí la uña del pulgar mientras repasaba todos los detalles macabros de todas las investigaciones que había hecho sobre cómo deshacerse de un cadáver. Si lo tirábamos a un río, con mi suerte saldría a flote. Y un fuego llamaría demasiado la atención; lo último que necesitaba era que me investigaran por provocar un incendio, además de por asesinato.

—Supongo que deberíamos encontrar un sitio donde enterrarlo.

—¿Se te ocurre alguno?

Vero salió despacio del aparcamiento del complejo de apartamentos de mi hermana, con cuidado de utilizar los intermitentes al incorporarse a la carretera.

Reprimí la risa. En parte, me habría gustado que Steven estuviera allí conmigo. Nunca se me ha dado bien esconder cosas. Nunca supe guardar secretos tan bien como él. Siempre era él quien se encargaba de esconder los regalos de Navidad de los niños o los huevos de Pascua por el jardín. Ahora que lo recordaba, los más difíciles de encontrar eran los más obvios, los que estaban debajo de una capa ligera de hojas o de los cojines del patio, delante de las narices de los niños. Era así como había ocultado durante meses su aventura con Theresa. No se la había llevado a viajes de lujo ni había ido almacenando dinero en cuentas bancarias desconocidas. Se follaba a nuestra agente inmobiliaria en el descanso de la comida, en el despacho que ella tenía al final de nuestra calle, y enterraba el aroma de su perfume con su propia colonia. Él gestionaba todas las facturas de la familia, por lo que nunca vi los gastos ni até esos cabos que tan a la vista estaban. Igual que la aventura que ahora probablemente estaba teniendo con Bree, Steven no dejaba que sus secretos anduvieran muy lejos; escondía sus indiscreciones en lugares triviales donde nadie se molestaría en…

Hice un ruido al sentir que se me cortaba el aliento. Noté los ojos de Vero clavarse en mi cara a medida que la idea iba tomando forma.

—Vamos a casa de Steven —dije.

—¿A cuento de qué vamos a ir ahora a casa de Steven?

—Porque necesitamos una pala.

Una pala muy grande. Y, si había alguien que tuviera las herramientas para esconder un secreto tan grande como Harris Mickler, ese era sin duda mi exmarido.

Capítulo 12

Ya era bien pasada la medianoche cuando, a escondidas, sacamos la pala del cobertizo de Theresa y condujimos el largo trayecto hasta el vivero de Steven. La entrada trasera de la propiedad, oscura y sin señalizar, no era ni la mitad de encantadora de lo que me lo había parecido a la luz del día. Vero apagó los faros y nos quedamos sentadas en el coche, escuchando la suave respiración de los niños, dormidos en los asientos de atrás, y esperando a que se nos acostumbrara la vista. La luz azul de la luna caía sobre la hierba, que ondeaba en hectáreas y hectáreas a nuestro alrededor, excepto en una parcela cuadrada al final del terreno en la que la tierra se acababa de remover, a la espera de sembrarse.

Vero y yo salimos del coche y caminamos hasta allí. Las masas de barro de la tierra revuelta brillaban grises bajo la luna. La noche era cálida para ser octubre y tranquila, salvo por las corrientes de hojas caídas que rodaban por la hilera de los altos cedros que se encontraban a nuestra espalda. No se veían luces de coches ni de porches en varios kilómetros a la redonda. Visualizaba a Steven y a Bree allí mismo, follando en la parte trasera de la camioneta fuera del horario de oficina. Era la clase de lugar en el que los secretos podían permanecer guardados durante años, a medida que la hierba nueva crecía alrededor.

Hundí la punta de la pala de Steven en la tierra y descubrí aliviada que estaba mullida, maleable. Afortunadamente, Steven y Theresa no estaban en casa cuando Vero y yo aparcamos a unos cuantos coches de distancia de la entrada a su cochera y me colé por la fina hilera de árboles que rodeaba la parte trasera de su adosado para asaltar el cobertizo del jardín. Salí de allí con una pala pesada que lucía una hoja ancha de acero y un par de guantes de jardinería.

—Nos turnamos —le dije a Vero—. Empiezo a cavar yo. Tú sigue vigilando.

Con un poco de suerte, Steven sembraría este campo antes de que alguien se enterara de que Harris Mickler había desaparecido.

Se me secó la garganta mientras miraba fijamente la pala. Si hubiera sido una novela, este momento habría sido un punto de inflexión. Un punto de no retorno. Si nos marchábamos de allí en ese mismo instante y volvíamos a casa de Georgia, aún podríamos alegar

homicidio imprudente. Podría contarle todo lo que había sucedido en aquel bar. Que había matado por accidente a Harris Mickler al dejarme el monovolumen con el motor en marcha. Podría entregar todas las pruebas de su teléfono e intentar hacer lo correcto, aunque implicara ir a la cárcel y perder a mis hijos durante un tiempo.

Volví la vista al coche, donde estaban durmiendo. Una vez que se cavara el hoyo, no habría vuelta atrás. Robar una pala, enterrar un cadáver, reclamar a Patricia Mickler el dinero que me había prometido… Todo apuntaría a un delito premeditado. Un delito grave, espantoso, incalificable. Y, en el momento en que mi pie sobrevoló el filo de la pala, no estuve tan segura de ser menos monstruosa que Harris Mickler.

—¡Venga, Finlay! —El silbido agudo de Vero me animó a hacerlo. Me incliné sobre la pala y saqué la primera palada de tierra mientras Vero caminaba de un lado a otro; el aliento le salía en forma de nubes calientes y fugaces que parecían fantasmas sobre el cielo nocturno—. ¿Cuánto tenemos que cavar? —preguntó meciéndose sobre la planta de los pies y disparando miradas hacia mí, los niños y la carretera local que se entreveía tras la hilera de cedros.

Yo esperaba que unos dos metros, lo suficiente como para evitar que la maquinaria arara el cadáver por accidente, pero ya me ardía la espalda; me estaban dando calambres en un costado y no había despejado ni los primeros treinta centímetros. Llegados a ese punto, me conformaba con un metro.

Impaciente, Vero tomó la pala rosa y se unió a la faena, sacando los pequeños montículos de tierra que rebosaban de los laterales de mi pala.

—La próxima vez…

—No va a haber próxima vez. —Jadeé y le lancé miradas envenenadas mientras cavaba más rápido, con ganas de terminar pronto e irme a casa—. Esto ha sido un accidente y ya está.

—A lo mejor al mundo le vendrían bien unos cuantos accidentes más —dijo entre dientes—. Si tuviera el dinero de Patricia Mickler, probablemente también te habría contratado.

Paré de cavar y posé la pala en el suelo. Acepté que Vero se había mostrado tan dispuesta a apuntarse a esto por el dinero. No me había parado a pensar que el dinero no compensaba el riesgo que estábamos corriendo. Que quizá ella tuviera sus propias razones para cavar este hoyo conmigo. Me lanzó una mirada severa de urgencia y cavó más rápido con la pala. Yo ya tenía las manos entumecidas y sudadas dentro de los guantes, y en la piel me habían salido ampollas que me escocían. Sin embargo, seguí cavando.

—¿A quién te habrías quitado del medio? —pregunté entre palada y palada.

Vero simplemente se encogió de hombros.

—Solo digo que sobran gilipollas en el mundo. Y en esta ciudad también sobra el dinero. Digo que podríamos copar el mercado si aprovechamos la demanda.

Vertí un montón de tierra junto al hoyo, con la superficie ya al nivel de las rodillas.

—Es muy fácil decirlo —dije entre respiraciones pesadas— cuando tienes la pala pequeña.

—Justo por eso necesitamos una de esas. —Señaló con la diminuta pala rosa a la enorme cargadora frontal a la que Zach había querido trepar con tantas ganas tan solo unas horas antes.

Le extendí la pala grande y se la intercambié por la rosa, con la esperanza de que después de quince minutos de sacar tierra pudiera cambiar de opinión con respecto a la posibilidad de una «próxima vez». O quizá porque me preocupaba que yo misma pudiera empezar a cambiar de opinión sobre usar esa cargadora si tenía que seguir cavando con la pala. Miré la hora en el móvil. Ya llevábamos una allí. A ese ritmo, no llegaríamos a casa antes de que amaneciera.

—Ni siquiera sabemos manejarla —reflexioné.

Vero clavó la pala en la tierra, apoyó el pie sobre la hoja y extrajo gruñendo otra palada.

—No hay nada que no se pueda aprender en YouTube —dijo respirando a intervalos desiguales—. Mi primo Ramón aprendió a hacerle un puente a un coche. Tan difícil no será.

Su primo se me antojaba como la persona que debería estar allí cavando el hoyo.

—Me niego a sumar el hurto de maquinaria agrícola a nuestra lista creciente de delitos.

—Piénsalo. —Se apoyó sobre la pala con la cara sucia—. Con una de esas podríamos haber cavado este hoyo entero en cinco minutos. Lo aprendí en clase de economía. Es el valor del dinero en el tiempo. Si vamos a ser profesionales, tenemos que empezar a actuar como profesionales.

—¿Y los asesinos a sueldo profesionales entierran cadáveres con cargadoras frontales?

—Solo digo que deberíamos ser inteligentes al trabajar en lugar de trabajar mucho.

—¡Cargarse a gente por dinero no es de ser inteligentes!

Vero se chocó las palmas para sacudirse la tierra de los guantes y salió del hoyo, cuya profundidad ya le alcanzaba la cintura. Me

cambió la pala grande por la rosa y me apuntó con ella.

—Ya veremos lo que piensas cuando tengas tus cincuenta mil dólares.

Accionó el resorte del maletero. Salí trepando del agujero y me asomé por encima de su hombro, suspirando al ver el bulto antropomorfo envuelto en mi mantel.

—Venga —dijo Vero agarrando la cuerda elástica que llevaba en los tobillos—. Enterramos a este pervertido y nos largamos de aquí.

Juntas sacamos a Harris Mickler, apoyando su peso contra el borde de la puerta antes de descargarlo en el suelo y desenrollarlo. Vero hizo un paquete con el mantel y lo devolvió al maletero. Yo saqué el teléfono, las llaves del coche y la cartera de los bolsillos de Harris y se los puse a Vero en las manos, que esperaban a recibirlos.

—¿No deberíamos quemarle las huellas dactilares y arrancarle los dientes, o algo así? —me preguntó.

Le lancé una mirada cortante, aunque probablemente tuviera razón. Si alguien encontraba los restos de Harris Mickler, incluso sin la cartera y el móvil, no sería complicado identificarlos.

Hice una mueca al tomar a Harris por las axilas. Tenía ya las manos frías, los dedos y el cuello algo rígidos, los brazos y las piernas extremadamente flácidos.

—Por la amputación de dedos y el trabajo de odontología ya no paso —dije con un gruñido mientras lo arrastrábamos al borde del hoyo.

—A lo mejor por eso podríamos cobrar un recargo.

—Voy a hacer como que no he oído lo que acabas de decir.

Le echamos a Harris Mickler un último vistazo.

—¿Estaremos haciendo lo correcto? —pregunté.

Como respuesta, Vero se metió la mano en el bolsillo y me ofreció el teléfono de Harris. No lo cogí, incapaz de soportar la idea de volver a abrir su galería. Vero se volvió a echar el móvil al bolsillo. Luego pusimos de costado a Harris Mickler junto a la fosa que habíamos cavado y, a la de tres, lo empujamos adentro.

Capítulo 13

Había conocido a Veronica Ruiz ocho meses antes, mientras los niños y yo hacíamos cola en el banco. Era una tarde de viernes ajetreada, el día en que la gente con trabajo estable recibía la nómina y, aunque a la mayoría le alegraba recibir una paga habitual, al parecer el hombre que estaba detrás de nosotros era la excepción a esa regla. Se quejaba para sí mismo del ruido. A Zach le estaban saliendo los dientes, así que tenía la cara contraída en un gesto de irritación, agrietada y llena de lágrimas de enfado porque yo no le dejaba bajarse para correr como un loco por el banco. Se agitaba sin parar en mis brazos, negándose a calmarse. Casi había llegado ya nuestro turno cuando Delia decidió que tenía que hacer pipí y no podía aguantárselo más. Sin alternativas, abandoné mi lugar en la fila y acompañé a mis hijos a los aseos. Cuando regresamos, se había convertido en una cola apretada y serpenteante que se extendía hasta el vestíbulo.

Ya estaba a punto de rendirme y marcharme cuando una cajera me indicó con la mano desde detrás de su mampara de plexiglás que me acercara a la cabeza de la fila. Le hizo unos gestos al hombre malhumorado que estaba esperando detrás de mí, diciéndole mediante señas que esperara a la vez que yo me acercaba a la ventanilla. Zach dejó de llorar y le dedicó una sonrisa tímida a Vero desde debajo de mi cuello. Entretanto, el hombre montó un follón y profirió insultos contra Vero mientras por la ranura del cristal ella deslizaba una piruleta roja para Delia. Me cobró el cheque que Steven me había extendido, sin perder rastro, con esos oscuros ojos de lince, del hombre cuando este finalmente abandonó la fila echando pestes en busca de un encargado. Contó los billetes nuevecitos con un vistazo a cada uno y les dijo adiós con la mano a Delia y a Zach. Al girarme para sujetarle a Delia la puerta del vestíbulo, vi al encargado acercarse a la caja de Vero. La dura reprimenda se filtraba por el intercomunicador de la mampara, así que me quedé con la puerta abierta, escuchando e invadida de culpabilidad, mientras Vero colgaba el cartel de «CERRADA», recogía sus cosas y se marchaba por una salida que había por detrás.

Cogí de la mano a Delia y me recoloqué a Zach sobre la cadera, rodeé el edificio y me encontré a Vero arrodillada, con sus tacones altos, haciéndole una rajita a uno de los neumáticos del coche de su

jefe.

—Parece que te gustan los niños —dije mientras se levantaba y se limpiaba la suciedad de las manos—. Me vendría muy bien una canguro.

Le extendí un fajo de billetes, casi la mitad del cheque que acababa de cobrar, en parte por la culpabilidad que sentía y en parte por desesperación. Vero levantó una ceja mientras consideraba aceptar el dinero, luego a mis hijos, y el resto es historia.

Vero y yo nos desinflamos en los asientos cuando la puerta cerrada del garaje surgió ante nosotras, ambas demasiado exhaustas como para sacar fuerzas para abrirla. Vero tenía las manos agarradas al volante, en carne viva y entumecidas. Las mías estaban cubiertas de una capa de porquería y en las cutículas tenía cercos oscuros de tierra en forma de medialuna. Logré salir del coche de Vero sufriendo un dolor tremendo y fui cojeando hasta el teclado numérico que había junto a la puerta. Esforzándome por soltar los dedos de la mano derecha del mango de una pala fantasma, tecleé a golpes el código de cuatro dígitos antes de recordar que el sistema de apertura se había estropeado. Descansé la frente sobre el teclado mientras el motor runruneaba al otro lado de la puerta inmóvil.

Entonces, a pesar de las quejas de mi espalda y los gritos de protesta de las ampollas que me habían salido en las manos, alcé la puerta del garaje hasta el tope de sus raíles para que Vero pudiera introducir su coche en el hueco que había junto a mi monovolumen. Al otro lado de la calle, las ventanas de la cocina de la señora Haggerty estaban oscuras, pero sabía bien que no debía dar por supuesto que la anciana no estuviera espiándonos. Los brazos me temblaron al sujetar la puerta por encima de la cabeza. Aun así, estuve tentada de hacerle la peineta con una mano solo para ver si se movía algo tras las cortinas.

La señora Haggerty fue la primera en descubrir la aventura de Steven y Theresa cuando Steven cometió el error de traerla a casa mientras yo estaba con los niños en casa de mis padres. La anciana me acorraló contra el buzón en cuanto volví y me preguntó si sabía algo de esa rubia tan atractiva que mi marido había recibido mientras yo estaba fuera. Sé que dicen que «no hay que matar al mensajero», pero estoy bastante segura de que a quien se le ocurrió esa gilipollez no vivía enfrente de alguien como la señora Haggerty.

Empecé a notar como el agotamiento me ardía alrededor de los tobillos cuando el Honda de Vero pasó lentamente a mi lado al entrar al garaje. En cuanto el coche estuvo a una distancia segura de la

puerta, la solté.

Cayó de golpe con todo su peso; el estruendo del metal sobre el hormigón fue lo suficientemente fuerte como para hacer vibrar las paredes. Si la señora Haggerty no nos había estado espiando desde la cocina, estaba convencida de que desde ese momento ya sí.

Vero salió del coche y me lanzó una mirada de alerta mientras Zach y Delia se removían en sus asientos. Apoyamos la cadera en el lateral del coche, esperando en mitad de ese silencio frágil a que los niños volvieran a dormirse del todo. Cuando sus respiraciones se volvieron largas y regulares, Vero cogió a Delia en brazos y frunció el ceño al observar las espigas desiguales de pelo pegajoso y trasquilado que mi hija llevaba adheridas alrededor de la cara. Me arrimé a Zach al cuerpo y cerré la puerta del coche con un golpecito de cadera.

Un amanecer pálido y húmedo empezaba a colarse por los bordes de las cortinas de las habitaciones cuando los metimos en la cama. Con suerte, Vero y yo tendríamos tiempo para darnos una ducha caliente y tomar una taza de café antes de que se despertaran para empezar un día más, y solté un gruñido al recordar los posos que había dejado esparcidos por la encimera de la cocina el día anterior.

Sin mediar palabra, Vero y yo nos quedamos en ropa interior delante de la lavadora. La cargamos con lo que habíamos llevado puesto, echamos encima el mantel, los guantes de jardinería y los zapatos, vertimos dos tapones de lejía para ropa de color y terminamos con una montaña de jabón en polvo. Vero puso en marcha la lavadora antes de desaparecer en el dormitorio que estaba libre. Echó el pestillo con un suave clic.

Anduve sin hacer ruido hasta la cocina, decidida a limpiar antes de intentar dormirme al menos uno de los varios desastres que había causado. Para evitar atraer la atención de la casa de la señora Haggerty, dejé las luces apagadas y busqué los posos que se habían caído, iluminada por la oscura luz matinal que se filtraba por las cortinas de la cocina, pero no los encontré. El suelo y la encimera estaban limpios; los platos sucios que ocupaban el fregadero estaban ya enjuagados y dentro del lavavajillas. Vero debía de haberlo recogido todo la noche anterior, cuando vino a coger mi sartén para meterla en su caja. Justo antes de que me sorprendiera intentando reanimar un cadáver.

A lo mejor Vero tenía razón.

A lo mejor Harris Mickler sí se merecía lo que le había pasado. A lo mejor su mujer se iba a presentar al día siguiente con un sobre lleno de dinero y de verdad podríamos salir impunes de aquel asesinato. Pero cuando me puse a limpiar los restos que quedaban en el interior

de la cafetera y a tirarlos al cubo de basura de debajo del fregadero, lleno a rebosar, no me sentí tan optimista. Había matado a un hombre. Si lo había hecho intencionadamente o no, ya apenas importaba. Lo había enterrado, lo que me hacía culpable de algo, aunque ni siquiera supiera del todo de qué. O en qué se convertiría si aceptaba el dinero de la señora Mickler.

Me desperté con el ruido metálico proveniente de la cocina que hicieron los cubiertos al chocar con los cuencos de cereales. El parloteo de las voces de los dibujos animados en la televisión era tan fuerte que casi conseguía ahogar el sonido de la leve vibración de la aspiradora. Un sol brillante me fulminaba a través de la persiana de mi dormitorio. Comprobé la hora en mi teléfono y enterré la cara en la almohada. Estaba húmeda y fría donde mi pelo aún mojado la había calado al meterme en la cama, después de una larga ducha caliente, hacía menos de cuatro horas.

Sentí los músculos agarrotados, reacios a despertarse, cuando me metí en unos pantalones de chándal y me enrollé el pelo en un moño, antes de arrastrar los pies por las escaleras para llegar a la cocina. El lavavajillas zumbaba suavemente de fondo. El montón de facturas de la entrada estaba ahora dentro y clasificado en pilas sobre una mesa plegable del comedor vacío.

Delia me guiñó un ojo desde la silla, con la cuchara suspendida sobre el cuenco de cereales. Una gotita de leche le recorría la barbilla mientras masticaba. Le devolví el guiño, solo en parte segura de que la niña que me estaba mirando era mi hija. Le habían rapado la cabeza casi a ras del cuero cabelludo y se la habían limpiado del adhesivo pegajoso. El arañazo por donde se había cortado con las tijeras tan solo era visible entre los pelos peinados con fijador a lo pincho que le quedaban. Un par de gafas de sol de aviador con espejos le reposaban sobre la nariz y le empequeñecían la cara, recién lavada. Y su ropa —un par de vaqueros rajados con mucho gusto y una camiseta rota rosa chillón que llevaba puesta sobre otra gris de manga larga— llevaba salpicaduras de lejía para completar el conjunto.

Levanté una ceja. Delia la levantó como respuesta mientras se metía otra cucharada chorreante de cereales en la boca. Sus manos diminutas estaban envueltas en un par de guantes de rayas sin dedos que, sin duda, los tenían cuando los compré la semana pasada y que hasta entonces habían estado mucho menos a la moda.

Las gafas de Vero se le resbalaron por la nariz mientras masticaba.

—Soy yo literal —dijo encogiéndose de hombros despreocupada, como respondiendo a la pregunta que había planteado mi cara—. Eso

dice tía Vero.

Retuve con los labios la réplica que se me estaba formando tras ellos.

La aspiradora paró. Vero vino a la cocina con una de mis camisetas de dormir y un par de mis pantalones de chándal puestos. No quise ni imaginarme qué llevaría —ni si llevaba algo siquiera— debajo, y esperaba seriamente que mi ropa interior estuviera incluida en el sesenta por ciento de los enseres personales que nunca tendría que compartir con ella. Su largo pelo se bamboleó en la coleta baja que llevaba cuando puso mi móvil sobre la encimera. Tenía las manos limpias, las uñas saneadas, recortadas y bien limadas, y lucían una capa de esmalte rosa recién puesto que hacía juego con el color que asomaba de los guantes de Delia.

—Tía Vero, ¿eh?

Vero sonrió satisfecha.

—Si Theresa tiene una tía Amy, tú tienes una tía Vero.

Zach se rio en la trona, con el pelo peinado también con fijador a lo pincho, pero tan largo que se le rizaba en las puntas. Las tijeras de cortar el pollo estaban guardadas y nadie estaba sangrando ni teniendo una rabieta. Demasiado cansada como para rechistar, me moví pesadamente hacia la mesa.

—Ve a vestirte —dijo Vero colocando una taza de café delante de mí y examinándome de un vistazo rápido. Di un sorbo largo—. Y hazte algo en el pelo. Has quedado con la señora M. en el Panera dentro de una hora. Tienes que estar presentable.

Me atraganté y escupí el café, que me cayó sobre la camiseta.

—¿Pero qué has hecho?

El café se agitó hasta los bordes de la taza cuando me precipité para coger el móvil. Me desplacé por la pantalla con una cara larga y me quedé anonadada al leer el mensaje de una sola palabra que Vero le había enviado a la señora Mickler.

«Hecho».

La señora Mickler había respondido casi de inmediato: «Panera 11:00».

—¡Vero, joder! —susurré enfadada, con la esperanza de que los niños no se dieran cuenta. Cuando los miré, estaban absortos en no sé qué dibujos que estaban echando por la tele en la habitación de al lado—. ¡No! ¡No voy a ir!

Plantó las manos sobre la mesa, delante de mí.

—Sí que vas a ir. ¿Cómo nos va a dar el dinero si no? No me he hecho estos callos para nada.

Cogí a Vero de la manga y la arrastré al comedor, donde bajé la

voz.

—No voy a aceptar el dinero de esa mujer. Si lo hago, seremos culpables de haber cometido un asesinato por dinero.

—Y, si no, ¿qué? —replicó Vero al mismo volumen—. ¿Solo lo seremos por asesinato? La única diferencia entre una opción y otra son cincuenta mil dólares. Cincuenta. Mil. Yo voto por quedarnos con el dinero.

—Ah, ¿quieres votar? Estupendo, porque la última vez que lo hablamos mi porcentaje de participación era mayor. ¡Por lo que mi voto vale más!

—Finlay, piénsalo bien. Necesitamos ese dinero.

Hizo un gesto con un dedo para apuntar a su espalda. Montones de facturas estaban apiladas sobre la mesa plegable, clasificadas por importancia. Primero la renta de la casa, luego las cuotas del monovolumen, luego los pagos de la comunidad de vecinos, los seguros, las facturas de la luz y, por último, un montón de recibos atrasados de todo tipo de las tarjetas de crédito, cuyo saldo había agotado hacía meses.

—Hemos terminado el trabajo y también podemos cobrar por ello. Solo tienes que darle el móvil y la cartera de Harris y traerte el dinero. Ya está.

Miré la montaña de sobres de la mesa. A lo mejor Vero tenía razón. No pagar las facturas no iba a hacerme mejor persona ni absolverme de lo que había hecho.

Los hombros de Vero se relajaron, como si hubiera percibido que estaba dando mi brazo a torcer.

—He dejado la pala de Steven en la parte de atrás del monovolumen. Cuanto antes nos deshagamos de ella, mejor. Puedes dejarla en el cobertizo de Theresa de camino a la cita con la señora Mickler. Luego, de vuelta a casa, lleva el coche al lavadero y no te dejes ni un centímetro por aspirar. Me he visto todos los capítulos de *Bones*. Si Brennan y Booth son capaces de obtener una condena gracias a una simple mota de polen, los cabezas huecas con los que trabaja tu hermana probablemente puedan arrestarte por un pelo de los huevos de Mickler. —Hice una mueca de asco cuando me extendió las llaves del monovolumen.

—Voy a limpiar el coche y a devolver la pala a su sitio, pero ni por asomo voy a quedar con Patricia. ¿Cómo voy a poder mirarla a los ojos?

Vero agarró un sobre de la mesa del comedor y lo sostuvo ante mí. La balanza de la justicia engalanaba la esquina superior izquierda con tinta rojo oscuro: otra carta sin abrir del abogado de Steven.

—Puedes mirar a Patricia a los ojos y quedarte su dinero, o bien puedes mirar a los ojos al abogado de tu marido mientras se queda a tus hijos.

Con cada mano sostenía las llaves del monovolumen y la carta de la custodia sin abrir. Sin duda, una era mucho peor que la otra. Cogí las llaves. Luego, me tragué el café, les di un beso en la cabeza a los niños y subí pisando fuerte a prepararme para recoger el dinero de Patricia Mickler.

Capítulo 14

La peluca-pañuelo picaba como un demonio. Claramente, esto era un castigo. Dios, el karma o el fantasma de Harris Mickler habían decidido hundirme en la desgracia. Introduje un dedo para rascarme, confiando en que no se saliera ningún mechón marrón, mientras escrutaba el comedor abarrotado del Panera a través de las lentes oscuras de mis gafas de sol. Posé la mirada sobre las mesas que habíamos ocupado la primera vez que Patricia y yo habíamos cruzado la mirada. Exhalé un suspiro de alivio cuando no la vi allí sentada. Ahora podría serle sincera a Vero y decirle que había venido, que lo había intentado, pero que Patricia no se había presentado. Entonces podría irme a casa a comerme medio kilo de helado de Ben & Jerry's y a llorar. Solo quería que toda esa pesadilla se acabara y hacer como que nunca había sucedido. Independientemente de lo perturbado que estuviera Harris Mickler y de las cosas tan horribles que había hecho, yo lo había matado. Lo había matado y había enterrado su cuerpo para que nunca lo encontrara nadie. Y me parecía que recibir una recompensa por ello estaba mal.

Empujé las gafas oscuras sobre el puente de la nariz para subírmelas, dispuesta a marcharme, cuando capté un movimiento fugaz por el rabillo del ojo. La señora Mickler estaba sentada en el reservado de una esquina con la espalda encorvada, una mano aferrada a su bolso y la otra todavía en alto, como si me hubiera estado saludando. La mano se marchitó en cuanto nuestros ojos se encontraron. Lanzó una breve mirada nerviosa que recorrió el comedor al tiempo que yo me colocaba un bucle rubio tras la oreja y me acercaba a ella con paso enérgico.

Tenía la cara tan pálida como recordaba, con la misma expresión de ojos muy abiertos que cuando la sorprendí mirando la gasa manchada de sangre y la cinta adhesiva de mi bolso, un gesto que oscilaba entre el horror y la fascinación con el que me recibió al meterme en el reservado.

Apreté el bolso fuertemente bajo el codo. En él estaban la cartera, el móvil y las llaves del coche de Harris, las pruebas de lo que había ocurrido, por si la señora Mickler las pedía. Pero en realidad yo solo quería deshacerme de ellas. Solo quería marcharme de allí y gastarme cincuenta mil dólares en monedas de veinticinco en la aspiradora

industrial del lavadero de coches, barrer de mi vida cada célula y cada fibra que hubiera pertenecido a Harris Mickler.

—¿Ya ha terminado? —preguntó lanzando una mirada furtiva a las mesas contiguas.

Asentí.

Las manos de Patricia temblaron cuando extrajeron un sobre del bolso y lo deslizaron sobre la mesa. Tenía los ojos cercados de sombras moradas, como si no hubiera dormido. Imaginé que ella deseaba tanto como yo que ese suplicio se acabara. Aun así, dudé en coger el sobre.

—Puede contarlo. Está todo —me insistió empujándolo un par de centímetros más hacia mí.

—La creo.

El sobre era grueso, estaba tan lleno que la solapa apenas cerraba. Lo tomé con un gesto brusco y metí la mano en el bolso para sacar la cartera, las llaves y el teléfono de Harris. Patricia cogió el llavero, sus dedos temblorosos lo manosearon para separar una llave diminuta de las demás.

—Esperaré hasta esta noche para denunciar la desaparición —dijo guardando la llave en la palma de la mano—. Eso es tiempo suficiente para atar cualquier cabo suelto.

Devolvió el llavero a la mesa, junto con la cartera y el móvil de Harris. Tragó saliva con dificultad, incapaz de mirar todo aquello, como si quisiera perder de vista cualquier cosa que tuviera que ver con él, incluso sus objetos personales.

—¿Quiere que también me deshaga de esto? —pregunté.

—Para eso le he pagado, ¿no?

Qué cara tenía esta mujer. Si Delia me hubiera soltado algo así, la habría mandado a su habitación por contestona y le habría confiscado los juguetes. Patricia languideció, estaba claro que confundía mi gesto de madre molesta con otro…, con alguna expresión despiadada que ponen los sicarios o los gánsteres. A lo mejor se parecen. Quién sabe. Su sonrisa tensa se estremeció, como si pudiera empezar a llorar en cualquier momento.

Me mordí la lengua y me guardé de nuevo los enseres personales de su marido en el bolso, junto con el dinero.

—Espero que no le importe —dijo aclarándose la garganta—. Una amiga mía…, bueno, más bien una conocida… Vamos juntas a pilates los jueves y los sábados —admitió con un estremecimiento de culpabilidad, como si hacer estiramientos fuera un delito—. Tiene… algunos asuntos que resolver… con su marido. Le dije que conocía a alguien que la podría ayudar.

El pliego de papel que deslizó sobre la mesa me dejó con una desagradable sensación de *déjà vu*. Se me abrió la boca; la lengua intentaba gestionar todos los argumentos que luchaban por salir. Hasta que leí las cifras escritas junto al símbolo del dólar.

Nada menos que setenta y cinco mil.

Clavé la mirada en el nombre: Andréi Borovkov. La dirección era la de una torre de pisos de lujo en McLean. Doblé la nota y la devolví al otro lado de la mesa.

—Mire —empecé—, todo esto es un malentendido. No…

El resto de mi argumentación se desvaneció. El asiento de Patricia estaba vacío.

Giré sobre el mío para buscarla donde estaban los cubos de basura. En el pasillo de los aseos. En el mostrador de los postres. Pero ya se había ido. La vi por la ventana montarse apresuradamente en un coche. El Subaru marrón salió a toda prisa del aparcamiento, como si fuera a apagar fuego, y las pegatinas que llevaba pegadas ocultaron parte de la luna trasera al alejarse disparada entre los coches que llegaban.

Contemplé el trozo de papel. El nombre me sonaba, pero no conseguía averiguar por qué. O quizá solo fuera por la situación, por ese sentimiento, demasiado familiar, de terror, de sentir que había sobrepasado un límite al que luego ya no sería tan fácil regresar. Eché la nota en el bolso, junto con el dinero y el contenido de los bolsillos de Harris, preguntándome qué narices iba a hacer.

Capítulo 15

Salí del Panera y me fui directamente a The Lush. El bar no abría hasta una hora más tarde y la explanada del aparcamiento estaba vacía salvo por unos pocos coches, por lo que el de Harris Mickler fue fácil de encontrar. Un logo de Mercedes decoraba el llavero de lujo y la anilla solo había tenido tres llaves enganchadas: una que casi seguro era de su despacho y otra que casi seguro era de su casa. La más pequeña, que colgaba entre ambas —probablemente la llave de la taquilla de un gimnasio, un armario o un cajón archivador—, se la había quedado Patricia. No me importaba; quería perderlas de vista. Lo último que necesitaba era que un investigador de la policía me localizara y las encontrara dentro de mi casa.

Coloqué el monovolumen con el motor parado entre los dos únicos Mercedes del aparcamiento. Pulsé el botón del llavero y capté el destello de las luces traseras en mi retrovisor. Tratando de alinear mi ventanilla con la suya, di marcha atrás hasta ocupar el espacio paralelo al coche de Harris. Entonces, usé una de las gasas de Zach para limpiarlo todo: su teléfono, sus llaves, su cartera… Picada por la curiosidad, abrí la billetera y los ojos se me agrandaron al ver la cantidad de billetes nuevecitos que anidaban dentro. Pensé en llevármelos. Hacer que pareciera un robo. Pero, entonces, ¿por qué iba un delincuente callejero a dejar una cartera llena de tarjetas de crédito y un móvil de alta gama en el coche de Harris?

No, mejor seguir siendo discreta.

Si no había indicios de delito, a lo mejor la policía no investigaría su desaparición en profundidad. Quizá supondrían que se había marchado del bar, había abandonado su vida y se había fugado a Tahití o a Milán con una mujer misteriosa que acabara de conocer.

Con la peluca-pañuelo y las gafas de sol aún puestas, me bajé del monovolumen sin que nadie me viera; los mechones largos de la peluca rubia me colgaban y me escondían la cara mientras mis dedos se peleaban con el llavero de Harris. La alarma de su coche empezó a sonar a todo volumen. El corazón me latió al mismo ritmo que los destellos de las luces traseras y el ruido desmesurado del claxon. Pulsé los botones frenéticamente hasta que cesó el alboroto.

Me asomé a echar una ojeada a la explanada antes de utilizar la manga para abrir la puerta del coche de Harris. Luego limpié el

llavero y dejé sus enseres sobre el asiento del conductor. Nunca me habían detenido ni me habían fichado, así que sabía que no podrían emplear las huellas dactilares para encontrarme. Sin embargo, sí que podrían usarlas para condenarme si me convertía en sospechosa.

Cerré el coche desde dentro, el corazón todavía me latía el doble de lo normal al volverme a montar en el monovolumen y girar la llave en el contacto.

—Ay, no —susurré pisando el freno y girando otra vez la llave mientras el motor chasqueaba sin parar—. No, no, no, ¡no!

Tendría que llamar a una grúa. Lo que significaba que quedaría un registro de que a mi coche lo habían remolcado desde ese aparcamiento, desde la plaza que estaba justo al lado del coche de Harris Mickler.

Esto no podía estar pasando de verdad.

Tiré de la palanca de apertura del capó y salí a trompicones del coche para abrirlo rápidamente. No sé ni para qué. No tenía ni idea de lo que estaba buscando entre esa masa de metales, tubos y cables. Sabía enfrentarme a los sarpullidos que producían los pañales, a los raspones en las rodillas y a las cenas que venían empaquetadas. El mantenimiento del coche —de hecho, cualquier mantenimiento— siempre había sido asunto del departamento de Steven.

—¿Theresa?

Me di la vuelta hacia la voz que había oído detrás de mí y apreté la espalda contra el calor de la parrilla del monovolumen; el corazón me latía tan deprisa que creía que se me iba a salir por la boca. Me cubrí esa parte del pecho con una mano, con la esperanza de que se me ralentizara el pulso, a la vez que me iba dejando caer sobre el parachoques. Solo era Julian.

Julian, el camarero que me había visto allí anoche.

Julian, el estudiante de Derecho que probablemente podía oler mi culpabilidad desde el otro lado del aparcamiento.

«Mierda».

—Perdona. —Dirigió la mirada hacia el rubor de pánico que sentí subirme por el cuello—. No quería asustarte. ¿Todo bien?

Frunció el ceño mirando por encima de mi hombro hacia el capó abierto.

—¡Sí! Todo bien —dije sin pensar. La cabeza me daba vueltas. ¿Había oído la alarma? ¿Me había visto dejar la cartera y el teléfono de Harris en su coche?—. Probablemente sea la batería. ¿Qué haces tú aquí? —Hice una mueca ante la estupidez de mi pregunta.

—Me toca el primer turno.

Se echó la camisa de trabajo sobre el hombro de su camiseta de

algodón ajustada. El olor a gel y champú flotó desde su cuerpo al apartarse los rizos húmedos que le caían sobre los ojos. Señaló el motor con un gesto.

—¿Quieres que le eche un ojo?

«Sí, por Dios».

«No, por Dios».

—Claro. —Me aclaré la garganta y señalé con el pulgar sobre el hombro—. Las llaves están en el monovolumen.

Las comisuras de los ojos se le arrugaron al sonreírme. La noche anterior, en el bar, no había podido fijarme en su color. A la luz clara del día, parecían que tuviera el iris fraccionado en tonos suaves de verde y dorado, y con mucho gusto me habría quedado mirándolos hasta que se hubiesen decidido a decantarse por un color. Introdujo medio cuerpo en el monovolumen y giró la llave. Me cubrí los ojos con los talones de las manos cuando el motor volvió a hacer aquel ruido horrible.

—La batería, sin duda —dijo Julian saliendo de detrás de la puerta del conductor—. Llevo unas pinzas en mi Jeep. Espera, que lo acerco.

Trotó dando botes ágiles de camino a su Jeep granate con capota de lona. Tras esquivar el resto de coches aparcados, lo paró delante de mi capó hasta que los parachoques estuvieron solo a un metro de distancia. Salió del coche con unas pinzas conectadas a un cable negro y otro rojo, e hice un esfuerzo por no mirarle el trasero cuando abrió su capó y se inclinó sobre el motor para colocarlas.

Más o menos el mismo esfuerzo que había hecho para no matar a Harris Mickler ni aceptar el dinero de su mujer.

—¿Te ha estado dando problemas? —me preguntó.

—Eh… No, iba bien —le dije mientras él enganchaba el otro extremo de los cables a la batería de mi monovolumen.

Pero no era del todo cierto. Llevaba semanas dándome problemas y yo había hecho caso omiso de los ruidos raros que sonaban a veces y de la poca intensidad de las luces, esperando que en algún momento desaparecieran, como el dinero de mi cuenta bancaria. Supongo que todo podría haber salido peor. Me podría haber pasado esto la noche anterior, cuando Harris estaba inconsciente dentro del coche.

—Probablemente sea el alternador. Vamos a dejar que se cargue durante unos minutos y luego lo arrancamos, pero deberías pasarte por un mecánico de camino a casa para que te lo miraran.

Julian se había acercado. O quizá había sido yo. Lo tenía tan cerca que pude notar lo suave que tenía la cara y que olía ligeramente a gel de afeitar. Y a algo más profundo, de una frescura embriagadora.

—Bueno, y ¿qué haces por aquí? —preguntó levantando una ceja

—. El bar no abre hasta dentro de un rato.

Serían los gases del coche, me dije. O quizá el calor que despedía el motor y que estaba viciando el aire. En absoluto era su olor. Ni su pelo al caerle sobre los ojos cuando ladeaba la cabeza. Ni cómo le brillaban al darle el sol.

—Eh… Anoche perdí una cosa por aquí. —El sentido común, por ejemplo. O, al menos, el juicio—. Pero ya la he encontrado —mentí.

—Ah —dijo con una sonrisa herida—. Esperaba que hubieras cambiado de opinión.

Aparté de un pestañeo la imagen de Julian y yo en los asientos traseros de mi monovolumen. Ya había tenido más que suficiente con meter a un hombre allí esa semana, y mirad cómo había acabado. Lo único que tenía pensado hacer dentro de ese monovolumen era pasarle una aspiradora. O prenderle fuego.

—Quizá la próxima vez.

—Me encantaría.

El silencio se alargó, implacable e incómodo. Bajó la mirada para esconder una sonrisa de modestia. Encajé un bucle de pelo falso tras la oreja mientras él miraba el reloj. Asintió con un solo gesto.

—Ya puedes encenderlo. Ha estado el tiempo suficiente.

Incliné el cuerpo dentro del espacio del conductor y probé a hacer contacto con la llave. El motor funcionó, y suspiré de puro alivio cuando Julian desconectó los cables. Cerró su capó y se chocó las manos para quitarse la grasa y la suciedad de la punta de los dedos. Me acordé de la camisa blanca e impecable que había traído para el trabajo y cogí un paquete de toallitas húmedas y una gasa seca del monovolumen, asegurándome antes de dársela de que no oliera a leche agria ni tuviera sangre ni pelo.

—Gracias —dijo limpiándose las yemas de los dedos.

—¡Baker!

Julian se giró hacia el bar. Un hombre algo calvo con una barriga generosa sostenía la puerta abierta y se señalaba el reloj. Agaché la cabeza, los mechones rubios y sueltos me cayeron sobre la cara y me puse detrás de Julian para que su cuerpo me tapara de la vista de aquel tipo. Julian le contestó asintiendo.

—Es mi jefe. Me tengo que ir. ¿Seguro que no quieres quedarte un rato?

—No puedo —dije enseguida, haciendo un gesto hacia el motor en marcha—. Tengo que irme a casa. Con mis hijos. Y con…, bueno, eso…, mis cosas de la inmobiliaria.

—Vale.

Torció un lado de la boca hacia arriba. Era una sonrisa

extraordinaria: sincera y cálida. El tipo de sonrisa a la que me costaba mentirle.

—Pero gracias por las pinzas. —Sus ojos iluminados por el sol desaparecieron bajo los rizos y el calor me inundó las mejillas—. Todo esto… Vaya, que no ha salido como tenía planeado. Lo siento. Es que ha sido un día muy raro, rarísimo.

—No pasa nada. Sé lo que quieres decir. —Se mordió el labio para contener la risa. Quise esconderme bajo el cemento del aparcamiento cuando me devolvió la gasa de Zach—. ¿Sigues teniendo mi número?

Asentí.

—Entonces espero volver a verte, Theresa.

Retrocedió hacia su Jeep recorriéndome con la mirada de una forma que parecía totalmente inocente y al mismo tiempo conseguía derretirme entera. Me monté en el monovolumen y toqueteé el móvil para asegurarme de que su número estaba ahí mientras él daba marcha atrás para volver a su plaza de aparcamiento.

Mis dedos sobrevolaron las teclas del móvil mientras Julian entraba sin prisa en The Lush con la camisa colgada del hombro. Si le escribía, tendría mi número. Y tenía claro que esa idea no era nada, pero que nada, buena. Harris estaba bajo tierra y yo acababa de aceptar cincuenta mil dólares por asesinarlo. Debería haberme distanciado todo lo posible del lugar en el que nos vieron juntos por última vez.

Aun así…

«¿Sigues sin tener nada en contra de los monovolúmenes?», tecleé rápidamente y toqué el botón de envío antes de que me arrepintiera. Estaba claro que aún no había conseguido recuperar el juicio en ese aparcamiento.

Dejé caer la cabeza contra el volante, los segundos se alargaron dolorosamente mientras esperaba su respuesta. ¿Y si le había malinterpretado? ¿Y si solamente estaba siendo educado? ¿Y si la gasa de Zach había estropeado el momento?

El teléfono me vibró en el regazo. Me incorporé y me tapé los ojos, sin apenas valor para leer su mensaje a través de los huecos entre mis dedos.

«Pásame a buscar cuando quieras. Ya sabes dónde estoy».

Alcé la mirada a los ventanales tintados de The Lush. Distinguía la camisa blanca de Julian al otro lado, el tenue gesto de sus manos al saludarme tras el cristal. Levanté los dedos del volante, preguntándome si vería mi saludo de respuesta. Preguntándome si seguía calándome —a mí y mi verdadera vida— como me había calado la noche anterior.

Capítulo 16

El agotamiento me invadió cuando me paré en el garaje treinta minutos después, con la mirada fija en el espacio donde habíamos envuelto el cuerpo de Harris Mickler justo el día anterior. El suelo de hormigón estaba húmedo y olía ligeramente a lejía; la puerta estaba abierta para que el sol vespertino lo secara. Vero debía de haberle pasado la manguera mientras yo estaba fuera. La pala rosa estaba lavada y seca, de vuelta en su sitio habitual, en el tablero de herramientas. Los objetos personales de Harris Mickler estaban limpios y dentro de su coche, que estaba cerrado y aparcado en The Lush. La pala de Steven volvía a estar en su cobertizo. Y yo me acababa de gastar veinte dólares en monedas de veinticinco en aspirar cada rastro de Harris Mickler que pudiera haberse quedado en el monovolumen. Había hecho todo lo que se me había ocurrido para ocultar nuestras pistas, pero no podía quitarme de encima la sensación de que algo se me escapaba.

La culpa. Ese sentimiento corrosivo, persistente, que me anclaba al garaje debía de ser la culpa. Y probablemente me perseguiría el resto de mi vida.

Algo ondeó al otro lado de la calle y me llamó la atención: el leve vuelo de la cortina de la cocina de la señora Haggerty al correrse. Di unas zancadas hasta la puerta y me estiré de puntillas para bajarla con las dos manos. Se cerró de un golpe haciendo vibrar la habitación.

Estúpida. Había sido tan estúpida. Me abatí sobre el peldaño de madera que daba a la cocina mientras los ojos se me acostumbraban a la oscuridad, a todos los «¿Y si…?» de la noche anterior que empezaban a echárseme encima, tan pesados y chirriantes como la puerta de las narices.

«¿Y si nunca hubiera llamado a Patricia Mickler? ¿Y si nunca le hubiera cogido ese vestido a Theresa ni hubiera ido a aquel dichoso bar? ¿Y si nunca hubiera metido a Harris en el monovolumen? ¿Y si nunca lo hubiera traído aquí, nada menos que a mi casa? ¿Y si no hubiera dejado el motor encendido después de cerrar la puer…?».

La espalda se me tensó y se me fueron helando los músculos. Al levantar la cabeza, mi mirada saltó del monovolumen a la puerta de la cochera. Los detalles de la noche anterior seguían siendo confusos en mi cabeza, emborronados por el champán y el pánico, como si alguien

hubiera frotado una goma de borrar sobre ellos, pero recordaba… Recordaba haber llegado con el coche hasta la puerta del garaje. Recordaba haber pulsado el botón a distancia que había en el parasol y esperado a que la puerta se abriera pesadamente. Que la ráfaga de los faros del monovolumen había iluminado el tablero y la pala rosa, y recordaba con nitidez el hecho de bajarme del coche, abrirme paso entre el parachoques y el banco de trabajo con los ojos entrecerrados para no deslumbrarme con la luz que proyectaba y meterme corriendo en casa. La cocina estaba oscura. En silencio salvo por el motor que se oía al otro la pared sobre la que había apoyado la espalda para hacer esa llamada a mi hermana… Esos detalles permanecían nítidos y claros en mi memoria.

Era lo que no recordaba lo que me aprisionaba la garganta.

No recordaba haberle dado al botón de la pared al entrar en la cocina. Ni haber oído el sonido mecánico de la puerta al bajar hasta el suelo…

No lo había cerrado.

Había dejado el monovolumen con el motor en marcha. Pero no había cerrado el garaje.

Me puse de pie rápidamente y accioné el interruptor de la luz. La bombilla solitaria del techo bañó el suelo de hormigón con una luz pobre y amarilla. Me paré debajo para observar el motor que controlaba la puerta. Mis ojos subieron por el cordón rojo de emergencia que colgaba junto a él y se detuvieron en la polea que la levantaba y la bajaba. Estaba desacoplada de la correa. Eso explicaba que el motor hubiese funcionado cuando Vero pulsó el botón de la pared, pero que la puerta no reaccionara: ambos elementos estaban desconectados.

Pero eso no tenía sentido.

El sistema de apertura había funcionado cuando llegué a casa del bar. Había pulsado el mando a distancia de mi parasol, la puerta se había abierto y había introducido el coche en el garaje. Sin embargo, solo veinte minutos después, cuando salí de casa, Harris estaba muerto y la puerta desacoplada del motor. Estaba cerrada, aunque tenía la certeza de que no la había cerrado yo.

Pero ¿cómo pudo ocurrir?

Volví a observar el cordón rojo que colgaba encima de mi cabeza.

Tirar del cordón de emergencia era la única forma de desacoplar la correa y separar la puerta del motor, la única forma de abrirla o cerrarla manualmente. Lo que significaba que alguien debía de haber tirado de él para cerrar la puerta mientras yo estaba dentro de casa. Mientras el monovolumen estaba con el motor en marcha. Lo que

significaba que…

Yo no había sido.

No era yo quien había matado a Harris Mickler.

Vero echó los hombros atrás, con una pierna apoyada contra la pared de la cochera, y me observó de reojo como si me hubiera vuelto loca.

—¿Piensas de verdad que alguien tiró de ese cordón y cerró la puerta del garaje mientras estabas dentro de casa?

—Sí.

—¿Y por qué?

Solo había una explicación posible.

—Hay alguien más que quería a Harris Mickler muerto. Quienquiera que fuera debió de vernos salir del bar y seguirme hasta casa. Cuando entré y dejé el monovolumen en marcha, le serví en bandeja la oportunidad de matarlo.

Era el tipo de crimen sobre el que yo misma podría haber escrito. El que nadie se tragaría porque era demasiado… discreto.

Vero me arrancó el sobre de Patricia de la mano. Lo había apretado tan fuerte que se me había olvidado que estaba ahí.

—¿Seguro que no es la culpa la que te está haciendo pensar todo esto?

—Tendré culpa de haber hecho muchas cosas, Vero, pero yo no cerré la puerta del garaje.

Extrajo un taco de billetes y los sostuvo delante de la cara, cerró los ojos mientras formaba un abanico con ellos e inspiró profundo.

—Entonces, ¿nos quedamos el dinero?

Me giré para coger un rollo de cinta adhesiva del banco de trabajo y se lo arrojé.

—Vale, está bien —dijo utilizando el sobre de Patricia Mickler como escudo en caso de que me diera por lanzarle más cosas—. Supongamos por un momento que no cerraste la puerta del garaje y que lo hizo otra persona. ¿Para qué iba a tirar del cordón? ¿Por qué no pulsar el botón de la pared y salir corriendo?

Me mordisqueé el pulgar, repasando detenidamente los sucesos de la noche. Tuvo que pasar un buen rato para que la cochera se llenara de monóxido de carbono. Por lo que el asesino debió de cerrar la puerta justo después de que yo entrara. Yo había estado sentada en el suelo de la cocina, con la espalda apoyada contra la pared contigua al garaje mientras hablaba con Georgia. Hablamos durante tanto tiempo que se me olvidó que el monovolumen estaba en marcha. Luego había subido a asearme y a cambiarme. Mi dormitorio estaba justo encima de la cochera.

—No. —Negué con la cabeza—. No, no pudo haber pulsado el botón de la pared o uno a distancia. El motor hace demasiado ruido; yo lo habría oído. Quien tirase del cordón quería ser sigiloso.

Levanté la mirada y me quedé mirando el asa roja. Algo seguía sin encajar. El cordón de emergencia era de todo menos silencioso. Lo había usado una vez, un invierno en el que hubo un apagón, la puerta se quedó atascada estando subida y se nos metió nieve en casa. En aquella ocasión, en cuanto tiré del cordón la puerta cayó al suelo y rebotó contra el hormigón con un estrépito que me retumbó hasta en los huesos, como cuando la había soltado para asustar a la señora Haggerty. Steven oyó el ruido desde nuestro dormitorio y bajó corriendo a ver qué había pasado. Me estuvo echando un sermón durante una semana porque según él podría haberme cargado el marco de la puerta. Porque nos podríamos haber hecho daño yo o uno de los niños. Porque nunca debía tirar del cordón de seguridad con la puerta abierta. A no ser que…

—¿En qué piensas? Me conozco esa mirada —dijo Vero mientras yo cogía la escalera oxidada del rincón—. Es la misma mirada que tenías antes de rellenarle a Theresa el tubo de escape de plastilina.

—Abre la puerta —dije mientras posicionaba la escalera bajo el cordón rojo de emergencia.

—¡Que pesa mucho! Ábrela tú.

—No puedo. Voy a subirme a la escalera.

Vero pronunció unas bonitas palabras sobre por dónde me podía meter dicha escalera mientras iba levantando la puerta del garaje con las dos manos. Empezó a tiritar cuando el aire frío de otoño entró como una cuchilla por la apertura y le movió suavemente el pelo. Maldiciéndome entre dientes, suspendió la puerta por encima de su cabeza hasta que estuvo completamente abierta, paralela al techo. Subí los peldaños y reconecté la correa con la polea como Steven me había enseñado. Después, tiré del cordón.

Vero chilló cuando la puerta se deslizó sin freno por los raíles, cogiendo velocidad a medida que caía. Se lanzó hacia adelante y la atrapó antes de que se estrellara contra el suelo.

—¿Estás loca? —siseó—. ¡Lo último que necesitamos es que la señora Haggerty lo oiga todo y meta su cochina nariz en nuestros asuntos!

Vero llevó la puerta hasta el suelo con un golpe sordo, un sonido tan leve que podría no haberlo oído cuando estaba dentro de casa.

—Fueron dos —dije bajándome de la escalera. Vero arrugó la nariz —. Es la única forma en que alguien podría cerrar este garaje sin hacer ruido. Una persona tira del cordón; la otra agarra la puerta y

controla la caída.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Vero—. ¿Quieres decir que alguien…, no, dos *álguienes*… mataron a Harris mientras tú estabas al teléfono con tu hermana?

—E hicieron que pareciera un accidente.

—O te tendieron una trampa para que tú pagaras el pato.

Vero cogió el sobre y se lo introdujo en la cinturilla de los pantalones de chándal —mis pantalones de chándal—, como si temiera que de pronto fuera a decidir devolver el dinero. Soltó un gritito cuando se lo saqué de un tirón, pero ya no había nada que hacer. Ya había aceptado el dinero. Independientemente de quién hubiera encerrado a Harris en el garaje, yo era la que había aceptado un pago por su asesinato. Y, si alguna vez alguien descubría su cadáver, seríamos nosotras a las que encerrarían.

Cuando los niños cayeron derrotados en la siesta, me retiré a mi despacho y cerré la puerta. El sobre de Patricia reposaba encima de mi escritorio. Se lo notaba bastante más ligero después de que Vero hubiera contado el cuarenta por ciento de la cantidad que contenía, pero eso no hacía más fácil contemplarlo, así que lo eché dentro del cajón del escritorio.

El dinero de Patricia no era distinto al del anticipo de mi libro: era simplemente una paga que no me merecía por un trabajo que no había hecho. Algo más de lo que sentirme culpable. Por muchos problemas que pudiera resolver el dinero de Patricia, venía unido a otros aún más grandes. Que daban más miedo. El tipo de problemas que implicaba perder a mis hijos. El tipo de problemas que implicaba pasar el resto de mis días entre rejas. Y la única manera de contar con algo a lo que agarrarme si la desaparición de Harris me estallaba en la cara era tener claro qué había pasado en realidad en mi garaje. Ser capaz de demostrar, sin la mínima sombra de duda, que no había sido yo quien lo había asesinado.

Encendí el viejo ordenador y esperé a que terminara de protestar y renquear para volver a la vida. Abrí un documento de Word en blanco y lo titulé con las primeras palabras que me vinieron a la cabeza, lo que Sylvia y mi editora esperaban de mí: «EL EXITAZO», por Finlay Donovan. La pantalla era de un blanco cegador. El cursor me devolvía la mirada con un parpadeo lento e indiferente mientras mis dedos sobrevolaban las teclas. Había tardado meses en ser capaz de escapar de mi bucle de pensamientos derrotistas. Desde que Steven se había marchado, solo había conseguido juntar unas pocas palabras en una página. Me parecía que todas las tramas carecían de rumbo, que todas

las historias de amor eran superficiales y que todas las ideas que se me ocurrían eran una pérdida de tiempo absoluta.

La primera vez que incumplí un plazo después de que Steven se fuera de casa, Sylvia me llamó para regañarme. Le dije que tenía un bloqueo creativo, pero ella insistió en que siguiera adelante. Me dijo que a veces no se ve toda la historia hasta que ya ha tomado forma en la página y que la única manera de dar el siguiente paso es escribirlo a tu manera, una escena tras otra, hasta que terminas. Sylvia es de las de que defienden que la letra con sangre entra y que una debe encontrar sus propias respuestas. Sobre todo, Sylvia era de las que querían cobrar. Quizá yo también debería haber sido una de esas.

Pulsé el teclado, intentando encontrar el punto exacto por el que comenzar la novela por la que había firmado un contrato, pero no podía parar de pensar en lo que había sucedido con Harris. Probablemente porque, gracias a mi estupidez, había conseguido ponerme en el centro de la historia. Si la policía lograba rastrear la pista de Harris desde The Lush hasta mi garaje, me convertiría en su principal sospechosa. Y Vero y yo iríamos a prisión a menos que pudiéramos demostrar que el asesinato lo había cometido otra persona.

Ya sabía cuál era la escena inicial. Habían asesinado a Harris Mickler delante de mis narices. Solamente tenía que destapar la historia de lo que había pasado en realidad para dar con el resto de la trama. Solo tenía que meterme en la cabeza de los personajes: averiguar quiénes eran, qué querían y qué tenían que perder. Todo se reducía a los medios, el móvil y la oportunidad. ¿Cómo de difícil sería resolver mi propio crimen?

Arranqué a teclear, empezando por la nota que Patricia me había dejado en la bandeja durante aquella comida, y evoqué todos los detalles posibles: la llamada que hice desde el monovolumen, mi excursión a The Lush, cuando llevé a Harris a escondidas hasta el aparcamiento y cuando luego me lo encontré muerto en mi garaje. Mientras escribía, me dejaba llevar por la historia y que fuera mi memoria la que rellenara los huecos. Cambié los nombres —el de Harris, el de Patricia, el de Julian, el mío, incluso el del bar—, pero dejé que los demás sucesos de la noche se plasmaran sin filtros sobre la pantalla.

Las teclas repiqueteaban cada vez a más velocidad. Los párrafos se convirtieron en páginas y tecleé hasta que el sol retiró sus dedos exhaustos y rosas de las lamas de la persiana. Hasta que el estrépito de los platos de la cocina se extinguió y los niños montaron un alboroto en la cama antes de acabar quedándose dormidos. Escribí durante

todas las horas de silencio que vinieron después, hasta que la luz de mi pantalla fue la única encendida en la casa.

Capítulo 17

La casa estaba en silencio y los niños ya estaban echándose su siesta de la tarde cuando me desperté al día siguiente. Vero se había quedado dormida en el sofá, con las manos llenas de ampollas enroscadas alrededor del cojín que tenía bajo la cabeza y la cara exhausta por el agotamiento. No le vi sentido a despertarla antes de irme. Un canal de noticias locales sonaba de fondo a volumen bajo. Probablemente se había quedado toda la noche viendo las noticias, escuchando a la policía, esperando a que se presentaran en la puerta de nuestra casa. La única forma de que las dos pudiéramos volver a dormir en paz era averiguar quién había matado en realidad a Harris Mickler.

Había estado toda la noche escribiendo, pero no estaba más cerca de comprender la sucesión de hechos que había conducido al momento en que me encontré a Harris muerto en el garaje. ¿Quién, aparte de mí y Patricia, tenía una razón para querer matarlo? Todo lo que sabía sobre Harris procedía de sus perfiles en redes sociales y su teléfono móvil. Estaba claro que todas las mujeres de aquellas fotos espantosas tenían un motivo para querer acabar con su vida, pero el móvil estaba dentro del coche, en The Lush, y ahora no me podía arriesgar a volver allí. Patricia era la única persona que podría ayudarme a resolver el misterio sobre el asesinato de Harris. Bueno, eso si se molestaba en responder alguna de mis llamadas.

Desesperada, localicé el número de la empresa en la que trabajaba. La recepcionista me pidió disculpas y me explicó que Patricia había llamado para avisar de que se encontraba enferma y que se iba a tomar el resto de la semana de descanso. De Patricia no sabía mucho más que de Harris, pero gracias a la nota que me había dejado en la bandeja en el Panera tenía la dirección de su casa.

La calle North Livingston Street ya estaba preparada para Halloween: las telarañas de algodón pendían de las ramas de los árboles y podían verse llamativas calabazas en todos los porches delanteros. Paré el coche junto al bordillo, a una manzana del número cuarenta y nueve. La casa de los Mickler era una vivienda unifamiliar modesta de los años sesenta, construida a diferentes alturas y diseñada para integrarse con su entorno humilde. Como la mayoría de las casas que compartían ese código postal, la estructura simple de ladrillo

probablemente se hubiera remodelado por dentro, añadiéndole encimeras de granito, molduras decorativas y bañeras de hidromasaje encastradas para así estar en sintonía con los precios elevados y los gustos lujosos que se estilan en este rincón del norte de Arlington.

Las persianas de estilo sureño de las ventanas estaban todas cerradas y en la entrada no había ningún coche. Y, por lo que podía ver, afuera no había policías preparados para llevar a cabo un asalto.

Marqué el número de Patricia por tercera vez desde que había salido de casa y tiré el móvil en el portavasos soltando una palabrota entre dientes cuando una voz automática me comunicó que su buzón de voz estaba lleno. Me bajé del monovolumen y pretendí adoptar un aire despreocupado mientras paseaba por la acera que conducía hasta la casa de los Mickler. Probablemente la mayoría de los vecinos estaban en el trabajo, que era precisamente donde Patricia Mickler debía estar.

Había sido insensato por su parte avisar en la oficina de que estaba enferma el día después de haberle pagado a alguien por matar a su marido. O quizá solo estuviese exagerando el papel de esposa preocupada. El caso es que, dondequiera que estuviera, esperaba que no hubiese huido. Si se fugaba, seguro que la policía la encontraría, y si la interrogaban sobre la desaparición de su marido… Bueno, no quería ni pensar en cuál podría ser su confesión a cambio de una reducción de la pena de cárcel.

Una vez segura de que no me estaban vigilando, crucé la calle hacia la casa de Patricia. El pórtico de la entrada principal era discreto: sin montones de correo, sin chismes ni decoración de Halloween. Llamé al timbre. El débil repique solo se oyó a través de la ventana del vestíbulo. No oí pasos acercándose a la puerta. Tampoco perros que ladraran. Esperé un minuto antes de llamar fuerte a la puerta. La casa permaneció en silencio. Me asomé por la ventana: las luces de dentro estaban apagadas.

¿A dónde podría haberse ido?

Me giré para marcharme, pero me detuve en el buzón que había fijado a la pared, junto a la puerta. Mi mano sobrevoló el bocacartas. Estaba segura de que interferir en la correspondencia de alguien era delito, pero, si la de Harris se parecía un poco a la mía, contendría montones de cosas sobre mí que yo no querría que la gente supiera.

Eché una ojeada por encima del hombro y después a ambos lados de la calle antes de abrirlo. El taco de dentro era fino, lo suficientemente delgado como para guardármelo en el abrigo sin que nadie lo notara. Antes de que pudiera convencerme de lo contrario, abrí la cremallera, me metí el correo y me apresuré a llegar al

monovolumen. Tras encerrarme en él, ojeé deprisa los sobres.

Facturas, vales, publicidad… Todo el correo estaba dirigido al señor y la señora Mickler. Excepto un extracto mensual del banco, a nombre de una sociedad limitada: Lechero Asociados.

Lechero. Como la contraseña de su móvil.

Deslicé la llave del coche por debajo de la solapa y la rasgué para abrir el sobre y examinar el extracto. Claramente, no pertenecía a una cuenta que compartiera con Patricia. No había cargos de comida, ni de luz, agua o gas, ni de centros comerciales. Ni de salones de belleza, citas con el médico o gastos cotidianos relacionados con la casa. Se me revolvió el estómago al leer los detalles de los cobros. Pagos a bares de lujo y restaurantes de gama alta, una floristería de Vienna y la ostentosa joyería Charleston-Alexander. Había varios cargos recurrentes del hotel Ritz-Carlton, a mitad de camino entre la casa de Harris y el The Lush. Esta debía de haber sido la cuenta de operaciones de Harris, la que utilizaba para agasajar a sus víctimas antes de drogarlas y hacerles chantaje para que no hablaran.

Di la vuelta a la hoja y encontré una lista de doce depósitos, todos por la misma cantidad —dos mil dólares—, todos transferencias interbancarias realizadas el primer día de cada mes. Harris debió de haber desarrollado alguna actividad como consultor financiero aparte de su trabajo principal. Y, por lo que podía ver, el negocio le estaba yendo muy bien. Al parecer, tenía una agenda de doce clientes fijos que le hacían pagos todos los meses. La última semana de septiembre, el balance de la cuenta de Harris había sido de un poco más de medio millón de dólares. Pero el total en la cuenta a final de ese mes, cuando terminaba el extracto, era de… ¡cero?

Volví a comprobar los movimientos. Harris había retirado todos los fondos de su cuenta la semana anterior a que le mataran. Una semana antes de que Patricia intentara contratarme.

¿O había…?

«Iba a emplearlos en dejarle. Pero creo que será mejor así».

De pronto, entendí cómo Patricia había podido obtener cincuenta mil en efectivo tan fácilmente. Debió de retirarlo de la cuenta de su marido con la idea de utilizarlo para escaparse y con la esperanza de que él no la persiguiera. Pero entonces se topó conmigo y pensó que tenía suficientes billetes como para asegurarse de que nunca lo haría. El dinero que faltaba encajaría con la historia que probablemente tenía planeado contarle a la policía: que él había retirado en efectivo todos sus fondos y se había fugado con otra. Entretanto, Patricia disponía de todo el dinero que necesitaba para empezar una nueva vida en otro lugar.

Solamente quedaban dos preguntas por responder: ¿quién había matado a Harris? Y ¿dónde estaba Patricia Mickler?

Cuando me estaba guardando el extracto bancario en el bolsillo y me preparaba para devolver el resto de los sobres al buzón de los Mickler, un Lincoln Town Car negro y elegante pasó despacio al lado de mi monovolumen. Me hundí en el asiento cuando el coche se paró delante del aparcamiento de los Mickler.

Un hombre abrió la puerta del copiloto. Las largas perneras de los pantalones de traje a medida dieron zancadas decididas hacia la puerta delantera de la casa de Patricia. Llamó al timbre y se pasó una mano por el pelo, oscuro y cuidadosamente peinado, mientras esperaba a que alguien le abriera. El conductor permaneció dentro del coche, oculto tras las ventanillas de cristales tintados.

El hombre llamó una vez más y dio dos fuertes golpes en la puerta que se oyeron hasta desde mi monovolumen. Al no abrirle nadie, fue hasta el garaje; su altura le permitía asomarse sin problema a las ventanas altas y estrechas. Regresó hacia el coche sacudiendo la cabeza con aire tenso.

La puerta del conductor se abrió. Unos hombros anchos y robustos y un par de piernas gruesas salieron de él con dificultad. Con zancadas pesadas y lentas, el conductor fue a echar un vistazo al lateral de la casa, y conforme desaparecía tras el edificio vi surgir de su manga una hoja plateada que se le ceñía a la mano rolliza.

El hombre del traje entrelazó las manos a la espalda mientras se paseaba despreocupadamente de un lado a otro del aparcamiento; su mirada erraba por la calle mientras esperaba junto al Town Car. Me escurrí aún más en el asiento, asomada por encima del volante, con la esperanza de que no pudieran verme gracias al sol de la tarde, ya bajo detrás de mí.

Poco después volvió el conductor. Se sacudió las manos vacías y, con un gesto firme de asentimiento, volvieron a meterse en su elegante coche negro. Con el corazón a mil, me dejé caer hasta el suelo de mi monovolumen mientras el Lincoln daba marcha atrás y volvía a acercarse a mí. Esperé a que el ronquido del motor se alejara antes de volver a incorporarme con cuidado.

¿Estas personas eran sobre las que Patricia me había advertido? ¿Las que tenían ojos y oídos por toda la ciudad?

«Mi marido se relacionaba con gente muy peligrosa».

Tras mirar el espejo para asegurarme de que ya se habían ido, abrí la puerta de un golpe y devolví el correo al buzón. Todas las voces de mi cabeza me gritaban que me largara, que corriera. Pero ¿y si Patricia había estado en casa todo ese tiempo? ¿Y si se había estado

escondiendo no de mí, sino de esos hombres? El conductor llevaba un cuchillo muy grande y ya no lo tenía en la mano cuando regresó. No podía marcharme sin comprobar que Patricia estaba bien.

Me acerqué al garaje y me subí al borde de un tiesto elevado que había junto a la entrada para asomarme por la ventana. Un Subaru tipo ranchera marrón estaba aparcado dentro, el mismo en el que Patricia había desaparecido cuando me había dejado con la palabra en la boca en el Panera, con la ventana trasera cubierta de pegatinas: «James Madison University», «Los animales son nuestros amigos, NO nuestra comida», «No compres, ¡adopta!» y «Sonríe, mañana puede que mude el pelo». También podían verse dos pegatinas con los monigotes de un hombre y una mujer y de dos perros.

Patricia estaba en casa.

Corrí por el jardín lateral para rodear la casa de los Mickler y me paré en seco, en mitad del porche trasero. La luz del sol brillaba trémula sobre la larga hoja del cuchillo, que estaba incrustado en el marco de la puerta. Un trozo de papel ondeaba, sujeto por el filo del arma.

HAS COGIDO ALGO QUE ES MÍO.
TIENES 24 HORAS PARA DEVOLVERLO,
ANTES DE QUE SE ME AGOTE LA PACIENCIA.

Y.

Toqué el extracto bancario de mi bolsillo. ¿Todos esos pequeños depósitos mensuales y progresivos habían sido pagos de los anticipos? ¿O es que Harris había estado robando dinero de las cuentas de sus clientes?

«Si descubren lo que hemos hecho, vendrán a por nosotras dos».

Había supuesto que Patricia se refería a que esa gente peligrosa nos iba a buscar si se enteraban de lo que le habíamos hecho a Harris. Pero ¿y si no era eso lo que insinuaba? ¿Y si se refería a lo que habían hecho ella y él? ¿Y si el dinero de su cuenta era de estos hombres y en vez de robárselo a su marido se lo había robado a ellos? ¿Serían estos hombres los que habían matado a Harris?

Espiré entrecortadamente. Al menos los hombres no habían entrado en la casa.

Llamé fuerte a la puerta trasera y utilicé la mano de visera para asomarme por la ventana. La cocina estaba a oscuras, el fregadero vacío y la encimera bien ordenada. Me cubrí la mano con la manga y traté de girar el pomo, pero tenía el pestillo echado. La ventana de al lado también. Busqué una puerta para mascotas para abrirla y gritar a través de ella, pero me sorprendió que no hubiera ninguna. Volví a

llamar, pero si Patricia estaba en casa era evidente que no tenía intención de abrir. Pero, después de lo que acababa de ver, tampoco podía culparla. Si yo hubiera estado en su situación, me habría escondido debajo de la cama y habría llamado a la…

«Oh, no».

Solté el pomo, aguzando el oído por si se oían sirenas, y casi me caí por las escaleras del porche al regresar corriendo hacia el monovolumen. Una vez me encerré dentro, me convencí de que Patricia estaría bien. Esa noche se cumplirían cuarenta y ocho horas desde la desaparición de Harris y la policía infestaría toda esa zona. El siniestro hombre del traje y su muy siniestro conductor no serían tan tontos de volver. Y si yo era lista, tampoco.

Capítulo 18

Me estaban punzando con instrumentos de tortura. Rezaba a todos los dioses de todos los rincones del planeta; les suplicaba, en gran parte mediante tacos, que parasen, por favor, por favor, por lo más sagrado de este mundo.

Despegué un ojo y esperé a que la habitación se enfocara. Delia estaba sentada al borde de la cama, con la silueta de su pelo pincho resaltada en contraste con la luz que entraba a raudales desde el pasillo. Me meneaba con vehemencia adelante y atrás; sus manos diminutas me presionaban el riñón hasta el punto de que mi vejiga amenazaba con reventar. Zach estaba inclinado sobre mí; el aliento le olía a leche y tenía un dedo regordete suyo clavado en la mejilla.

Me tapé la cara con una almohada.

Delia me la arrancó de la cabeza.

—Despierta, mami. Que Vero dice que ya es la hora de cenar.

—¿De cenar?

Me apoyé sobre un codo. ¿Qué día era? ¿Qué hora era? Lo último que recordaba era haber suspendido el ordenador, cerrar la puerta del despacho e irme como un zombi a mi dormitorio.

Zach soltó una risilla cuando su chupe mojado tocó mi oreja. Mientras me incorporaba, me sacudió un escalofrío al recordar la lengua de Harris, los sucesos de los tres días anteriores iban regresando poco a poco a mi memoria.

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Tooooodo el día. —Delia puso los ojos tan en blanco que podía verlos en la oscuridad.

—Vale, ya lo pillo. Soy yo literal. —Cuando me senté para estirarme, los músculos de la espalda y los hombros me aullaron. Seguro que era el karma. El dolor que estaba sufriendo por haber enterrado a Harris Mickler era directamente proporcional a mi estupidez.

Al final Vero tenía razón con lo de la cargadora frontal.

Encendí la lámpara de la mesilla y me estremecí cuando vi la que me había caído encima. Mis captores me cogieron de las manos y me sacaron a rastras de la habitación. En el pasillo olía a mantequilla de ajo, orégano y tomates estofados, y el estómago me rugió mientras me colocaba a Zach sobre la cadera y lo llevaba abajo.

Había algo distinto. O quizá todo fuera distinto. Recorrí la cocina con la mirada mientras abrochaba a Zach a la trona. Observé las zonas limpias de la encimera, donde el desorden solía acumularse en forma de montones aleatorios. El rastro de la aspiradora sobre la moqueta del salón y los cestos de ropa limpia y doblada. Los cuadernos abiertos, la calculadora y los libros de texto de contabilidad en el comedor, donde el día anterior habían estado los avisos de cobros, de los que ya no había rastro.

Me arrolló una desazón.

—¿Dónde están las facturas? —le pregunté a Vero.

—Me he encargado de ellas —dijo sirviendo en platos hondos los espaguetis y el pan de ajo.

—¿Qué quieres decir con que te has encargado de ellas?

—Que las he pagado.

—¿Con qué dinero?

Alzó una ceja mientras ponía el plato de Delia en la mesa. Subí corriendo al despacho y abrí de un golpe el cajón del escritorio. El sobre de Patricia Mickler había desaparecido.

Volví abajo a toda prisa y casi me resbalé con el suelo recién pulido del final de las escaleras.

—¿Dónde está el dinero? —susurré lanzando una mirada nerviosa a los niños. Delia sorbió un espagueti muy largo. Zach tomó un puñado de pasta con salsa y se quejó con un chillido cuando se le cayó en la bandeja.

Vero se sentó en una silla libre junto a ellos.

—He creado una sociedad limitada a tu nombre, he abierto una cuenta y he utilizado el dinero para pagar tus facturas. —Le dio un mordisco al pan de ajo—. De nada —dijo con la boca llena.

Ya sin apetito, me dejé caer en mi silla.

—¿Todas? —Vero pinchó los espaguetis con el tenedor, como si la respuesta fuera obvia—. ¿No crees que va a ser un poquitín sospechoso? ¿Cómo se lo explico a Steven cuando me pregunte de dónde ha salido el dinero? —Delia levantó la mirada del plato al oír el nombre de su padre, así que interrumpí mi argumentación.

—Es una cuenta nueva. Y esa empresa es tuya. Su nombre no está por ningún lado. —Vero se encogió de hombros mientras se servía una copa de vino—. Para cuando se haya dado cuenta de que las facturas están pagadas, ya habrás terminado el libro.

—¿Qué libro?

—En el que has estado trabajando por la noche. —Dio un largo sorbo —. Que, por cierto, es bueno.

—¿Cómo que es bueno? ¿Y tú cómo sabes eso?

—Oye, ¿quién es Julian Baker? —Hizo un gesto insinuante con las cejas.

—¿Has estado cotilleando mi ordenador?

—Te dejaste el navegador abierto con su perfil de Instagram. —Me sonrió con satisfacción por encima del borde de la copa—. Está bueno.

—¿El qué está bueno? —preguntó Delia.

—Nada.

Fulminé con la mirada a Vero mientras espolvoreaba una montaña de parmesano sobre mi plato y cerraba de un golpe la tapa del envase. El televisor destelleaba en silencio en el salón, con el canal de noticias locales puesto. Mientras comía, los ojos de Vero se desviaron a los titulares.

—Es solo un amigo —murmuré mirando al plato.

—Es un poco joven, ¿no? —preguntó Vero.

Clavé el tenedor en la pasta.

—Tengo treinta y un años. No es que esté con un pie en la tumba.

—La otra noche tenías los dos.

Le di una patada por debajo de la mesa.

—¿Y Andréi Borovkov? ¿Qué pasa con él?

Paré de masticar. Yo no le había contado nada de la amiga rica de Patricia ni del pagaré por valor de setenta y cinco mil dólares que había metido en el cajón del escritorio.

—¿Cómo sabes tú eso?

Vero soltó el pan de ajo con la mirada puesta en la televisión, detrás de mí. Su silla chirrió cuando se abalanzó sobre la encimera para coger el mando y subir el volumen. El estómago se me puso del revés al girarme y ver en la pantalla unas caras que conocía.

> Según fuentes policiales, un matrimonio de Arlington ha desaparecido en dos sucesos distintos, lo que ha hecho plantearse a los investigadores la posibilidad de que se trate de un asesinato. Patricia Mickler contactó con la oficina local del *sheriff* en torno a las siete de la tarde del miércoles para denunciar la desaparición de su marido, Harris Mickler, del que, según informó, no había tenido noticias desde que salió del trabajo la noche anterior. Sin embargo, cuando la policía se trasladó a su domicilio para tomarle declaración, nadie abrió la puerta. La policía empezó a preocuparse tras varios intentos de contactar con la denunciante por teléfono y al menos uno en su domicilio, que resultaron fallidos. Esta misma noche, la policía pondrá en marcha una investigación para averiguar el paradero de la pareja.

Un corte dio paso a la calle de los Mickler, donde todos los vecinos parecían decir lo mismo. No, no habían notado nada raro. No, los Mickler eran una pareja completamente corriente y tranquila, sin niños ni mascotas. Los dos tenían empleos decentes y trabajaban jornadas muy largas, y nunca dieron ningún problema.

Vero seguía agarrándome el brazo cuando el presentador dio paso a publicidad.

—Mami, ¿puedo levantarme?

Delia empujó su plato con la comida a medias arrugando mucho la nariz.

—Sí, cariño —dije con voz apagada—. Lávate las manos. Si quieres, vete a jugar a tu habitación.

En cuanto Delia subió las escaleras, Vero se volvió hacia mí.

—¿Qué hacemos?

Este giro de la trama no lo había previsto.

—No vamos a entrar en pánico —insistí. ¿A quién quería engañar? Sin duda, ya estábamos entrando en pánico.

—¿Dónde narices está?

—¿Patricia? Probablemente se haya asustado y haya huido.

—¡Eso la hace parecer sospechosa! —Tal reacción hizo que Zach levantara la cara, llena de salsa. Su mirada iba de la una a la otra, y Vero bajó la voz—. Si la policía la encuentra, podría confesarlo todo. —Tomó mi teléfono de la encimera y me lo pasó—. Llámala y dile que se está equivocando. Tiene que volver.

—La he llamado como doce veces. Como no me respondía, fui a su casa…

—¿Estás loca?

—No me vio nadie. —Al menos, esperaba que no. Tragué con dificultad, recordando el cuchillo clavado en la puerta trasera de su casa—. Pero…, cuando estaba allí, aparecieron dos hombres.

—¿Qué hombres?

—No lo sé. Pero creo que son los mismos sobre los que Patricia me advirtió. Le dejaron una nota. Creo que eran clientes de Harris. Y creo que Harris les estaba robando dinero. Cuando abrí su buzón, vi un extracto bancario…

—¿Que abriste su buzón? ¡Ahora tus huellas van a estar por todo el sobre!

Me metí la mano en el bolsillo y lo puse sobre la mesa.

—No te preocupes. Me lo he traído.

Vero se atragantó. Lo cogió de la mesa, lo abrió y estrechó los ojos conforme le echaba una ojeada.

—Doce depósitos, todos en el primer mes, la misma cantidad. ¿Crees que estaba timando a sus clientes?

Asentí.

—Y es aún peor. Dale la vuelta a la hoja. —Vero la giró y ojeó el estado de las cuentas, y sus labios formaron un gesto de asombro ante el cero bien redondo que había en la parte inferior—. La nota decía

que Patricia tenía veinticuatro horas para devolver lo que había cogido.

—¿Crees que fueron esos hombres los que mataron a Harris?

—Sin duda, motivos tenían. Quieren que les devuelvan su dinero. Y nosotras nos hemos quedado cincuenta mil.

Vero se arrimó mi móvil al cuerpo mientras caminaba de un lado a otro de la cocina.

—Patricia nos pagó en metálico. Si esos hombres te siguieron hasta casa desde el bar, podrían haber supuesto que estabais teniendo una cita y que él había bebido demasiado. No había forma de que supieran que Patricia te había contratado. Con medio millón de dólares, ella podría haber huido a cualquier sitio. Si no encuentran a Patricia, entonces a nosotras no nos descubrirán, ¿verdad?

—Exacto.

Zach empezó a armar escándalo en la trona. Le limpié la cara de salsa, lo saqué del asiento y lo puse en el suelo para que gateara hasta donde estuviera su hermana.

Vero se dejó caer en la silla. Empujó su plato hacia el centro de la mesa, mirándolo como si le pudiera haber sentado mal.

—¿Y si la policía encuentra a Patricia antes que nosotras?

—Lo único que ella sabe de mí es mi número de teléfono. No sabe cómo me llamo ni dónde vivo. Dudo que incluso pudiera identificarme en una rueda de reconocimiento. —Siempre había llevado una peluca, tacones altos y un montón de maquillaje. Esperaba que hubiera servido de algo—. Además, te tengo a ti como coartada —dije sentándome en la silla que estaba a su lado.

—Creía que era tu cómplice.

—Eso tendrían que demostrarlo. Los demás solo saben que yo estaba aquí en casa contigo la noche en que desapareció Harris Mickler. Llamé a mi hermana desde el teléfono fijo de la cocina. Y Georgia nos vio juntas cuando fuimos a recoger a los niños. Lo único que tenemos que hacer es deshacernos de cualquier prueba con la que la policía pudiera relacionarnos.

Vero bajó la vista a mi teléfono. Lo soltó sobre la mesa, delante de mí, como si estuviera infestado de piojos.

—Tranquila. Es de prepago. La compañía telefónica me cortó la línea el mes pasado por retrasarme en el pago de la factura. Este me lo he comprado en una parafarmacia.

—¿Y la policía no puede encontrar un registro del cobro que te hicieron?

—Mis tarjetas de crédito ya no tenían saldo, así que pagué en efectivo. —Posé los codos sobre la mesa y me clavé los talones de las

manos en las cuencas de los ojos—. No hay nada que me vincule a este teléfono.

—¿Es que no ves *Ley y orden*? ¡Que esas cosas las rastrean!

—Solo hasta la torre de telecomunicaciones más cercana.

—¿Cómo de cercana?

—No sé… Como a unos kilómetros.

—Demasiado cerca.

Vero se puso de pie. Levanté la cabeza cuando lanzó el teléfono sobre la tabla de cortar. Cogió del cajón un ablandador de carne y elevó el mazo metálico por encima de su cabeza.

—¡Espera!

Logré quitar el móvil de la tabla antes de que lo machacase. Dándole la espalda, empecé a bajar por mi lista de contactos. Vero se puso de puntillas, asomada sobre mi hombro, mientras yo copiaba el número de Julian en un pósit.

—Conque es solo un amigo, ¿eh?

—Es abogado —dije metiéndome el papel en el bolsillo—. Puede que nos venga bien tener su número.

—Es demasiado joven para ser abogado.

—Es abogado de oficio —argumenté—. O al menos lo será. Algún día. Cuando se gradúe.

Vero emitió un sonido de disconformidad y rechazó la idea con sacudidas amplias y exageradas de la cabeza.

—Si nos pillan, no vamos a contratar a un modelo de ropa interior de Abercrombie para evitar que nos metan en la cárcel. Yo quiero un señor blanco y viejo que lleve gemelos y un Rolex. Como el abogado de tu ex.

—El abogado de mi ex no es viejo. Solo tiene tres años más que yo. Y cobra a doscientos dólares la hora.

—Si matamos a Andréi Borovkov, nos lo podremos permitir. —Le dirigí una mirada fulminante—. Bueno, ¿y dónde lo has conocido?

—¿A Borovkov?

—No —dijo arrancándome el móvil de las manos—, a Julian Baker.

Tamborileó las uñas contra la encimera, esperando una respuesta.

—Estaba de camarero en The Lush —le confesé— la noche que secuestré a Harris.

—¿Ese es el camarero? ¿El de tu historia? ¡Se te ha ido la olla! —siseó gesticulando como una loca—. ¡No puedes quedarte con su número! ¿Y si te entrega a la policía?

—¡Si ni siquiera sabe quién soy! Iba con una peluca rubia y le dije un nombre falso. Él cree que soy agente inmobiliaria y que me llamo Theresa.

Se hizo el silencio en la cocina. Vero me miró boquiabierta, parpadeando varias veces seguidas. Una risa empezó a brotarle muy dentro de la garganta, y se fue convirtiendo en una carcajada hasta que le explotó por la boca. Yo también me empecé a reír.

—Dime que no.

—Pues sí.

Meneó la cabeza mientras cruzaba la cocina y llenaba nuestras copas. Me dio la mía y me observó mientras daba un sorbo a la suya con una cara de diversión que solía reservar para mis hijos.

—Te gusta, ¿verdad?

Me apoyé en la encimera junto a ella, sobre todo para no tener que mirarle a los ojos. Tomé un trago largo de vino, bastante segura de que la respuesta era obvia.

Vero apuró su copa, la posó y me rodeó los hombros con un brazo.

—Sabes que no le puedes llamar, ¿verdad? Si averigua quién eres, tu coartada podría irse al garete. Tú misma lo has dicho. Tenemos que deshacernos de todo lo que nos vincule con los Mickler. —Sabía que tenía razón. Y aun así no era capaz de deshacerme de su número—. ¿Te parece que lo matemos, solo para asegurarnos?

—¡No! —me giré para mirarla con la boca abierta—. ¡No hemos matado a nadie! ¡Ni vamos a matar a nadie! No vamos a matar a Andréi Borovkov y desde luego tampoco a Julian. Y ya está. Se acabó la historia.

Vero se reía, con las mejillas coloradas por el vino.

—¡Tranquila, que era broma!

Levanté la tapa del móvil y tiré la tarjeta SIM al triturador de basura. El agua corría por el grifo, y la risa de Vero se ahogó cuando pulsé el interruptor de la pared. Ambas nos vimos sobresaltadas por el repentino rechinar del metal. El sonido me bajó por toda la columna y desembocó en un escalofrío mientras nuestro último vínculo con Patricia Mickler crujía engullido por el desagüe.

Capítulo 19

Aprendí dos cosas muy importantes por tener una hermana poli. La primera es que en Internet puedes encontrar prácticamente a cualquier persona. Y la segunda es que es más probable que te sorprendan cometiendo un delito en tu propia casa que en público.

Y por eso yo estaba cometiendo el mío en la biblioteca pública municipal.

Los niños iban a pasar el fin de semana con Steven y Vero estaba en casa estudiando para los exámenes de contabilidad de mitad de trimestre. En realidad no le mentí cuando le dije que iba a ir a la biblioteca a documentarme para mi libro. ¿Cómo iba a saber entonces lo que sucedería en el siguiente capítulo del misterio de los Mickler si no averiguaba a dónde se había marchado Patricia?

Solicité ocupar el último puesto que quedaba libre al fondo de la sala y abrí el navegador. Entonces tecleé el nombre de Patricia y peiné las redes sociales y las guías telefónicas en busca de cualquier información que pudiera encontrar sobre ella: sus vecinos, personas que fueran cercanas, lugares que frecuentara… Antes de que hubiera pasado una hora ya estaba bostezando y no había avanzado ni un solo paso para encontrarla. Al lado de la vida de Patricia Mickler, la mía parecía de lo más glamurosa. A excepción de su despacho, el refugio animal en el que era voluntaria y las clases semanales de pilates que había mencionado, parecía que rara vez salía de casa. Por lo visto, tenía incluso menos amigos que yo.

En el perfil de Patricia aparecían más animales que personas, con la única excepción de una foto de algunos voluntarios del refugio que había sido tomada en un acto de adopción el mes anterior. Patricia, claramente la mayor del grupo, acariciaba a un chucho que tenía la cara blanca y una mancha negra en un ojo. El texto de la publicación decía que el perro se llamaba Pirata, y Aaron —el voluntario joven y de pelo rizado que estaba al lado de ella— tenía agarrado a su hermanita, Molly.

Cliqué en su lista de amigos buscando las caras de los voluntarios de la foto, pero no vi que coincidieran. Patricia no parecía relacionarse con ellos más que cuando iba al refugio. Supongo que no debía sorprenderme; eran todos jóvenes, probablemente universitarios, y Patricia, delatada por las arrugas que se le formaban

en la sonrisa y las ojeras, llamaba la atención entre el grupo de caras lozanas. Quizá fuera esa la razón por la que había decidido compartimentar aquel aspecto de su vida. Aun así, en la foto parecía más joven que la mujer hastiada y derrotada que había conocido en el Panera. Más feliz y más a gusto, en cierta manera. Como si ese lugar fuera su hogar y esos animales su familia.

Según los registros públicos, Patricia era hija única y sus padres habían fallecido. Gracias a sus redes sociales me enteré de que Harris y ella se habían conocido en la Facultad de Empresariales de la Universidad de Georgetown, lo que significaba que había vivido toda su vida dentro de un radio de seis kilómetros y medio en torno a Washington D. C. No la veía como alguien que fuese a sacar todo el dinero del banco para irse a otro lugar a empezar de cero. Parecía demasiado tímida como para dar un paso así de atrevido. Quizá solo estaba asustada y confundida, refugiada en una habitación de hotel, demasiado aterrorizada como para enfrentarse a lo que había hecho. O con demasiado miedo a esos hombres con los que Harris se había metido en un buen lío.

Dondequiera que estuviese, la policía iba a encontrarla si no salía pronto de su escondite. E iba a hacerle preguntas. Y esas preguntas inevitablemente llevarían hasta mí. Me había pagado por un trabajo y yo le había confirmado que lo había hecho. Para la policía el caso tendría una resolución evidente. Mi única esperanza era dar con ella antes y explicarle lo que había pasado. Que yo no había sido quien había matado a su marido. Quizá, juntas, podríamos encontrar una forma de probar que los culpables eran los otros dos hombres.

Desarrimé la silla y estiré las piernas, aún doloridas. Habían pasado casi cuatro días desde que habíamos enterrado a Harris, pero sentía que cada músculo que había usado para cavar su tumba seguía castigándome. Me crujió la espalda al subir los brazos por encima de la cabeza. Tenía que haber alguien en quien Patricia confiara lo suficiente como para confesarle sus secretos. Alguien que quizá supiera dónde encontrarla.

Los brazos se me paralizaron a mitad del estiramiento.

Pilates.

La nota que Patricia me había entregado en el reservado del Panera venía de una mujer que conocía de su clase semanal de pilates, la esposa de Andréi Borovkov. Había dicho que solo eran conocidas, pero estaba claro que era mentira. Si Patricia se sentía tan cercana a esa mujer como para recomendarle una sicaria, era posible que ella también le hubiese confiado información sensible sobre su vida…, como a dónde había planeado marcharse después de haberme pagado

por asesinar a su marido.

Volví a arrimarme al ordenador, preparándome para el habitual aluvión de resultados en redes sociales que arrojaría la búsqueda «Andréi Borovkov mujer». Pero el primero —y casi todos los siguientes — era el titular de una noticia sobre un triple homicidio sucedido hacía poco.

Recordé que Georgia había estado hablando sobre el escenario de ese crimen unas semanas antes; habían encontrado degollados en un almacén de Herndon a tres empresarios locales. Según los titulares de la pantalla, el juicio del caso había sido declarado nulo.

Todos los artículos por los que bajaba incluían la misma foto: dos hombres que desaparecían dentro de una limusina al pie de la escalinata de los juzgados. Uno era de aspecto imponente, calvo y con los ojos encapotados. El otro era refinado e iba bien vestido, probablemente fuera su abogado. La foto estaba tomada del mismo fragmento de vídeo que había visto en el televisor de Georgia.

Amplié la imagen y me acerqué a la pantalla.

El estómago se me retorció.

Eran los mismos hombres que conducían el Lincoln Town Car. Los mismos que habían clavado el cuchillo en la puerta trasera de Patricia.

Por eso el nombre de Andréi me había resultado familiar cuando lo había leído en la nota de su mujer. Porque ya lo había visto. En las noticias, en el informativo que estaba puesto de fondo en casa de Georgia cuando fui a recoger a mis hijos la noche que enterramos a Harris.

Andréi Borovkov no era un marido tóxico cualquiera. Era el sospechoso de asesinato que la OCN no había logrado condenar. El responsable de que los amigos de Georgia estuvieran tan cabreados. Al que habían absuelto aquella mañana, el mismo día que mataron a Harris Mickler.

Según el artículo, el marido de Irina Borovkov trabajaba como guardaespaldas para un empresario acaudalado llamado Feliks Yirov, un hombre que se sabía que estaba vinculado a la mafia rusa.

Me tapé la boca con la mano para ahogar un grito.

«¿Trabajas para Feliks?».

Eso me había preguntado Harris en el bar, cuando casualmente le había insinuado que pertenecíamos al mismo grupo financiero, cualquiera que fuese. Harris parecía haberse puesto enfermo al preguntármelo y yo deduje que era por la droga. Patricia no conocía a Irina Borovkov solo del pilates. Sus maridos trabajaban en lo mismo: en la mafia.

Harris les había estado robando dinero.

Con temblores en las manos, borré los resultados, por miedo a que alguien los viera. Luego limpié todo el historial de búsqueda y me levanté de golpe tambaleándome. Andréi Borovkov no era solo guardaespaldas. Los guardaespaldas protegen a la gente y no los detienen por degollar a empresarios en almacenes. No dejan amenazas de muerte en la puerta trasera de la casa de alguien cuando creen que a su jefe le han robado.

Me habían contratado para matar a un miembro de la mafia rusa.

De pronto, no sabía qué me daba más miedo: que la policía me pillara por un asesinato que no había cometido o que Andréi Borovkov me asesinara cuando se enterase de lo que había hecho su mujer.

Cerré la puerta de la cocina que daba al garaje y me dejé caer contra ella, con la respiración acelerada. Las luces de casa estaban apagadas y el coche de Vero no estaba en la cochera. Eché el cerrojo y me quité los zapatos de una patada antes de subir las escaleras de dos en dos hacia mi despacho. Me encerré dentro, echando el pestillo de la puerta con dedos torpes y temblorosos.

Me recordé que los niños estaban a salvo en casa de Steven y que la mujer de Andréi Borovkov no tenía ni idea de quién era yo. Mientras no llamara al número de la nota de Irina, el temible marido de la señora Borovkov nunca sabría a quién había contratado su mujer ni cómo encontrarme.

Un destello rosa me llamó la atención. Uno de los pósit rosas de Vero aleteó pegado sobre la pantalla de mi ordenador: «Tengo una cita. No me esperes despierta. Vuelvo a tiempo para la fiesta de Delia».

Mierda. La fiesta de cumpleaños de Delia era a las once del día siguiente. Con todo este caos se me había olvidado. Una hoja de cuaderno suelta reposaba sobre el teclado, con el título «Cosas que quiero para mi cumple» esmeradamente escrito con la caligrafía descomunal de Delia. Solo había una cosa en la lista… un perrito. Debajo encontré otra carta certificada del abogado de Steven. No me hacía falta abrirla para saber qué contenía.

Arranqué el pósit del monitor. Al día siguiente, a la hora del almuerzo, mi casa estaría atestada de niños que me chillarían para pedirme *pizza* y tarta. No había ni empezado a preparar el cumpleaños de Delia. Ni siquiera le había comprado un regalo todavía.

Quizá Steven tuviera razón. Quizá no estaba capacitada para ejercer de madre de mis hijos. Steven nunca había sido un padre ejemplar, pero desde que se había ido de casa mi vida había descarrilado y no tenía ni idea de qué hacer al respecto. Lo único que

sabía con seguridad era que no me iba a ir a la cama hasta que tuviera la certeza de que nadie iba a buscarme. Tenía que evitar a la policía y esquivar a Andréi Borovkov, fuera como fuese.

Me aproximé a la ventana y oteé la calle con los ojos bien abiertos en busca de coches desconocidos. Capté el movimiento de las cortinas de la señora Haggerty al cerrarse y rápidamente corrí las mías. Me giré y me sorprendió que mis calcetines hubieran dejado marcas por donde hacía poco se había pasado la aspiradora. Me palpé los dedos, pero estaban limpios; en las lamas de la persiana sospechosamente no había nada de polvo. Olisqueé la habitación, inhalando el olor ácido que había supuesto que provenía de mi propio pánico impregnado de sudor, pero que solo era el vinagre blanco que Vero usaba para desincrustar la suciedad cuando recogía la casa.

Algo se aflojó dentro de mí cuando pasé un dedo por la superficie impoluta de mi escritorio. Era un alivio tener cerca a alguien que equilibrara la balanza. Era muy agradable tener a alguien que se encargara de las facturas y me ayudara a gestionar mis desastres en lugar de restregármelos en la cara. La casa estaba demasiado tranquila sin Vero y los niños. Demasiado vacía en esa noche en la que no iban a estar.

Abrí el primer cajón de mi escritorio, dispuesta a quemar la nota de Irina Borovkov. Pero tampoco estaba. Vero debió de haberla tirado la noche anterior por la trituradora, presa del pánico. El único papel suelto del cajón era uno con el número de Julian. Lo saqué y lo sostuve en la mano, recordando la advertencia que ella me había hecho. Que sería un tremendo error llamarlo, pero también era cierto que no había tirado su número al fregadero.

Julian sabría si la policía había ido a fisgar por el bar, en busca del coche de Harris. Y quizá se había fijado en si un Lincoln Town Car negro me había seguido al salir del aparcamiento aquella noche.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, marqué su número en el móvil de prepago que había comprado esa misma mañana. Cogió la llamada al cuarto tono y el corazón me dio un vuelco de los nervios.

—¿Hola? —La voz que respondía era grave, áspera a causa del sueño. Me planteé colgar—. Sea quien sea, ya me ha despertado. Así que más le vale empezar a hablar.

Era Julian, estaba claro. Y estaba claro que no parecía muy contento. El reloj de mi ordenador indicaba que ya eran las doce del mediodía pasadas, pero si había trabajado la noche anterior probablemente no se acostó antes de las tres.

—Si no va a decir nada, le cuelgo.

—Soy Theresa.

El nombre salió disparado tras haber estado conteniendo la respiración.

—Hola —dijo después de un silencio corto. Se oyó un frufrú de fondo. La imagen de él con un par de pantalones de pijama ajustados y muy poca ropa más puesta se me instaló en el centro de la cabeza de manera completamente espontánea—. ¿Has cambiado de número? Me salías como «no disponible» al llamarme.

«Desde luego que estoy disponible. No te imaginas lo disponible que estoy».

—Sí —dije apartándome ese pensamiento de la cabeza—. He tenido un percance con la trituradora de basura.

—Cuánto lo siento. —Las palabras parecían enredarse en su sonrisa soñolienta—. Me alegro de que pudieras rescatar mi número.

Madre mía, debía de estar sonando superdesesperada.

—Perdóname. Se me había olvidado por completo que cubrías las noches. No debería haberte llamado tan temprano, pero…

Pero ¿qué? No había pensado en qué iba a decirle si respondía. No podía atreverme a preguntarle si alguien había ido al bar preguntando por Harris, ni si alguien me había seguido al salir del aparcamiento aquella noche. No sin despertar su curiosidad. Y, si quería ser sincera de verdad conmigo misma, no estaba segura de que esa fuera la única razón por la que le había llamado.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza contra la pared.

—La verdad es que he tenido una semana muy muy chunga y necesitaba hablar. ¿Alguna vez te han dicho que transmites mucha confianza? —Su risa mitigó parte de la tensión que se me había acumulado en los hombros. Mi cuerpo se desinfló, sintiéndome tonta por haberlo molestado—. Mira, eso ha debido de sonar muy tonto, así que es mejor que cuelgue ahora mismo…

—No —dijo—, no es tonto. —Su voz recuperó la suavidad propia de un sábado por la mañana—. La verdad es que tenía ganas de que me llamaras. —Durante el silencio que le siguió, me lo imaginé tumbado boca arriba, con un brazo doblado tras la cabeza y los rizos rubios color miel sobre los ojos—. Estaba preocupado por ti.

—Ah, ¿sí?

Me incorporé, decidida a ignorar el revoloteo que notaba dentro de la tripa.

—Sí, por si llegaste bien a casa. ¿Fuiste a que te revisaran el alternador?

Exhalé un suspiro al recordar lo de la batería.

—Todavía no —le confesé—. Pero iré pronto. Gracias por ayudarme el otro día.

—Fue un placer poder verte otra vez.

Una sonrisa se me esbozó a regañadientes entre las mejillas.

—Siento que no pudiera quedarme más tiempo.

—Tenía la esperanza de que te pasaras por el bar anoche, pero casi que mejor que al final no vinieras. Estaba lleno hasta la bandera. No habríamos tenido mucho tiempo para hablar.

—Vaya. —El vello de la nuca me picó cuando noté el repentino cambio de tono de su voz—. ¿Y eso?

—La policía está haciendo una investigación. Vino un inspector y no dejó de llevarnos aparte para hacernos preguntas. No di abasto en toda la noche.

—¿Qué ha pasado?

—Una mujer ha denunciado la desaparición de su marido. Estuvo en el evento de *networking* del martes y no han vuelto a saber nada de él desde entonces.

—¿En serio? —Tragué saliva—. ¿Y el inspector… habló contigo?

—Más que nada estaba interesado en hablar con los camareros que esa noche trabajaron fuera de la barra, pero el que atendió al hombre ayer libraba y los demás estábamos demasiado ocupados como para recordar gran cosa. —Un suspiro de alivio se apresuró a salírseme del cuerpo. Se me atascó en la garganta cuando dijo—: Aunque uno de los ayudantes recuerda haberlo visto salir con una mujer rubia que llevaba un vestido negro.

Me arrimé las rodillas al pecho, abrazándolas fuerte.

—Hum.

—Le dije al poli que en The Lush cada noche hay por lo menos veinticinco mujeres rubias con vestido negro. Pero la única que a mí me llamó la atención fuiste tú.

—¿Yo? —pregunté con el nudo en la garganta—. ¿Por qué yo?

—¿Aparte de que eres guapa y una persona con la que es fácil hablar?

Liberé una risa nerviosa.

—¿Qué…? ¿Qué le contaste sobre mí?

—Solo que me había topado contigo en el aparcamiento cuando te ibas. Y que, por mucho que insistí en que no fuera así, te vi marcharte sola en tu coche. —Dejé caer la cabeza con ruido sordo contra la rodilla. Bien. Eso era bueno. Julian no era un testigo. Era una coartada.

Una coartada que pensaba que era guapa. Y que resultaba fácil conversar conmigo. Y que quizá quisiera tener una cita algún día.

Seguro que Vero estaría de acuerdo con que lo más inteligente era mantener abiertas las vías de comunicación, ¿verdad?

—Así que… ¿te llamé la atención? —pregunté tirando de un hilo suelto del calcetín.

—Sin duda.

—¿Y nadie más del bar…? En fin, eso… ¿te llamó la atención?

—Nadie más pidió un *bloody mary* a las nueve de la noche, si es a lo que te refieres. —Su risa era suave, encantadora; desataba algo dentro de mí que hizo que yo también explotara en una carcajada.

—No… llegaste a… No te llegaste a fijar en si alguien me seguía cuando me fui…, ¿verdad?

—No. —El silencio de Julian guardaba cierta preocupación—. ¿Por qué? ¿Pasó algo?

—No, no. No pasa nada —dije enseguida.

Claro que no se fijó. Probablemente para entonces ya se habría ido, mientras yo llamaba a Patricia en esos minutos que permanecí en el aparcamiento. Y ahora probablemente estaría pensando que era una paranoica y una insegura. Me eché el pelo hacia atrás, extrañada de que al otro lado del teléfono no pudiera oír mi sangre correr hasta las mejillas.

—En serio, Theresa. —Me encantó la manera en que pronunció mi nombre, en voz baja y cerca del micrófono, como si estuviéramos en la misma habitación. Y me fastidió que el nombre que susurrase no fuera el mío—. *Bloody marys* aparte, no he podido dejar de pensar en ti. Así que, volviendo a tu pregunta del principio, sí, me alegro mucho de que me hayas llamado. Y, si te soy sincero, me tienes un poco preocupado. —Me mordí el labio, deseando poder deshacer muchas cosas. Deseando poder empezar la semana de nuevo—. ¿Quieres contarme lo chunga que ha sido tu semana? Soy camarero, así que estoy especialmente cualificado para escuchar.

—No —dije con una sonrisa cansada, deseando poder hacerlo—, ya estoy mejor. Gracias. —Me sorprendí de lo cierto que era. Todo lo que tenía que hacer era organizar una fiesta de cumpleaños y no matar a nadie más. Fácil, ¿no?

—Estoy aquí por si cambias de opinión. Sigo queriendo que vayamos a dar una vuelta algún día.

Algún día… que no me estuviera escondiendo de la policía y de la mafia. Un día que no estuviera fingiendo ser otra persona.

—A lo mejor te vuelvo a llamar —dije— cuando las cosas se relajen.

—Cuando quieras.

Había algo en su voz que me convenció de que lo decía de verdad. Y me pregunté si todavía dejaban hacer llamadas desde la cárcel.

Capítulo 20

Mi móvil sonó cuando guardaba la última bolsa de golosinas. El nombre de mi madre apareció en la pantalla y pensé en no cogerlo. Zach corría en círculos por la cocina, con el pañal caído y una serpentina naranja colgada de la raja del trasero a modo de cola. Delia y sus amigas lo perseguían lanzándole órdenes como «¡Sienta!» y «¡Quieto!».

—Hola, mamá. Ahora no es muy buen momento.

Me coloqué el móvil entre la oreja y el hombro mientras vertía en cuencos unas bolsas de *bretzels* y galletitas saladas. Mi casa ya estaba abarrotada de niños y yo solo esperaba que Vero llegara pronto con las *pizzas*.

—No voy a entretenerte. Tu padre y yo vamos a tomarnos unos cócteles en cubierta a las cinco. Siempre había querido decir eso. —Soltó una risa tonta. Mis padres estaban celebrando su cuadragésimo aniversario en un crucero por algún lugar del Mediterráneo—. Déjame hablar con la cumpleañera.

Pesqué a Delia por el cuello de su camiseta al pasar corriendo junto a mí. Sonó el timbre de la puerta. Me llevé el teléfono al pecho y conté cabezas. Todas las chicas que Delia había invitado ya estaban allí. Llevaba esperando a Steven casi una hora, pero nunca se molestaba en avisar de cuándo llegaba; solía irrumpir en casa sin más.

El timbre volvió a sonar. Me quedé petrificada. ¿Y si era la policía? ¿Y si venían a arrestarme en medio de la fiesta de cumpleaños de mi hija? O peor: ¿y si eran Andréi y Feliks?

—¿No vas a ver quién es, mamá? —preguntó Delia.

Le encajé el móvil en las manos.

—Toma, habla con la abuela. Ha llamado para felicitarte.

Sacudiéndome las migas de galletitas saladas de los vaqueros, me aproximé a la puerta y me asomé por la cortina justo cuando el niño que estaba al otro lado se ponía de puntillas para tocar el timbre una tercera vez. Me inundó una sensación de alivio. Abrí la puerta y cubrí de un golpe el interruptor del timbre con una mano, con los nervios a flor de piel.

—Hola, Toby. ¿Qué haces aquí? —El padre de Toby era amigo de Steven, pero Toby y Delia no tenían mucha relación. No estaba en la lista de invitados, en la que solo había niñas.

Toby se encogió de hombros. De una mano le colgaba una bolsa de regalo y con la otra se limpiaba la nariz llena de mocos. Señaló a la calle, en dirección a la casa de su padre.

—Mi padre se ha enterado de que Delia hacía una fiesta y me ha dejado aquí. Tenía que irse a un sitio. —Toby pasó por debajo de mi brazo hacia el recibidor—. Me ha dicho que aquí puedo comer.

Toby pasaba los fines de semana con su padre. Y su padre pasaba la mayoría de esos fines de semana con su novia nueva, por lo que se lo encasquetaba a los vecinos y los amigos. No tuve el valor de pedirle que se diera media vuelta.

—Las *pizzas* y la tarta están al llegar. Pero hay galletitas saladas y *bretzels* en la cocina por si tienes hambre.

—Soy celiaco —dijo soltando el regalo de Delia en el suelo y sirviéndose de la bolsa de los regalitos para las invitadas que acababa de guardar.

—Cómo no.

Sentí un dolor de cabeza incipiente. Me giré para cerrar la puerta y me estrellé de frente contra una caja de color claro. Retrocedí para cederle espacio a Steven, que entraba con ella en casa, con la cara oculta por el enorme lazo rosa que tenía encima. Theresa venía detrás, taconeando con sus zapatos contra el parqué y con un modelito demasiado elegante para el cumpleaños de una niña de cinco años.

—¿Qué es esto? —le pregunté a Steven.

—El regalo de Delia —dijo lo suficientemente alto como para llamar su atención mientras lo posaba en el suelo junto a la bolsa de Toby.

Delia se giró y me hincó el teléfono en las manos antes de cruzar la cocina en un esprint que acabó en los brazos de Steven. Musité un adiós rápido a mi madre y colgué. Steven frotó la mano por los pelos pinchos de Delia y la besó en la frente antes de devolverla al suelo. El dolor de cabeza se me agudizó cuando Delia corrió a abrazar a Theresa.

—Gracias por venir —le dije decidida a mostrarme lo más correcta posible a pesar de que hubiera llegado casi una hora tarde. Podría haber sido peor. Podría haberse decantado por no venir siquiera.

—No me lo podía perder —respondió.

Theresa enlazó su brazo con el de Steven. Dirigió una sonrisa tirante a los globos y las serpentinas, con una mirada de desaprobación que se posó en todo menos en mi cara.

—Y gracias por dejarnos hacer la fiesta aquí.

La gratitud se me atascó en la garganta. Dar la fiesta en mi casa había sido idea de Theresa. En teoría, los niños eran de Steven los

fines de semana, pero Theresa no se atrevía a correr el riesgo de que una horda de fieras de cinco años destrozaran lo arreglada que tenía la casa, y Steven se había mostrado reacio a costear el alquiler de otro sitio donde celebrarla. Forcé una sonrisa simpática.

—¿Va a venir la tía Amy? Delia la estaba esperando.

—No —contestó Theresa sin mirarme—. Amy anda ocupada.

—No nos podemos quedar —dijo Steven—. Tenemos una comida con un promotor en Leesburg. Nos pasaremos por aquí al volver a casa para recoger a Delia y a Zach. Solo quería traerle su regalo. He pensado que a lo mejor podía abrirlo ahora, antes de irnos.

Antes de poder abrir la boca para discutírselo, Steven ya había reunido en corrillo a Delia y sus amigas, lo que había formado un público delante de la caja hortera que ocupaba casi todo el ancho de mi vestíbulo. Theresa y yo estábamos de pie una junto a la otra en el pequeño espacio que quedaba. Fingió que miraba los mensajes en el móvil, exhibiendo su anillo de compromiso con el diamante enorme mientras acariciaba la pantalla. Apenas habíamos cruzado un par de palabras desde el incidente del Panera. Sin contar que unos meses antes habíamos tenido que testificar en el juicio por el incidente de la plastilina.

—Delia te tiene calada —dije—. Tiene cinco años, pero no es tonta.

Theresa levantó una ceja.

—Supongo que la perspicacia no la ha heredado de su madre.

—Ajá.

—Aunque su estilo sí. —Bajó aún más la mirada hasta mis deportivas, como si ella no tuviera unas iguales.

—No puedes comprar la lealtad de Delia.

—Puede que eso no —dijo examinándose las uñas—, pero sí un corte de pelo como es debido.

Theresa no me había mirado ni una sola vez desde que había entrado en mi casa. Puede que fuera por el sentimiento de culpa, pero lo dudaba. Me había mirado a los ojos el día que Steven me dijo que se marchaba de casa, deseosa de disfrutar de ese preciso instante en que me vine abajo emocionalmente. El día que se puso el anillo de compromiso casi que se relamió. La vergüenza no era la seña de identidad de Theresa. Entonces, ¿qué era lo que pretendía?

—¿Por qué haces esto? Si ni siquiera te gustan los niños.

—Porque a Steven le haría feliz que los niños vivieran con nosotros.

Sus labios rojos se convirtieron en una línea fina y tersa. Así que era eso. Steven no era feliz. Y eso la fastidiaba, tanto como para sacrificar sus alfombras de blanco inmaculado y su vida social tan animada. Ese era el trapo sucio de su armario, el secreto que les

ocultaba a sus familiares y amigos.

—Quitarme a mis hijos no va a arreglar vuestra relación. Porque ¿para qué iba a bastarte solo con mi marido? ¿Verdad? —Theresa giró sobre sus tacones. Miró la hora en el móvil, haciendo como si no me hubiera oído—. ¿Sabes? Estaba dispuesta a soltar a Steven sin pelearme, pero con mis hijos no va a ser igual.

—¿Por qué no le dices a tu abogado que llame al mío? ¡Ah, espera! —dijo antes de ponerse pensativa con un dedo en la barbilla—. Se me había olvidado que no tienes.

Ese golpe me dolió. Vero tenía razón. Necesitaba un abogado que pudiera enfrentarse a Guy. Uno viejo. Rico. Necesitaba un abogado de los que costaban cincuenta mil dólares.

—No te lo voy a poner fácil.

—Si ya lo has hecho. —Se giró hacia mí, con sus ojos verdes y abrasadores entornados en dirección a los míos—. Finlay, esta situación tampoco es plato de buen gusto para mí. ¿Quién crees que va a acabar siendo la madre de tus hijos cuando tú ya no puedas criarlos? Si quieres a tus hijos tanto como dices, quizá deberías ser más amable conmigo.

Me quedé boquiabierta. Delia chilló cuando consiguió deshacer el lazo de la caja y romper el papel del regalo. Ahogó un gritito; se había olvidado del perrito de su lista. La Barbie Dreamhouse era una mansión de tres plantas, como el adosado de Theresa.

—La pondremos en tu habitación en casa de Theresa —le dijo Steven levantando la caja del suelo—. Podrás jugar esta noche, cuando vuelvas.

Delia lo persiguió hasta la puerta, intentando verla una última vez. El pequeño perro de felpa que yo le había comprado y envuelto de pronto me parecía patético, una muestra de algo que ella quería y que yo no me podía permitir. Theresa tenía razón. Se lo había puesto fácil. Y si acababa en la cárcel, Steven y ella serían los únicos padres que tendrían mis hijos.

Me sobresalté cuando la puerta de un coche se cerró de golpe en el garaje. Delia corrió hasta la cocina para recibir a Vero, que en cualquier momento entraría con las *pizzas*. Steven se apresuró a salir por la puerta delantera, haciendo pasar delante a Theresa, deseoso de irse.

—Asegúrate de que para las cinco los niños estén listos y con las cosas recogidas. Volveré a por ellos después de la fiesta —dijo sin girarse. La puerta delantera se cerró justo cuando Vero entró en la cocina con una montaña de cajas de *pizzas* en los brazos.

Esa noche, después de que Steven hubiera recogido a los niños, me senté en el pórtico de la entrada, sintiendo el frío del suelo colarse por mis calcetines mientras contemplaba las luces traseras de su camioneta. Los niños solo iban a pasar una noche fuera. Al día siguiente estarían otra vez de vuelta y estaban solo a unas manzanas de allí, pero detestaba la facilidad con la que Steven invadía mi casa, cogía lo que quería y se marchaba. Detestaba lo injusto que era y que a nadie pareciera importarle ni darse cuenta.

Ese había sido siempre su *modus operandi*. Siempre había sido astuto, rápido a la hora de ocultar su rastro. Como hoy mismamente, cuando había aparecido una hora tarde en la fiesta de cumpleaños de Delia, había cumplido con su cometido y se había largado otra vez antes de que Vero pudiese verlo, sin que Delia siquiera se percatara de que se había ido. Tenía un sentido de la oportunidad impecable; sus artimañas, infalibles. Se estuvo tirando a Theresa a mis espaldas durante semanas. Si la señora Haggerty no lo hubiera visto y no hubiera descubierto el pastel, puede que nunca me hubiese enterado de lo que estaban…

Levanté la barbilla de las manos. Al otro lado de la calle, la cortina de la señora Haggerty se cerró como un relámpago. Me puse de pie y crucé la calle, directa a su puerta. Si alguien había visto a dos desconocidos merodeando por mi garaje la noche que murió Harris Mickler —si alguien podía respaldarme como testigo y demostrar que decía la verdad—, tenía que ser la metomentodo del vecindario. Llamé sobre la pegatina del cristal que decía «VIGILANCIA VECINAL».

—¿Señora Haggerty? —la llamé—. ¡Necesito hablar con usted! —Pegué la oreja a la puerta, convencida de que me estaría escuchando al otro lado. Volví a llamar, esta vez más fuerte—. ¡Señora Haggerty! Por favor, ¿puede abrirme la puerta? Es importante. —Su televisión estaba puesta. La risa atenuada de alguna comedia de sobremesa sonaba de fondo—. Pues vale —murmuré rindiéndome al fin.

Todo era culpa de Steven. Cuando ella destapó su aventura con Theresa, él la llamó *bruja* y le espetó que se metiera en sus asuntos. Y yo no fui mucho más amable cuando me enteré de lo lejos que había llegado la noticia de su aventura. Se negaba a hablar con ninguno de nosotros desde entonces.

Regresé cruzando la calle en calcetines; llegué a mi puerta principal con los pies adormecidos. Me encerré dentro, me apoyé contra la puerta y esperé a que la sangre me regresara a los dedos de los pies mientras pensaba en la señora Haggerty.

Entre el momento en que había llegado con Harris y en el que Vero había entrado en casa por la puerta principal alguien se había colado

en mi garaje sin que ni ella ni yo nos diéramos cuenta. La señora Haggerty era la presidenta del comité de vigilancia del vecindario. Si hubiera visto algo sospechoso, habría llamado a la policía para denunciarlo incluso antes de que nos diera tiempo a meter a Harris en el maletero. Pero la policía no vino, así que podía poner la mano en el fuego por que no habría visto mucho.

Entonces, ¿cómo pasaron los asesinos por delante de la casa de la señora Haggerty sin que ella se diera cuenta?

Vero me sorprendió aquella noche porque había entrado por una puerta distinta. Y Steven no había llegado a encontrarse con ella en el cumpleaños por la misma razón. ¿Y si los asesinos habían aparcado al final de la calle, se habían colado por los jardines de los vecinos y habían llegado a mi garaje por la parte de atrás?

Cuanto más lo pensaba, menos sentido le veía a todo. Andréi y Feliks no parecían el tipo de asesinos que anduviera a hurtadillas por ahí. Andréi Borovkov había degollado a tres hombres y los había dejado desangrarse en el suelo de un almacén. No se había tomado la molestia de limpiarlo todo ni parecía preocuparse por ocultar el crimen. ¿Por qué iba a hacerlo? Georgia decía que no había quien los pillara. Estaba claro que no tenían ningún reparo en sobornar a quien fuera para que el juicio se declarase nulo. Así que ¿para qué iban a querer incriminar en un asesinato que no había llamado la atención y sin sangre de por medio a una madre de dos hijos que vivía en las afueras? Si querían matar a Harris, ¿por qué no lo degollaron y lo dejaron en el suelo de mi garaje?

No, ese *modus operandi* denotaba cobardía. A los asesinos no les hizo falta tocar el cuerpo. No hizo falta derramar sangre. Ni siquiera tuvieron que presenciar el momento en que Harris perdía la vida. No parecía la obra de dos criminales violentos y sin escrúpulos. Me apostaba una mano a que nunca habían hecho algo así. La sucesión de los hechos denotaba que habían sido fruto de la oportunidad. O de un impulso.

Eso sí, claramente hubo algo planeado. Lo habían estado espiando en el bar y luego nos siguieron hasta casa. Esperaron hasta que estuviera inconsciente y vulnerable para poder actuar, tal y como…

Tal y como Harris había hecho con todas sus víctimas.

Enderecé la espalda contra la puerta. A lo mejor el *modus operandi* no era impulsivo.

¿Y si se basaba en algo muy personal?

Corrí por las escaleras hasta mi despacho pasando por delante de la puerta de Vero, tras la que estaba empollando para sus exámenes. Abrí el cajón de mi escritorio y desdoblé el extracto bancario de Harris.

Se habían registrado doce depósitos el primer día de cada mes.

Y había trece subcarpetas numeradas en el móvil de Harris; doce ficheros que contenían fotos de sus víctimas anteriores, además de la que yo había mojado con zumo de tomate en el baño.

«O haces lo que te he dicho y eres discreta, o le enseño estas fotos a tu marido y le digo lo que has hecho».

Doce depósitos de dos mil dólares el primer día de cada mes.

¿Y si los depósitos no eran desfalcos de los activos de Feliks Yirov? ¿Y si eran sobornos y las había extorsionado por dinero?

Ojeé los pagos de nuevo, convencida de que estaba en lo cierto. Dos mil dólares era una cantidad pequeña para alguien de ingresos elevados que viviera en esas urbanizaciones de las afueras de Washington D. C., una suma que pasaría desapercibida sin problemas si alguna esposa la transfería discretamente desde su propia cuenta personal. Harris había amasado una pequeña fortuna a costa de sus víctimas —una cantidad que probablemente había ido creciendo todos los meses, con cada nueva mujer a la que chantajeaba—, amenazándolas con fotos y convenciéndolas de que les contaría a sus maridos que habían sido infieles si no acataban sus exigencias. ¿Y cómo no iban a hacerlo? Las fotos ofrecían una imagen muy diferente de lo que había pasado en realidad. Y lo más probable era que ellas no tuvieran ningún recuerdo de la noche que habían pasado con Harris que apoyara su versión de lo que había sucedido después de que las drogas las dejaran inconscientes.

Todas y cada una de aquellas mujeres tenían un móvil profundamente personal para querer que Harris muriera. Y el *modus operandi* encajaba a la perfección. Pero ¿cuál de todas ellas había acabado cometiendo el crimen?

Para entonces, el teléfono de Harris probablemente ya estaba en manos de un investigador de la policía. Sin él no me iba a ser fácil rastrear los depósitos para llegar a cada una de las cuentas, pero quizá había alguna manera de averiguar quiénes eran esas mujeres y así reducir la lista.

Tomé un pedazo de papel de la impresora y anoté todos los nombres que recordaba de los doce que había leído. Luego abrí el navegador y busqué el grupo de *networking* de Harris. Haciendo clic en la página, desplegué un registro de sus miembros. Más de setecientas imágenes en miniatura llenaron la pantalla.

Iba a ser una noche muy larga.

Capítulo 21

Cuando Steven y yo acabábamos de casarnos, mi madre me aseguró que había platos que era imposible cocinarlos mal. En teoría, nadie necesitaría una receta para improvisar un buen caldo de pollo o un simple pastel de carne, pero había algunas cosas de ser madre que siempre se me habían escapado, y la cocina era una de ellas. Y parece ser que el matrimonio era otra.

La bandeja borboteaba con los bordes oscurecidos dentro del horno. Entreabrí la puerta y olisqueé con cautela. Había encontrado una receta de una *casserole* en Internet —que ya era más de lo que podía decir sobre mi búsqueda de las víctimas de Harris— y solo el hecho de tener todos los ingredientes necesarios en casa ya me supo a gloria.

La búsqueda de la noche anterior no había ido tan bien como esperaba. Sabiendo solo el nombre y sus rasgos físicos, me había pasado horas examinando perfiles y descartando posibilidades. Hubo algunas a las que creí haber logrado identificar. Y después de indagar y hurgar un poco en otras redes sociales, fui capaz de excluirlas como posibles culpables. Algunas de ellas se habían mudado de ciudad. Una estaba en el hospital. Otras habían publicado fotos de las actividades o compromisos familiares a los que habían asistido aquella noche. Pero aún se me escapaba un puñado de nombres. Unas cuantas habían eliminado su perfil del grupo de Facebook, por lo que era imposible dar con ellas.

Puse la mesa, llené la lavadora de ropa, hice las camas y recogí una montaña de juguetes del suelo del salón. Le había dado el día libre a Vero para que fuera a sus exámenes de mitad de trimestre y me había pasado el día refregando la moqueta para quitarle las manchas de cobertura de tarta, investigando los nombres de las posibles víctimas de Harris y poniéndome al día con las tareas de la casa.

Oí la puerta de un coche cerrarse en el garaje. Levanté la vista del lavavajillas cuando Vero apareció en la cocina, soltó el bolso sobre la encimera y se quitó los tacones de aguja negros de un par de patadas. Cogí unos cuantos platos limpios con un brazo y los puse en la mesa, fijándome en su traje de corte elegante con el cuello de la camisa blanco e impoluto, el moño francés radiante que llevaba puesto y su pintalabios rojo sangre. Esa ropa no era la típica que una se ponía para salir un lunes por la tarde después de las clases. Ni tampoco la

que llevaría para ir a una cita a mediodía. Esa ropa gritaba «vengo de una entrevista de trabajo en una empresa de contabilidad de primer nivel». Y a una pequeña parte de mí le preocupaba dónde habría pasado Vero toda la tarde.

No habíamos hablado mucho desde el día anterior a la fiesta de cumpleaños de Delia. Ni siquiera había tenido la oportunidad de preguntarle por la cita. Le había resumido mi conversación con Theresa mientras recogíamos después de la fiesta. Luego habíamos cenado *pizza* fría, ella se había puesto a estudiar y yo me había encerrado en el despacho a escribir.

—¿Cómo han ido los exámenes? —le pregunté esperando que no estuviera a punto de darme la noticia de que había encontrado un trabajo mejor. Uno que le incluyera el seguro de salud, le cubriera las bajas y no tuviera nada que ver con pañales. Ni con cadáveres.

Se encogió de hombros retirándose las gafas de sol y arrugando la nariz.

—¿A qué huele? —Abrió un poco el horno y se asomó al interior.

—*Casserole* de atún.

Abanicó con una mano el humo que salía ondeando de dentro.

—¿Tiene que ponerse negro?

Vero dio un salto a un lado cuando corrí a abrir la puerta del horno y las ventanas, antes de que la alarma antiincendios empezara a sonar a todo volumen. Me había subido a una silla y estaba agitando un trapo de cocina junto al detector de humos del techo cuando Vero metió la mano en su bolso y golpeó la encimera con un taco de billetes.

—Yo no me voy a comer eso. Encargamos algo.

Solté el trapo casi cayéndome de la silla mientras miraba boquiabierta el fajo gordo de billetes de cien dólares. Me bajé con dificultad para cerrar las ventanas y correr las cortinas.

—¿Qué es eso? —pregunté señalando el dinero con el dedo.

—Eso —dijo Vero— son treinta y siete mil quinientos dólares menos el cuarenta por ciento. Puedes invitarme a la cena para agradecérmelo.

—¿Agradecerte el qué?

—Haber quedado con Irina Borovkov e ir a recoger la mitad de nuestro dinero por adelantado. —Mis pulmones se quedaron sin una molécula de oxígeno. Las rodillas se me doblaron y fui a parar a la silla a la que me había subido—. ¿Finn? Finlay, ¿qué pasa?

Vero pateó la silla y yo alcé la mirada a sus ojos.

—¿Tienes idea de quién es el marido de esa mujer?

Mi voz sonaba sorprendentemente baja, comparada con las

dimensiones del pánico que estaba sintiendo.

Vero me dio la espalda con un gesto de desdén. Abrió el frigorífico.

—Claro. Irina me lo ha contado todo. El tío da mal rollo. Estoy segura de que podremos hacerlo y tener la conciencia tranquila. —La llamó Irina, como si ya fueran amigas de toda la vida.

—Vero —dije con una voz muy controlada—, Andréi Borovkov es un miembro de la mafia rusa. Se gana la vida asesinando. Degüella a la gente. Como a los tres hombres que encontraron en un almacén de Herndon este verano.

—Lo que te digo: mal rollo. Seguro que hay un montón de gente que… —Vero cerró la nevera. Volvió la cara hacia mí, agarrando una Coca-Cola—. Espera. Repíteme eso. Creo que no he entendido bien lo último.

Hundí la cabeza en las manos.

—¡Teníamos que cortar vínculos con ellos, deshacernos de todo lo que fuera una prueba contra nosotras! ¿Sabes lo que significa esto ahora?

Di un respingo cuando Vero abrió su lata de Coca-Cola. La puso sobre la mesa con firmeza, agarró el dinero y lo meneó delante de mí.

—Significa que puedes permitirte un abogado como es debido y no perder a tus hijos. ¡Eso es lo que significa!

Me quedé mirándola, enmudecida. La noche anterior habíamos estado hablando de todo lo que Theresa me había dicho, de cómo estaban comprando el cariño de Delia y que no me quedaba dinero para un abogado. Que Theresa iba a quitarme a los niños, incluso aunque ella ni los quisiera. Todo ese tiempo estuve preocupándome por nimiedades como Steven y su dichosa mansión de Barbie cuando debería haberle contado a Vero lo que había averiguado sobre Andréi Borovkov.

—¡No vamos a quedarnos este dinero! —dije devolviéndoselo.

Ya habíamos pagado mis deudas. Por fin estaba todo en orden. Mientras no hiciera ninguna estupidez, tenía más posibilidades que antes de conservar la custodia de Delia y Zach.

—Vas a llamar a esa mujer ahora mismo y le vas a decir que ha sido todo un malentendido. Y luego vas a devolverle el dinero.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque ya me he gastado una parte.

—¿Cuánto?

—El cuarenta por ciento.

La lengua se me pegó al paladar mientras hacía el cálculo de la cabeza.

—¿Te has gastado quince mil dólares en una tarde? —Vero asintió con expresión arrepentida mientras se encorvaba sobre la Coca-Cola —. ¿En qué?

Vero se incorporó elevando la voz y apuntándome con un dedo.

—¡Fuiste tú quien dijo que debíamos deshacernos de cualquier rastro que nos inculpara, por pequeño que fuera! Así que eso he hecho.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que metí un cadáver en el maletero de mi Honda! He visto todos los capítulos de *C.S.I.* y no hay forma de ocultar todas las pruebas. — Vero me dirigió una mirada culpable a través de la gruesa capa de rímel de sus pestañas—. Así que le he vendido mi coche por piezas a mi primo Ramón.

—¿Y…?

—Y me he comprado uno nuevo.

Me levanté y abrí la puerta que daba al garaje de un golpe, y cuando encendí la luz me vi cegada por unas curvas relucientes de color grafito y unos lustrosos tubos de escape plateados. El Charger resultaba exageradamente ofensivo al lado de mi monovolumen. Una pegatina de las rebajas del concesionario seguía adherida a la ventanilla trasera y tapaba los dos asientos infantiles que había instalados en la parte de atrás.

—¿Qué es esto?

Vero se retorció las manos.

—Un Charger con motor V8 de 6,2 litros… y un maletero enorme.

Cerré de un portazo.

Vero se fue hacia el mueble bar.

—Creo que vamos a necesitar algo más fuerte.

Cuando abrí la boca para insultarla en todos idiomas habidos y por haber sonó el teléfono fijo. Vero y yo nos quedamos inmóviles, observándolo mientras volvía a sonar. Nadie llamaba nunca al teléfono fijo, solo los teleoperadores o algunas organizaciones para que les hagas una donación. Organizaciones como la policía local.

Vero dio un paso atrás lentamente.

—¿Quién crees que puede ser?

Por una parte, esperaba que fuera Andréi Borovkov, solo para poder decirle a Vero: «¡Te lo dije!». Me armé de coraje y fui a por el teléfono.

—Dígame.

—Finlay, ¿dónde leches has estado? ¡Llevo intentando contactar contigo tres días! ¿Por qué no coges el móvil?

Los hombros se me relajaron al oír la voz de Sylvia.

—Sí, lo sé. Lo siento —dije dejándome caer en una silla y masajeándome una sien. En ese momento no estaba yo para escuchar un sermón de mi agente. Me había mandado un correo electrónico el viernes por la tarde para pedirme que le pusiera al día del estado de mi manuscrito y había cerrado el mensaje sin siquiera molestarme en responderle—. Se me estropeó el móvil. Tengo uno nuevo. Lo siento, Syl, han sido unos días de locos. Te enviaré el número por correo.

—Tu editora quiere saber cómo vas con el libro. He intentado convencerla de que te diera más tiempo, pero me está pidiendo ver lo que llevas escrito.

—¿Qué? ¡No! —farfullé—. No puedo mandarte nada. —Lo único que tenía era la historia de Harris. Aunque hubiese cambiado los nombres, seguía muy pegada a la realidad, era demasiado arriesgado mandarla—. Es un churro. Todavía ni lo he revisado. Le queda mucho aún.

—¡Te voy a decir yo lo que es un churro! Estás incumpliendo tu contrato. ¿Entiendes lo que eso significa? Que pueden cancelar tu próximo libro y reclamarte el anticipo. Tienes que mandarme algo, lo que sea. ¿Cuánto llevas?

—No mucho.

—Finlay. —Santo Dios, parecía mi madre.

—Vale, vale. Puedo mandarte algunos capítulos. —No le iban a gustar nada de todas formas. Pero al menos podría decirle a mi editora que lo había intentado—. No es el proyecto del que habíamos hablado, pero es lo que tengo.

—¿Cuánto?

—No lo sé. Como unas veinte mil palabras.

—Mándamelo ya.

—Te lo mando esta noche.

—No, Finlay. Ya. No voy a colgar el teléfono hasta que lo vea en mi bandeja de entrada.

Me coloqué el inalámbrico debajo de la barbilla y me lo llevé arriba. Solo quería terminar de hablar con Sylvia para poder decidir qué hacer con lo de Andréi Borovkov, los billetes de la cocina y los quince mil dólares de dinero negro que ahora estaban aparcados en mi garaje.

Sin molestarme en rellenar la línea del asunto, le envié el archivo a Sylvia.

—Hala. ¿Ya estás contenta?

Las uñas de Sylvia repiqueteaban sobre las teclas mientras se quejaba:

—Estaría contenta si no llevaras tres meses de retraso en la entrega.

Estaría contenta si no me hubiera pasado los últimos dos días dejándote mensajes en el buzón de voz sin obtener respuesta. Estaría contenta si Gordon Ramsay se presentara en mi apartamento esta noche para hacerme la cena. Pero —dijo antes de soltar un suspiro de desánimo— me tendré que conformar con esto. Dime tu número de móvil nuevo.

Saqué el móvil de prepago del bolsillo y le solté el número del tirón.

—Me leeré esto y veré si puedo conseguirte más tiempo. Mientras tanto, sienta el culo en la silla y empieza a escribir, o ya te puedes ir olvidando de tu anticipo.

—Gracias, Sy… —Un clac brusco sonó al colgarme.

Me incliné sobre el escritorio con las manos puestas a los lados del teclado y la cabeza encima. Mi agente iba a dejar de trabajar conmigo. Y luego mi editora. Lo que le había mandado a Sylvia apenas era legible. Ni siquiera estaba segura de que la historia fuera coherente. Por suerte, la desaparición de Harris y Patricia no había llegado a las noticias nacionales. Mi agente y mi editora vivían en Nueva York. Aun así, recé con todas mis fuerzas por que me hubiera acordado de cambiar todos los nombres antes de enviárselo.

¿A quién iba a engañar? Estaba fatal escrito. Sylvia probablemente no llegaría ni al segundo capítulo antes de devolvérmelo y pedirme que volviera a empezar.

Inspiré despacio. Toda la casa olía a atún y queso quemados y me rugía el estómago. Abatida, bajé penosamente las escaleras y me encontré a Vero sentada a la mesa de la cocina, con la cabeza sujetada por las manos y un vaso de chupito al lado de la botella abierta de *bourbon* que habíamos empezado a bebernos la noche que enterramos a Harris. No sabía cuánto quedaría cuando acabara la noche.

Llenó el vaso de chupito y lo deslizó por la mesa en mi dirección. Me quemó por dentro. Los ojos se me humedecieron al contemplar el taco de dinero. Al menos, si mi editora me abandonaba, tendría con lo que pagar la devolución del anticipo.

Tres semanas… Tenía tres semanas para terminar el libro y encontrar una solución a todo esto.

Extraje un billete de cincuenta del fajo.

—¿Subway o chino? —le pregunté a Vero—. Las asesinas también tenemos que comer, ¿no?

Capítulo 22

Era martes, acababa de recoger a los niños del colegio y el aparcamiento del refugio estaba abarrotado, así que metí el coche en el último hueco que quedaba en la carretera, asegurándome de dejar bastante espacio entre el morro de mi monovolumen y el coche que había aparcado delante por si el mío decidía no arrancar y tenía que llamar a una grúa. Julian tenía razón. Tenían que revisármelo, pero si lo llevaba al taller iban a encontrarse con una retahíla de problemas: la alineación estaba mal, me había saltado una revisión (o dos), las pastillas de freno estaban hechas polvo, la transmisión se notaba rígida, llevaba retraso en la prueba de emisiones obligatoria y probablemente debía cambiar los neumáticos. Por el momento, lo que hacía era encomendarme al cielo y al mismo tiempo maldecir un poco cada vez que giraba la llave de contacto. Era más barato.

—Podríamos haber cogido tu coche —me quejé a Vero.

Ella profirió un sonido de desaprobación.

—No. En mi coche no entran mascotas. —Vero levantó a Zach de su sillita, tomé de la mano a Delia y cruzamos la calle en dirección al refugio.

—Solo vamos a mirar. No nos vamos a llevar ninguno a casa.

—¿Por qué no? —resolló Delia ofendida—. Papi dijo que podremos tener un perrito cuando nos vayamos a vivir con él.

—Ah, ¿sí? —murmuré. Teniendo en cuenta el tono que tenían las inmaculadas alfombras de Theresa, supuse que no estaba delante cuando Steven le hizo esa promesa tan golosa a nuestra hija—. Entonces, ¿por qué no le hacemos a papi una lista de los que más te gusten?

Un clamor de ladridos y llantos lastimeros nos asaltó cuando nos acercamos a la alta valla perimetral. Zach se cubrió los oídos y se acurrucó en el hombro de Vero. Solté a Delia para que abriera la pesada puerta. En el área de recepción no había mucho menos ruido. La mampara de plexiglás apenas amortiguaba el torrente de ladridos que provenía del otro lado del mostrador. Una mujer jugaba al solitario sentada a un ordenador y me asomé pasando de largo por la ventana para ver las perreras, buscando caras conocidas de las fotos de Patricia.

—¿Hola? —La celadora desvió la atención de la pantalla—. Mis

hijos y yo teníamos interés en adoptar un perro —dije—. Nos preguntábamos si podríamos echar un vistazo.

—Claro. Pero no deje que los niños metan las manos en las jaulas. Las puertas se cierran solas con un resorte y se pueden pillar los dedos. Si ven un perro que les guste, díganmelo y un encargado les preparará una sala de visitas.

Pulsó un botón debajo de la mesa. El zumbido me dio un escalofrío. El plexiglás y todos esos barrotes recordaban demasiado al sitio en que trabajaba Georgia. Solo quería encontrar una pista sobre el paradero de Patricia —encontrarla antes de que la policía o la mafia se me adelantaran— para poder averiguar quién mató a Harris, asegurar una prueba de mi inocencia e irme a mi casa.

Los perros apoyaron las patas traseras contra los laterales de los habitáculos para ladrarnos cuando arrastramos a los niños a esa sala ensordecedora. Apenas pude oír los chillidos de júbilo de Delia cuando se puso a brincar de puerta en puerta para inspeccionar cada perro. Se detuvo y se arrodilló delante de una de ellas.

El perro que estaba hecho un ovillo en la esquina del fondo de la jaula era pequeño, tenía las greñas enmarañadas y unos ojos tan tristes y desesperados como los de mi hija.

—¿Quieres acariciarlo? —le preguntó una voz detrás de nosotros.

—Mami, ¿puedo? —preguntó con expresión suplicante mientras el joven voluntario se arrodillaba a su lado.

Agarró un juego de llaves de su bolsillo. Era alto y desgarbado, con rizos rebeldes y ojos azul pálido. Le reconocí inmediatamente de la foto de grupo en el Facebook de Patricia. En su identificación estaba impreso: «¡Hola! Me llamo Aaron».

—Sí, claro —dije—, si Aaron nos lo permite.

Vero y yo cruzamos la mirada por encima de su cabeza. Debió de haberlo reconocido también de las fotos del Facebook de Patricia.

Delia daba palmadas mientras el voluntario buscaba con el pulgar la llave y abría la cerradura de la jaula. El perro gimoteó, enroscándose aún más en su habitáculo mientras Aaron se quitaba el cinturón de cuero de las trabillas del pantalón. Con cuidado de no sobresaltar a la criatura, lo insertó en la bisagra para mantener la puerta de la jaula abierta. Entonces metió la mano en el bolsillo y sacó una chuche para perros, que puso en la mano de Delia. Se sentó en el suelo y dio unas palmaditas al espacio junto a él. Delia se sentó en silencio, siguiendo sus instrucciones, sosteniendo la chuche con la mano extendida.

—Este es especial —dijo con una voz que apenas era más que un susurro entre los aullidos y llantos de los otros habitáculos—. Se llama

Sam. Es un poco tímido, así que debemos tener mucho cuidado con él y ayudarle a que se sienta seguro. ¿Te ves capaz?

Delia asintió.

La nariz del perro emergió aleteando de la penumbra de la jaula. Adelantó la cabeza y fue avanzando lentamente, con las orejas caídas y el rabo entre las patas. Aaron le susurró a Delia que tuviera paciencia, que el perro iría hacia ella cuando sintiera que era seguro salir.

Delia aspiró brevemente cuando el perro por fin asomó la cabeza de la jaula, con el hocico extendido hacia la chuche. Despacio, se aproximó a ella y la tomó delicadamente con la boca. Entretenido con el bocado masticable, no pareció molestarle que Aaron lo levantara y lo depositara en los brazos de Delia.

Zach empezó a armar jaleo inclinándose hacia las jaulas. Vero lo meció sobre la cadera y me dirigió una mirada mordaz mientras se lo llevaba de allí. Me señaló a Aaron con la barbilla antes de alejarse de mi vista.

—¿Qué le pasó a Sam? —pregunté al darme cuenta de que tenía una escayola en una pata trasera.

—A Sam lo rescatamos. —Aaron sonrió al observar a Delia acariciar la espalda del animal—. Me lo encontré hace unas semanas atado a su cadena. Es cariñoso, solo que se angustia un poco. Nada que no pueda solucionar una familia que le dé amor. Los perros rescatados son buenos compañeros. —Alcanzó la carpeta sujetapapeles que estaba colgada a su lado, en la pared—. Por cierto, les pedimos a todas las familias adoptantes que rellenen una solicitud. —Me la pasó junto con un bolígrafo.

Mientras Delia jugaba con Sam, observé incómoda el cuestionario. Lo último que quería era que mi visita quedara registrada, pero si me negaba podría levantar sospechas. Aaron me sonrió educadamente, intentando no ser indiscreto, y miró la hora en su móvil.

Empecé a rellenar el formulario y puse los nombres y la dirección de Steven y Theresa en los huecos en blanco. Me pareció lo adecuado, puesto que había sido idea de él tener un perro y le había prometido a Delia que podría vivir con ellos.

Delia soltaba risillas a mis pies mientras Sam la bañaba con sus besos, deseando que le diera otra chuche. Le arrulló al perro en la oreja y le mimó las heridas. No me sorprendía que Patricia hubiera pasado tanto tiempo allí. Probablemente se sentía muy bien cuidando de esos animales a los que habían abandonado, rechazado o salvado de unos dueños terribles. Supongo que se sentía segura rodeada de gente como Aaron, que era dulce y amable, después de haber estado

atada a un hombre como Harris la mitad de su vida. Si este refugio había sido un lugar seguro para ella y estas personas con las que había trabajado eran lo más parecido que tenía a una familia, ¿no le habría confiado sus planes a alguien de allí?

Le devolví el formulario a Aaron.

—La última vez que vine, hablé con una mujer llamada Patricia sobre un perro en concreto que tenía una mancha negra en el ojo y el pelo moteado; era como así de grande —dije haciendo un gesto con las manos para describir el perro que le había visto sujetar en la foto.

—¿Se refiere a Pirata?

—¡Sí! Así se llamaba. No lo he visto por aquí. ¿Tenéis un número al que pueda llamarla para preguntarle por él?

—No, ojalá —dijo con cara larga—. Ya hemos intentado todos hablar con ella. Patricia no vino la semana pasada y no sabemos nada de ella desde entonces. En cuanto a Pirata, a él y a su hermana Molly los adoptaron juntos hace unas semanas. Lo siento.

—Ay, ¡qué pena! —dije mientras intentaba improvisar otra vía—. Me gustaría mucho hablar con ella. Patricia me dijo que tenía un monitor de pilates muy bueno, pero he perdido el nombre del club del que era socia.

Aaron se encogió de hombros mientras se le sonrosaban las mejillas al ojear mi solicitud.

—Lo siento, pero es que yo no tengo ni idea. No me va el pilates y nunca mencionó nada de ningún club.

—¿Y tenía algún otro amigo que pueda saber dónde encontrarla?

Me miró con recelo.

—Creo que no. La policía ya ha preguntado a todo el mundo.

—¿La policía? —pregunté fingiendo sorpresa—. ¿Por qué la está buscando la policía?

Aaron frunció el ceño.

—Ha salido en las noticias. Patricia y su marido han desaparecido. Nadie sabe dónde están.

—Ahí va, cuánto lo siento. —No era difícil mostrar disgusto por la noticia. Si no había hablado con nadie de allí, este no era más que otro callejón sin salida—. ¿Y la policía tiene alguna pista?

—No lo dijeron. Un investigador registró su taquilla y nos hizo muchas preguntas. Le dije que había estado nerviosa y un poco asustada en sus últimos turnos, pero nunca mencionó nada de marcharse a ningún lado. Sobre todo les interesaba sacar información sobre su marido. Algunos de nosotros… —Apretó la mandíbula. Lanzó una mirada nerviosa alrededor y bajó la voz—. Algunos de nosotros creemos que no debía de llevarse demasiado bien con él. Al parecer,

era un cabrón de narices.

Alguien llamó a Aaron. Se puso de puntillas, mirando por encima de mi cabeza. Levantó un dedo para indicarle que enseguida iría para allá.

—Deberíamos poner a Sam en su sitio —dijo Aaron aún con el ceño fruncido mientras se agachaba para lograr sacar al perro de las manos de Delia y devolverlo a su jaula—. ¿Os gustaría ver otros perros ya que estáis aquí?

—Sí —dije captando la mirada de Vero al otro lado de la sala—. Daremos otra vueltita más si no es molestia. —Vero caminaba con paso enérgico hacia nosotros cuando se chocó con Aaron, que iba enhebrándose el cinturón por las trabillas de los pantalones. Intercambiaron unas disculpas apresuradas. En cuanto dobló la esquina, le pregunté—: ¿Qué has encontrado?

—Hay una sala de estar para los empleados por ahí detrás —dijo en voz baja—. La puerta está abierta. He asomado la cabeza, pero hay unos voluntarios dentro.

—¿Y qué has visto?

—Todos los empleados tienen una taquilla con su nombre.

—¿Y Patricia también?

Vero asintió.

—Merece la pena intentarlo. —A lo mejor había algo en su taquilla que podía darnos una pista sobre dónde estaba. Pero ¿cómo la íbamos a abrir sin que nos vieran?

—No podemos entrar tranquilamente y ponernos a husmear.

—Déjame a mí.

Vero meneó el llavero de Aaron delante de mí.

—¿De dónde las has sacado?

—Se las he birlado del pantalón ahora mismo. Ni se ha coscado. —Me puso a Zach en los brazos—. Te veo ahora en la sala.

—Pero ¿cuándo?

—Tú estate atenta.

Desapareció entre las filas de jaulas. Seguí a Delia de puerta en puerta, con los ojos atentos a la señal de Vero, sin saber muy bien qué estaba buscando.

De pronto estalló un alarido agudo, seguido de un portazo procedente de una de las jaulas. Una cacofonía de ladridos estridentes surcó el refugio mientras dos gatos corrían por el pasillo central, con las colas tensas y las espaldas enarcadas. Otro portazo. Cuatro perros salieron disparados tras su rastro con los dientes a la vista y chasqueando las mandíbulas, ansiosos por cazarlos. Los niños se pusieron a lloriquear y los padres gritaron cuando los animales

pasaron volando a su lado. Zach se acurrucó en mi hombro. Delia no opuso resistencia cuando le cogí de la mano y tiré de ella recorriendo el pasillo en dirección a la sala de empleados, donde los últimos voluntarios salían a toda prisa para intentar atrapar a los animales sueltos.

Vero me indicó que me acercara con gestos aún más rápidos y me cogió a Zach de los brazos.

—Deprisa, que la sala está vacía pero no sé hasta cuándo.

Se aseguró de que nadie nos estaba viendo y luego me empujó adentro, y los chillidos de los gatos y los aullidos de los perros quedaron amortiguados cuando la puerta se cerró. Fui directamente a la fila de taquillas y comprobé los nombres hasta que di con la de Patricia. Si había una cerradura, ya no estaba. Lo que significaba que Aaron tenía razón: la policía ya la había registrado.

Abrí la taquilla metálica de un golpe y la cinta policial amarilla que cruzaba la abertura crujió. El interior de la puerta estaba forrado de fotos de animales, la mayoría de Pirata y Molly. En la esquina estaba pegada una tarjeta de visita: «Inspector Nicholas Anthony, Policía del Condado de Fairfax». Probablemente sería a quien le habían asignado el caso de Patricia Mickler.

Con cuidado de no descolocar la cinta policial, hurgué en el contenido de la taquilla y descolgué una sudadera de una percha. La tela azul marino estaba cubierta de pelos de perro blancos y negros, y en su parte delantera podía verse el logo del Club de Fitness de Tysons. El estante de encima contenía un rodillo quitapelusas, un recibo de comida de perro y otro de unos cafés del Starbucks. A menos que la policía hubiera descubierto algo que yo no, allí no había nada que indicara adónde se había ido Patricia.

Cerré la taquilla y examiné la sala en busca de algo en lo que no nos estuviéramos fijando. Chinchetas de colores vivos salpicaban el tablón de anuncios que estaba junto a la puerta. Fotos de grupo y horarios de trabajo. Patricia estaba en el turno de los martes y jueves, con Aaron y otras personas más. En la foto estaba sentada al lado de él, con la misma sudadera de gimnasio que había visto en su taquilla y Pirata y Molly posados en sus regazos. Su dedo anular estaba desnudo, visiblemente desprovisto de la alianza incrustada de diamantes.

Se oyó un alboroto que provenía de las jaulas. Abrí la puerta y me asomé. A unos pocos metros, Vero estaba distrayendo a dos voluntarios que llevaban puesto el uniforme del refugio. Me miró levantando las cejas, con expresión de urgencia, mientras yo abandonaba la sala de empleados.

—¡Señora Hall! ¡Señora Hall! —Una voz sonó por encima de los

ladridos—. ¡Theresa! —Esta vez se oyó más alto. Me giré: Aaron bajaba corriendo por el pasillo hacia mí, con gesto aturdido, y me sobresalté al darme cuenta de que me hablaba a mí—. No habrá visto por casualidad un juego de llaves, ¿no? Se me ha debido de caer con todo este alboroto.

Negué con la cabeza, acercándome las manos instintivamente para rascarme un picor imaginario en el pelo. No debería haber escrito el nombre y la dirección de Theresa en ese formulario. Para tranquilizarme, me recordé que la policía ya había estado aquí. Ya habían registrado la taquilla de Patricia e interrogado a todo el mundo. Y, aun así, no podía quitarme de encima la sensación de que había cometido un gran error yendo.

—Lo siento, no he visto ningunas llaves.

La piel me escocía de remordimiento cuando un gato atigrado de pelo naranja pasó como una flecha entre nosotros y Aaron salió tras él.

Capítulo 23

Me enderecé de un salto en la cama parpadeando con los ojos muy abiertos por culpa de un fuerte zumbido que de repente me había despertado. Ya está. Venían a detenerme. Me retorcí, apretándome las mantas contra el pecho, mientras mi móvil vibraba en la mesilla. El número de Sylvia brilló en la oscuridad. Caí de nuevo sobre la almohada y esperé a que se me desacelerara el corazón. No era la policía, solo mi agente literaria.

A ciegas, encontré el móvil y comprobé la hora sin estar segura de si eran las seis menos cuarto de la mañana o de la tarde. Me había quedado despierta casi las tres últimas noches, repasando la lista de las víctimas de Harris y decidida a averiguar cuál de ellas lo había matado, y aun así solo había conseguido reducirla de diecisiete a nueve sospechosas posibles. Agotada y sin haber avanzado en la resolución del crimen, lo había dejado y me había tirado en la cama una hora antes de que amaneciera.

—¿Sí? —me quejé al teléfono.

—Espero que parezca que tienes sueño porque llevas todo el día escribiendo. —De la tarde, entonces. Me froté los ojos—. ¿Tienes el ordenador delante?

—No exactamente.

—He leído tu manuscrito. —Me tapé la cara con un brazo y me preparé para lo peor—. Se lo mandé a tu editora anoche. Está dispuesta a hacerte una oferta.

Me incorporé despacio mientras mi cabeza buscaba a tientas algún ápice de sentido.

—¿Una oferta? Pero si ya firmé el contrato del libro.

—Pues ya no vale.

Me tapé los ojos con una mano. Era peor de lo que pensaba. La oferta probablemente se trataba de un plan de pago. No solo me había quedado sin contrato, sino que además iba a tener que devolver el anticipo. Y la comisión de Sylvia. Y luego probablemente dejaría de ser clienta suya. No quería ni pensar en qué diría Steven cuando se enterara.

—Sylvia, lo siento. Si hay alguna cosa que podamos…

—Le he pedido rescindir el contrato.

Meneé la cabeza, convencida de que lo había oído mal.

—¿Que has hecho qué?

—Le he dicho que sabía que este libro iba a ser un bombazo y que no te estaban pagando lo suficiente. Que yo misma iba a pagar tu anticipo y que quería que me devolvieran tus derechos.

Encendí la lámpara, no fuera a ser que aún estuviera dormida. Mis ojos llorosos se entornaron al recibir la luz.

—¿Y qué ha respondido?

—Se ha leído el borrador y está de acuerdo conmigo. Cree que tiene algo gordo entre manos con este libro.

—¿Eso te ha dicho?

—El punto de partida es fabuloso: la mujer huraña que contrata a alguien para que mate a su horrible marido, la heroína valiente y el abogado joven y buenorro… Se nota que tienen una química muy buena, por cierto. Vamos, que es apasionante, Finn. Tu mejor obra hasta la fecha. Me muero de ganas por saber quién es el asesino.

Una risilla sombría se paseó por mis labios.

—Y yo.

—Tu editora se ofrece a comprártelo por adelantado si prometes no llevarlo a ningún otro sitio. Va a ampliar la oferta a dos libros, te va a aumentar el anticipo y te prolonga el plazo para que termines el borrador.

—¿Aumentarme el anticipo? ¿A cuánto?

—Setenta y cinco mil por cada uno.

Os aseguro que para entonces yo ya debía de tener la mandíbula a la altura de las piernas. Mi editora iba a pagarme ciento cincuenta mil dólares. Por la historia del asesinato de Harris Mickler. En la que había descrito todos los detalles del crimen. Un crimen que estaba en plena investigación y del que yo era cómplice en secreto.

—¿Finn? ¿Sigues ahí?

—Sí —dije con voz ronca—. ¿Me das unos días para pensármelo?

—Finn, hazme caso. —La voz de Sylvia era suave como la miel—. Sé perfectamente cómo te sientes. Yo tuve el mismo pensamiento que tú.

Reprimí una risa ligeramente histérica.

—Lo dudo muchísimo.

—Que sí, que lo entiendo. Y tienes razón. El arranque es tan potente que podríamos pasar de ese contrato y llevar el manuscrito a otras editoriales grandes, y a lo mejor hasta llegaría a subastarse. Pero más vale pájaro en mano, Finlay. Y con el nivel de ventas tan penoso que tienes, quizá no deberíamos ponernos exigentes. Yo digo que aceptemos el dinero y les demos lo que quieren.

—No lo sé, Syl…

—Perfecto, me alegro de que estemos de acuerdo.

—¡Pero que no es tan sencillo! ¡No puedo…!

Al otro lado del teléfono oí el silbido que emitió su ordenador al mandarme un correo electrónico. Un instante más tarde, la notificación sonó en mi móvil.

—Te he enviado los términos revisados del contrato y te he negociado algunos extras. Tu editora cree que deberías salir con un seudónimo nuevo. Hemos pensado que Fiona Donahue suena bien. Le he dicho que estabas muy contenta. Ya se lo ha mandado a su equipo y deberíamos tener el contrato revisado y el balance de tu anticipo para dentro de pocas semanas. Tienes treinta días para entregarle un borrador, así que manos a la obra. Te llamaré dentro de unos días para saber cómo vas.

Sylvia colgó. Aturdida, caí de vuelta sobre las almohadas.

De pronto nadaba en dinero. En una cantidad de dinero que nunca me podría haber imaginado. Suficiente para pagar una canguro a tiempo completo y un abogado de los caros. Suficiente para arreglar el coche y, sobre todo, para conservar la custodia de mis hijos. Suficiente para que Steven y Theresa me dejaran en paz.

No sé qué era peor: que de verdad estuviera orgullosa de mí misma por primera vez en mi vida o que cada centavo que había ganado podía meterme en la cárcel durante el resto de mis días.

Todavía tenía resaca a la mañana siguiente, cuando Steven vino a recoger a los niños. Vero se había empeñado en celebrar la venta de los derechos del libro con una botella de champán después de que Delia y Zach se hubieran dormido, y no habíamos dejado ni gota cuando terminamos. Estaba tan entusiasmada (y borracha) que ni siquiera puso pegas cuando le dije que iba a contactar con Irina Borovkov para devolverle el adelanto. La desorientación que me provocó el champán era la única explicación posible a que no hubiera oído a Steven meter la llave en la cerradura y entrar. Para cuando había conseguido bajar las escaleras, ya estaba embutiendo a Delia y a Zach en sus abrigos. Los intercepté y los asalté con unos abrazos rápidos que me dolieron por dentro.

—El timbre funciona, ¿eh?

Fulminé a Steven con la mirada por encima de las cabezas de nuestros hijos.

—Hace frío fuera y no me apetecía esperar. —Les abrió la puerta y les hizo salir con toquecitos en la espalda—. Salid y esperadme en la camioneta de papi con Theresa y tía Amy. Voy en un minuto.

Los dos pusimos freno a nuestros desacuerdos mientras los niños

salían con sus andares de pato y sus abrigos acolchados.

—Es mi casa, Steven —dije en cuanto la puerta se cerró tras ellos —. No puedes irrumpir aquí cada vez que te apetezca.

—Pues claro que puedo. Las escrituras están a mi nombre.

Vero apareció en el arco de la cocina, detrás de él. Lo rodeó, le quitó las llaves de la mano e inmediatamente comenzó a extraer la de mi casa de la anilla. Steven se quedó boquiabierto cuando la sacó con un ademán ostentoso. Vero fue con ella hasta el aseo, abrió la puerta y la tiró al contenedor de los pañales con una sonrisa de satisfacción. La cara de Steven adquirió un tono rojo espantoso cuando Vero accionó la manivela de compresión, que convirtió la única copia que Steven tenía de mi llave en una salchicha de caca.

—¿Qué narices hace esta aquí? —me susurró enfadado mientras la aludida se sacudía las manos y cerraba la tapa del contenedor—. Ya te dije que no iba a pagarte una canguro.

—Resulta que soy la contable y gestora económica de la señora Donovan —intervino Vero ladeando la cadera—. Y su alquiler lo tiene ya en el buzón.

—No está todo —dijo Steven con suficiencia.

—Está todo —contraatacó Vero—. Y vamos a dejar una cosa bien clara, señor Propietario Propietarísimo. Solo porque las escrituras estén a su nombre no tiene derecho a colarse aquí cuando le parezca. Quizá debería leerse su propio acuerdo de arrendamiento, concretamente el párrafo cuatro, cláusula B, en la que se estipula de forma explícita que debe notificar a su inquilina su intención de acceder a la propiedad. La próxima vez que entre aquí como si nada, puede que se tope por accidente con algo que probablemente no quiera ver.

—¿Como qué?

«Que no diga un cadáver, que no diga un cadáver».

—Como el nuevo novio buenorro de Finlay, que es modelo de ropa interior.

Los ojos de Steven se agrandaron. Pellizqué a Vero en el codo.

—No es modelo de ropa interior —dije.

—Bueno, pero lo parece…

—Y no es mi…

—En realidad es abogado —concluyó Vero. Noté un dolor de cabeza incipiente. O quizá fuera la resaca—. Le sugiero que la próxima vez cumpla las condiciones de su contrato, o tendré que pedirle al abogado buenorro que le proporcione a la señora Donovan toda su cartera de servicios. —Vero dejó caer la mirada por el cuerpo de Steven con indiferencia—. Y si todo esto le supone algún problema,

arrogante y adúltero, puede metérselo por el…

Me presioné la sien con los dedos.

—Vero ahora vive conmigo, Steven. —La atención de Steven se desvió hacia mí; su cara era toda incredulidad. Antes de que le diera tiempo a abrir la boca, añadí—: Le estoy pagando yo.

—¿Que le estás pagando tú?

—Digamos que ninguna de las dos estaba conforme con las condiciones que habías puesto.

El silencio cayó como una losa sobre el vestíbulo. Vero batió las pestañas y le sonrió con los labios cerrados, en un gesto triunfante. Una vena empezó a hincharse en la frente de Steven.

—¿Y con qué le estás pagando? —preguntó mirándonos como si estuviéramos locas—. Finn, no tienes dinero. Llevas meses de retraso con todas las facturas. No te lo puedes permitir de ninguna manera.

—La señora Donovan tiene un montón de dinero —saltó Vero—. Y las cuestiones sobre su solvencia económica que no estén relacionadas con el alquiler que ya no le debe no son de su incumbencia.

—¿De qué está hablando?

Fulminé a Vero con la mirada. Ella se puso a escudriñarse la manicura, toqueteándose el esmalte mientras se hacía la sueca. Steven ya me tenía acorralada. Tenía que contarle algo o si no iría directo a Guy con preguntas candentes sobre mis finanzas.

—He vendido los derechos de un libro.

—Dos libros —me corrigió Vero.

Se me formó un nudo en la garganta ante el orgullo que vi en los ojos oscuros y fieros de Vero. Nunca nadie había considerado mi trabajo…, pues eso…, trabajo. Nunca nadie lo había defendido, ni se había sentido orgullosa de él, ni había sido motivo de alarde. Siempre había consistido en ponerme yo sola delante de un escritorio.

—¿Y qué te han dado? ¿Tres mil dólares? —Steven levantó el labio; esta insinuación estaba tan cargada de sarcasmo que me habría servido para revivir la batería del coche—. ¿Y qué pasa con las cuentas que habías dejado a cero? ¿Y las cuotas del monovolumen? Y ella… —dijo señalando a Vero con el pulgar—. Te debe de estar costando…

—Los ingresos de la señora Donovan tampoco son asunto suyo —dijo Vero avanzando hacia él.

—¡Menuda chorrada! —Steven la fulminó de arriba abajo con la mirada mientras me apuntaba con el dedo—. No hay forma de que haya ganado el dinero para pagar todo lo que debe con esos libros tan penosos.

Ese golpe me dio de lleno en el pecho. Como de una patada, me

mandó de vuelta a esa misma vergüenza opresiva que había sentido cada vez que había abierto el cheque de un anticipo delante de él. Me apaciguaba dándome una palmadita en la espalda, haciendo comentarios con segundas sobre si sería suficiente para comprar unas cuantas cajas de pañales más o, con suerte, algo de comida.

Hizo un gesto en dirección al porche delantero, donde había estado apilado todo el correo sin abrir.

—Esas facturas llevan meses ahí amontonadas. Me debe mucho más de lo que… —Puso un gesto contrariado. Arrugó la frente y se le aflojó el brazo, y sus ojos oscilaron por la casa como los focos de un escenario—. ¿Dónde están las facturas?

Se abrió paso con el hombro entre nosotras en dirección a la cocina y revolvió el estrecho montón de folletos y vales que había sobre la encimera, con Vero tras sus pasos. Los oí reñir mientras subía a brincos las escaleras para ir a mi despacho.

Estaba harta de que me menospreciaran y me hicieran sentir insignificante, incapaz de cuidar de mí o de mis hijos. Estaba harta de que me hicieran sentir que no pertenecía a esa clase de gente privilegiada como Steven y Theresa. Abrí el correo electrónico, metí una hoja de papel en la impresora y puse verde a Steven en silencio mientras la máquina empezaba a zumbar. Cuando terminó, saqué el papel de la bandeja y bajé precipitadamente; al llegar vi a Vero y Steven cara a cara, a punto de arrancarse la piel a tiras.

Me metí entre los dos y puse de un golpe el papel sobre la mesa.

Vero se echó hacia atrás y se cruzó de brazos, con la comisura de sus labios pintados tan tensa que parecía que fuera a romperse, y alzó una ceja mirando a Steven, desafiándole a que leyera el papel.

—¿Qué es esto? —preguntó reacio a cogerlo.

—La oferta que me han hecho. ¿Quieres saber cuánto valen esos libros tan penosos que escribo? Ahí lo tienes.

Steven cogió el papel deslizándolo por la mesa. Sus ojos azules lo fueron escaneando y yo sentí un escalofrío de satisfacción cuando empezaron a echar humo al detenerse en un símbolo de dólar que había a mitad de la hoja.

—¿Qué es este número? —preguntó.

—Es mi anticipo.

Movió la boca, pero a su lengua le costaba articular sonidos. Puede que fuera la primera vez que lo veía sin palabras. Me devolvió el papel y se aclaró la garganta.

—Ya era hora de que te pagaran un sueldo razonable. Pero sigue sin ser suficiente para…

—Siga leyendo —dijo Vero volviéndoselo a poner delante de sus

narices—. Es un contrato por dos libros. Se lleva el doble de esa cifra, más los extras por publicidad o entrevistas y los derechos para adaptaciones audiovisuales y traducciones. Todo eso sin contar los derechos de autora. ¿Va a hacer usted la cuenta o quiere que le ayude?

Steven dejó la oferta sobre la mesa. Lanzó una mirada fulminante a Vero y se abrió paso con el hombro para ir hacia la puerta. A mí no me miró, quizá porque no era capaz. Durante años, no había sido capaz de verme como otra cosa que no fuera un fracaso. Era como si se le hubiera olvidado verme de otra manera.

—Volveré el domingo a por los niños —masculló.

—Llame al timbre la próxima vez —le respondió Vero.

Le hizo un gesto grosero con el dedo sin molestarse en mirarla y ese desprecio hacia ella fue lo que más me cabreó.

—Steven. —La autoridad de mi voz me sorprendió a mí misma. Sus pies se detuvieron justo antes de cruzar el umbral—. Tal vez Theresa y tú queráis replantearos el pleito por la custodia. Según mi contable, disponemos de los recursos necesarios para litigarlo.

Los pelos cortos de la barba de Steven se movieron con nerviosismo. Abrió de un tirón la puerta delantera y la cerró con un golpe al salir.

Vero me puso una mano en el hombro mientras observaba a Steven marcharse. Oí crujir los peldaños de la escalera cuando se dirigió hacia su habitación.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunté.

Se paró.

—¿El qué?

—La noche que pasó lo de Harris. Podrías haberte marchado y haberme dejado en el garaje. ¿Por qué me ayudaste a enterrarlo?

Vero se encogió de hombros.

—Me gustaron tus números. —Ante mi mirada perpleja, aclaró—: Hice las cuentas cuando me contrataste la primera vez. Tenía que saber por quién había apostado al sacrificar aquel trabajo en el banco. Basándome en los datos que manejaba, tus probabilidades de enganchar a un agente literario eran de una entre diez mil. Y las de cerrar un acuerdo para publicar un libro eran aún peores. Pero de alguna forma te las apañaste para conseguir ambas cosas. Salir impunes de un asesinato debía de ser más fácil, ¿no? —Reanudó su ascenso por las escaleras; luego, se detuvo otra vez y giró la cabeza por encima del hombro—. Mi madre era soltera. Era resolutiva y tenía agallas…, como tú. Así que, si tenía que escoger una socia por la que jugarme mis futuros ahorros… y quizá mi libertad —añadió con una

sonrisa irónica—, pensé que iba sobre seguro al apostar por ti.

Terminó de subir y se retiró a su cuarto, y por primera vez en mucho tiempo supe, al sentarme delante de la pantalla en blanco esa misma noche, que ya no me estaba enfrentando a ella yo sola.

Capítulo 24

—¿Qué vamos a hacer con esto? —pregunté la tarde del domingo mientras sostenía la bolsa a la altura de mis ojos.

—No lo llames «esto». Tiene nombre —dijo Delia. Me guardé todos los argumentos que me estaban subiendo por la garganta. Si le poníamos nombre, ya iba a ser más que un pez. Sería una mascota. Y mi historial manteniendo a otros seres con vida en las últimas semanas no era precisamente ejemplar—. Se llama Christopher.

—¿Christopher? ¿En serio?

Con el ceño fruncido, estiró el brazo para quitarme la bolsa y la alejó de mí.

—A papi le ha gustado.

—Christopher es un nombre precioso —admití—. Justo estaba pensando que tiene cara de Christopher. Seguro que los padres de Christopher están muy orgullosos de él.

Vero me miraba con condescendencia desde el pasillo, con un hombro apoyado contra el marco de la puerta del cuarto de Delia; su lenguaje corporal me desafiaba a no matarlo.

Desaté la goma elástica y eché a Christopher en la ponchera de cristal, una reliquia olvidada del día de mi boda que nos regaló la abuela de Steven y que había desempolvado de una caja que había en el garaje. Delia acercó la cara al cristal, con la frente arrugada de preocupación mientras observaba a Christopher oscilar y escorarse hacia un lado con sus ojos saltones abiertos de par en par, y tragar agua por la boca. Genial, no sería el primer ser vivo al que le habría cortado el suministro de oxígeno a los pocos minutos de traerlo a casa. Al menos este sería más fácil enterrarlo.

Christopher sacudió sus escamas naranja chillón y se repuso. Zach chilló cuando el pez empezó a nadar en círculos a toda velocidad por el recipiente de cristal.

El timbre sonó en la planta baja.

—Voy yo —dijo Vero—. Steven debe de haberse olvidado algo. —Puso los ojos en blanco—. Oye, pero al menos esta vez ha tocado el timbre.

—Hay animales a los que sí se puede domesticar.

Me siguió escaleras abajo. Mis pies ya habían tocado el último escalón cuando divisé a través de la ventana el coche que estaba en la

entrada de la cochera. Un sedán Chevy azul marino, con varias antenas sobre el maletero y una luz de emergencia en el salpicadero, estaba aparcado delante de mi casa.

No era Steven.

Vero se chocó con mi espalda y casi me tiró al suelo al dar el último paso. Soltó una palabrota y enmudeció enseguida al seguir mi mirada hasta la figura que estaba de pie, de espaldas a la puerta principal. Alto, pelo oscuro, hombros anchos. Incluso estaba parado como un poli, con los pies separados al ancho de los hombros y las manos posadas en las caderas. Miró a un lado y otro de la calle antes de girarse despacio hacia la puerta. Cuando lo hizo, el arma sobresalió de la chaqueta dentro de su funda y su placa centelleó colgada del cinto.

—Mierda, mierda, mierda. —Vero rodeó mi cuerpo paralizado y se escabulló de puntillas a la cocina, desde donde se asomó a través de las cortinas—. Joder, joder, joder —susurró—. ¿Qué hacemos?

Se me vino la casa encima hasta que lo único que conseguía ver era al poli al otro lado de la ventana. Las opciones se fueron reduciendo y me invadió una claridad repentina.

—Vamos a abrir la puerta —dije con una calma forzada— y no vamos a decir nada sin un abogado delante. Si ha venido para arrestarme, te quedas aquí con Delia y Zach. Luego llamas a mi hermana y le dices que la espero en comisaría para que me saque de allí.

Vero se puso pálida. Asintió.

Fui hasta la puerta y ordené a mis manos que dejaran de temblar cuando giré el pomo.

La puerta se abrió. El policía vestido de paisano que estaba al otro lado de ella me lanzó una sonrisa.

—Madre mía, pues está bueno —dijo Vero mirando por encima de mi hombro.

Le di un codazo en las costillas. Me aclaré la garganta.

—¿En qué puedo ayudarle, agente?

Un hoyuelo profundo le hendió la barba que a esa hora de la tarde ya le estaba volviendo a salir. Tendió una mano, lo que me obligó a abrir más la puerta para estrechársela.

—Soy el inspector Nick Anthony y trabajo para la policía del condado de Fairfax. Busco a Finlay Donovan. —Mis rodillas amenazaron con doblarse y me agarré fuerte a la puerta. El agente arrugó el ceño—. Si no es buen momento, puedo volver después.

Su voz poseía el tono áspero de quien se pasa el día dando órdenes, pero sus ojos oscuros parecían tiernos, bajo unas pestañas largas y

gruesas, y mi nombre había salido de su boca más como una pregunta que una orden.

—Yo soy Finlay —dije, cauta, buscando a su compañero detrás de él. Si estaba allí para arrestarme como sospechosa de asesinato, probablemente no habría venido solo.

Su sonrisa vacilante era cálida y se estiró hasta las arrugas ahondadas por el sol que rodeaban sus ojos.

—Soy amigo de su hermana. Trabajo en un caso que podría interesarle y Georgia me dijo que sería buena idea hablar con usted.

—¿Conmigo? ¿Por qué? —pregunté con medio cuerpo escondido tras la puerta, desde donde estaba Vero escuchando la conversación.

El inspector se rascó la nuca mientras su sonrisa intentaba ocultar su vergüenza.

—Estoy en un punto muerto y ella me dijo que usted podría ayudarme. —Giró la cabeza para echar un vistazo a la ventana de la señora Haggerty—. ¿Le importa que pase?

No iba a detenerme ni a leerme mis derechos. No parecía que hubiera venido para arrestarme. Mantuve la puerta abierta, con la esperanza de que no fuera un error.

—Claro, pase.

Vero levantó una ceja, evaluando las largas piernas del agente al pasar al recibidor. Le señalé las escaleras con la barbilla, pero negó con la cabeza. El inspector Anthony se paró de pronto cuando la vio.

—Lo siento. No sabía que estaba acompañada. Debería haberle avisado primero. —Indicó con un dedo hacia la puerta—. Puedo venir después…

—No —dijimos Vero y yo a la vez.

Si se marchaba, me iba a pasar el resto del día muerta de pánico, dándole vueltas al porqué de su visita. Mejor quitarnos esto de encima y arrancarlo rápidamente como una tirita.

—Le presento a Vero, mi niñera…

—Su contable —interrumpió Vero estrechándole la mano.

—Vero vive con nosotros. Y estaba a punto de irse arriba. —Le lancé una mirada penetrante—. Podemos hablar aquí —dije conduciendo al inspector Anthony a la cocina—. ¿Le pongo algo de beber? ¿Café, un refresco u otra cosa?

—Un refresco sería estupendo.

Se quitó la cazadora mientras yo abría el frigorífico. Lo observé desde la puerta de la nevera. La correa de cuero marrón de la funda de su arma le cruzaba de arriba abajo la espalda y la culata parecía apuntar hacia mí cuando él se sentó a la mesa.

Hice varios intentos para tragar saliva.

—Bueno… Inspector Anthony…

—Llámame Nick, por favor.

—Nick.

Si fuera a detenerme, no sería tan informal, ¿no? Y probablemente no me sonreiría. O quizá sí. Mi hermana me había dicho que algunos polis eran así de gilipollas.

—¿Conoces a Georgia?

El hielo resonó en el vaso cuando dejó la Coca-Cola delante de él.

—Sí, fuimos juntos a la academia hace años.

No parecía mucho mayor que mi hermana. La barba tupida que le cubría la mandíbula no tenía canas y un vello oscuro le moteaba los músculos prietos de los antebrazos, delimitados por las mangas enrolladas de su camiseta Henley.

—De vez en cuando salimos a tomar unas cervezas. Así que tú eres la escritora. Georgia me ha hablado mucho de ti. De ti y de los niños.

Alejé disimuladamente la silla unos centímetros antes de sentarme en ella para mantener cierta distancia entre los dos.

—¿De verdad?

—No te preocupes. No pasa nada.

Ahogué una risa nerviosa. Él también se rio. Pero sentí su penetrante mirada fijarse en cada detalle de mí y me sentí un poco intimidada.

—Entonces…, ¿estás trabajando en un caso?

El rubor se le subió de pronto a las mejillas, por lo que ese hoyuelo profundo y solitario hizo otro acto de aparición inesperado.

—Sí, eso. El caso. Es un poco raro hablar de esto —dijo casi tímidamente—, pero Georgia me aseguró que no te importaría. Me dijo que a lo mejor podríamos ayudarnos el uno al otro.

Mis sospechas cambiaron de rumbo. Tal vez esto no tuviera nada que ver con Harris ni Patricia. No sería la primera vez que Georgia intentaba enrollarme con uno de sus amigos del trabajo. Eché un vistazo a su mano izquierda cuando fue a coger el refresco. No llevaba alianza. Ni tenía la marca sospechosa del sol donde la podría haber llevado. Entrecerré los ojos al mirarle.

—Ayudarnos… ¿cómo?

—Se trata de un caso de desaparición. Puede que lo hayas visto en las noticias. Ha desaparecido un matrimonio de Arlington, Harris y Patricia Mickler.

La boca se me secó. El suelo crujió en la parte alta de las escaleras, en el vestíbulo, donde Vero debía de estar escuchándolo todo.

—Puede que haya visto algo, sí.

—No tengo ninguna pista sobre el paradero de la mujer, pero

sabemos que el marido desapareció de un bar de McLean hace doce días. Encontramos su coche en el aparcamiento con su cartera y su móvil. Al parecer, había quedado con una mujer para tomar unas copas, pero ella tuvo alguna emergencia y se retiró al baño durante un buen rato. Un camarero recuerda haberlo visto salir con otra persona. Creemos que la hemos identificado.

Una corriente de hielo me recorrió la columna.

—Ah, ¿sí?

Asintió.

—Esta otra mujer era miembro de un grupo de una red social al que también pertenecía Harris. Él había ido al bar por alguna especie de encuentro para hacer contactos. Ella no respondió ni confirmó su asistencia por Internet, pero el nombre de la mujer del bar coincide con el del perfil que pertenece a ese grupo, y su apariencia encaja con la descripción que nos dieron los camareros.

Un suspiro tembloroso de alivio salió de mí. Tenían una sospechosa. Y no era yo.

—Entonces, ¿qué tiene que ver todo esto conmigo?

—Aquí es donde la cosa se pone un poco rara. —Posó la bebida en la mesa, dejando en el vaso una marca de condensación con el pulgar —. No digo que sea una sospechosa, pero desde luego tiene relevancia en el caso. —Sus ojos oscuros se alzaron hacia los míos—. Creemos que Harris Mickler pudo haber salido del bar con la prometida de tu exmarido, Theresa Hall.

Volqué mi vaso y el refresco se derramó por la superficie de la mesa. El inspector y yo saltamos al mismo tiempo y cogimos las servilletas del servilletero. Hice una bola con ellas, murmurando disculpas, con las manos temblorosas mientras limpiaba el desastre.

¿Qué había hecho?

Me agarré a la mesa. Nick se acercó para sujetarme mientras me dejaba caer en la silla.

Le había dicho a Julian que me llamaba Theresa. Le había dicho que trabajaba en gestión inmobiliaria. Llevaba una peluca rubia y un vestido negro de Theresa. Ni siquiera había mirado si reconocía a alguien en la página del evento para hacer contactos cuando había indagado sobre Harris. El grupo tenía setecientos miembros. Esa semana incluso había estado buscando en la lista nombres que coincidieran con los que había visto en el móvil de Harris.

—¿Estás seguro? —pregunté—. Me refiero a que tampoco es que se pueda tirar mucho de ese hilo.

—Si solo pudiera agarrarme a eso, no. Pero esa misma noche, más tarde, el móvil de Harris se conectó a una torre de telecomunicaciones

dentro de un radio de cinco kilómetros alrededor de su casa.

No, desde la casa de Theresa no. Desde la mía. El teléfono de Harris se había conectado desde mi cochera. Al final de la misma calle en la que está el adosado de Steven y Theresa.

—¿Has hablado con ella? —me oí preguntarle.

—Conseguí hacerlo esta mañana en su oficina. Negó rotundamente que estuviera en el bar aquella noche. Un camarero recuerda haber servido a una mujer parecida a ella. Nos dio su nombre de pila y nos dijo que era agente inmobiliaria, pero no le llegó a pedir el carné de identidad, así que no podemos corroborar que realmente sea ella. Las únicas pruebas que tenemos hasta el momento son indiciarias, pero se van acumulando y Theresa no posee una coartada que pueda confirmar para la noche en que Harris desapareció.

—¿Qué quieres decir?

Theresa no estaba en el bar aquella noche. Había escrutado cada palmo de aquel lugar buscando a Harris. Si hubiera estado allí, la habría visto.

—Dondequiera que estuviera, no me lo quiere decir. Insiste en que estuvo sola en casa. Y tu marid… —Nick se corrigió—: Steven dice que estaba fuera de casa, con clientes. No puede confirmar que Theresa estuviera en casa esa noche.

—Eso no quiere decir que no estuviera.

No me podía creer que de verdad estuviera defendiéndola. Pero esa mujer estaba a punto de convertirse en la madrastra de mis hijos y corría un riesgo muy real de que la acusaran de un delito grave.

Movió la cabeza con un gesto enfático.

—Te lo digo, Finlay. Llevo mucho tiempo en esto y se me da bastante bien leer las expresiones de la gente. Estoy seguro de que Theresa me está ocultado algo. Estaba tan nerviosa que prácticamente se trababa al hablar.

—Eres poli —dije haciendo un gesto hacia su arma—. La gente se pone nerviosa con los polis. E, incluso si no hubiera estado en el bar, ¿qué razón podría haber tenido para secuestrar a Harris?

—Ahí es donde estoy atascado. —Nick se frotó una mano por la barba. Su voz tenía un tono cansado cuando dijo—: Encontramos unas fotos en el móvil de Mickler. Se había fotografiado con decenas de mujeres, y algunas eran de carácter… íntimo, así que sospechamos que no se tomaron con el consentimiento de ellas.

Dominé mi cara para que mostrara una expresión neutra, con cuidado de no insinuar que ya lo sabía. Pero Theresa no estaba en ninguna de aquellas fotos. Me había obligado a mirar todas y cada una de ellas, aterrorizada por la idea de ver a alguien que conociera.

—Hace cosa de un año una mujer llamó al número de avisos de nuestra comisaría. Afirmó que la habían drogado y acosado sexualmente después de haber quedado con Harris para tomar unas copas.

—¿Y quién era? —pregunté intentando disimular los nervios—. ¿Dio su nombre?

—La línea de avisos es anónima. El operador trató de convencerla para que fuera a comisaría a interponer una denuncia, pero ella dijo que Harris la había amenazado con contarle a su marido que habían quedado. Dijo que él iba a destruir su matrimonio si lo delataba. Teniendo en cuenta las fotos del móvil de este tipo, es probable que sea un delincuente reincidente. Quién sabe cuántas mujeres puede haber que quieran ajustar cuentas con un tío así. Pensé que quizá Theresa fuera una de ellas, pero no aparece en ninguna de las fotos de su móvil y, a excepción del grupo del que ambos eran miembros, no he podido encontrar otro punto en común con Harris. Si no se me ocurre un móvil, la investigación se va a ir al garete.

—Sigo sin entender qué tiene que ver todo esto conmigo.

Se apartó de los ojos el pelo oscuro y ondulado, frotándoselos como si no hubiera dormido en una semana.

—Probablemente no debería haber dicho nada. Y no lo habría hecho de no ser porque anoche, tomando unas cervezas con Georgia, me puse a desahogarme hablando de todo esto. No tenía ni idea de que conocía a Theresa. Luego mencionó lo de la custodia de tus hijos. Me dijo que Theresa y tú no os podéis ni ver, y pensó que si te preguntaba quizá sabrías algo.

Sentí una fría ráfaga de desasosiego clavárseme en la cabeza.

—¿Qué me estás pidiendo que haga?

Se metió la mano en el bolsillo y me extendió su tarjeta de visita sobre la mesa.

—Sé que Theresa esconde algo. Si puedes ayudarme a averiguar qué es, quizá pueda recopilar pruebas suficientes para detenerla. Y, si no me equivoco y de verdad tenía alguna relación con Mickler, me parece que también te ayudaría a ti.

—¿Ayudarme? ¿Cómo?

—Si arrestamos a Theresa como sospechosa de asesinato, el abogado de tu exmarido probablemente le aconsejará abandonar el pleito por la custodia.

—¿Asesinato? Pensaba que Harris estaba en paradero desconocido —dije con cautela.

Nick entrelazó las manos. Su tarjeta seguía intacta sobre la mesa, entre nosotros.

—Lleva más de una semana desaparecido. Su mujer igual. No ha habido ninguna llamada de rescate ni actividad en sus cuentas bancarias. Como te digo, llevo mucho haciendo esto.

Dejó que la insinuación pesara sobre el silencio que le siguió.

Cogí la tarjeta de visita de Nick, pasando un dedo por los bordes afilados. Sería demasiado sencillo culpar a Theresa de mi crimen y dejar que pagara el pato. A lo mejor sí que se merecía perder a su futuro marido y su futura familia. Al fin y al cabo, no había tenido escrúpulos en robarme la mía. Pero, independientemente de lo que sintiera yo hacia ella, iba a ser la mujer de Steven: la madrastra de mis hijos. Podría haber hecho muchas cosas horribles, pero secuestrar a Harris no había sido una de ellas.

Era yo la que la había puesto en el punto de mira, aunque no fuera esa mi intención. Había utilizado su nombre y me había puesto su ropa. Me había pasado de la raya muchas veces en las últimas dos semanas, pero, si dejaba que Nick la arrestara, ¿en qué clase de monstruo me convertiría?

Sí. Esa era la raya que no estaba dispuesta a cruzar. No podía resucitar a Harris, pero quizá pudiera evitar que otra persona cargara con las consecuencias.

Me pegué la tarjeta de Nick al pecho.

—Indagaré un poco a ver qué encuentro.

Capítulo 25

—Esto ha sido una idea terrible.

Entre los destellos de las luces, los gritos de los niños y el estruendo de los videojuegos, como le atizasen a tres topos más, me iba a dar una migraña. Había cometido el error de dejar que mi hermana eligiera el sitio para hacer nuestra comida mensual. Supuse que esta casa del terror animatrónica le atrajo porque no le obligaba a tener a Zach una hora entretenido y atado a una trona como el paciente de un manicomio. Al menos, aquí podía dejarlo suelto para que corriera.

—El conductor elige —me recordó Georgia limpiándose una mancha de grasa de la camisa con una bola de servilletas de papel.

—Para ti es muy fácil decirlo —dije distraídamente mirando la hora en el móvil. Seguía sin recibir mensajes de Vero. Eso no era buena señal—. Tienes las llaves del vehículo para escapar.

Como el monovolumen no había arrancado esa mañana, le había dado las llaves a Vero y le había pedido que llamara a su primo Ramón para que lo remolcara hasta su taller. De regreso a casa, iba a parar en el banco para solicitar un préstamo de los quince mil dólares que nos faltaban para devolverle el dinero a la mujer de Andréi Borovkov, o vender el coche. Se había decidido por el préstamo. Después, se suponía que Vero iba a concertar una cita con la señora Borovkov, nos íbamos a retirar elegantemente del trato y a devolverle el adelanto que nos había pagado. Yo, por mi parte, me iba a sentir mucho mejor cuando ese dinero manchado de sangre estuviera fuera de mi casa.

—Los niños se lo están pasando bien. Y dijiste que querías *pizza*.

Las luces y las sirenas no parecían molestar a Georgia en absoluto. Dobló una porción grasienta y se la metió en la boca mientras intentaba echar un ojo a Delia y Zach, que estaban trepando por la estructura que serpenteaba por encima de nosotras.

—¿Cómo va la investigación para el libro?

—¿Por eso me mandaste a Nick a casa? ¿Para tener a alguien más a quien fastidiar con preguntas raras?

—Lo mandé a tu casa —dijo con la boca llena de *pizza*— porque la prometida de Steven es una posible sospechosa en la investigación de un caso de doble desaparición bastante mediático, y no me gustaría que mi sobrina y mi sobrino pasaran demasiado tiempo con ella hasta

que descubramos en qué medida Theresa está implicada.

—Entonces, ¿me mandaste a Nick para que me echara un ojo?

Acompañó ese bocado de un trago de refresco.

—Digamos que Nick se ofreció.

Me desplomé contra el respaldo del banco.

—Estupendo, conque ahora tengo un canguro.

—No es un canguro. Es inspector de policía. Y es un máquina —dijo apuntándome con la pajita—. Y, puesto que los dos tenéis un interés personal en aseguraros de que Theresa no es una delincuente, se me ocurrió que os podríais ayudar.

—¿Nada más?

—Tómatelo como un favor que me haces, si así te sientes mejor.

—¿Desde cuándo te debo ningún favor?

—Desde que te hice de canguro hace dos semanas.

Abrí la boca para rechistar, pero la cerré ante la mirada fulminante de Georgia.

—El compañero de Nick va a estar en el hospital bastante tiempo. Le han encontrado un bulto —añadió solemne—. Nick está solo, por lo que le vendría bien algo de compañía.

A mi hermana siempre se le había dado fatal mentir.

—Así que me quieres liar con él.

Se encogió de hombros.

—Es un buen tío. Está soltero, es buena persona y tiene un trabajo remunerado. —Se chupó la grasa de *pizza* de los dedos—. Los polis tenemos un buen seguro médico y jubilación, ya lo sabes.

—No necesito un canguro, ni tampoco un marido. Me encuentro bien. —El escepticismo era el complemento favorito de Georgia. Levanté la barbilla hacia ella—. Y tú, ¿qué? ¿Cuándo te vas a buscar una mujer? Hace como diez años que no tienes una cita con una chica y no te doy la vara con el tema.

—No seas exagerada. No ha pasado tanto tiempo. —Levanté una ceja mientras se zampaba el último trozo de *pizza*, golpeteando un dedo contra los brazos cruzados mientras la miraba masticar. Se echó hacia atrás en el banco y se limpió las manos—. Fue hace año y medio, si tanto te interesa. Y no necesito una mujer. Yo ya tengo mi jubilación y mi seguro médico. Pero tú…

—En serio, Georgia. Que estoy bien.

—¿Cómo de bien?

—He conseguido un contrato para un libro. —Georgia puso cara de extrañamiento. Se golpeó en el pecho con el puño y soltó un eructo suave—. Genial, sigue haciendo eso en público y antes de que te des cuenta ya habrán pasado otros diez años.

Georgia puso los ojos en blanco.

—Pensaba que ya te habían hecho un contrato para uno.

Había tenido un montón de contratos antes, pero después de que Sylvia se llevara su comisión y el Estado se quedara su trozo del pastel apenas me había quedado para comprar la cena y hacerme una pedicura en condiciones.

—He conseguido uno mejor.

Dio un sorbo largo a su refresco con desinterés.

—¿Sí? ¿Cuánto?

—Ciento cincuenta mil por dos libros.

Georgia se quedó boquiabierta. Un churrete de grasa le resbaló por la barbilla.

—No me jodas.

—Te lo prometo. Tengo menos de treinta días para entregarle un borrador a Sylvia, así que no tengo tiempo de entretener a tu amiguito mientras echa el rato buscando.

Georgia golpeó la mesa.

—¡Sí, señor, Finn! ¡Lo has conseguido! —Me hundí en mi asiento cuando la madre del reservado contiguo se giró para mirarnos con el ceño fruncido—. No me lo puedo creer. La noche que me pediste que me quedara con los niños, pensé que lo que querías era estar sola. No me imaginé que fueras a trabajar de verdad ni nada.

—Gracias por la confianza.

Arrugó su servilleta y me la arrojó.

—Lo digo en serio, Finn. Estoy muy orgullosa de ti, de verdad.

Lo estaba. Lo veía en el brillo de sus ojos. La última vez que Georgia me había mirado así había sido el día que nació Zach. Y antes, Delia. Era la misma manera en que mis padres habían mirado a Georgia cuando se había graduado de la academia de policía y tras cada ascenso que había conseguido desde entonces. La garganta me ardía con un orgullo agridulce que aplaqué dándole un largo sorbo a mi refresco. Por fin había escrito una historia que valía la pena y que probablemente me llevaría de cabeza al trullo.

—¿Has llamado a papá y mamá para darles la noticia?

Negué con la cabeza, jugueteando con la pajita.

—Ya sabes lo que piensan.

Mi madre me había dicho que estaba muy bien tener un pasatiempo estando casada, pero después de que se marchara Steven los dos tuvieron muy claro que escribir libros no era una decisión profesional responsable. Desde entonces me habían estado presionando para que me buscara un trabajo de funcionaria.

Georgia se inclinó sobre la mesa y bajó la voz.

—Ahora que tienes una cantidad importante de dinero asegurada, a lo mejor puedes quitarte de encima a Steven y a Theresa por el tema de la custodia. Con un poco de suerte, Nick y tú averiguaréis dónde estaba aquella noche. Quizá eso ponga fin a esta historia.

Reprimí una risa apenada. Vaya que si le pondría fin a esta historia. Si Nick seguía las pistas que yo había ido dejando y descubría el cadáver de Harris, necesitaría mucha suerte para volver a ver a mis hijos alguna vez.

Meneé la cabeza.

—Theresa podrá haber hecho cosas muy feas, pero sinceramente creo que esa no es una de ellas. Inocente hasta que se demuestre lo contrario, ¿no?

Georgia se lamió un diente.

—Si no estuvo en el bar aquella noche, no tiene nada que ocultar.

Nada que ocultar. Excepto la pala en el cobertizo, el historial de búsqueda en su portátil y el cadáver enterrado en el vivero de su prometido. Theresa estaba caminando por la cuerda floja y ni ella misma lo sabía. Lo único que necesitaba para demostrar su inocencia era una coartada sólida para la noche en que Harris había desaparecido. Lo que significaba que lo único que tenía que hacer para que no entrara en la cárcel era averiguar dónde había estado aquella noche.

El sedán azul marino aparcado delante de mi cochera era sospechosamente corriente. Parecido al del inspector Anthony, pero con menos antenas y un poco más de óxido. Me sobrevino una ola de inquietud.

—¿Esperabas visita? —me preguntó Georgia parando su coche detrás.

—Probablemente sea algún amigo de Vero. Gracias por traerme. Te llamo luego.

Cogí a los niños de los asientos traseros e introduje el código con el puño para abrir la puerta de la cochera. Estaba el Charger de Vero, pero no mi monovolumen.

Vero estaba sentada en la cocina comiéndose la última Oreo del paquete. Zach corrió escopetado a la habitación de los juguetes deshaciéndose del abrigo por el camino. Recogí del suelo el de Delia y lo colgué encima de una silla, esperando a que los dos se hubieran ido del todo antes de preguntar:

—¿Dónde está el monovolumen?

Vero me miró por encima del vaso de leche.

—Ramón está esperando unas piezas. Te ha dado uno de

sustitución hasta que lleguen.

Mi inquietud contenida se escapó en un largo suspiro de cansancio.

—Es muy amable por su parte. Entonces, ¿cuál es la mala noticia?

Me senté enfrente de ella mientras pasaba un recibo a mi lado de la mesa.

—Que tiene mucho trabajo.

Ojeé la factura. Lo único que me sorprendió fue lo que estaba en la última línea.

—Uf.

Se bebió lo que le quedaba de leche y dejó el vaso en la mesa con un suspiro de desánimo, como si se arrepintiera de no haber mojado las galletas en algo más fuerte.

—La buena noticia es que no vamos a tener ningún problema para pagarle.

Vero se levantó y extrajo una gruesa bolsa transparente del congelador. La soltó sobre la mesa con un golpe hueco y glacial.

El vello de los brazos se me puso de punta.

—¿Qué es eso?

El contenido de la bolsa eran objetos rectangulares y verdes, pero estaba casi segura de que no eran espinacas congeladas.

—He quedado con Irina. He intentado explicárselo. Le he dicho que nos habíamos confundido, que no nos habíamos dado cuenta de quién era su marido. Le he dicho que el trabajo era demasiado peligroso y que le devolvíamos el adelanto. Se ha creído que era una estrategia para renegociar su oferta y sacarle más dinero después de descubrir para quién trabaja Andréi y cuánto vale su cabeza. Así que me ha doblado el adelanto y se ha negado a aceptar un no por respuesta.

Me dejé caer en la silla; la habitación me daba vueltas.

—No. ¡No, no, no, no, no!

Me presioné las sienes con los dedos y agité la cabeza. La voz de Vero se elevó, eclipsando los gritos que sonaban en mi interior y que decían que eso no podía estar pasando de verdad.

—¡Lo he intentado, Finlay! ¡Te lo juro! Prácticamente le he puesto el dinero en la mano, pero no lo quería coger. Dice que no le importa la forma, pero que quiere que lo hagas. Pronto.

Bajé la voz para que los niños no me oyeran.

—¡Andréi Borovkov es un asesino a sangre fría, uno profesional! ¿Lo has buscado en Google? ¡El año pasado lo detuvieron por quemar vivo a un hombre! Hace seis meses, lo acusaron de haber descuartizado a un tío en un aparcamiento y de haberles metido un tiro a todos los testigos, en plan ejecución. ¡Y no nos olvidemos de los tres hombres que encontraron degollados en un almacén en julio!

—No lo condenaron por ninguno de esos asesinatos —dijo Vero a la defensiva—. A lo mejor no es tan peligroso como parece.

—¡Se libró porque alguien manipuló las pruebas, Vero! ¡Porque Feliks Yirov tiene a la poli en el bolsillo! ¿Cómo leches voy a matar yo a un miembro de la mafia?

—Lo mismo le pregunté a Irina. Dijo que ya se te ocurriría algo. Solo necesitas la motivación adecuada.

Vero se puso un poco verde, con los labios secos moteados de migas de Oreo.

—¿Y cuál es? —le espeté—. ¿Más dinero?

—No exactamente.

Miró aturdida el paquete de galletas vacío y un terror frío se me depositó en la boca del estómago.

—¿Qué clase de motivación?

—O nos encargamos de su marido, o dentro de dos semanas...

A Vero le costó varios intentos tragar saliva.

—¿O qué?

Los ojos le centelleaban de miedo cuando los levantó hacia mí.

—O Irina le dirá que hemos robado el dinero. Y le pedirá que nos encuentre.

Capítulo 26

Solo se podía hacer una cosa con lo de Irina Borovkov y era hablar con ella cara a cara, como personas adultas. Se acabaron los intermediarios. Se acabaron los disfraces. Se acabaron los sobres llenos de billetes. Simplemente iba a explicarle que Patricia se había confundido cuando me había contratado, que no era quien ella creía. Luego, le explicaría que no había matado a Harris Mickler, que otra persona había entrado en mi cochera y se había encargado de matarlo de verdad, y que, por tanto, no estaba capacitada (ni dispuesta) para asesinar a su marido tóxico.

¿Y después qué?

Después haría la cosa más adulta de todas: le tiraría la mochila llena de dinero y saldría corriendo antes de que pudiera impedírmelo. La tenencia constituía la mayor parte del delito. No estaba segura de conforme a qué ley, ni si a la mafia le importaba la ley siquiera. Pero los números eran los números, independientemente de quién hiciera las cuentas. Si yo no tenía el dinero de Irina Borovkov, ella no podría usarlo para acusarme de habérselo robado y no me mandaría a su temible marido para que me degollara.

El aparcamiento del Club de Fitness de Tysons estaba repleto de coches, todos relucientes e importados, con cuotas mensuales que probablemente fueran más que la hipoteca de mi casa. Aparqué el coche de sustitución que Ramón me había agenciado entre un Audi y un Porsche, y tuve mucho cuidado de no rayarle la puerta a nadie al salir. El sedán oxidado daba el cante entre los demás coches. Y, al parecer, yo también. Mis nudillos estaban agarrados al asa de la mochila de princesas Disney de Delia mientras caminaba hacia el mostrador principal. Este debía de ser el club. El nombre y el logo coincidían con el de la sudadera de la taquilla de Patricia, pero este lugar no parecía encajar con Patricia Mickler en absoluto. El interior del club de fitness era lujoso a más no poder, con un bar de zumos en el vestíbulo, un patio con una fuente y pasillos largos e iluminados por techos de cristal tintado. No me imaginaba a Patricia por estos pabellones, con una sonrisa operada y una faldita para jugar al tenis, pero, por la descripción que me había dado Vero de la mujer de Andréi, sin duda me podía imaginar a Irina Borovkov allí.

La mujer que esperaba en la cola detrás de mí profirió algo

parecido a un resoplido. Eché un vistazo por encima del hombro y la pillé mirando mi mochila. Luego, mi pelo y mis deportivas. Me recoloqué la mochila sobre el hombro, haciendo caso omiso de las risas tontas y las miradas de las mujeres que pasaban por el mostrador. Si hubieran sabido cuánto dinero había en esa mochila de princesas Disney o lo que había hecho para conseguirlo, no se habrían reído tanto.

—¿Puedo ayudarla?

La recepcionista, alegre y joven, llevaba mucho maquillaje y un polo con el logotipo estampado. Un lector de huellas dactilares emitía un brillo rojo sobre el mostrador.

—Eso espero —dije observando el escáner con cautela—. Estaba interesada en asistir a una clase de pilates. Me recomendó vuestra monitora una amiga, Irina Borovkov. He llamado antes y la recepcionista me ha dicho que había una clase que empezaba a las diez. Me gustaría probar y ver si me gusta antes de apuntarme. —Había visto un vídeo de pilates esa misma mañana y Vero tenía razón: puedes aprender cualquier cosa en YouTube. Eso estaba chupado—. ¿Sabe si Irina ha venido?

—¿Reenie? Claro, acaba de llegar. Pero hoy tiene una clase de *spinning*. Empieza en diez minutos. ¿Quiere que la llame por megafonía?

Estiró la mano hacia el teléfono de su escritorio. Me apresuré a detenerla antes de que lo descolgara.

—¡No, no, no hace falta!

El factor sorpresa era probablemente el método más prudente en esta situación. Al fin y al cabo, ¿qué le iba a pedir que dijera? ¿«Atención, atención, señora Borovkov, la sicaria que ha contratado la espera en recepción»? Dibujé una sonrisa.

—La buscaré en la clase, gracias.

—¿Va a necesitar calzado?

Dirigí una mirada rápida a mis deportivas. Negué con la cabeza.

—Estupendo, solo tiene que rellenarme estos formularios de descargo de responsabilidad en materia de salud y seguridad. Cuando termine, necesito escanearle el dedo un momentito. Luego puede ir al vestuario femenino, al final del pasillo a la derecha, y las entrenadoras le indicarán dónde es la clase.

—Gracias.

Cogí la carpeta de pinzas y garabateé un nombre y una dirección falsos en los huecos en blanco mientras la recepcionista atendía a la siguiente persona de la fila. Cuando estaba de espaldas a mí, solté la carpeta sobre el mostrador y me fui apresuradamente a los vestuarios,

antes de que me pidiera la huella dactilar.

Caminé cabizbaja, solo levantando la mirada para echar vistazos rápidos a las salas de entrenamiento, con la vista atenta a identificar el pelo oscuro y brillante y el rostro esculpido quirúrgicamente que encajara con la descripción que Vero me había dado de Irina.

Una multitud de mujeres se agrupaba en un largo pasillo flanqueado por canchas de raquetbol iluminadas con intensidad. Una a una, fueron entrando en una sala de entrenamiento. Capté el destello de un cabello negro entre ellas y me apresuré a alcanzarlas. El dinero de Irina me rebotaba contra la espalda mientras me hacía un hueco en la cola para entrar a la sala de *spinning*.

Me incorporé al flujo del tráfico, procurando no pisarle los pies a nadie. Todas llevaban las mismas zapatillas negras, como esas de las boleras, pero con velcro y tacos. Mis deportivas blancas destacaban considerablemente, tan fuera de lugar como la mochila de Delia.

Seguí a la muchedumbre hacia una sala oscura y cuadrada en la que había hileras de bicicletas estáticas iluminadas con bombillas púrpuras que colgaban de las modernas cañerías descubiertas del techo. Las mujeres de mi alrededor escogieron una bici cada una. Se montaron, ajustaron el asiento y encajaron la botella de agua en su soporte, charlando animadamente mientras estiraban con los pies en los pedales.

La monitora se encaramó en una bicicleta del centro de la sala y probó el volumen del micrófono que colgaba de los auriculares que llevaba enganchados en las orejas. Capté el destello del pelo de Irina, negro como el azabache, cuando se inclinó a abrocharse los pies a los pedales. Su cola de caballo despedía reflejos violetas bajo las luces negras a medida que la sala se iba oscureciendo, y alcancé corriendo la bici que quedaba libre cuando la música empezó.

—¿Está ocupada?

Un ritmo de *techno* empezó a sonar a todo volumen por los altavoces de la pared que estaba a mi espalda. Elevé la voz por encima de la música y repetí la pregunta.

Irina alzó la mirada hacia mí. Negó con la cabeza y me sonrió plácidamente, y levantó las cejas cuando vislumbró mis deportivas blancas y brillantes. No volvió a mirarme a la cara, señal de que no me había reconocido. Eso me beneficiaba. Una sala oscura, con mucha gente y música alta. No podría verme con claridad y probablemente no podrían oír nuestra conversación.

Coloqué los pies en los pedales y mis zapatillas blanco neón empezaron a moverse vagamente en círculos al pedalear. Observando a Irina de reojo, imité sus movimientos. No era tan difícil, dije para mí

misma, hasta que la monitora gritó una serie de órdenes al grupo.

La clase se elevó al alimón impulsándose sobre los pedales, haciendo una ola para luego bajar otra vez, a medida que las luces cambiaban al ritmo de la música de lila a verde y después a azul. Intenté encontrar un ritmo, levantándome y cayendo con ellas, pero todo el tiempo iba medio paso retrasada. Las caras de las ciclistas de mi alrededor mostraban concentración, atentas a su tarea. Era ahora o nunca.

—¿Irina? —pronuncié su nombre tan alto como me atreví, lo suficiente para que se oyera por encima de la música.

Su cabeza se giró a la décima de segundo, lo único que me indicó que me había oído.

—Quedaste con una amiga mía —dije entre respiración y respiración mientras pedaleaba—. Le diste dinero y me pediste a mí que te hiciera un trabajo. Pero creo que ha habido un error. Me gustaría hablarlo contigo.

Su mirada se desvió a mis brazos, mis piernas y luego a mis zapatillas, que se esforzaban por mantener el contacto con los pedales. Ella apenas había empezado a sudar.

—No hay ningún error —dijo. Su voz era tan oscura y seria como sus ojos, las palabras entrecortadas y con un acento marcado—. El dinero es tuyo —dijo levantando con un gesto su afilada barbilla hacia mí; algunos mechones sueltos le caían en capas dentadas sobre la cara —. Tendrás el resto cuando el trabajo esté terminado. No hay nada que hablar.

La monitora gritó al grupo.

—¿Listas para subir el ritmo, chicas?

Estallaron gritos de entusiasmo a medida que el tempo se aceleraba. Traté de seguirlo, alzándome con la ola a destiempo, con el trasero chocándome contra el asiento mientras los pedales se movían a trompicones bajo mis pies. El estribo me asestó un doloroso golpe en el talón antes de conseguir atraparlos otra vez. Tenía bastante claro que no me estaban pagando lo suficiente por estar allí.

—Pero verás… Ahí está el problema —jadeé—. No soy quien tú crees. No estoy capacitada para hacer el tipo de trabajo para el que me has contratado.

—Eso no fue lo que me dijo Patricia. Me dijo que eras competente. Discreta.

—Se equivocaba.

—No lo creo. Patricia sabe en qué consiste el trabajo de mi marido. No me habría recomendado tus servicios si no hubiera estado segura de que eras apta para hacerlo.

—¡Pero que no fui yo! —Solté una mano del manillar para pegármela al pecho. El gesto me costó el equilibrio y me resbalé otra vez. Volví a insertar el pie en el pedal—. No fui yo la que… —Miré alrededor, bajando la voz todo lo que pude para que siguiera oyéndose sobre el latido de los bajos—. Yo no llevé a cabo aquel trabajo. —El sudor me escurría por el cuello y los muslos me empezaban a arder—. ¿Podemos hablar en privado para que te lo explique? Tengo algo tuyo. Me gustaría devolvértelo.

Mientras seguía pedaleando miré hacia la mochila de Disney, que estaba en el suelo, entre nosotras.

—No hay nada que explicar —dijo descendiendo el cuerpo brevemente para luego subirlo otra vez, en sincronía perfecta con las otras ciclistas—. Lo del marido de Patricia está controlado, ¿verdad?

—No —dije entre respiraciones ardientes—. O sea, sí. Pero…

Miré alrededor, nerviosa, pero esas mujeres estaban todas centradas en la monitora, impulsándose hacia arriba y descendiendo, pedaleando como locas. La música estaba tan alta que apenas podía pensar.

—¡Aumentad la resistencia! —gritó la entrenadora.

Irina ajustó una clavija que había entre sus rodillas y se encogió sobre el manillar con el trasero posado en lo alto del asiento.

Avivé el pedaleo, decidida a no quedarme atrás. Mis pedales volaban como bestias vigorosas y hambrientas. Los moví más rápido, con miedo a que, si paraba, me arrancaran los talones.

—Eres mi única opción. —La frente le empezaba a brillar—. Mi marido conoce a todos los que trabajan en lo tuyo, pero a ti no —dijo sonriendo de satisfacción mientras el sudor me empapaba el cuello de la camiseta—. Será fácil. No se lo va a esperar de alguien con…

Las zapatillas se me resbalaron peligrosamente de los pedales y casi salgo volando de la bici. Su sonrisa se ensanchó.

—Unas habilidades tan modestas.

Estupendo. Sencillamente estupendo. En su cabeza no solo estaba capacitada, sino que además era perfecta para el trabajo.

—¡Más resistencia!

«¡No, joder! ¡Más no!».

—¿No te da miedo que alguien se entere?

—¿Quién? ¿Feliks? —me preguntó pillándome desprevenida. Hizo un gesto de desdén sin perder el ritmo ni un segundo—. Feliks no se involucra en asuntos domésticos. Si Andréi es lo suficientemente descuidado como para dejarse dominar por una cara bonita, estoy segura de que a Feliks le parecería bien que a Andréi le pase lo que sea que le vaya a pasar. Ha sido imprudente. Se ha convertido en un

estorbo. Y tiene suerte de que no lo haya hecho el propio Feliks.

—¡Vamos, dadle duro! —bramó la monitora—. ¡Empujad más!

¿Esa mujer estaba de broma? No empujaba tan fuerte desde el parto de Zach.

El grupo gruñó con un estallido colectivo de velocidad, como sacado de una pesadilla. No sentía las piernas y me dolía cada centímetro del cuerpo. Irina se inclinó sobre la bici con una sonrisa salvaje cuando la sala adquirió los colores y la música de una discoteca. Las luces destellaron, las sirenas sonaron a todo volumen y los bajos vibraron con violencia. El corazón estaba a punto de salírseme del pecho.

—Respeto que me digas que no —dijo por encima de la música—. Comprendo tu postura.

—Ah, ¿sí?

—Y respeto que insistas en recibir más.

—No estaba… No quería…

—¡Así me gusta! ¡Un poquito más, chicas! —rugió la monitora.

—No —dije casi sin voz—, más no.

Irina sonrió y las endorfinas aflojaron las duras facciones de su cara. Parecía como si estuviera disfrutando de verdad. Esa mujer era una masoquista.

—Es muy difícil ser mujer en un mundo de hombres —dijo por encima de la música—. Nos hacen creer que no valemos nada, pero por eso confío en ti. Me vas a hacer este trabajo. Y te pagaré lo que Feliks le pagaría a cualquier hombre por hacer lo mismo. Las mujeres tenemos que apoyarnos entre nosotras. Esa es la razón por la que Patricia me dio tu número. Porque esto ella lo entendía.

—¿No estás ni mínimamente preocupada por ella? —jadeé.

—¿Por qué iba a estar preocupada?

—La policía la está buscando. ¿Y si la encuentran?

—¿Qué te hace pensar que quede algo suyo que encontrar?

Dejé de mover la piernas y mis zapatillas siguieron girando por la inercia de los pedales mientras sus palabras me daban vueltas en la cabeza.

—¿A qué te refieres?

La mirada de Irina era fría y cortante mientras me observaba de reojo, con la barbilla alta, ajena a cualquier juicio o remordimiento.

—Patricia Mickler ya no existe. Me he asegurado de que así sea.

Era incapaz de recuperar el aliento para hablar. Miré a mi alrededor, preguntándome si alguien más había oído lo que Irina Borovkov acababa de confesar. Pero todos los ojos de la sala estaban dirigidos hacia adelante, puestos sobre la monitora. Menos los de

Irina. Su sonrisa levemente divertida y torcida estaba inclinada hacia un lado, hacia mí. Una gota de sudor le bajó por la sien. De alguna manera, parecía serena a pesar del esfuerzo, como si su ritmo cardiaco no se hubiera alterado en absoluto.

—Es mejor para todos que sea así —dijo—. Para ti también. Patricia siempre ha sido asustadiza, fácil de intimidar. Si la policía la hubiera presionado demasiado, podría haber dicho alguna estupidez. Y eso habría sido muy malo para nosotras, para ti y para mí.

Con la boca abierta y las piernas entumecidas, tuve que hacer un sobreesfuerzo para mantener el ritmo. Patricia Mickler estaba muerta. Irina se había encargado de matarla para evitar que hablara. Para ocultar un crimen que yo todavía no había cometido. Creía que eran amigas. ¿Qué había sido de lo de que las mujeres teníamos que apoyarnos entre nosotras?

La música alcanzó un volumen febril; los atronadores bajos secuestraban cada respiración y cada sonido. Los pulmones me ardían. Tenía la boca tan seca que era incapaz de articular palabra. Me dije que seguiría a Irina a los vestuarios cuando acabara la clase. Allí le daría la mochila llena de dinero y le diría que no quería volver a verla. Lo que fuera que hubiera pasado entre ella y Patricia no tenía nada que ver conmigo. Grité de alivio cuando la música paró y las mujeres que teníamos delante se bajaron de las bicicletas. Irina se giró hacia mí mientras se pasaba una toalla por la cara.

—Contactarás conmigo cuando lo hayas hecho.

Pasó una pierna por encima de la bicicleta estática, se echó la toalla al hombro y se dirigió hacia la puerta antes de que yo pudiera recuperar el aliento para hablar.

—¡No, espera! —exclamé mientras se alejaba.

Pasé el pie por encima de la bici y me tropecé con la mochila de Delia. Mis piernas se doblaron por mi propio peso y me desplomé torpemente como un montón de ropa sudada. La ciclista que estaba delante de mí se giró y me tendió la mano para ayudarme a ponerme de pie. Perdí de vista a Irina cuando salió al pasillo. Las rodillas me flojeaban mientras corría hacia la salida, notando el peso de la mochila golpearme la camiseta empapada y fría. Para cuando conseguí salir de la sala, arrastrando los pies, Irina ya no estaba.

Me acerqué penosamente a una fuente y cerré los ojos mientras daba tragos de agua fresca con sabor a cobre que me atravesaron el nudo de la garganta. Ahuequé la mano y me salpiqué la cara, empapada de sudor, deseando que me despertara y descubriera que toda esa conversación había sido una pesadilla. La mujer que me había contratado para matar a Harris Mickler estaba muerta —la

persona que podría tanto implicarme como exculparme del crimen—, y no sabía muy bien cómo me sentía al respecto. Lo único que tenía claro era que Irina Borovkov era igual de peligrosa que su marido y que yo seguía teniendo su dinero. No estaba segura de qué pasaría conmigo si no llevaba a cabo el trabajo, ni, en realidad, qué me haría Irina después de que lo terminara.

Todos los huesos de mi cuerpo crujieron cuando me enderecé y me giré, chocándome de frente con la persona que esperaba detrás de mí para beber de la fuente.

El hombre empuñaba una raqueta en una mano y sujetaba el dobladillo de la camiseta sobre su cara con la otra, enjugándose el sudor de las cejas. Debajo de ella relucía un abdomen firme y bronceado. Mi garganta se cerró a cualquier pensamiento coherente cuando la camiseta volvió a su sitio y Julian Baker se echó los rizos hacia atrás. Tenía las mejillas coloradas del esfuerzo físico y los rizos color miel teñidos de oscuro por el sudor.

Bajé la cabeza, dejando que el pelo que se me había soltado de la coleta me cubriera la cara. La Universidad George Mason estaba a pocos kilómetros. Como una tonta, ni siquiera había tenido en cuenta la posibilidad de encontrármelo allí. Ni qué podría pasar si me lo encontraba.

Me alejé de la fuente caminando hacia un lado mientras él se apartaba para dejarme pasar. Nos pisamos sin querer.

—Perdona —murmuré mientras él me estabilizaba.

—No, no te disculpes, ha sido culpa mía. No estaba atento.

Sentía el tacto ligero de su mano sobre la parte superior de mi brazo. Desvié la mirada cuando inclinó la cabeza hacia adelante tratando de hacer contacto visual. Huir corriendo habría resultado sospechoso… y de mala educación. Pero si descubría quién era —si me reconocía allí, en la misma clase que Irina Borovkov—, su próxima conversación con el inspector Anthony iba a ser (como había dicho Irina) muy pero que muy mala para las dos. A lo mejor no se había fijado en la sala de la que había salido. Si me marchaba en ese mismo instante, quizá no me reconocería.

—*Spinning*, ¿no? Es mortal —dijo respirando a intervalos desiguales y señalando vagamente con el extremo de la raqueta hacia la sala de la que yo acababa de salir.

—Y que lo digas.

Me aparté girándome y mirando al suelo, con la cara hacia un lado, mientras me dirigía a paso rápido hacia los vestuarios.

—¡Espera! —exclamó corriendo para alcanzarme—. ¿No nos conocemos?

—¡No creo!

No me había puesto ni una sola gota de maquillaje. Estaba sofocada, manchada de sudor y probablemente roja como un tomate, el pelo castaño lacio y se me veían perfectamente las bolsas de los ojos de no dormir.

—¿Segura? —preguntó caminando a unos pasos detrás de mí.

Me detuve, dudando entre mirarle furtivamente una última vez y salir corriendo. Su sonrisa era tierna y su rostro amable, y estaba lo suficientemente sudado como para poder ver los contornos de todos sus músculos a través de la ropa.

—Me acordaría de ti.

—Es que… me suenas de algo.

Noté su voz cerca de mí cuando llegué a la puerta del vestuario. Tan cerca que podía oler el sudor fresco que despedía su piel y su respiración, aún fuerte debido al esfuerzo.

No debía darme la vuelta. De ningún modo debía darme la vuelta. Vero tenía razón. Tener contacto con Julian era algo peligroso y estúpido. Sobre todo ahora que Nick había estado haciendo preguntas en The Lush. Julian era la persona que de verdad podría identificarme si descubría quién era. Y, con todo, una parte de mí quería girarse y confesárselo todo.

Miré de reojo por la cortina de mi pelo, lo suficiente para ver sus ojos entrecerrarse mientras la cabeza se esforzaba por atar todos los cabos.

—Tengo que irme. —Me apreté la mochila contra el pecho al empujar la puerta del vestuario—. Seguro que ya llego tarde a… algo.

Entré apresuradamente y me apoyé contra la puerta. Pero, cuando recorrí la estancia con la mirada, Irina hacía tiempo que se había ido.

Capítulo 27

—No me puedo creer que hayan matado a Patricia Mickler.

Vero estaba encorvada y hundida en el asiento del conductor del Charger, observando la puerta de las oficinas de la agencia inmobiliaria de Theresa desde el extremo del aparcamiento en el que habíamos posicionado el coche estratégicamente. Zach balbuceaba para sí detrás de nosotras, mascando galletitas saladas mientras veía dibujos animados en el móvil de Vero.

—No termino de entender si es algo bueno o malo.

—¿Cómo va a poder ser bueno?

—Si ahora la encuentran, ya no puede chivarse de ti.

—No, pero Irina sí.

Y, si no mataba a su marido, me apisonaría con a saber qué clase de autobús que habría usado para aplastar a Patricia.

—¿Crees que mandó a su marido para que la matara?

Me estremecí al recordar el cuchillo clavado en su puerta trasera.

—Es probable.

Irina había conseguido ponerme en una situación imposible al obligarme a encargarme de Andréi antes de darle a Andréi una razón para que se encargara de mí. Pero ahora no tenía tiempo para pensar en eso. Primero tenía que hallar la coartada de Theresa, para que en el caso probable de mi deceso prematuro mis hijos tuvieran alguien con quien vivir.

Me retorcí en el asiento mientras miraba la hora, arrepintiéndome de haberme tomado un segundo café en el desayuno. Delia iba a estar en la escuela solo hasta mediodía y no había pasado nada interesante desde que habíamos llegado, hacía una hora.

—Tengo que hacer pis —dije.

—No puedes hacer pis ahora. Estamos en plena operación de vigilancia.

—Esto no es una operación de vigilancia.

—Sí lo es. Y este coche es para operaciones de vigilancia.

—A mi vejiga eso le da igual.

—Como te hagas pis en mi coche nuevo, te mato yo, pero por una cuestión de principios.

Era muy fácil decirlo para ella. Tenía veintidós años y nunca había dado a luz. Probablemente podría aguantárselo hasta la menopausia.

—Ni siquiera sabemos qué estamos buscando —me quejé.

—Ya oíste al inspector buenorro. Buscamos cualquier cosa que resulte sospechosa.

—¿No tendría más sentido preguntarle simplemente a Theresa dónde estuvo esa noche?

Vero me miró de reojo con una buena dosis de desaprobación.

—¿Cuándo ha sido Theresa Hall sincera contigo? ¿En serio crees que va a salir y a decirte lo que estaba haciendo un martes por la noche cuando no se molestó en contarte que se estuvo trajinando a tu marido durante todo el año pasado?

Me hundí aún más en el asiento. Tenía el culo dormido desde hacía media hora.

—Theresa está aquí y Steven en el vivero. ¿Por qué no vamos a su casa, curioseamos y ya está?

—Primero —dijo Vero enseñando un dedo—, porque eso es allanamiento de morada y no nos han pagado por ello. Y segundo, porque si esa noche andaba haciendo algo turbio mientras Steven estaba trabajando, no habrá dejado ninguna prueba en casa que él pudiera encontrar. Ni Theresa es tan boba. Todo lo que pueda incriminarla estará en su portátil o su teléfono, y probablemente los tenga…

—Ahí está —dije y me hundí más cuando las largas piernas y los tacones de Theresa se vislumbraron a través de las puertas de cristal que daban al vestíbulo. Las puertas dobles se abrieron. Un hombre con un traje que parecía caro salía a zancadas detrás de ella—. Pero ¿qué coño…? ¡Ese es Feliks Yirov!

El Town Car negro que ya conocía se acercó hasta el bordillo delante de ellos. Andréi emergió del asiento del conductor para abrirle la puerta a Feliks. Theresa extendió la mano a Feliks en un gesto meramente profesional, pero Feliks la usó para arrimarla a él y le susurró algo al oído antes de estamparle un beso en la mejilla. Ella se ruborizó y lanzó una mirada nerviosa a las ventanas del edificio.

—Yo aquí veo algo más que un asunto profesional —dijo Vero.

Feliks le dedicó a Theresa una mirada larga y escrutadora al montarse en el asiento trasero de su coche. En cuanto el Town Car se alejó del bordillo, Theresa se fue directa a su BMW.

—¿Qué crees que significa esto? —preguntó Vero.

—No lo sé.

Lo único que sabía con seguridad era que no quería que el inspector Nick Anthony lo averiguara antes que yo. Tomé el bolso del bebé del asiento trasero y hurgué en ella hasta encontrar la peluca-pañuelo, y me la até a la cabeza antes de arrebatarle a Vero de la nariz las gafas

de sol con espejos.

—Quédate aquí. Ahora vuelvo.

—¿A dónde demonios vas? —siseó Vero mientras me cubría la cara con las gafas de sol y salía del coche.

—A descubrir qué tiene que ver Theresa con Feliks Yirov.

Y dónde narices estaba la noche que yo estuve en The Lush. Crucé el aparcamiento y entré al vestíbulo antes de que cambiara de opinión. La recepcionista levantó la cabeza cuando me acerqué a la ventanilla.

—¿Le puedo ayudar en algo? —preguntó.

Me bajé las gafas por el puente de la nariz, lo justo para poder mirarla por encima de la montura.

—Soy la ayudante personal del señor Yirov. Acaba de reunirse con la señora Hall y se ha olvidado algo muy importante en su despacho. Me ha pedido que venga a buscarlo.

Volví a ponerme las gafas en su sitio. La mujer colocó una mano sobre el teléfono.

—Se acaba de ir. ¿La llamo al móvil y le digo que…?

—¡No! —dije demasiado rápido. Me di un segundo para serenarme —. No es necesario y el señor Yirov no puede esperar. Lo puedo coger yo misma.

Comencé a andar hacia las puertas de cristal del fondo del vestíbulo, bamboleando las caderas con una resolución que la desafiara a pararme.

—¿Cuál es su despacho? —dije por encima del hombro mientras tiraba de la puerta para abrirla.

—El último de la izquierda —farfulló la mujer—. ¿Está segura de que no quiere que…?

La puerta de cristal osciló al cerrarse tras de mí. Con la cabeza gacha, pasé por delante de varias filas de cubículos y me detuve cuando llegué al despacho de la esquina, al fondo. Giré el pomo, rezando por que no estuviera cerrado con llave. La puerta se abrió. A través de ella pude distinguir cuatro escritorios: un despacho compartido. Tres de las mesas estaban desocupadas. Solo una agente estaba trabajando, de espaldas a mí y con el teléfono pegado a la oreja. Entré con cuidado de no hacer ningún ruido.

La mesa de Theresa no era difícil de identificar. Estaba tan impoluta como su adosado, la superficie adornada con fotos enmarcadas del compromiso. Ni un planificador, ni un calendario de mesa. Solo un ordenador y unos cajones archivadores. Levanté la mirada para comprobar que la mujer seguía de espaldas a mí mientras meneaba el ratón. La pantalla me pidió una contraseña.

«Mierda». No tenía ni idea de cuál podría ser y no tenía tiempo para adivinarla. Lo único que sabía con seguridad era que Theresa nunca se dejaba los trapos sucios a la vista de todo el mundo. Abrí el cajón del escritorio. Paquetes de chicles medio gastados, bolígrafos mordidos, clips sueltos, unas monedas y unos pósits arrugados… Hurgué debajo y encontré un montón delgado de carpetas y un bloc de notas amarillo. Las páginas de la libreta estaban repletas de notas apenas legibles. Pasé de una en una las carpetas, tomé la que tenía el nombre de Yirov en la etiqueta y devolví las demás a su sitio. Hojeé rápidamente el contenido: listados inmobiliarios, mapas, notas manuscritas. Todos esos listados se habían impreso dos semanas antes, el mismo día que había desaparecido Harris Mickler.

Apreté la carpeta y la libreta contra el pecho y cerré el cajón. Si podía encontrar algo que probara que Theresa había estado enseñando inmuebles la noche en que Harris Mickler había desaparecido, podría decirle a Nick que estaba con un cliente y quitarle al inspector de encima.

Estaba a punto de girarme para marcharme cuando una foto de su escritorio hizo que interrumpiera lo que estaba haciendo. No sé por qué me llamó la atención; quizá porque era la única en la que no aparecía Steven. O quizá porque la chica de la foto me resultaba vagamente familiar, de algún sitio que no recordaba muy bien. Su brazo rodeaba los hombros de Theresa, y se las veía jóvenes, bronceadas y rubias, con unas sudaderas con letras griegas, de una hermandad universitaria, puestas. La dedicatoria del marco decía: «AMIGAS PARA SIEMPRE».

Esa debía de ser la tía Amy, de la que tanto había oído hablar —la mujer que le había enseñado a Delia a pintarse los ojos y pasaba los sábados con mis dos hijos, la mujer que probablemente contribuiría a su educación si yo acababa en la cárcel—, y ni siquiera la conocía.

—Ah, hola, Theresa. ¿Se te ha olvidado algo?

Me agarroté, estaba tan absorta en la foto que no había oído a la otra agente colgar el teléfono detrás de mí. Mi peluca-pañuelo picaba y tuve que resistir el impulso de darme la vuelta.

—Sí —dije a la vez que tosía con la mano en la boca.

—¿Ya has encontrado lo que necesitabas?

Por el bien de Theresa, esperaba con todas mis fuerzas que sí.

Alcé el archivo de Feliks Yirov para taparme la cara, rezando por que las respuestas que necesitaba estuvieran dentro, mientras pasaba a toda prisa al lado de la agente en dirección a la puerta.

Vero y yo estábamos sentadas en el suelo de mi despacho mientras los

niños dormían la siesta. Los documentos de Feliks y las notas de Theresa estaban esparcidos por la moqueta. Solo necesitaba una coartada para desviar la investigación de Nick de Theresa, una pista sobre dónde podría haber estado aquel martes por la noche, y lo que era aún más importante: por qué no quería que nadie lo supiera. Con un cliente tan famoso como Feliks Yirov, quizá solo estuviera intentando ser discreta. Pero eso no encajaba con la Theresa que yo conocía. A esa solo le importaban el caché y el prestigio social. Si había una oportunidad para alardear de un cliente tan mediático como Feliks, sacando la cabeza por el techo de su impecable limusina negra y gritándolo a los cuatro vientos, no habría dudado en aprovecharla. Fuera cual fuera su relación con Feliks Yirov, sin duda yo no quería que la policía de Fairfax la descubriera, al menos no todavía. Seguir ese rastro los acercaría inevitablemente a Vero y a mí.

—Me juego algo a que se están acostando y no quiere que Steven se entere —sugirió Vero.

—Puede ser. O puede que ni estuviera con Feliks ese martes, sino con otra persona.

—Entonces, ¿por qué no se atreve a contarle a la policía lo que estuvo haciendo? No, se está tirando al ruso, sin duda. Ya viste cómo la miró. Ese beso era un «Te estoy imaginando desnuda» en toda regla.

Examiné detenidamente el contenido del archivo de Feliks: un acuerdo con la agencia que nombraba a Theresa como su representante para la compra o alquiler de propiedades, una lista esquemática de los criterios de búsqueda, un puñado de direcciones tachadas… A juzgar por el montón de listados y planos, Feliks estaba comprando terrenos. En los mapas aparecían grandes parcelas rurales. Los límites de las propiedades estaban destacados en amarillo y con notas garabateadas en los márgenes: demasiado próximo a las vías principales, demasiado arbolado, poco arbolado, mala salida de aguas, demasiados derechos de acceso compartidos, demasiada pendiente… Los había rechazado todos.

—Supongo que no estarían haciendo un *tour* por las ondulantes colinas un martes a las nueve de la noche.

Solté los mapas y me froté los ojos. Quizá Vero tuviera razón.

—Te lo digo yo: estaban follando en la parte de atrás de ese coche tan chic.

No sabía qué era peor. Que su razonamiento era verosímil o lo que eso significaba para Steven. No es que lo sintiera por él; estaba claro que él también se divertía con Bree en el vivero. Cuanto más iba conociendo los trapos sucios de su relación, más convencida estaba de que Steven y Theresa se merecían el uno al otro. Y menos envidia me

daba lo que tenían.

Mis pensamientos tiraron de la foto de Theresa y su amiga Amy. Me pregunté si esa foto sería como las otras que tenía enmarcadas en el vestíbulo de su casa, que exponían lo que quería que todo el mundo viera… Dudé si Amy y ella eran realmente tan buenas amigas.

Vero echó el cuerpo sobre la libreta amarilla, buscando pistas. Se había encargado de cuidar a mis hijos como si fueran suyos. Le había plantado cara a Steven y había pagado mis facturas. Se había leído mi manuscrito porque le había gustado. Me había ayudado a enterrar un cadáver, por el amor de Dios, y no teníamos ni una triste foto las dos juntas. A lo mejor porque no hacía falta. Porque ya nos habíamos demostrado todo lo que teníamos que demostrarnos.

—Los compadezco un poco —dije.

—¿A quiénes?

—A Steven y Theresa.

Vero expulsó una risa sardónica.

—No deberías malgastar la energía en eso. No tengo ni idea de qué le ve a esa mujer, la verdad. O sea, aparte de lo obvio.

Bajé la mirada a mi camiseta holgada, a las manchas amarillentas de leche en polvo y al pequeño roto del dobladillo. Si me lo quitara todo y me pusiera delante de un espejo, seguiría viendo a una madre. Las ojeras púrpuras por la falta de sueño no mentían. Tampoco los agujeros de mi ropa interior de algodón básica, ni las estrías plateadas que cada uno de mis hijos me había dejado en el cuerpo.

Las dos veces que Julian me había pedido salir, iba vestida como Theresa. Me preguntaba si en el gimnasio se habría mostrado tan interesado si hubiera sabido quién era en realidad.

—¿Qué pasa? —me preguntó Vero pellizcándome un dedo a través del calcetín.

—¿Por qué los tíos se enamoran de mujeres como Theresa?

¿Por qué los hombres la miraban como Feliks: como si se la estuviera imaginando desnuda?

—Hazme caso. No les pasaría si vieran el desastre que se esconde bajo esa rubia explosiva.

Precisamente era eso lo que temía. Con un suspiro de desaliento, tiré el archivo de Feliks al suelo. Vero lo recogió y me dio la libreta amarilla

—Toma, vamos a hacer un cambio. A lo mejor se nos ha escapado algo.

Escudriñé las hojas amarillas. Las páginas estaban llenas de notas que parecían jeroglíficos: números de parcelas, direcciones, citas de la peluquería, listas de la compra… Me detuve cuando la caligrafía

cambió. Reconocí de inmediato las mayúsculas abultadas de Steven.

T.,
tengo cita con un cliente en el vivero. Está Zach conmigo. Finn ha tenido una emergencia. Necesito que te pases por su casa y cierres la cochera. No hay luz. La puerta no funciona. Ven con Aimee, hace falta que alguien sujete la puerta para cerrarla.
Gracias. Te debo una.

Lo había escrito la mañana que yo había quedado con Sylvia. La mañana que se me fue la luz en casa y la puerta de la cochera no se cerraba.

«… ha pasado por tu casa con Amy de camino a almorzar y han cerrado el garaje».

No Amy, sino «Aimee».

—Las fotos… —susurré.

Vero levantó la vista de las notas que estaba examinando.

—¿Qué fotos?

Me levanté de un brinco y me senté de golpe en la silla de mi escritorio.

—¿Qué pasa? —preguntó Vero observándome como si hubiera perdido la cabeza mientras encendía el ordenador.

—Aimee era el nombre de una de las carpetas del móvil de Harris. Estoy segura.

Abrí el navegador y encontré el grupo de Harris Mickler. Tras clicar en la página de miembros, bajé por la lista, pasé por la imagen de perfil de Theresa y me detuve en un nombre: Aimee R. La miniatura era un avatar en blanco. Hice clic en ella, pero su perfil estaba vacío. Aparte de su *nickname*, el resto de la información había sido borrada.

Los enlaces a las páginas de sus otras redes sociales no funcionaban, sus cuentas habían sido eliminadas o cerradas. Aimee R. era un fantasma.

Tenía que ser ella. El nombre de Aimee, así escrito, no era habitual, y encajaba con el perfil de las víctimas de Harris. Y tendría sentido que Theresa y ella hubieran estado en el mismo grupo de esa red social. Lo hacían todo juntas.

—Es ella. Estoy segura —dije—. La fecha de su última publicación en el grupo era de hace poco más de un año. Eso sería más o menos cuando Nick dijo que una mujer había llamado a la policía para presentar una denuncia anónima. —Toda una escena se fue desplegando lentamente en mi cabeza—. Fueron dos personas las que mataron a Harris. ¿Y si la corazonada que tiene Nick sobre Theresa es cierta? ¿Y si Theresa y Aimee estaban esperando a Harris en The

Lush?

—¿Crees que lo estaban siguiendo?

—Sabrían que iba a estar allí. Podrían haberme visto caminar con él hasta el monovolumen. —En la oscuridad, podrían haber supuesto que era yo la que iba haciendo eses. Con el peso de Harris, los dos apenas podíamos mantener el equilibrio—. Quizá pensaron lo contrario y creyeron que yo iba a ser su próxima víctima. Theresa podría haber reconocido mi monovolumen y habernos seguido hasta aquí. Quizá no tuviera intención de matarlo. Quizá solo quería pararle los pies. Pero luego corrí dentro de casa y les di la oportunidad perfecta. —Le mostré a Vero la nota de Steven. Sus ojos oscuros se entrecerraron al leerla—. Ya sabían cómo cerrar la puerta sin usar el motor. Lo habían hecho antes.

Vero palideció.

—No me extraña que Theresa no quiera contarle a Nick dónde estuvo esa noche. ¿De verdad crees que Theresa y Aimee pueden ser las que asesinaron a Harris Mickler?

—No lo sé. Pero Nick dijo que lo único que necesitaba para detenerla era un móvil.

Y Theresa tenía uno importante. Y yo le había dado la oportunidad y los medios para actuar. Pero si le decía a Nick que sus sospechas eran ciertas… Si le contaba lo de Aimee y le daba información suficiente para encontrarla y atar los cabos por su cuenta, independientemente de que Aimee y Theresa fueran culpables, ese rastro lo llevaría directo a mi cochera. De pronto, la posibilidad de que Nick descubriera lo de Feliks no me parecía tan terrible.

Cogí la tarjeta de visita de Nick de mi bolso.

—¿Qué haces? —La voz de Vero estaba teñida de pánico—. ¡No puedes contárselo a Nick!

—No voy a hacer eso —dije mientras tecleaba un mensaje—. Voy a darle una coartada a Theresa.

Vero se inclinó sobre mi hombro para leer el mensaje cuidadosamente redactado que acababa de enviarle a Nick: «Creo que Theresa tiene una aventura».

Capítulo 28

Los dedos me picaron al pasar por delante de la puerta de mi despacho. Había estado atascada después de escribir la escena de la cochera. No tenía ni idea de qué iba a pasar después, hasta que este nuevo descubrimiento sobre la implicación de Theresa había abierto una puerta al siguiente capítulo de la historia. Esa línea argumental tenía sentido. Todas las piezas del puzle parecían encajar. Y tenía menos de un mes para terminar el libro sin involucrarme a mí misma en el caso.

Aunque cambiara los nombres, Theresa y Aimee no podían ser las asesinas de mi historia. Sería una estupidez aproximarse tanto a la verdad. No, la historia tenía que seguir por otro lado. Hacia algo menos creíble. El asesino tenía que ser un personaje fuera de lo común, algún villano arquetípico que la gente pudiera creer que me había inventado porque ya lo habría visto en la televisión o en alguna película. Y la única persona que podía imaginarme interpretando ese papel era el villano de la vida real que planeaba entregarle al inspector Anthony.

Feliks Yirov era prácticamente intocable. Según Georgia, nunca había pasado un día a la sombra a pesar de ser más culpable que nadie. Si Feliks se oliera una investigación —incluso una que no lo salpicara directamente—, estaba segura de que se las arreglaría para que el caso se estrellara. Era mi opción más segura. Y quizá la única persona capaz de impedir que Theresa y yo acabásemos en la cárcel.

Me senté a mi escritorio, abrí el borrador de la historia y examiné las escenas que había escrito hasta entonces: una sicaria con experiencia acepta un trabajo que consiste en matar a un marido tóxico. Ella investiga a su objetivo, lo vigila en un bar, lo droga y se lo lleva al lugar donde se deshará del cadáver, un garaje subterráneo abandonado.

Dejé caer la cabeza contra la mesa y me pegué por haberle enviado aquel borrador a mi agente sin haberlo pensado antes con detenimiento. Todos los detalles me apuntaban directamente. Pero quizá podría salvarme si los retocaba un poquito.

Volví a meterle mano al manuscrito y desmenucé lo que llevaba escrito hasta ese momento haciendo cambios sutiles en los personajes y el planteamiento: el marido tóxico es un consultor que trabaja para

un capo de la mafia muy mediático. También resulta ser superrico y tiene contratado un seguro de vida por un importe considerable, del que se beneficiará su mujer. En algún momento entre la primera copa y la que contenía la droga, mi heroína se percata de que la esposa no le ha transferido el dinero a su cuenta en un paraíso fiscal, tal y como habían acordado. Al ser demasiado tarde para cambiar el rumbo del plan, mi heroína carga a su presa en una furgoneta y la lleva hasta el garaje subterráneo para que duerma y se recupere. La sicaria se baja para llamar a la mujer y decirle que suspende su misión por impago. Entretanto, alguien se cuela en el garaje detrás de ella y utiliza un silenciador para meterle al marido una bala entre los ojos. Decidida a tomarse la justicia por su mano y resolver el misterio de quién ha matado a su objetivo, investiga su muerte y forma equipo con un inspector de primer nivel pero de carácter confiado, para ir un paso por delante de la policía y localizar a la esposa huida durante el proceso.

«Sí», pensé, crujiendo los nudillos sobre el teclado. ¡Sí, eso podía funcionar! En esa historia no había nada de camareros jóvenes y buenorros que estudiaban Derecho ni agentes inmobiliarias que le robaban el marido a la gente. No había subtramas sobre fotos picantes ni sobornos obtenidos mediante extorsión. No se mencionaban batallas judiciales por la custodia de los hijos ni a escritoras muertas de hambre que hacían cosas moralmente cuestionables para pagar las facturas.

Pasaron las horas. Los dedos me dolían y tenía la mente exhausta. Desde la cocina llegaban flotando los olores —pan recién horneado, verduras hervidas al vapor y la piel de un pollo asado recubierta de mantequilla y romero—. La noche caía al otro lado de la ventana al son del ruido metálico y el estrépito del menaje de cocina, el chirrido de la trona al arrimarse y la aspiradora de mano que usaba Vero para limpiar después de cenar. Nadie llamó a la puerta. Tras haber escrito tres capítulos nuevos, me sobresalté al oír el llamativo tono del móvil.

El número de Steven brillaba en la pantalla y sopesé la opción de no contestar.

—Hola —dije frotándome los ojos mientras registraba la hora en el documento. Los niños probablemente ya estarían en la cama. Ni siquiera les había dado el beso de buenas noches.

—Hola, Finn. ¿Te pillo en mal momento? —Pronunció mi nombre arrastrándolo con suavidad, ese que tanto me había desgastado. Me pregunté cuántas copas debía de haberse tomado para que no sonara como si escupiera una palabrota.

—¿Por?

—Solo necesito hablar.

Parecía cansado y quizá un poco alicaído, y maldije el punto débil que tenía en el pecho y que todavía conseguía dolerme en momentos como ese, incluso después de todo lo que me había hecho.

—¿Estás bien?

Apagué el monitor y me quedé sentada a oscuras, oyendo el borboteo de un líquido al descender por el cuello de una botella y el sonoro trago al otro lado de la línea.

Tosió. Dijo con voz ronca:

—No lo sé. Tal vez. No mucho.

Que me hubiera llamado a mí en vez de a su prometida ya me decía mucho, al mismo tiempo que abría la puerta a muchas preguntas más. Un año antes estábamos juntos y los cuatro vivíamos bajo el mismo techo. ¿Por qué tuvimos que fastidiarlo todo?

—¿Qué ocurre?

—Es Theresa —dijo—. Me preocupa haberme equivocado con ella. —Me contuve, mordiéndome el labio para evitar expresar todas las duras críticas que quería soltarle—. He sido tonto al confiar en ella. Me está ocultando algo. No sé exactamente el qué, pero…

—Pero ¿qué? —pregunté con cautela, con temor a asustarle—. ¿Por qué crees que te oculta algo?

Dudó. Dio otro trago y maldijo por lo bajo.

—He encontrado dinero en el cajón de su ropa interior. Mucho dinero, Finn. Y un poli llamó a casa el otro día y pidió verla. Cuando le pregunté, se puso a la defensiva y se negó a hablar del tema.

—A lo mejor no había nada que hablar.

—No lo sé. Tiene un cliente nuevo que es un pez gordo. Se pasa el día entero con él. Dice que solo está buscando propiedades, pero he visto al tipo y es… —Steven arrastró la última palabra.

—¿Atractivo?

—Ruin es la palabra —se quejó—. Lo he buscado. Está metido en movidas turbias. ¿Y si él le ha dado todo ese dinero? ¿Y si ella está planeando…?

Steven se quedó callado.

—¿Dejarte por otro? —En ese silencio gimió una sirena que oí en estéreo, afuera, en la calle, y más débilmente a través del micrófono de su móvil—. ¿Dónde estás?

Desarrimé la silla del escritorio y crucé la habitación, retiré la persiana para encontrar la camioneta de Steven aparcada afuera. Me saludó con vergüenza por su ventanilla.

—Espera —le dije—, que salgo.

Me envolví en un abrigo y me puse unas zapatillas de tenis. No me molesté en mirarme al espejo ni en cambiarme los pantalones de chándal. Steven y yo estábamos por encima de todo eso. Con los brazos cruzados para no perder calor, atravesé la hierba quebradiza para llegar hasta su camioneta. Se inclinó sobre el asiento delantero para abrirme la puerta y me monté. Dentro el aire era cálido y pesado, cargado del olor acre a whiskey que despedía su aliento y el aroma a tierra del vivero que seguía impregnado en su ropa.

Tenía muy mal aspecto y por primera vez en mucho tiempo no me alegraba de ello. Una botella vacía reposaba entre nosotros sobre el asiento. Llevaba la chaqueta abierta, la camisa por fuera y el pelo levantado, como si se hubiera estado pasando los dedos por él.

Una cortina se corrió en la ventana de la cocina de la señora Haggerty. Al día siguiente, lo primero que haría sería llamar por teléfono a todos los vecinos para asegurarse de que se enteraban de que Steven había estado aquí, que se había reunido clandestinamente con su exmujer en su camioneta.

—¿Quieres que vayamos a otro sitio?

Steven siguió mi mirada hasta la casa de la señora Haggerty. Los hombros se le encogieron con una risa sombría mientras giraba la llave del contacto y hacía torpemente un cambio de sentido; los neumáticos enormes dejaron su rastro por el jardín delantero de la vecina.

Steven no agarraba con mucha fuerza el volante. Me pregunté si debía sugerirle que condujera yo, pero en un momento paró el coche delante del pequeño parque que estaba al final de nuestra calle. Apagó el motor y se bajó, y seguí sus pasos lentos y vacilantes hacia unos columpios iluminados por el halo tenue de la luz de la luna.

Las cadenas crujieron cuando se montó en uno de ellos. Me acomodé en el que estaba a su lado, tiritando del frío del asiento de plástico duro, que me traspasaba la ropa. Nos quedamos sentados, escuchando el leve rumor del tráfico que provenía de la autopista cercana, contemplando las luces intermitentes de los aviones que volaban por encima de nosotros.

—Esto me recuerda a la noche que Delia nació —dijo con la mirada fija en aquel cielo nocturno claro.

Lo miré largamente de reojo. Nuestros recuerdos de aquella noche eran muy distintos. Lo único que yo tenía en mente era el dolor y las horas interminables del parto; le fui dejando mensajes desesperados entre contracción y contracción mientras el intervalo entre ellas se iba acortando. Solo recordaba la cara de Georgia. El olor a café de su aliento, su mano que apretaba la mía mientras con su voz de agente

de policía me gritaba que siguiera empujando, y el labio partido que le dejó a mi marido en el aparcamiento del hospital cuando por fin apareció, de resaca y aterrado. Se había pasado toda la noche allí, bebiendo en ese parque, asustado por la idea de ser padre y fastidiarlo todo.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De que Theresa esté liada con él.

Levanté una ceja, retorciéndome en el asiento para mirarlo directamente a la cara. Las cadenas se enrollaron entre ellas y crearon tensión sobre el columpio. Si levantaba los pies del suelo, me alejarían de él con un giro y me volverían a poner derecha, lo que extrañamente me tranquilizaba.

—¿Y no estás tú también liado con alguien? —le pregunté.

Levantó la mirada hacia mí, sorprendido.

—¿Tanto se nota?

—Digamos que ya sé ver las señales.

Negó con la cabeza, mirando fijamente al césped y el barro adherido a sus botas.

—No es solo eso. Sé que puede que me lo mereciera si lo único que estuviese haciendo fuera acostarse con alguien, pero me preocupa que ese tipo le haya puesto entre la espada y la pared. No es trigo limpio, Finn. Me da miedo que haga una tontería y se meta en problemas. Una tontería que pudiera costarme el negocio o los niños. Mi empresa podría sacarla a flote, pero ya perdí a nuestros hijos una vez y no creo que pudiera… —Un músculo se movió en su garganta y sus ojos brillaron, reflejando la farola de la acera—. Lo siento —dijo con voz entrecortada—. Por todo.

—Ya lo sé.

Extendí una mano abierta entre nosotros. La mantuve durante un momento antes de sentir los dedos fríos y callosos de Steven sobre los míos. Se los apreté. No porque le perdonara por lo que había hecho, sino porque comprendía su miedo. Porque yo también lo sentía. Porque de todas las cosas que tenía que temer en ese instante, esa también era la que más me aterrorizaba.

A Steven le pesaban los párpados. Con un tirón suave de mi mano, acercó mi columpio a él hasta que olí el licor, el miedo y la desesperanza en su aliento. Inclinó la cabeza lo justo para considerar aquello una invitación, lo suficiente para que nuestras frentes se tocaran. Habría sido muy fácil inclinarse sobre él. Me resultaba todo tan familiar que podría haber sucumbido sin pensarlo. Levanté los pies, mis dedos se despegaron de los suyos cuando el columpio me

devolvió al punto central.

—¿De verdad estás saliendo con un modelo de ropa interior? —preguntó con una sonrisa soñolienta y embriagada.

Una sonrisa tiró de mis labios.

—Mi abogado probablemente me aconsejaría no responder a esa pregunta.

Steven asintió. Dio una patada suave al círculo de tierra de debajo de su columpio, que me llevó a preguntarme si estaría celoso. Lo que a su vez me hizo pensar si acaso me importaba.

Me levanté y tiré de Steven hacia arriba, asegurándome de que se mantuviera de pie antes de soltarlo.

—Vamos —dije cogiendo las llaves de su bolsillo—. Te llevo a casa.

Capítulo 29

La llave de Steven era una presencia cálida y placentera en mi bolsillo mientras volvía a casa caminando desde su adosado. Al acercarlo con su camioneta, había sacado del llavero la de su casa. Me parecía lo justo, dado que él había tenido una copia de la mía durante un año. A la mañana siguiente se despertaría y se daría cuenta de que no estaba. Le contaría a Theresa alguna chorrada sobre cómo la había perdido y luego me daría la lata hasta que yo cediera y se la acabara devolviendo. Incluso si era algo temporal, la sensación de control que me otorgaba me sentó bien, y el paseo hasta casa con el aire fresco me dio tiempo para pensar.

Mis zapatos pisaban una acera mullida y las hojas caídas crujían cuando la brisa las arrojaba sobre la escarcha ligera que cubría la hierba. Al llegar a mi jardín, me quedé paralizada y clavé la vista en una figura que estaba tumbada bocarriba sobre los escalones de mi porche, en mitad de la oscuridad.

—¿Y bien? —dijo Nick con los codos apoyados sobre los peldaños y las largas piernas estiradas por delante—. ¿Qué averiguaste?

Di un paso adelante, cautelosa, y no solté el aliento que había contenido hasta que vislumbré el gesto de su sonrisa. Exhaló una nube blanca cuando me senté a su lado.

—Me has dado un susto de muerte —dije agarrándome el pecho—. No he visto tu coche.

Hizo un gesto hacia un lado de la calle, donde el coche patrulla, apartado, se confundía con la oscuridad.

—Disculpa que no haya podido venir antes. Estaba liado. ¿Qué has descubierto?

«No te compliques —me recordé a mí misma—. Lo más ajustado a la verdad que puedas. Lo suficiente para tenerle ocupado».

—Creo que Theresa tiene una aventura con uno de sus clientes —dije—. Creo que estuvo con él ese martes por la noche y que no quiere que Steven se entere.

—Si Steven no lo sabe, ¿cómo te has enterado tú?

—Vero y yo la hemos estado vigilando.

El labio de Nick se torció con una sonrisa irónica, su risa fue tosca y burlona.

—Conque una operación de vigilancia, ¿eh? ¿Te ha enseñado eso tu

hermana?

—La he acompañado algunas veces —dije a la defensiva—. No soy una mera aficionada.

Sus dientes blancos destellaron en la oscuridad.

—De acuerdo, inspectora. ¿Qué visteis?

Hice caso omiso del guiño juguetón de uno de sus ojos.

—Salió de su oficina con un hombre atractivo, bien vestido, de unos treinta y tantos y buena planta, pelo oscuro.

—¿Y por qué has deducido que tienen una aventura?

—Su despedida no fue en absoluto profesional.

—¿En qué sentido?

—Él le dio un beso en la mejilla, le susurró algo al oído y, según Vero, la miraba como si se la estuviera imaginando desnuda.

Sus ojos me recorrieron escrutándome a lo policía.

—Y ¿cómo es esa mirada exactamente?

—No me fijé.

La sangre se me subió a las mejillas. Di gracias por que no pudiera verlas en la oscuridad.

—O sea que no sabéis a ciencia cierta si tiene una aventura con ese cliente. Ni si es cliente suyo siquiera. Ni si se puede confirmar que estuvo con ella la noche que desapareció Harris.

—No, no con certeza. Pero esta noche he hablado con Steven. Me ha dicho que Theresa pasa mucho tiempo con este tipo. Teme que se estén acostando.

Esta respuesta le hizo asentir con un gesto menos escéptico.

—¿Sabes el nombre del cliente?

—No.

Cuanto más tiempo se pasara Nick dando rodeos intentando averiguarlo, mejor.

—¿Y por qué estás tan segura de que no estuvo en el encuentro para hacer contactos?

—Comprobé la página del grupo al que me dijiste que pertenecía. Está repleto de agentes inmobiliarios e hipotecarios. Probablemente conozca a la mitad de quienes estuvieron en el bar esa noche. Si hubiera estado allí, alguien recordaría haberla visto.

Observé su cara esperando una reacción, convencida de que tenía razón. Sin duda alguna, Theresa no había estado en The Lush aquella noche. Al menos no dentro. Nick era un policía perspicaz. Él mismo lo había dicho, llevaba mucho tiempo en esto. Debía de haber entrevistado primero a las personas que confirmaron su asistencia. Y, si ella hubiera estado allí, sus compañeras de trabajo se lo habrían confirmado.

Unos días antes, el inspector Anthony estaba convencido de que Theresa era culpable. Ese día, tal convicción parecía, como poco, tambalearse. Lo único que me quedaba por hacer era desgastarla y apartarlo del rastro de Theresa.

Nick se incorporó despacio y se abrazó las rodillas con los codos.

—He vuelto allí esta noche y he hablado con el camarero.

—Ah, ¿sí? —me aclaré la garganta para disimular mi sorpresa—. ¿Y qué ha dicho?

—Le he enseñado una foto de Theresa Hall. Ha dicho que no creía que fuera la misma mujer con la que él había hablado, pero…

Meneó la cabeza, frunciendo el ceño mientras miraba el césped y juntaba las puntas de las manos.

—Pero ¿qué?

—Antes de enseñarle la foto, le he contado por qué la buscábamos, que más que una testigo era una posible sospechosa. Se me puso gallito. Me dijo que estaba errando el tiro, como si por ahí no hubiera nada que rascar.

—¿Y entonces?

—Pues que es estudiante de Derecho en la Universidad George Mason, de los de sobresalientes y matrículas de honor. El verano pasado estuvo de prácticas con un abogado de la oficina del defensor público. Sabía perfectamente qué buscábamos. Se limitaba a repetir la misma versión todo el tiempo, insistiendo en que la había visto salir sola del bar. Pero cuando le he enseñado la foto de Theresa algo ha cambiado. Ha cerrado el pico. Solo me ha dicho que no creía que fuera ella. Pero, si no era la misma mujer de la foto, ¿por qué se ha molestado tanto?

El estómago se me revolvió. Por supuesto que Julian estaba molesto. Porque le había mentido. En el gimnasio, me había mirado como si no estuviera del todo seguro de quién era yo. Como si no tuviera claro si me conocía o no. No sabía lo poco que se equivocaba. Vero tenía razón. Incluso aunque fuera lo suficientemente estúpida como para llamarle para disculparme, sería una suerte que me volviera a hablar.

Me clavé los talones de las manos en los ojos.

—Me cuesta creer que pienses que Theresa está involucrada en todo esto.

—Hasta que tenga un motivo para descartarla, sí, lo creo.

Embutí las manos en los bolsillos y me rocé los nudillos con los afilados dientes de la llave de Steven. Tenía que haber una forma de apartar a Nick del rastro de Theresa. Y del mío.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —dije suspirando—, solo estoy cansada. Ha sido una noche larga. Steven se ha presentado aquí hace cosa de una hora borracho como una cuba.

La postura de Nick se volvió rígida. Un tono áspero le afiló la voz.

—¿Quieres que solicite una orden de alejamiento? Si te está molestando, puedo…

—No, no es eso. Solo quería hablar conmigo. —Steven nunca había sido de esos borrachos con mal humor. Si acaso, lo volvía vulnerable y un poquito más sincero—. Le he dejado quejarse de Theresa un rato y luego lo he llevado a su casa.

La risa de Nick le retumbó profunda en el pecho.

—He de decir que el tipo me parece un imbécil.

—¿Por qué? ¿Porque se emborracha y recae en antiguas costumbres?

—No, por haberte dejado escapar.

Me encorvé en el abrigo.

—Imagino que tuvo sus motivos.

—Eso no es excusa.

Nick cerró la boca apretando fuerte los labios, como si quisiera decir algo más, pero no lo hizo.

—¿Te has casado alguna vez?

Me costaba creer que Nick hubiera estado siempre soltero.

—Estuve a punto.

—¿Y qué pasó?

Soltó un largo suspiro que al salir se convirtió en escarcha.

—Cambió de opinión. Supongo que no quería cargar con un poli durante el resto de sus días.

—Bueno, pues sin duda perdió una buena oportunidad. —Ladeó la cabeza, su sonrisa torcida me animaba a explicarme—. Según Georgia, todas deberíamos casarnos con polis, por el seguro de salud.

El estallido repentino de su risa arrugó la piel que le rodeaba los ojos. Tras su estela vino un silencio pesado, cargado. Bajé la vista a mis pies.

—Oye —me dijo agachándose para interceptar mi mirada—. No te preocupes por la vista sobre lo de la custodia. Antes de que acabe esta investigación, habré sacado la suficiente mierda sobre Theresa para darle a cualquier juez un buen motivo para pararle los pies. Y Georgia me ha contado lo de tu contrato editorial. Con esos ingresos tu ex no va a tener a qué agarrarse.

Mi sonrisa de cordialidad se derrumbó.

—¿Georgia te lo ha contado?

Lo último que necesitaba era que Nick me preguntara de qué

trataba el libro.

—Ha alardeado de la noticia por toda la puñetera comisaría. Está muy orgullosa de ti.

Una montaña de culpabilidad me taponó la garganta. Si Georgia se hiciera una mínima idea sobre de dónde sacaba la inspiración, no iría fardando de mí por ahí. Me puse de pie.

—Hablando del libro: probablemente debería meterme en el despacho y volver al trabajo.

Nick se levantó también, su atención se desvió al estrecho hueco abierto entre las cortinas del dormitorio de la señora Haggerty.

—¿Tienes planes para mañana? —me preguntó cuando me acerqué a la puerta.

—No creo.

—¿Te hace una salida de campo cortita?

Sus ojos lanzaron destellos en la oscuridad.

—¿Qué clase de salida de campo? —pregunté cauta.

—Solo un poquito de investigación para tu libro.

Probablemente fuera idea de Georgia. Probablemente le había animado a proponérmelo. Y en ese momento no tuve valor de decepcionarla.

—Claro, por qué no.

Se metió las manos en los bolsillos mientras volvía por la acera a su coche.

—Te recojo a las once.

Lo observé marcharse, preguntándome si le entusiasmaría tanto esta salida de campo si supiera lo metido que estaba ya en mi investigación.

Capítulo 30

—Sabes perfectamente que eso es allanamiento de morada —dijo Vero, testaruda.

Me encajé el móvil bajo la mandíbula y me ajusté la peluca-pañuelo mirándome en el retrovisor.

—Esto no es allanamiento de morada. Tengo llave.

—Una llave robada —señaló.

—No es robada —argumenté.

Me había ofrecido a llevar a Steven a casa y en su estado de embriaguez me había cedido sus llaves. Yo simplemente había tenido el descuido de no devolverle esta en concreto.

—Bueno, que no te pillen. El inspector Anthony te viene a recoger para tu salida de campo dentro de una hora.

Theresa no tenía a una señora Haggerty de la que preocuparse por lo que yo sabía. Aun así, aparqué el coche de sustitución un poco más lejos de lo necesario y me subí las maxigafas de sol. La peluca-pañuelo picaba como un demonio. Resistí el impulso de arrancármela hasta que ya estuve a salvo dentro de la casa de Theresa y Steven.

Me encerré con la espalda apoyada contra la puerta, el móvil apretado a la oreja y el aliento contenido mientras escuchaba. La casa estaba en silencio; el único sonido era el balbuceo de Zach, que se oía de fondo a través del teléfono.

—Estoy dentro —susurré.

Aplasté la peluca-pañuelo dentro del bolsillo de la sudadera y me quité las deportivas antes de dejar las llaves dentro y ponerlas junto a la puerta.

Subí las escaleras para ir al dormitorio de Theresa.

—Encuentra lo que necesitas y lárgate de ahí.

Mi inquietud aumentaba cada vez que crujía el suelo y las quejas de Vero no me estaban sentando bien a los nervios.

La puerta del dormitorio se deslizó hasta abrirse sobre la densa moqueta. Las persianas estaban bajadas y la habitación aún olía ligeramente a la resaca de Steven: alcohol seco, sudor y mal aliento. Su lado de la cama era un revoltijo de sábanas enredadas y un paquete de pastillas para el dolor de cabeza reposaba sobre su mesilla de noche, junto a una botella de antiácido.

—¿Dónde estás? —me preguntó Vero.

—En su dormitorio.

Abrí el cajón de la mesilla de Theresa y hurgué entre los objetos. No sabía exactamente qué estaba buscando. Una nota, un número de teléfono, un recibo. Alguna pista sobre la identidad de Aimee R. Una prueba irrefutable de que habían estado juntas ese martes por la noche, a ser posible lejos de The Lush.

Cerré el cajón y volví al pasillo; me detuve delante de la habitación de Delia. La cama estaba deshecha, las sábanas rosas de princesa arrugadas y la espesa almohada de plumón conservaba la forma de la cabeza de una mujer adulta. Había un par de tacones de vestir tirados junto a la mansión de Barbie.

—Parece ser que Theresa ha dormido esta noche en el cuarto de invitados.

Vero ahogó una risa.

—La buena de la señora Haggerty ha debido de contarle a todo el vecindario que Steven se emborrachó y vino a buscarte.

—Solo espero que no mencionara lo de Nick —murmuré.

Vero se puso seria.

—No había pensado en eso.

Caminé hacia el haz de luz del sol que salía de la puerta del despacho de Theresa. Su escritorio estaba despejado y un cable suelto colgaba del sitio en el que su portátil debía de haber estado enchufado. No había ordenadores viejos. Ni una mota de polvo. Abrí el primer cajón y los diferentes objetos amenazaron con rebosar del borde y caerse al suelo. Nada de lo que había ahí dentro revelaba quién era Aimee o dónde habían estado la noche que asesinaron a Harris Mickler, pero saber que ahí dentro había sitio para el desorden me hizo sentir mejor.

Me giré hacia las estanterías de la pared contraria.

—Bingo.

—¿Qué has visto?

—Su anuario de la universidad. —Extraje un libro grueso de tapa dura de la estantería: Promoción 2009 GMU. Me agaché en el suelo y lo abrí por el índice; pasé las páginas hasta llegar a la foto de la hermandad de Theresa y examiné los nombres al pie. Sus compañeras de hermandad estaban identificadas por filas y justo ahí, junto a Theresa, estaba Aimee.

—Aimee Shapiro —le dije a Vero.

—En su perfil ponía Aimee R.

—Debe de haber adoptado el apellido de su marido al casarse.

Sonó un portazo en el piso de abajo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Vero.

Me incorporé de golpe en cuanto oí un juego de llaves caer sobre la mesa del recibidor. Oí resonar unos tacones sobre el parqué.

Theresa.

Colgué la llamada y silencié el móvil. Luego devolví el anuario a su sitio en la estantería y me puse de pie. Mis calcetines no hacían ruido sobre la lujosa moqueta y di gracias de haberme molestado en dejar los zapatos en…

«Mierda».

Las zapatillas.

Me pegué contra el rincón junto al que estaba la estantería, convencida de que el corazón me latía tan fuerte que lo estaría oyendo la señora Haggerty desde el final de la calle. A lo mejor a Theresa solo se le había olvidado alguna cosa. A lo mejor iba a comer algo rápido y marcharse sin reparar en mis zapatos, que había dejado al lado de la puerta. A lo mejor iba al baño y podía escabullirme sin que se enterase.

Sus pies subieron las escaleras con golpes sordos.

Dirigí la mirada a la ventana que estaba al otro lado de la habitación. Estaba en la primera planta, así que probablemente podría saltar sin matarme… si tuviera los zapatos. Y si no tuviera que preocuparme por reventar las mosquiteras o por desangrarme sobre los rododendros de debajo de las ventanas.

Cogí el teléfono del bolsillo y escribí a Vero.

FINN: Ayuda. Está aquí Theresa. No puedo salir.

VERO: ¿Y por una ventana?

FINN: Tengo los zapatos y las llaves en el recibidor.

VERO: Esto se te da fatal.

FINN: ¡Lo sé!

La pantalla permaneció inactiva durante un rato que se me hizo eterno.

VERO: Tengo una idea. Aguanta. 10 minutos.

Volví a pegarme contra la pared, queriendo hacerme invisible mientras Theresa cargaba la lavadora y la secadora al otro lado del pasillo y luego volvía a su dormitorio para ver la televisión. Su habitación estaba al lado de las escaleras. Era imposible pasar por delante sin que me viese.

Le sonó el teléfono. Quitó el sonido a la televisión.

—Menos mal que eres tú. ¿Qué tengo que hacer? —La voz de Theresa subía y bajaba de volumen al caminar de un lado a otro del pasillo—. No puedo decirle dónde estaba. Se va a poner hecho una furia. Encima ahora me ha estado llamando el inspector este… —Contuve la respiración, esforzándome por oírla cuando su voz se

debilitaba al entrar en el dormitorio—. No puedo arriesgarme a que Steven se entere. Estamos metidos en el dichoso tema de la custodia con su ex y me ha dicho que ella ha contratado a un abogado. —Theresa se sonó la nariz con un pañuelo. Se sorbió los mocos durante una pausa—. Al parecer, ha conseguido dinero de no sé dónde. Por algo de un libro. Lo único que sé es que anoche la bruja esa la vio montarse en la camioneta de Steven y cuando llegué a casa él se había quedado frito de lo borracho que iba… ¿Puedes venir mañana? Me vendría bien…

Sonó un estrépito ensordecedor que eclipsó la conversación. Desde el despacho de Theresa, afuera oí retumbar un motor. Después, chirrió un mecanismo hidráulico y unas cadenas repiquetearon.

—Espera, que no te oigo bien.

Theresa entró precipitadamente en el despacho y bajó con una mano las lamas de plástico de la persiana. Me pegué más a la pared, con el aliento contenido y los ojos como platos, rezando por que no se girara y me viera en cuclillas en una esquina, al lado de una estantería.

—¡Que un capullo ha enganchado mi coche a una grúa!

Theresa se giró sobre los tacones y pasó disparada a mi lado; bajó las escaleras a toda velocidad mientras se oía un motor revolucionarse.

Me asomé a la ventana para ver cómo una grúa blanca con el rótulo «REMOLQUES RAMÓN» arrastraba el BMW de Theresa calle abajo. Ella corría tras el vehículo, descalza y gritando mientras le hacía gestos con el móvil en la mano. Bajé las escaleras volando, cogí las zapatillas y me aseguré de que Theresa no estuviera mirando a la casa antes de salir de ella. La grúa se había parado a una manzana de distancia. Un hombre, supongo que Ramón, escribía algo en una carpeta, haciendo caso omiso a Theresa, que le exigía que volviera a poner el coche donde estaba. Me calcé un zapato mientras cruzaba torpemente el jardín, casi tropezándome conmigo misma por la prisa de volver a mi coche. Mientras trataba de ponerme el segundo, alcé la mirada. Y me quedé paralizada.

El inspector Anthony estaba dentro de su coche, aparcado al otro lado de la calle, con la ventanilla bajada, escuchando a Theresa amenazar a Ramón con matarlo de todas las maneras posibles. Pero no era a Theresa a quien Nick observaba.

Dobló un dedo hacia sí, haciéndome señas para que me acercara a su coche. Su expresión severa no dejaba lugar a rechistar.

Con la zapatilla en la mano, me apresuré para llegar a su coche, abrí la puerta y me desplomé dentro.

Capítulo 31

El sedán de Nick era el típico coche patrulla ya jubilado. Azul marino y lo menos discreto del mundo. Bajé el parasol y me agaché, y me asomé desde debajo del salpicadero mientras Ramón remolcaba despacio el coche de Theresa a la puerta de su cochera, mientras ella lo vigilaba con ojos de lince.

—¿Puedo preguntar qué está pasando aquí? —preguntó Nick.

Me metí las manos en los bolsillos para asegurarme de que la peluca-pañuelo estaba bien guardada, fuera de la vista. Cuando abrí la boca para defenderme, Nick levantó un dedo.

—Ten cuidado con lo que respondes.

—¿Podemos irnos de aquí, por favor?

Me hundí en el asiento con los brazos cruzados sobre el pecho mientras Nick negaba con la cabeza y metía la marcha atrás. No había reconocido el coche de sustitución que había dejado aparcado al final de la manzana y en ese momento no me apetecía hacer el ridículo para ir a por él.

—¿Qué haces aquí? Se suponía que no me ibas a recoger hasta las once.

—He llegado pronto y he visto que estaban remolcando el coche de Theresa cuando venía hacia tu casa. He pensado que podía vigilarla a ver si aparecía alguien interesante.

Una sonrisa se dibujó despacio en su cara mientras daba un giro para colocar el coche delante de mi garaje.

—Me alegro de que te hayas divertido.

Salí precipitadamente del coche y metí la llave en la puerta de mi casa, pero Vero la abrió antes de que pudiera girar la cerradura. Se le abrió la boca cuando vio a Nick parado detrás de mí.

—Dile a Ramón que le debo una —le dije mientras entraba en casa rozándola.

—Inspector Anthony, qué alegría verle.

La mirada de Vero recorrió su cuerpo cuan largo era al pasar detrás de mí. La fulminé con la mirada a modo de reprimenda mientras me desprendía de la sudadera y la colgaba sobre el pasamanos, al pie de las escaleras.

Delia se asomó tras él para mirar a Nick.

—¿Quién es ese?

—Es un amigo del trabajo de tu tía Georgia —dije tratando de alisar, en vano, los mechones estáticos de pelo que se me habían soltado con la peluca-pañuelo. Me arranqué el coletero y me rasqué el picor imaginario del cuero cabelludo—. Se llama Nick.

Delia arrugó la nariz.

—¿Y qué hace aquí?

Me olí la camiseta.

—Me está ayudando con la investigación de mi próximo libro.

—¿Vais a salir juntos?

Me atraganté con la saliva. Nick reprimió una sonrisa, pero se atrevió a mirarme de reojo.

—Delia Marie Donovan —farfullé—, ¿pero qué clase de pregunta es esa?

—Venga. —Vero se reía levemente cuando tomó de la mano a Delia —. Vamos a dejar que tu madre y el inspector Nick hablen un ratito. —Giró la cabeza por encima del hombro mientras llevaba a los niños arriba—. ¿Por qué no tenéis esta conversación en otro sitio donde los peques no os oigan?

—Estoy aquí, ¿eh? —resolló Delia ofendida—. Y no soy pequeña. Sé lo que es una cita… —Su dormitorio engulló su argumentación cuando Vero cerró la puerta tras haber entrado con ella.

—Lo siento. Tiene cinco años —dije como si así ya hubiera explicado suficiente. Nick se rascó la nuca, destensando su sonrisa.

—La cría no tiene pelos en la lengua. Sería buena policía.

Me acerqué a tomarle el abrigo.

—No se lo digas a mi hermana. Ya tenemos suficientes interrogadoras en la familia.

Nick se quitó la chaqueta. El cuero era suave; el forro guardaba el calor de su cuerpo. Tenía el perchero justo detrás de él, por lo que maniobré torpemente para rodearlo y rocé sin querer la funda de hombro de su arma al colgar la chaqueta. De pronto el recibidor me pareció demasiado pequeño. Demasiado íntimo. La cara de Nick estaba recién afeitada y olía a colutorio y almizcle. Incluso con vaqueros y una camiseta Henley oscura y ajustada resultaba elegante, y la atención que posaba sobre mí era de todo menos informal.

—Necesito asearme un poco —dije haciendo un gesto vago hacia las escaleras, a mi espalda—. ¿Quieres algo de beber mientras me esperas?

El calor me inundó las mejillas mientras me seguía hasta la cocina. Cogí un vaso del escurridero y abrí el congelador para sacar hielo. Una bolsa de plástico repleta de dinero asomaba tras un paquete de brócoli.

Cerré el congelador de un portazo.

—¿Te parece que pillemos algo por el camino? —dije con una voz tensa. Levanté un dedo y di un paso a un lado del frigorífico—. Vengo en un minuto. No te… vayas.

Dejé el vaso en el fregadero y subí corriendo a mi habitación para cambiarme. Tras lavarme rápido en el lavabo, me pasé un peine por el pelo, me puse un par de vaqueros limpios, una camiseta, una sudadera con capucha recién lavada y bajé derrapando por las escaleras.

—Venga —dije cogiendo su abrigo y mi bolso de la percha—. Vámonos.

Grité un adiós apresurado a Vero y eché la cerradura al salir de casa, antes de captar el destello de las cortinas de la señora Haggerty al montarme en el asiento del copiloto del coche de Nick.

—Dios santo, ¿es que esta mujer no tiene nada mejor que hacer?

Nick se abrochó el cinturón de seguridad y arrancó el coche. La radio graznó en del salpicadero al encenderse.

—¿Quién? ¿Tu vecina?

Ajustó el espejo retrovisor y arrugó los ojos mientras los fijaba en el reflejo de la ventana de la cocina de la señora Haggerty.

—Es una pesada.

Contuve el impulso de hacerle un gesto grosero con el dedo mientras salíamos de mi aparcamiento.

—Estarás de broma. Las vecinas así son un tesoro para cualquier investigador. Me juego algo a que no sucede nada que escape a la vista de esa señora.

Recolocó el retrovisor y avanzó calle abajo.

—Ve muchas cosas —dije amargamente. El cuerpo se me agarrotó cuando frenó para pararse cerca de la casa de Theresa, justo detrás del coche de sustitución que me había prestado Ramón—. ¿A dónde vamos? —pregunté.

—Vamos en el tuyo.

—Pero ese no es mi…

Nick ya estaba fuera del sedán, con las llaves de mi coche en la mano. Quitó el seguro de la puerta del conductor y se metió. Lo seguí, soltando una retahíla de improperios susurrados mientras me dejaba caer en el asiento del copiloto.

—¿Cómo has conseguido mis llaves? ¿Y por qué sabías que este era mi coche?

—Has dejado las llaves sobre la encimera de la cocina al subir a cambiarte. Y esta mañana estaba detrás de ti cuando aparcaste. —Apartó el coche de sustitución del bordillo. El BMW de Theresa no estaba en su explanada. Aun así, no me relajé hasta que su casa

desapareció del retrovisor de mi lateral—. Por cierto, ha sido un allanamiento de morada bastante chapucero. Has tenido suerte de que no te hayan pillado.

Lo miré boquiabierta.

—¿Sabías que estaba atrapada en esa casa con ella dentro y no has hecho nada?

—Eso habría sido participación y me habría convertido en cómplice del delito.

—No he entrado como una delincuente —dije testaruda—. Tenía llave.

Torció el labio con una sonrisa autocomplaciente.

—Reconozco que tu huida ha sido impresionante.

—Eso ha sido idea de Vero. Y ha sido culpa tuya que yo estuviera en esa casa.

—¿Mía?

Metió el coche por el autoservicio de un sitio de comida rápida.

—Me pediste que indagara en sus secretos. Pues estaba indagando.

Soltó una risilla sombría.

—¿Y qué has encontrado?

—Nada. Ha venido justo después de que consiguiera entrar.

Resultaba desconcertante lo observador que era. Cómo parecía estar siempre un paso por delante de mí.

Nick se pidió dos hamburguesas y luego dijo mi pedido por el interfono. Se comió las dos mientras conducía, lo que me hizo sentir mejor, pues Delia se había equivocado y aquello al menos no era una cita. Retiré el envoltorio de mi hamburguesa con patatas, observando los edificios mientras Nick giraba hacia una calle lateral y reducía la marcha al pasar por las oficinas de la agencia inmobiliaria de Theresa.

—¿A dónde vamos? —pregunté estrujando los envoltorios y echándolos en la bolsa vacía. El coche frenó y dio un giro completo, arrojándome contra la puerta mientras Nick hacía un cambio de sentido que no estaba permitido.

—Querías jugar a los detectives, ¿verdad? Vas a ver lo que es una operación de vigilancia de verdad.

Acercó el coche a la acera y apagó el motor. La hamburguesa se me hizo cemento en el estómago.

—¿Por qué la estamos vigilando si el camarero ya dijo que no era ella la del bar?

Nick se limpió los dedos grasientos con una servilleta, su mirada peinó el aparcamiento entero hasta que divisó el coche de Theresa.

—Porque creo que los dos esconden algo y quiero saber con quién estuvo ella esa noche.

—¿Y cómo vamos a averiguarlo?

Se reclinó en el asiento, cruzó los brazos y cerró los ojos.

—Vamos a esperar a que aparezca su amante.

Pasaron veinte minutos. Estaba segura de que Nick había pasado la mayor parte del tiempo con los ojos cerrados, con una gorra de béisbol puesta que los cubría holgadamente. Al menos ahora entendía por qué no nos había pedido nada de beber.

—Pero ¿a qué se supone que debo estar atenta?

El asiento de vinilo rechinaba cuando intentaba ponerme cómoda, sin éxito. Si lo reclinaba tanto como Nick, ninguno de los dos podría ver el exterior.

Su voz sonó adormilada cuando por fin me respondió.

—Solo avísame cuando veas que aparece el Lincoln de Feliks.

La columna se me agarrotó.

—¿Feliks? —Le retiré de golpe la gorra de la cara—. ¿O sea que todo este tiempo sabías quién era el cliente de Theresa? ¿En qué momento pensabas contármelo?

Nick abrió un ojo, con una ligera sonrisa que esculpió un hoyuelo en su mejilla.

—No me lo has preguntado.

—¿Qué más has averiguado que no me hayas dicho?

Abrió el otro ojo y se estiró hasta que sus brazos tocaron el techo por detrás de su cabeza. Entrelazó los dedos tras la nuca, puso las rodillas ligeramente dobladas a cada uno de los lados del volante y se dejó la chaqueta abierta del todo, que le tapaba el arma enfundada contra las costillas.

—Sé que el cliente de Theresa es un hombre que se llama Feliks Yirov. Es muy rico, muy poderoso y está muy metido en el crimen organizado. Y, según nuestros colegas de inteligencia criminal, Feliks tenía contratada a la empresa de contabilidad de Harris Mickler.

Se me escapó una risa nerviosa.

—Eso probablemente sea una coincidencia, ¿no?

Nick volvió a colocarse la gorra, curvándose la visera sobre los ojos.

—En lo que se refiere a la mafia, hay muy pocas coincidencias. Por desgracia, este hombre está hecho de aceite. No hay quien lo atrape. Deberían haberlo encerrado como doce veces, pero no hay juez en todo el estado que tenga los huevos de condenarlo. Aunque pudiéramos, tiene amistades que pueden hacer desaparecer a casi cualquiera… Nombre nuevo, pasaporte nuevo… y los borra del mapa como si nunca hubieran existido. Si esquiva la fianza, nunca volveremos a ver ni a oír el nombre de Feliks Yirov.

—¿Qué quiere de Theresa?

—Eso es lo que pretendo averiguar. —Como si me hubiera leído la expresión, suspiró y dijo—: Mira, Finlay. No estoy intentando arruinarle la vida a Steven, ni siquiera a Theresa. Si Feliks está implicado en la desaparición de Mickler, entonces deduzco que de alguna forma Theresa es una víctima de todo esto. Te prometo que lo vamos a averiguar. Y tú y tus niños estaréis a salvo. Pienso manteneros a vosotros tres tan apartados de la investigación como sea posible. Georgia me ha obligado a jurarlo.

—Ah, ¿sí?

Hizo una mueca, avergonzado.

—Sí.

Me pudo la curiosidad.

—¿Qué más te ha dicho?

Miró por la ventana, un rubor le trepó por la nuca.

—Que te han hecho mucho daño. Y que, si hacía cualquier cosa que te hiciera sufrir, primero me quitaría la placa y luego me partiría la cara.

Agité la cabeza, riéndome para mí.

—Entre mi hermana y mi hija, debes de creer que todo esto era un plan para liarnos. Pero te lo juro, no era ninguna estratagema para que me pidieras salir.

—¿Tan malo sería si lo fuera?

Volvió la cabeza, sus ojos se movían de la misma manera que la noche anterior en mi porche. Solo que esta vez la forma en que me escrutó me pareció mucho menos profesional.

Mi risa cesó. Un silencio cargado se instaló sobre nosotros, urticante y caluroso. Nick era atractivo y estaba soltero. Era amigo de mi hermana, lo que significaba que ya había pasado la revisión de antecedentes más exigente del mundo. Estaba bastante segura de que quería besarme en ese momento y también estaba bastante segura de que a mí me apetecía hacerlo.

Una gota de sudor me recorrió las lumbares. Fui a regular el termostato del salpicadero justo cuando él fue a tocar la radio. Nuestras manos se rozaron. Cuando levanté la vista, teníamos las caras tan cerca que la visera de su gorra nos las ensombrecía. Ninguno se movió y mi corazón latió un poco más rápido cuando Nick enlazó sus dedos con los míos.

—Tengo que confesarte algo —dijo en una voz baja que me dejó un poco sin aliento—. Todo esto no ha sido idea de Georgia.

No me aparté cuando el vinilo rechinó y él se inclinó hacia mí. La adrenalina se me disparó y sentí que me faltaba aire. No recordaba la

última vez que había estado así de cerca con un hombre que no fuera Steven.

—¿Todo bien? —preguntó; nuestras frentes se tocaban bajo su gorra. La fuimos levantando poco a poco.

No, eso no estaba bien. Lo que yo quería en ese preciso momento estaba muy pero que muy mal. Por millones de razones. Asentí mareada, los pocos centímetros de distancia que él mantenía estaban poniendo a prueba cada gramo de mi autocontrol. Estábamos ya rozándonos cuando el morro largo y negro de un coche pasó por la ventana, detrás de la cabeza de Nick.

Me aparté bruscamente.

—Es él —dije—. Es el coche de Feliks.

Nick se dejó caer contra el reposacabezas con una leve palabrota. Cerró los ojos, soltando un fuerte suspiro antes de recolocar el respaldo de su asiento.

El Lincoln aparcó junto al bordillo que estaba delante de las oficinas. Andréi abrió la puerta de Feliks y lo siguió adentro del edificio.

—Parece que van a estar un rato. Quédate aquí un momento. Ahora vuelvo.

Nick se bajó antes de que pudiera preguntarle a dónde iba. Se dirigió con paso enérgico hacia las oficinas y se detuvo cuando sus llaves se cayeron detrás del sedán de Feliks. Lo perdí de vista cuando se arrodilló a recogerlas. Un segundo después, se levantó guardándose algo en el bolsillo a la vez que sacaba el móvil. Se lo pegó a la oreja e hizo una llamada rápida mientras volvía al coche de Ramón.

—¿Qué has hecho? —le pregunté cuando se sentó en el asiento y cerró la puerta.

—Comprobar si era cierta una corazonada —dijo un poco distraído.

—¿Ahora qué hacemos? —Todo mi cuerpo de cuello para abajo deseaba que volviéramos a donde lo habíamos dejado. El resto estaba bastante seguro de que sería muy mala idea.

Nick tenía los ojos clavados en las puertas de la oficina.

—Ahora, a esperar.

Poco después, Andréi surgió del edificio y sujetó la puerta. Feliks salió con la palma de la mano en la parte baja de la espalda de Theresa y una sonrisa en la cara. La deslizó más abajo cuando ella se montó en su coche.

—¿Ves? Te dije que se estaban acostando. Ahora que sabemos lo que esconde Theresa, podemos irnos, ¿verdad?

Nick arrancó el motor. Esperó un par de segundos antes de incorporarse al tráfico unos cuantos coches por detrás de ellos. No dijo

nada, tenía el ceño fruncido cuando los seguimos en dirección oeste, por la autopista interestatal, alejándonos de la ciudad. Le seguimos la pista al Lincoln de Feliks durante casi una hora, nos vimos obligados a guardar más distancia cuando tomaron una vía de salida y las carreteras se estrecharon por el paisaje rural. Hicieron cuatro paradas delante de varias extensiones agrícolas que tenían un cartel de «SE VENDE» fijado en las vallas. En cada una, el Town Car aminoraba la marcha hasta ir a paso de tortuga, pero Feliks nunca se bajaba. Tras la cuarta parada, el Lincoln regresó a la interestatal, cambiando de dirección hacia la ciudad, por el mismo camino por el que habíamos ido.

—A mí me ha parecido un encuentro bastante normal con un cliente. No parece demasiado sospechoso.

Esperaba que Nick opinara lo mismo y me llevara a casa.

—Todo lo que hace Feliks Yirov es sospechoso. Está comprando terrenos.

—¿Y?

Las propiedades que habían visitado ese día eran muy parecidas a las que Theresa tenía garabateadas en su libreta. Por lo visto, estas cuatro opciones no le habían gustado más que las otras.

—Que la pregunta es: ¿para qué quiere Feliks estas tierras? —Nick seguía atentamente los movimientos del Lincoln, con cuidado de permanecer unos cuantos coches por detrás cuando se desplazaron hacia la vía de salida—. El grupo de Feliks se dedica al contrabando de drogas, armas y personas. Compra muchos edificios y almacenes para mantener su inventario en movimiento. Todas las tierras que ha estado inspeccionando hoy están al oeste de Dulles, en las proximidades del aeropuerto y de dos interestatales, pero lo suficientemente lejos de la ciudad como para quedar fuera del radar. Buen lugar para importar mercancía por vía aérea para luego distribuirla por carretera.

Se me revolvió el estómago ante la idea de que la futura madrastra de mis hijos se estuviera acostando con ese hombre.

—Parece que sale ganando en todo.

—No exagero si te digo —dijo mientras el Lincoln tomaba la curva hacia el aparcamiento de la inmobiliaria— que nada me gustaría más que encerrar a Feliks Yirov por el resto de sus días.

—¿Por eso estamos aquí?

Nick escupió una risa.

—Hay más probabilidades de que me toque la lotería que de que Feliks Yirov acabe en la cárcel. Estamos aquí porque cada paso que da en sus negocios está corrompido y resulta peligroso. Y, si Theresa está

trabajando para él en algo, entonces ya está entre la espada y la pared.

Observamos a Theresa bajar del coche sola y desaparecer dentro de las oficinas. Nick no siguió al Lincoln cuando este salió del aparcamiento para incorporarse al tráfico otra vez.

—¿No deberíamos seguirlos?

Nick negó con la cabeza, pensativo; la vista clavada en la puerta de la oficina.

—Seguir a Theresa nos dará más información. Encuentro demasiado oportuno que sea una persona relevante para un caso de asesinato mientras trabaja como agente de Feliks.

—Querrás decir un caso de desaparición —le corregí.

—Si parece mierda y huele a mierda, probablemente sea mierda —sentenció inexpresivo—. Anoche encontramos el Volvo de Patricia Mickler en el fondo del embalse de Occoquan.

—¿Estáis seguros de que era el suyo?

El coche que había visto en la cochera de Patricia era un Subaru.

—Sus objetos personales estaban dentro y el número de chasis coincide. —Volví a echarme sobre el respaldo, sintiendo que el estómago se me revolvía. Nick se encogió de hombros—. Harris y su mujer aparecerán en algún momento. Los cadáveres siempre aparecen.

Reposé la cabeza contra el frío cristal. Que apareciera el cadáver de Harris era precisamente lo que temía.

Nick extendió un brazo, tirando suavemente del cordón de mi capucha.

—Oye, va a salir todo bien. Te lo prometo.

Su mano se posó sobre la mía, el pulgar dibujaba lentamente círculos alrededor de mi nudillo. Eso no estaba bien. No podía enrollarme con Nick. Solo complicaría las cosas.

—Nick —dije girándome en mi asiento para mirarlo de frente—, en cuanto a lo de antes… Creo que a lo mejor…

Mi pensamiento se desvaneció cuando un destello rojo llamó mi atención.

Nick empezó a torcer la cabeza siguiendo la dirección de mi mirada mientras Aimee salía por la puerta del vestíbulo con una bufanda rojo chillón, con Theresa a su lado. Si Nick veía a Aimee y la reconocía de las fotos de Harris, la cosa se iba a poner muy muy fea.

Me agarré la cara con una mano.

—¡Ay, mierda! Creo que se me ha metido algo en el ojo.

Nick se giró rápidamente hacia mí, acercando la cabeza mientras me apartaba la mano con suavidad.

—¿Estás bien?

—No lo sé.

Apreté un ojo con la fuerza suficiente para que me llorara e hice un esfuerzo por mirar más allá de la cabeza de Nick con el otro: Aimee y ella se montaron en el coche de Theresa.

—Trae, deja que te lo mire. —Nick tomó mi cara entre sus manos y me tiró delicadamente del párpado hacia abajo con su pulgar. Contuve la respiración cuando me movió la barbilla hacia arriba. Nuestras miradas se cruzaron y se quedaron fijas una en la otra. Su pulgar bajó por mi mejilla, enjugándome una lágrima con una caricia.

—¿Mejor? —preguntó con voz tenue.

—Creo que sí —dije volviendo a respirar.

Sus ojos se cerraron. Se inclinó, cerrando el hueco estrecho que había entre nosotros. Puede que me olvidara de Theresa y Aimee por completo cuando su boca rozó la mía.

Era agradable. Era… mucho más que agradable. «Joder».

Su lengua se deslizó a través de mis dientes. Mis dedos se hundieron en su pelo y el cierre del cinturón de seguridad se me clavó en la cadera cuando nuestros cuerpos se encontraron sobre el apoyabrazos. Su garganta gimió profundamente de sed, sus dedos escarbaron entre las costuras de mis vaqueros antes de vagar por debajo de mi sudadera y expandirse por mi espalda.

Madre de Dios, hacía mucho tiempo que no me liaba con nadie en un coche. Me enarqué hacia él, expulsando de mi cabeza la voz que me decía que me iba a arrepentir.

Respiró entrecortadamente sobre mi cuello.

—Quiero llevarte al asiento trasero en este mismo momento. Pero si lo hago tu hermana me meterá un tiro. —Me dio un último beso profundo que me puso la piel de gallina y me dejó jadeando—. Y ahora —dijo mientras su nariz me acariciaba el oído—, dime: ¿qué ha pasado hace un minuto en el aparcamiento que no querías que viera?

Me quedé de piedra, sintiendo la curva de su sonrisa sobre mi mandíbula cuando se separó lentamente de mí. No parecía enfadado. Solo sorprendido. Y quizá un poco impresionado.

—Si no querías que la siguiera, simplemente podrías habérmelo dicho. —Volvió a apoyar la espalda en su asiento, juzgando mi desazón a través de sus párpados pesados—. Serás una narradora de primera, pero eres pésima mintiendo.

—¿Cómo lo has sabido?

Había un atisbo de nostalgia en las arrugas pensativas de sus ojos.

—Porque me han disparado, acuchillado y me han sacado los mocos a golpes, y prefiero cualquiera de esas cosas a que me abrasen las córneas.

—No seas exagerado.

Agitó la cabeza como respuesta a mi mirada cínica.

—Lo digo totalmente en serio. En mi primera semana tras haber terminado la academia, la pifié en mi primer control de tráfico cuando un punki me vació un cenicero en la cara. Me dolió tanto que no pude pensar con claridad. Crucé dando tumbos dos carriles por los que había mucho tráfico, desesperado por sacarme esa porquería de los ojos. Tuve suerte de no matarme. Perdí la vista durante una semana.

Me dejé caer contra el respaldo del asiento, sintiéndome una estúpida. E irascible. Había sabido durante todo ese rato que no tenía nada en el ojo.

—Si sabías que estaba fingiendo, ¿por qué me has besado?

—Porque confiaba en que merecería la pena.

La sangre se me subió a las mejillas. Hacía más de un año que no besaba a nadie. Más de diez que no besaba a otra persona que no fuera Steven. Me había pasado el último año dudando de mí misma, preguntándome por qué me había dejado mi marido, considerando la posibilidad de que a lo mejor no me hubiese dejado porque Theresa tuviera un pelo, un cuerpo o una ropa mejores, sino que quizá simplemente me había dejado a mí.

—¿Y la ha merecido?

Esbozó una sonrisa lobuna.

—Solo diré que me he planteado seriamente aceptar que tu hermana me disparase. —Se frotó la cara con las manos y reajustó su asiento—. Te llevo a South Riding. Tengo que recoger mi coche y llevar una cosa al laboratorio de Manassas antes de que cierre.

De escuchar a Georgia, sabía que «el laboratorio» era el laboratorio regional de medicina forense. Cuando Nick se había agachado detrás del Lincoln, se había guardado algo en el bolsillo mientras sacaba el móvil.

—¿Has encontrado algo?

—Aún no lo sé.

Fuera lo que fuese, debía de ser importante.

—¿Quieres que vaya contigo?

Su risa fue suave y ronca, y su sonrisa ligeramente peligrosa.

—Ahora mismo quiero muchísimas cosas. Y por eso creo que es mejor que te lleve a casa.

Dejé descansar la cabeza contra el cristal mientras Nick arrancaba el coche, sin saber si sentía más curiosidad por lo que había escondido en su bolsillo o por lo que pasaría si le acompañaba a aquel sitio.

Capítulo 32

Vero echó un vistazo a mi pelo y mi ropa cuando entré por la puerta, pensativa y con los brazos cruzados, y dijo:

—Te has liado con él, ¿verdad?

—No —susurré lanzando una mirada a la sala de estar, esperando que Delia no lo hubiera oído.

—No te esfuerces en negarlo. —Se golpeteó un lado del cuello, señalando con su barbilla la mía—. El inspector se ha dejado una pequeña prueba en la escena del crimen.

Meneó las cejas.

—¡Que no! —Me llevé la mano a la garganta. No me hacían un chupetón desde que estaba en el instituto—. Te juro que me lo cargo…

Vero se dio media vuelta, sofocando una risilla aguda.

—¿Ves? Lo sabía. ¡Deberías ver cómo tienes la cara!

Hice una bola con mi sudadera y se la lancé.

—Calma —dijo reprimiendo la risa—, que están durmiendo la siesta.

Me arrastró por la manga hasta la cocina, me empujó a una silla que estaba junto a la mesa y me plantó delante un paquete de Oreos.

—Del uno al diez, ¿qué tal ha estado?

Fui a coger una galleta. Vero me quitó el paquete de un tirón, tomando mis Oreos como rehenes.

—¡Di! Quiero saberlo todo.

Se lo arrebaté de las manos.

—Un once —mascullé metiéndome una galleta en la boca.

Se reclinó en la silla y me robó una para ella.

—Lo sabía. Siempre he querido liarme con un poli. Seguro que ha ido a por ti en plan superdecidido —dijo abanicándose.

—No precisamente. —Vero entrecerró los ojos, como si se equivocara pocas veces con estos temas—. Más bien, como que lo he incitado yo.

Me dio un manotazo en el brazo, sofocando una risilla aguda.

—¡No he tenido opción! Tenía que evitar que viera juntas a Theresa y a Aimee, así que he fingido que se me había metido algo en el ojo, él se ha inclinado a ayudarme y luego una cosa ha llevado a la otra…

La risa de Vero se apagó. Su boca llena de galleta se quedó abierta.

—¿Theresa y Aimee estaban juntas? ¿Qué ha pasado? ¿Las ha visto?

Negué con la cabeza.

—Aimee ha ido al despacho de Theresa. Parecía que iban a salir a comer o algo así. Nick no las ha visto marcharse. Pero hay otra cosa —dije sacando otra galleta del paquete. Desde luego, esa mañana necesitaba tomarme dos Oreos—. Nick ya sabía que Theresa se estaba viendo con Feliks Yirov.

—Mierda —dijo—. No ha tardado mucho.

—Sigue convencido de que estuvo implicada en la desaparición de Harris, solo que ahora piensa que es Feliks quien está detrás. No solo eso: Nick ha ido a The Lush y ha hablado con Julian. Le ha enseñado una foto de Theresa y, como Julian ha insistido en que no era la misma mujer con la que él había hablado, Nick sospecha que Julian la está encubriendo. Así que ahora, encima de todo eso, Julian sabe que le mentí.

Vero hizo una mueca de fastidio.

—Podría ser peor. Podrías haberle dicho tu verdadero nombre. Entonces sí que estarías metida en un buen lío. —Empujó el vaso de leche por la mesa para dejarme mojar mi Oreo—. ¿Crees que Nick encontrará algo que lo lleve a investigarte?

Suspiré.

—No lo creo. No hay nada que me vincule a Feliks ni a sus chanchullos.

Vero me acercó todo el paquete de galletas.

—Nada excepto Andréi Borovkov.

Esa noche me senté delante de mi ordenador y contemplé el cursor parpadear. Había revisado una cantidad considerable del manuscrito para mantener mis secretos a salvo. Había suprimido de la historia al abogado jovencito y buenorro y lo había sustituido por un policía experto, y, aunque la heroína y el poli estaban muy compenetrados, la ausencia del abogado en la historia me parecía un fallo por motivos que no podía explicar. Echaba de menos el vacile que había entre ellos y su sonrisa relajada. Echaba de menos cómo parecía tenerla calada —a pesar de la peluca-pañuelo, el maquillaje y el vestido que había tomado prestado— y, a pesar de que fuera una asesina con una historia complicada detrás, a él parecía gustarle lo que veía debajo de todo eso.

Me acerqué el móvil, toqué la pantalla hasta llegar al nombre de Julian, y lo observé. Mi dedo sobrevoló la tecla de «Eliminar». Había demasiadas razones por las que debía pulsarla. Demasiadas por las que

debería haberlo borrado de mi vida días antes.

En cambio, cogí el teléfono, me senté en el suelo junto al escritorio y di un toque sobre la pantalla. Abrazándome las rodillas, oí los tonos de la llamada, esperando el pitido que indicaba que podía dejar un mensaje en el buzón de voz. Cuando Julian lo descolgó, estaba demasiado aturdida como para hablar.

La línea estaba en silencio.

—No me llamo Theresa —confesé con voz queda—. Y en realidad no trabajo en una inmobiliaria. —Esperé alguna señal de que estaba al otro lado del teléfono—. No soy rubia. Y tenías razón en todas aquellas cosas que me dijiste en la barra. Ese sitio no era de mi estilo. El vestido que llevaba ni siquiera era mío.

Contuve la respiración durante una pausa larga, convencida de que me colgaría. Estaba a punto de rendirme y hacerlo yo misma cuando me preguntó:

—¿Había algo que fuera cierto? —En su voz no había ninguna insinuación de culpa. Ni expectativas, ni exigencias.

—Parte. —Enterré la cabeza en las manos, sorprendida por lo culpable que me sentía—. Tengo dos hijos. Estoy divorciada. Estoy en medio de una batalla caótica con mi ex por la custodia. —Bajé la mirada a las migas de Oreo de mi sudadera dada de sí—. Y más o menos lo clavaste con mi estilo y mis preferencias dietéticas.

Suspiró. O quizá fue una risa apesadumbrada.

—¿Quién eres?

Parecía preguntarlo por curiosidad auténtica. Reposé la cabeza de nuevo contra el escritorio.

—Creo que no puedo decírtelo. Todavía no.

—¿Por qué no?

—Quiero decírtelo. —Me peiné hacia atrás con los dedos, pasando las uñas por el picor imaginario del cuero cabelludo—. Solo… necesito resolver primero un par de cosas.

—¿Estás metida en algún lío?

—No quiero estarlo —dije reprimiendo las lágrimas—. Sigo intentando hacer lo correcto y de alguna forma no deja de salirme el tiro por la culata.

Lo único que quería era una oportunidad para conservar a mis hijos. Para demostrarle a Steven que estaba equivocado con respecto a mis aptitudes como madre. Pero ¿y si tenía razón?

—Ese tal Mickler, el que ha desaparecido —me preguntó con delicadeza—, ¿te hizo daño?

—No —dije. Pero pensé en todos aquellos nombres de su móvil—. A mí no.

—¿Le hiciste tú daño?

No había ninguna insinuación de culpa. Ni condena, ni juicio. Quizá debería haberlas habido.

—A lo mejor, si me cuentas qué ha pasado, te puedo ayudar.

Parecía muy serio. Muy sincero. Me pregunté si vomitarle todos mis pecados por teléfono sería como confesarse con un sacerdote. Ojalá hubiera podido rezar unos avemarías para que el resto del mundo me absolviera, como Julian parecía querer hacer en ese momento.

—No puedo. El asunto en el que ando metida… es complicado. —No era un buen gesto por mi parte mezclarlo en todo esto—. Lo siento. No debería haberte llamado…

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó antes de que me diera tiempo a colgar.

La pregunta me frenó. Me toqueteé la rodilla deshilachada de los vaqueros.

—Supongo que quería que supieras que no soy una persona horrible. Y que nunca quise engañarte. Si la cosa ahora no estuviera tan jodida, te diría mi nombre. Aceptaría tu oferta de ir a por una *pizza* y te lo contaría todo tomando una cerveza. Pero…

—Es complicado —dijo suavemente—. Lo sé.

—¿Me crees?

Cerré los ojos y me preparé para su respuesta, sorprendida por el alivio que me inundó cuando por fin contestó.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Conoces el principio de Hanlon? —Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. El timbre tenue de su voz era uniforme y calmado, un bálsamo para mis nervios hechos polvo—. Hay un dicho antiguo que dice algo así como… «Nunca atribuyas a la maldad y la crueldad lo que se pueda explicar con motivos menos perversos». Yo me empeño en no pensar nunca lo peor de los demás.

—Tal vez sí deberías.

—A veces la gente simplemente se equivoca.

Nos quedamos callados. Me pregunté si mantendría esa opinión si conociera los entresijos de los errores de los que estábamos hablando. Si supiera que el cadáver de Harris Mickler estaba enterrado en el fondo de todos ellos.

—Probablemente debería deshacerme de este teléfono y no volver a llamarte nunca.

—¿Eso es lo que quieres?

—No.

—Entonces quédatelo. —Era la voz de un abogado que daba un

consejo. Tenía algo tranquilizador, algo firme a lo que me podía agarrar—. Todavía no sé cómo te llamas —me recordó—. Podría ser el número de cualquiera. Al inspector solo le interesa una mujer que se llama Theresa y, como tú no te llamas así, no tengo motivos para hablarle de ti. ¿Verdad?

Tragué el doloroso nudo que se me había formado en la garganta.

—No.

—Prométeme que me llamarás si necesitas ayuda.

Deseaba poder contarle que lo que sucedía no era simplemente que el alternador estuviera estropeado. Que estaba en una situación muy comprometida y que iba a hacer falta algo más que unas pinzas y una bayeta para arreglar el desastre que había formado.

—Me va a ir bien —dije antes de colgar.

Solo deseaba que me lo pudiera creer.

Capítulo 33

Según la noticia de su compromiso, que había sido publicada en el periódico local hacía siete años, Aimee Shapiro se había casado con un joven emprendedor dueño de una cadena de túneles de lavado. Se llamaba Daniel Reynolds. Según la guía telefónica, Aimee y Daniel Reynolds ahora vivían en un adosado en Potomac Falls, a unos veintidós kilómetros. Y según el nombre que llevaba prendido al traje al salir de casa esa mañana, Aimee Reynolds —alias Aimee R.— iba de camino al trabajo.

Vero y yo le seguimos el rastro hasta el aparcamiento del centro comercial de Fair Oaks y luego hasta la sección de cosmética del Macy's. Nos agazapamos entre los percheros de los vestidos, observándola organizar el muestrario de debajo del mostrador de cristal. Vero me dio un golpecito con el codo.

—Ve a hablar con ella.

Tomé a Zach de sus brazos.

—No puedo ser yo la que hable con ella. Podría reconocerme de haberme visto en las fotos de casa de Steven.

Vero puso los ojos en blanco.

—Ya, claro. Como que Theresa tiene tu cara expuesta por todo su salón de la fama.

Touché.

—Si Aimee estuvo allí la noche que traje a Harris a casa, puede que se hubiera fijado en mi cara. Tienes que hacerlo tú. —Observé a Aimee subrepticiamente mientras pasaba las perchas de metal de un lado a otro—. Marca mi número y deja el móvil en el bolsillo. Yo os escucharé desde aquí. Y ponte el chisme ese de la oreja para que me oigas.

—¿Y qué se supone que le voy a decir? —repuso mientras se encajaba el *bluetooth* en la oreja.

—No lo sé. —Orienté a Zach en otra dirección para mantenerle fuera del alcance de un bustier de seda de diseño antes de que se lo pudiera meter en la boca y usarlo como mordedor—. Ponte a charlar con ella de cualquier cosa. Averigua si estuvo trabajando aquí la noche que desapareció Harris.

Vero estiró la mano.

—Dame tu tarjeta de crédito.

—¡No puedes usar mi tarjeta de crédito! ¡Tiene mi nombre puesto!

—Entonces dame algo suelto. No puedo estar de charleta y no comprar nada.

Agarré unos billetes del bolso, se los metí en la mano y la fui empujando hacia el mostrador de maquillaje. Sujeté el móvil debajo de la oreja, me subí a Zach en la cadera del lado contrario y simulé hablar por teléfono. Usando los altos percheros de los vestidos para camuflarme, caminé hacia donde comenzaba el departamento de cosmética hasta que estuve lo suficientemente cerca como para escuchar a escondidas.

—¿Me oyes? —dije.

—Llevo todo el rato oyéndote —masculló.

—¿Le puedo ayudar en algo?

La voz de Aimee sonaba suave y agradable a través de mi auricular.

—Eso espero —dijo Vero un poquito alto—. Estoy buscando un regalo para una amiga. No sale mucho de casa. Es de estas mujeres solitarias y ermitañas que viven con gatos.

—No tengo gato —dije de mala gana.

—Pero hay un tío que parece que quiere algo con ella. Un poli. Está tremendo. —Vero se abanicó—. Yo siempre le digo que no puede ir a una cita con pantalones de chándal. Que al menos haga un esfuerzo. O sea, vamos a ver, que se ponga un poco de maquillaje, ¿no?

—¿Para qué? —me quejé—. ¿Para estar más mona en la foto de la ficha policial?

—¡Uh…! —A Aimee le chispearon los ojos. Apoyó los codos sobre el cristal—. Esto pinta interesante.

—Ni te lo imaginas —dijo Vero.

Aimee extendió las manos para descubrir las coloridas hileras de paletas que había debajo del mostrador.

—Puedo ayudarte a elegir algo para ella. Háblame de los puntos fuertes de su físico.

Vero llevó la mirada al techo.

—Uf, eso es chungo.

—Cuidadito, ¿eh? —dije.

—Bueno, tiene el pelo como cobrizo y ondulado. Lo tiene bonito cuando se lo arregla, cosa que no sucede a menudo.

Partí una percha de un golpe.

—Y los ojos los tiene entre verdes y avellana. Le cambian de color cuando se enfada y la cara se le pone superroja. La mayor parte del tiempo está pálida, como si fuera un vampiro, porque no sale mucho de casa. Pero tiene algunas pecas por aquí y por allá, por lo que parece más bien el vampiro majo que brilla del vecindario y no uno de

esos horripilantes que viven en un ataúd.

Aimee soltó una carcajada.

—Me alegro de que se lo esté pasando bien —murmuré.

—Bueno, pues vamos a resaltarle los ojos. Parece que son bonitos. —Aimee abrió una vitrina y depositó una bandeja de muestras sobre el mostrador.

—Date vida —refunfuñé lanzando una mirada cruel mientras Aimee estaba agachada.

Vero tamborileó los dedos en la barbilla, examinando la cara de Aimee mientras esta colocaba las paletas.

—¿Nos conocemos?

Aimee alzó la vista. Ladeó la cabeza.

—Creo que no.

—¿Seguro? —preguntó Vero—. Porque vine aquí hace unas semanas a una sesión de maquillaje y estoy segura de que fuiste tú quien me vendió unos coloretes. A ver si me acuerdo… Debió de ser un martes, a última hora de la tarde.

—No. —Sonrió cordialmente—. No sería yo. No trabajo los martes por la noche. Puede que fuera Julia —añadió con tono cantarín—. Siempre nos confunden.

Vero asintió.

—¡Ah, claro! Julia me suena. Oye, ¿eso de ahí está de oferta? — Vero se puso de puntillas para señalar un muestrario que estaba en el punto más alejado del mostrador. Cuando Aimee se torció para mirarlo, Vero se giró hacia mí y movió los labios en silencio como si dijera: «¿Qué hago?».

Di un manotazo al aire.

—¡No me mires! Averigua dónde estaba esa noche.

—Entonces —dijo Vero en alto, atrayendo la atención de Aimee de vuelta al mostrador—, ¿libras los martes? Supongo que entonces saldrás los martes por la noche. Seguro que te das una vuelta por los mejores sitios de la ciudad.

—Qué sutil —dije inexpresiva.

La sonrisa de Aimee era tímida, quizá un poco incómoda cuando reanudó su tarea.

—Me han hablado genial de un sitio que se llama The Lush. ¿Lo conoces?

Cuando Aimee subió la cabeza se le cayó una bandeja de sombras de ojos. El estrépito del plástico al romperse reverberó por la tienda y llamó la atención del jefe de planta. Aimee se disculpó, sus mejillas se sonrojaron de un tono fuerte de rosa cuando se agachó para recogerlas.

—No, lo siento. No voy a ese sitio.

Incluso desde los percheros donde yo estaba veía sus manos temblar mientras sacudían el polvo de una pernera de sus pantalones.

—Mi amiga dice que el camarero es modelo de ropa interior. Dice que tienen buenas ofertas de copas los viernes por la noche. ¿Seguro que no has estado nunca?

La cara de Aimee perdió el color.

—Te estás pasando un poco —le advertí.

Aimee lanzó miradas nerviosas alrededor del mostrador para asegurarse de que nadie la escuchaba cuando dijo:

—¿Eres poli?

Vero meció la cabeza hacia atrás. Ladeó una cadera mientras ambas se evaluaban mutuamente.

—No, no, no —siseé al teléfono—. ¡No eres poli!

Vero alzó una ceja.

—¿Y qué pasa si lo soy?

—Mira —dijo Aimee en un susurro áspero—, no sé cómo me has encontrado, pero no tuve nada que ver con la desaparición de ese hombre. No lo veo desde hace más de un año. Vi su nombre en las noticias, como todo el mundo.

—Entonces estoy segura de que no te importará decirme dónde estuviste la noche que desapareció.

Conteniendo la respiración, aguardé su respuesta.

—Estuve en una sesión de Alcohólicos Anónimos de la iglesia episcopal de la calle Van Buren. Donde he estado todos los martes por la noche de los últimos once meses. Puedes corroborarlo con mi monitora; ella va todas las semanas. Las sesiones empiezan a las ocho —dijo—. Solo te pido que no metas en esto a mi marido.

—¿Por eso trabajas aquí? —preguntó Vero en voz tenue—. ¿Para mantener a tu marido alejado? ¿Así le estuviste pagando a Harris, usando tu sueldo para impedir que hablara con Daniel?

La mandíbula de Aimee se aflojó y abrió la boca. Sus ojos dispararon miradas de nerviosismo a su alrededor.

—No sé de lo que estás hablando.

—No pasa nada —dijo Vero suavemente—. La policía ya sabe lo de las fotos. Harris no podrá volver a hacerte daño. Si hay algo que quieras decirme, puedes contármelo.

Los ojos de Aimee brillaron trémulos ante la amenaza de las lágrimas. Las reprimió enderezando la columna.

—¿Quiere que le ponga algo para regalo? —La voz le temblaba, frágil por el tono artificial que había intentado agudizar en vano.

Vero también debió de notarlo.

—¿Sabes? Me llevo esta paleta.

Vero señaló un set que estaba debajo del cristal. Aimee la pasó por caja con una sonrisa tensa mientras Vero le entregaba los billetes. Nuestras miradas se cruzaron cuando Vero recogió la bolsa del mostrador. Estaba casi convencida de que estábamos pensando exactamente lo mismo.

Aimee tenía un móvil. Pero también una coartada. Si Aimee no había sido quien había ayudado a Theresa a matar a Harris, ¿entonces quién?

—¿Qué significa esto? —preguntó Vero lanzando la bolsa de cosméticos sobre mi regazo y cerrando la puerta del coche.

No había duda de que Aimee Reynolds era la misma Aimee del móvil de Harris. Y tampoco de que era la misma mujer que había hecho aquella llamada anónima a la policía. Pero, si había estado en su sesión de Alcohólicos Anónimos de ocho a nueve, no pudo haber llegado al bar a tiempo para verme salir con Harris.

—Significa que Aimee no estuvo allí, pero Theresa sin duda tenía un móvil para hacerlo. Y sigue sin coartada. —Pensé en el dinero en metálico que Steven dijo que había encontrado en su cajón de la ropa interior. ¿Y si había matado a Harris por razones menos nobles que la venganza? ¿Y si lo había matado por dinero?—. ¿Y si la corazonada de Nick va encaminada y Feliks tiene a Theresa entre la espada y la pared?

Vero inclinó la cabeza hacia atrás y la rotó hacia mí apoyándola sobre el reposacabezas.

—¿Crees que Theresa trabaja para Feliks en algo más que en asuntos inmobiliarios?

—Puede ser. —Nick estaba en lo cierto con respecto a todo lo demás—. Harris claramente tenía un perfil de víctima. Si Feliks quería que Harris muriese, Theresa habría sido el cebo perfecto. Tal vez se lo quité de las manos.

—¿Qué vamos a hacer con Nick? Ese hombre es como un perro con un hueso. Si sigue persiguiéndola así, va a acabar metiendo el hocico por debajo de la puerta de nuestra cochera.

Negué con la cabeza, puede que solo para convencerme a mí misma.

—Mientras no haya cadáver, no hay caso. —Era posible condenar a alguien por asesinato sin un cuerpo, pero sabía, por lo que había hablado con Georgia, que en aquellos casos era difícil demostrar la culpabilidad del acusado. Nick necesitaría pruebas contundentes. No podía arrestarnos por una corazonada—. Julian le dijo a Nick que

estaba seguro de que la mujer de la foto no era Theresa. Theresa aún no ha hablado y nosotras tampoco. Y es muy poco probable que Nick pueda acercarse a menos de un metro de Yirov sin que sus abogados levanten un muro a su alrededor. Ya lo dijo él mismo: no hay quien lo pille. Suponiendo que ninguna de nosotras canta, cualquier prueba que Nick tenga es indiciaria. En algún momento, se cansará de meterse en callejones sin salida y el caso se archivará.

Contemplé por la ventana las hileras interminables de coches, la luz brillante y deslumbrante que despedían los parabrisas. Todos los días desaparecía gente. A medida que pasara el tiempo, los casos se irían amontonando. En algún momento, me dije, el de Harris se perdería en ese mar.

—Entonces, mejor asegúrate de que no haya viveros de césped en ese libro tuyo.

—Era un cementerio —dije entre dientes en dirección a la ventana, y las palabras estuvieron a punto de perderse entre los constantes balbuceos de Zach desde el asiento trasero. Vero me miró con desconfianza—. En el libro —expliqué—, ella entierra al tío en un cementerio, en una tumba recién cavada. O sea, encima de otro tío que han enterrado allí poco antes.

Vero reflexionó. Asintió con admiración, como si lo estuviera clavando en un corcho en lo profundo de su cabeza.

—Es buena idea. Deberíamos haber pensado en eso antes. Tendremos que probarlo cuando mates a Andréi.

—Ni por asomo vamos a matar a Andréi.

—Eso díselo a Irina Borovkov.

Capítulo 34

El taller de Ramón estaba a oscuras, a excepción de una única luz débil. Al volver del centro comercial había recibido un mensaje del primo de Vero para decirme que mi monovolumen ya estaba arreglado y que podría ir a recogerlo a las ocho. Pero, cuando paré el coche delante del taller, vi las puertas de las cocheras bajadas y el letrero de neón de la ventana apagado. El reloj del salpicadero del coche de sustitución decía que había llegado a tiempo, pero todo el lugar parecía gritarme: «Largo, está cerrado».

Los guijarros sueltos del asfalto erosionado crujieron bajo mis deportivas al bajarme del coche y husmear por la zona. Encontré mi monovolumen aparcado detrás, pero las puertas estaban cerradas y no me había traído un juego de llaves de repuesto. Le di una patada al neumático. Al parecer, todo el viaje había sido en vano.

Hurgué en el bolso soltando una palabrota entre dientes. Debía de haberme dejado el móvil en el bolso del bebé esa tarde, al llegar a casa del centro comercial. Lo que significaba que mi teléfono estaba allí, con Vero. Con un fuerte suspiro, di unos golpes sobre la puerta de la cochera. Quizá Ramón siguiera dentro.

Mi llamada sonó metálica y hueca. Grité el nombre de Ramón. Al no obtener respuesta, intenté entrar por la puerta lateral de la oficina y me sorprendió encontrarla abierta.

Las campanillas de la puerta tintinearon. El sonido rebotó con un eco sobrecogedor por las paredes manchadas de humo y el techo cubierto de moho. Un dispensador de agua fría borboteó en una esquina tenebrosa de la sala de espera. El lugar olía a tubo de escape y cenicero, y las revistas de bólidos casi deshechas estaban esparcidas por las sillas de plástico.

—¿Ramón? —lo llamé.

La puerta se cerró con estruendo tras de mí.

Clic.

Me quedé paralizada cuando una presión firme, fría y afilada se me hundió en la piel blanca de debajo de la mandíbula.

Mi bolso cayó al suelo con un golpe sordo. Fue el único sonido de la habitación.

Despacio, subí las manos. No me atreví a moverme cuando una pesada bota apartó el bolso de mi alcance. El contenido se escapó por

la cremallera abierta: mi peluca rubia extendió sus mechones, las monedas salieron rodando, una barra de labios roja se deslizó suavemente por el suelo.

Eché un vistazo al punto donde había caído mi cartera, con cuidado de no bajar la barbilla. La bota del hombre era enorme, con punteras anchas de acero y suelas gruesas estriadas. Su ropa olía a tabaco y su aliento apestaba a ajo.

Tragué saliva cuidadosamente con la cuchilla pegada a la garganta.

—La cartera está en el suelo. Mis llaves en el bolso. El coche está aparcado ahí fuera. Cójalos y márchese.

Su risa ronca y profunda era la de un fumador. Solté un gritito cuando me agarró por el pelo y me empujó hacia el pasillo oscuro que tenía delante.

Con el corazón en la boca, dejé que me llevara a empujones a través de una puerta al interior de la penumbra del garaje. Me frenó, ladrando palabras roncas que no entendía. Una voz suave y serena respondió en un idioma gutural que sin lugar a duda parecía ruso, y el hombre que estaba detrás de mí me soltó el pelo con un gruñido.

—Siéntese, señora Donovan.

Las palabras incorpóreas surcaron el aire desde un extremo de la sala. El hombre hablaba inglés con un ligero acento y el tono glacial de su voz me provocó un escalofrío por toda la espalda. Parpadeé hasta que los ojos se me acostumbraron a la oscuridad. El cuello blanco de la camisa del hombre empezó a vislumbrarse a la luz pobre de la farola de fuera, que se filtraba por las estrechas ventanas situadas en lo alto. Dio un paso hacia mí y su silueta cobró la forma de un traje hecho a medida con esmero.

Una silla plegable de metal chirrió cuando la abrió de un tirón en medio del garaje.

Al no moverme, el hombre que estaba detrás de mí me acercó a ella tirándome del pelo. Con manos gigantes, rollizas y callosas, me sentó bruscamente en ella.

—Sabe ya quién soy, señora Donovan —dijo el hombre del traje. No era una pregunta.

Eché un vistazo por encima del hombro al ogro que blandía la navaja. Estaba claro que no le había llegado el aviso sobre el código de vestimenta. Su figura fornida y musculosa vestía una camiseta negra ajustada y unos vaqueros oscuros. Mi mirada se desvió hacia arriba, a una cabeza afeitada al cero sobre unas cejas pobladas y expresivas y una nariz que parecía haberse roto varias veces. Tan de cerca, Andréi Borovkov era tan aterrador como me lo había imaginado.

Unas pisadas resonaron lentamente sobre el suelo de la cochera. Se me encogió el estómago cuando Feliks Yirov dio un paso y lo iluminó un rayo de luz lánguida. Lucía una sonrisa serena. Expectante. Solo pude negar con la cabeza.

—No —dije con voz ronca—. Creo que no.

Su sonrisa se ensanchó y reveló unos dientes blancos y rectos. El pelo oscuro y lustroso le cayó de una forma curiosa sobre un ojo.

—Y aun así me ha estado siguiendo. ¿Por qué?

—No lo he estado…

Levantó una mano, los gemelos de la muñeca relucían en la tenue luz.

—Tengamos la consideración de no malgastar el tiempo del otro. —Su voz era amenazadoramente suave, el músculo tenso de su mandíbula indicaba su impaciencia—. Ayer un sedán azul con la misma matrícula que el que usted acaba de aparcar estuvo siguiendo mi limusina en la pequeña expedición que hicimos por el condado de Fauquier. La matrícula nos ha traído a este garaje.

Feliks se metió las manos en los bolsillos y se paseó delante de mí con sus andares elegantes y sus palabras medidas con cuidado.

—Ramón y yo hemos charlado un poco. Me ha dicho que vendrías para devolver el coche esta noche, así que le animé a tomarse el resto de la tarde libre. Lo que significa que podemos quedarnos en este garaje el tiempo que necesitemos. Pero estoy seguro de que usted preferiría estar en casa con sus hijos, señora Donovan.

Dejó que mi nombre pesara sobre el silencio. Encontrar mi casa —a mis hijos— sería fácil, si es que no los había encontrado ya…

—Así que volvamos a la persecución. Dígame —se desenrrolló las mangas con un pellizco en cada una mientras se acercaba con parsimonia—, ¿por qué me estaba siguiendo?

—No lo estaba siguiendo.

Feliks se detuvo delante de mi silla. Las arrugas marcadas de su boca se tensaron hasta formar una línea fina mientras sus ojos se dirigían a su acompañante. El aliento cálido con olor a cigarrillo de Andréi me peinó la nuca. La navaja me mordía la garganta mientras sus manos callosas me sujetaban a la silla. Solo podía pensar en los tres hombres que los amigos de Georgia habían encontrado asesinados en un almacén vacío, con las gargantas rajadas de oreja a oreja, abandonados en un río de sangre.

—¡Estaba siguiendo a Theresa! —dije sin pensar.

Pero no era completamente falso. Con los párpados apretados, me preparé para morir. Al sentir que no sucedía, abrí un ojo.

Feliks ladeó la cabeza. La curiosidad suavizó los rasgos afilados de

su cara mientras me miraba de la misma manera que un gato observaría a su presa: sin saber si quería matarme o jugar conmigo.

—¿Cuál es exactamente el asunto que se trae con la señora Hall?

—Está prometida con mi exmarido.

Sus cejas se alzaron con un atisbo de sorpresa.

—¿Y qué esperaba obtener espiando nuestro encuentro?

Se me secó la boca. Intenté no pensar en la punzada de la navaja de Andréi ni en el chorrillo que sentía bajarme por el lado del cuello, que podía ser o no sudor.

—Steven… Mi exmarido cree que Theresa tiene una aventura con otro hombre.

—¿Así que reclutó a un agente de policía para capturarla? —Feliks se rio por lo bajo. Se rascó la oscura barba incipiente de su mandíbula —. No se sorprenda, señora Donovan. El inspector Anthony y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Puede que no reconociera el coche, pero le aseguro que sí al conductor. —Se inclinó hacia adelante, con un brillo malvado en los ojos. Olía a licor caro, cuero suave y colonia elegante, como me imaginaba que debía de oler una limusina por dentro—. Puedo suponer que sin ningún tipo de duda fueron ustedes testigos de nada interesante, puesto que la señora Hall y yo mantenemos una relación puramente profesional.

La forma tortuosa en que torció el labio sugería que teníamos concepciones diferentes de lo profesional y mi cuerpo se echó atrás cuando me apartó de la cara un mechón extraviado, peinándolo con la yema de un dedo.

—Pero dígame —dijo volviéndose a guardar las manos en los bolsillos—, ¿qué estaba buscando el inspector?

—Nada —dije con la voz temblorosa—. Solo me estaba haciendo compañía.

—¿Debo inferir que usted y el inspector Anthony comparten una… relación personal?

Asentí, enmudecida, mientras Feliks se arrodillaba delante de mí. Sus ojos oscuros destellaron cuando me tomó la cara y tiró de mi barbilla hacia arriba. Su voz crujió como el hielo con cada palabra que dijo.

—Si descubro que me ha mentido, iré a por usted. ¿Lo comprende?

Sin que el corazón dejara de martillearme el pecho, asentí mientras seguía agarrándome.

Andréi lo observaba, navaja en ristre, esperando una señal.

Una sirena gimió a lo lejos, acercándose.

Feliks me soltó. Se puso de pie mientras un coche frenaba patinando delante del taller e inundaba los ventanucos con una luz

azul giratoria.

—Gracias por su tiempo, señora Donovan —dijo Feliks—. Confío en que no nos volvamos a ver.

Hizo un gesto a Andréi y el pesado hombre lo siguió hasta la salida del fondo del garaje. La respiración se me soltó de pronto con un escalofrío cuando la puerta trasera se cerró tras ellos.

—¡Finlay!

Los gritos amortiguados de Nick resonaron desde el exterior. Las puertas chasquearon en los goznes, una a una, mientras iba penetrando en el edificio. Las campanillas de la oficina tintinearon. Me puse en pie, sorprendida de que mis temblorosas piernas pudieran sostenerme.

—Estoy aquí —logré decir.

Con el arma en la mano, su figura irrumpió en el garaje y los ojos se le dispararon hacia todos los rincones de la sala. Corrió hacia mí y frenó con una sacudida. Bajó la vista hasta mi cuello; luego, recorrió rápidamente el resto de mi cuerpo.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Me retiré de la garganta un hilo pringoso de sangre. Me mareé al ver la mancha roja que se me quedó en la punta de los dedos.

—Es solo un arañazo —le aseguré—. Todo bien.

Dio un paso muy despacio hacia mí, volviendo a guardar el arma en la funda. Me estremecí cuando me levantó la barbilla para examinar el corte del cuello. Su mano, posesiva, tardó en separarse de mi mandíbula, y su cuerpo estaba un poco más cerca de lo que probablemente requería el protocolo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Vero me ha llamado, pero estaba en una reunión y no he podido cogerlo. Me ha dejado un mensaje que sonaba desesperado, solo decía que estabas en Remolques Ramón, que te habías olvidado el teléfono en casa y que necesitabas ayuda. He venido tan rápido como he podido.

Ramón debía de haber llamado a Vero. Debía de haberle dicho que Feliks y Andréi estaban aquí esperándome. Al no haber conseguido hablar conmigo para avisarme, Vero debió de haberse dado cuenta de que mi móvil estaba allí, con ella. Y se había preocupado lo suficiente como para llamar a Nick.

—¿Te importa contarme qué demonios está pasando aquí? —me preguntó.

—Tenía cita para recoger mi monovolumen, pero Ramón no estaba. Feliks Yirov me estaba esperando dentro con uno de sus gorilas.

La mano de Nick se quedó quieta cuando me estaba cubriendo la

mandíbula. Sus ojos se deslizaron de aquí para allá sobre los míos, con la piel que los rodeaba arrugada de preocupación.

—Estoy bien —insistí—. Han huido por la puerta trasera al oír tu sirena. —Su mirada saltó al fondo del garaje, como si fuera a salir a perseguirlos—. Descuida —le dije—. Tienen que andar ya lejos.

No había visto el coche de Feliks al llegar. Probablemente habría aparcado en la siguiente manzana. Lo último que quería era que Nick se marchara a buscarlos.

Nick arrastró la silla plegable para acercarla a mí y la sujetó mientras me desplomaba en ella. La carga de adrenalina se disipaba y el agotamiento iba ocupando su lugar.

—Cuéntamelo todo —dijo.

—Feliks sabía que les habíamos seguido el rastro el otro día. Se quedó con el número de la matrícula del coche de sustitución y por eso vino aquí. Mi mecánico es primo de Vero. Debe de haberla llamado para avisarle de que estaba en peligro.

Apoyé los codos en las rodillas y me froté las sienes para quitarme la tensión. Ahora no solo estaba dentro del radar de Feliks, sino que Nick también.

Dejó descansar las manos sobre las caderas y miró al suelo.

—Siento no haber leído antes su mensaje.

—No es tu culpa —dije con un suspiro débil.

—¿Qué te ha dicho Feliks?

—Quería saber por qué lo estuvimos siguiendo. Le he dicho que yo solo estaba siguiendo a Theresa. Pero te reconoció.

—Mierda. —Nick se frotó la cara mientras caminaba despacio por el garaje haciendo un círculo —. ¿Y cómo se lo has explicado?

—Le he dicho que tú y yo estábamos… liados. Y que el hecho de que tú estuvieras en mi coche no tenía nada que ver con él. Pero no creo que se lo haya creído.

Nick se detuvo, con la diversión escondida en la manera provocativa en que levantó su sonrisa.

—Si quieres intentar convencerle, se me ocurre alguna que otra forma.

Poniendo los ojos en blanco, me levanté dándole la espalda y me dirigí a zancadas hacia la oficina para recuperar el bolso. Solo quería asegurarme de que Vero estaba bien, pasarme por la habitación donde mis hijos dormían y darles un beso de buenas noches.

—Finn, espera. —Nick soltó una palabrota por lo bajo y me cogió del codo—. Lo siento. Solo quería quitarle hierro al asunto. Sé que has pasado un rato terrible. Y me siento fatal por haber dejado que Feliks nos viera juntos y por que te haya hecho daño. —Movió la cabeza

hacia los lados, peinándose los rizos oscuros con las manos y posándolas con fuerza sobre las caderas—. Debería haber cogido mi coche. Y no tendría que haberte llevado conmigo. Georgia va a estrangularme cuando se entere…

—No se va a enterar —dije haciendo caso omiso a la culpa que me retorcía las entrañas—. No se lo contaré si tú no se lo cuentas.

Sus hombros se liberaron de una carga. Asintió.

—Ve a por tus cosas. Te llevo a casa.

Aún notaba las rodillas flojas cuando regresé a la oficina y agradecí que me sirvieran de excusa para no conducir. Me agaché para recoger todo lo que se había salido del bolso, junté el maquillaje y las monedas sueltas del suelo y volví a embutir la cartera dentro. Las pisadas de Nick empezaron a sonar cada vez más cerca cuando iba a por la peluca-pañuelo. Conforme se iba acercando a mi espalda, la empujé bajo el escritorio.

—Voy a ponerte un coche patrulla camuflado delante de tu casa un tiempo. —Me puse de pie, lista para rechistar, pero Nick me levantó un dedo—. Solo unos días, hasta que sepamos que no va a intentar acercarse a ti otra vez.

Abrí la boca para protestar, pero ya estaba haciendo llamadas. Para cuando me hubiera dejado en casa, ya habría un poli apostado al final de mi calle para documentar cada movimiento que hiciera y observarme salir y entrar de allí. Eso era peor que la señora Haggerty. Muchísimo peor. De un puntapié, escondí aún más la peluca-pañuelo bajo el escritorio; ni me molesté en llevármela a casa.

Capítulo 35

De repente, planear un asesinato no parecía tan difícil. Al menos, parecía más fácil que encontrar la forma de no asesinar a alguien en la vida real. Porque, cuando a las ocho y media del sábado por la mañana sonó el timbre de la puerta, estaba lo suficientemente cabreada como para intentarlo.

Sinceramente, me sorprendía que Steven se hubiera molestado siquiera en usar el timbre. A lo mejor el rapapolvo de Vero le había calado. Eso o que la llave que le había tirado al cubo de los pañales era realmente la única que tenía. Empecé a beberme sin prisa una taza de café mientras andaba con frialdad y sin hacer ruido hasta la puerta.

—Has venido pronto —dije con voz monótona y la taza en la boca al abrir—. Los niños todavía no…

Nick estaba apoyado contra el marco de la puerta, recién afeitado y con el pelo aún mojado de la ducha, con una sonrisa puesta mientras se fijaba en mi aspecto desaliñado.

—Buenos días a ti también.

Me alisé el pelo con una mano y me agarré la parte delantera de la bata para mantenerla cerrada sobre la misma ropa sudada de la noche anterior.

—Perdona, pensé que era Steven. ¿Qué haces aquí?

Apreté los labios para cerrar la boca, ni siquiera me había lavado los dientes todavía.

—Venía a ver cómo estabas después de lo de anoche.

Sus ojos descendieron hasta mi cuello y me tiré de la bata para tapar el corte que me había hecho Andréi. La diminuta costra apenas era perceptible esa mañana, pero prefería olvidar pronto toda aquella experiencia. Nick frunció el ceño; su habitual sonrisa relajada se curvó hacia las comisuras.

—¿Qué tal has dormido?

—Nada. O no mucho.

Ante la presión por la inminente fecha de entrega y los innumerables correos de mi agente, me había quedado despierta trabajando hasta las tres. Apenas me dio para acordarme de enviarle a Sylvia las páginas más recientes del manuscrito antes de quedarme frita con la ropa puesta.

Nick estiró un pulgar sobre el hombro, en dirección a un coche de

incógnito aparcado hacia el final de la calle.

—Esta noche podrás descansar más tranquila. El agente Roddy va a estar vigilando la zona. Feliks no va a poder acercarse a menos de ciento cincuenta metros de ti sin que yo me entere.

Estupendo. Justo lo que necesitaba. A lo mejor el agente Roddy y la señora Haggerty también podían tomarse un té juntitos y comparar sus notas.

Nick levantó una ceja. Se balanceó ligeramente sobre los talones de sus zapatos de vestir. Había abandonado los vaqueros oscuros habituales y la camiseta Henley para ponerse unos pantalones arreglados gris marengo y una camisa de botones.

—¿Te apetece una salida de campo cortita?

—¿Eso es un eufemismo?

—Solo si tú quieres.

Le puse los ojos en blanco aún con el café en la mano y le hice un gesto para que pasara. Me siguió hasta la cocina.

—Buenos días, inspector —dijo Vero con las gafas de leer puestas y el libro de texto delante—. Sírvase un café. Las tazas están encima de la cafetera.

Lo repasó con la mirada de arriba abajo a través de sus largas pestañas y movió los labios como diciéndome «Qué bueno está» cuando se dio la vuelta.

—¿A dónde vamos a ir? —pregunté sintiéndome algo malhumorada. No me importaba lo guapo que fuera. Cada vez que aparecía en la entrada de mi casa daba gracias por que no viniera con unas esposas y una orden de detención.

Nick sacó una taza del armario.

—¿Tenéis leche?

—En el frigo —dijo Vero pasando un rotulador fluorescente por la página de su libro sin levantar la vista.

—Yo te la…

Contuve la respiración cuando llegó a la nevera antes que yo y se detuvo delante de la puerta abierta.

—He recibido una llamada de un técnico del laboratorio —dijo sacando el brik de leche del estante. Mientras Nick vertía la leche en una taza, recé en silencio para agradecer que no hubiera una bolsa de billetes encajada debajo—. Voy a ir para allá esta mañana para recoger el informe. He pensado que quizá querrías acompañarme.

Vero levantó la mirada al escuchar *laboratorio*.

—Sí, ve —dijo—. Yo me quedo con los niños.

—Pero tú tienes que estudiar para los exámenes.

—Steven va a venir a recogerlos pronto. Voy a estar tranquila.

—Pero…

—No deberías perder la oportunidad de visitar el laboratorio —dijo con firmeza—. Puede que aprendas algo interesante. En fin, para tu libro. —Puso un énfasis especial sobre ese último concepto.

—Vale —cedí infundiendo a cada palabra la misma afectación añadida—. Seguro que vas a estar muy bien aquí, ya que Nick ha puesto al agente Roddy ahí fuera a vigilar nuestra casa.

Vero formó con los labios un leve «Ah».

—Muy atento por su parte. —Echó un vistazo de lado por la ventana, levantándose un poco de su asiento para ver el coche de Roddy—. ¿Por qué no vas a prepararte? Yo le haré compañía al inspector Anthony. —Me ahuyentó escaleras arriba, haciendo caso omiso de mis quejas—. Bueno, háblame del tal agente Roddy. ¿Está soltero? —la oí preguntar mientras me encerraba en mi habitación.

Estupendo. Esto era estupendo. Conociendo a Nick, probablemente también había apostado a un agente cerca de la casa de Theresa. Pero Vero tenía razón. Averiguaría más sobre el estado de la investigación metida en su coche que viéndola desarrollarse desde la ventana.

Me metí de un salto en la ducha, me sequé el pelo con una toalla, me apliqué algo de rímel y brillo de labios y me puse de pie frente al armario. Mi ropa en su mayor parte consistía en pantalones de chándal y camisetas, por lo que me sorprendió encontrar los únicos pantalones arreglados negros que tenía, limpios y doblados, colgados junto a una impecable camisa blanca de botones que Vero debía de haberme lavado y planchado. Me lo puse todo, casi tropezándome al calzarme apresuradamente un par de tacones bajos. Si íbamos a visitar un laboratorio de medicina forense, al menos debía dar la imagen de haber venido en el asiento delantero de un coche patrulla en lugar de en el de atrás.

Bajé por las escaleras, intentando acertar en los agujeros de las orejas el enganche de las dormilonas de diamantes que Steven me había comprado por nuestro primer aniversario. No me las había vuelto a poner desde que nos divorciamos, así que me sorprendió descubrir que los agujeros de los lóbulos no se me habían cerrado del todo.

Nick y Vero subieron la mirada cuando mis tacones entraron resonando en la cocina. Vero parecía confusa.

—¿Disculpa? ¿Quién eres? Porque creía que trabajaba para un vampiro en pantalones de chándal.

Haciendo caso omiso de su comentario, me dirigí a Nick.

—¿Listo?

Puso una sonrisa torcida al levantarse de la silla y su mirada cayó

hacia la profunda uve del cuello de mi blusa.

—¿Eso es un eufemismo?

El calor me floreció por el pecho y me giré bruscamente hacia la puerta.

Vero soltó una risa disimulada mirando a su libro.

—Tráigala a casa antes de que se haga de noche, inspector. Finlay tiene un libro que escribir.

—Volveremos en unas horas —le aseguré girando la cabeza.

Los bultos de los niños ya estaban preparados y esperaban en el recibidor. Verlos ahí me hizo sentirme ligeramente vulnerable. Tenía claro que nunca me iba a acostumbrar a ello. Nick esperó a que forzara una sonrisa que les resultara convincente a los niños y les diera un beso de despedida a cada uno. Noté el suave pelo de melocotón de Delia al rozar mi barbilla. Olisqueé los mofletes gordinflones de Zach, que olían a Cheerios y leche caliente.

—Portaos bien con papi. Nos vemos el lunes por la mañana, ¿vale?

Desplacé la mirada. Cuando abrí la puerta, Steven estaba delante de mí, con la mano en posición de llamar. Miré con pánico al parabrisas de su camioneta y di gracias por que ni Theresa ni Aimee estuvieran dentro.

Se le tensó la mandíbula cuando por encima de mi hombro vio a Nick, que se acercó y extendió una mano. Steven se la estrechó de mala gana.

—¿Quién es este? —me preguntó.

—Nick —respondió Delia desde el salón, agarrando una Barbie desnuda por el pelo—. Es un amigo de la tía Georgia.

—Ah, ¿sí?

La sonrisa de Steven parecía amarga bajo su gorra de béisbol, con los puños estampando su silueta a través de los bolsillos de la sudadera.

—Mami y él están saliendo.

Abrí los ojos de repente, al percatarme de cómo debía de parecerle eso a Steven. No recordaba la última vez que me había visto maquillada. O con cualquier cosa que no fuera el pijama, de hecho. Hice un gesto hacia Nick.

—No estamos… O sea, no es mi…

—¿Este es el abogado?

Steven lo miró con el ceño fruncido, sus ojos azules lo escanearon con una expresión de asco.

—No —dijo Delia—, es policía. Como la tía Georgia.

Me llevé a Steven a un lado y le dije en voz queda:

—Ya sabes cómo es Delia. No tiene ni idea de lo que está diciendo.

—¿Por qué siempre decís eso? —resopló Delia ofendida.

—Que no se te olvide darle de comer a Christopher —le recordé.

—¿Christopher? —me preguntó Nick inclinándose tanto hacia mí que notaba el calor de su aliento en mi oreja, mientras Steven lo fulminaba con la mirada.

—El pez —contesté.

Delia entró sin hacer ruido al recibidor y tiró de la manga de su padre.

—¿Podemos ir hoy a por Sam?

Steven arrugó la cara.

—¿Quién es Sam?

—El perrito del refugio. —Lo miraba desde abajo con ojos suplicantes—. Aaron me dijo que podíamos adoptarlo. Pero mami dijo que, como Christopher ya vive con nosotras, Sam tendrá que vivir en casa de Theresa.

Steven apretó los dientes.

—Eso dijo, ¿no?

—Tenemos que irnos —dije sorprendida de que la mano de Nick se posara en la parte baja de mi espalda al salir por la puerta.

Sonrió satisfecho, haciendo un gesto caballeroso al sujetarme la puerta mientras les lanzaba besos a mis hijos y les decía que los vería el lunes. Vi la cara de Steven mientras observaba por la ventana cómo Nick me abría la puerta del copiloto. En el retrovisor de mi lado, las cortinas de la señora Haggerty ondearon como un fantasma. Nick se montó y arrancó el coche.

—Bueno —dijo—, háblame de ese abogado.

Pasé la mayor parte del camino al laboratorio esquivando las preguntas de Nick sobre mi vida amorosa. Todo lo que salió de mi boca fue la verdad; no estaba saliendo con ningún abogado. En teoría no. En teoría, no estaba saliendo ni con Julian, ni con Nick. Pero, conociendo a Nick, probablemente corroboraría mis declaraciones por su cuenta. Y yo esperaba que esas pesquisas no lo llevaran de vuelta a The Lush.

Cuando entramos en el aparcamiento, agradecí que algo desviara la conversación. Nick prendió un distintivo de visitante al cuello de mi camisa y luego otro al de la suya.

—¿Qué esperamos averiguar? —pregunté mientras cruzábamos el vestíbulo del edificio de dos plantas del laboratorio regional de medicina forense.

Nick se dirigió hacia unas escaleras largas de caracol, asintiendo a los técnicos de laboratorio con los que nos cruzábamos y saludándolos

por su nombre. Esperó a que estuvieran fuera del alcance del oído antes de responder.

—Cuando seguimos a Feliks y Theresa, visitaron cuatro propiedades diferentes sin poner un pie en ninguna de ellas. Ni siquiera pararon el coche. Pero ese día había tierra y hierba pegados en la parte inferior del Lincoln de Feliks. Lo que significa que habían estado conduciendo por caminos de tierra hacía más bien poco. —Nick aceleró el paso mientras subía las escaleras, concentrándose—. Mi teoría es que ya ha encontrado un terreno, o al menos uno por el que tiene un interés real. Si puedo averiguar dónde está y cómo está zonificado, probablemente pueda descubrir lo que planea hacer con él. O al menos estaré un paso por delante de él cuando lo compre.

—¿Para qué?

—Feliks nunca pone las escrituras a su nombre. Utiliza hombres de paja o empresas fantasma que hacen que sea más difícil encontrar sus parcelas. Si averiguo el nombre que utilizará como tapadera cuando compre este lote, podría usar esa información para dar con las demás.

—¿Y hacer qué?

—Una redada. A ver qué trapos sucios puedo sacar a la luz.

—¿Y qué tiene que ver eso con Theresa y Harris Mickler?

—Puede que nada. Pero me encantaría encontrar un motivo para traer a Feliks a comisaría, meterlo en una sala de interrogatorios y descubrirlo.

Las piernas largas de Nick engullían los escalones de dos en dos, su ritmo se volvía impaciente a medida que nos aproximábamos al final de la escalera.

—¿Y los del laboratorio pueden averiguar todo eso con una pizca de tierra? —pregunté esforzándome por seguirle.

—No estaba del todo seguro. Dudaba de que funcionara, pero la llamada que he recibido esta mañana sonaba prometedora.

Nick empujó una puerta para abrirla y me la sostuvo. Me guio hasta un laboratorio, al final del pasillo, y dio unos golpecitos en el cristal de la ventana. Un técnico con una bata blanca nos saludó con la mano desde dentro.

—Hola —dijo el técnico recibiéndonos a medio camino dentro de la sala y extendiendo una mano hacia mí—. ¡Anda, Finlay Donovan! —Su apretón de manos era entusiasta y bastante sudado.

—Disculpa —dije mirando perpleja a Nick y luego otra vez al técnico. Era joven y me resultó mono, pero por parecer algo friki y torpe. Se subió las gafas sobre el puente de la nariz. A pesar de que en ese momento podía verle mejor a través de ellas, no acababa de recordar de qué nos conocíamos—. ¿Tú eres…?

—¡Ah, claro! —Movió la cabeza hacia los lados y se dio una palmada de broma en la frente—. Perdona, soy Peter. No nos conocemos. Pero Georgia me lo ha contado todo de ti. De hecho, soy uno de tus mayores fans. —Se frotó la palma de la mano en la bata de laboratorio, las orejas se le pusieron rosas. Miró de reojo a Nick y se inclinó hacia mi oído, confiándome en voz baja—: Me he leído tus libros.

—¡Vaya! O sea que tú eres mi único lector. —Me reí mientras Peter ponía cara de contrariedad—. Es broma. —Reduje el volumen de mi voz a un susurro de complicidad—. En realidad, sois dos, por lo menos. —La comisura del labio de Peter se estiró hacia arriba con una sonrisa insegura—. En serio, es broma.

Peter liberó una risa nerviosa.

—Nick me dijo que a lo mejor venías. Me preguntaba si podrías firmarme un autógrafo.

—Claro —dije ruborizada. Nadie aparte de mi familia me había pedido nunca un autógrafo—. Por qué no.

Nick encogió los hombros, reservado, pero yo notaba que estaba deseando ir a por lo que habíamos venido a ver y la paciencia se le estaba acabando. Peter sacó del bolsillo de la bata un libro de tapa blanda manoseado y un permanente de punta fina. Nick echó una mirada a los pectorales abultados del modelo de la cubierta y exhaló un suspiro de impaciencia mientras yo garabateaba una firma rápida por dentro. Peter me examinó la cara cuando le devolví el libro.

—No te pareces nada a la de la foto —dijo señalando con el pulgar la página de mi biografía—. O sea, a la que sale en la contracubierta. En esa foto eres rubia. Y con las gafas de sol es algo difícil verte la cara. —La sostuvo en alto, escudriñando mis rasgos frente a ella. El cuero cabelludo me picó y me coloqué el pelo detrás de la oreja—. Si no hubiera sabido que venías, para nada te habría reconocido. —Evité mirar a Nick echar un vistazo a la foto por encima del hombro de Peter y luego bajar la vista a su reloj—. Probablemente llevarás ese disfraz para que no te reconozcan en público y no se te echen encima los fans, ¿no?

—Exacto —dije con una risa nerviosa.

O para que no me reconocieran al raptar a temibles violadores de los bares, colarme en las oficinas de una agencia inmobiliaria o aceptar contratos para matar maridos tóxicos mientras como tarta de queso en un Panera. A todo esto, nunca me había parado a sopesar la posibilidad de que mi foto —la que aparecía en todos los ejemplares de mis libros— ahora era una prueba incriminatoria en mi contra. O que Nick podría usarla para situarme en The Lush.

—Georgia me contó que vas a sacar uno nuevo. Qué ganas de leerlo. Si en algún momento tienes alguna duda forense, aquí me tienes. Siempre he querido…

—Pete —ladró Nick. Pete se giró como si se acabara de acordar de que Nick estaba allí—. ¿Tienes algo para mí?

—¡Ah, sí! No te lo vas a creer.

Solté la respiración contenida mientras Peter volvía a meterse el libro en el bolsillo y nos indicaba que nos acercáramos a una mesa del laboratorio. Una bola de hierba embarrada reposaba en una placa de Petri junto a un microscopio. Se empujó las gafas, con sus ojos oscuros desbordantes de emoción.

—Bueno, pues normalmente —explicó— esto que me pediste sería una hazaña monumental, y lo mejor que podría haber hecho era restringir la muestra a una región determinada (como a algunos condados o incluso estados), pero nunca a una propiedad específica. No obstante —dijo con una pausa dramática—, en este caso la hierba que encontraste es bastante poco común.

Nick se inclinó hacia adelante.

—¿Cómo de poco común?

—Pues… —Pete hizo un círculo con los ojos como si hiciera cálculos en su cabeza, como solía hacer Vero— muy poco común. Es de una festuca que está muy extendida, pero esta variedad específica es nueva, así que no se ha empleado de forma generalizada en esta parte de la costa atlántica. La muestra que recogiste contenía una capa superficial del suelo y la combinación de fertilizantes y pesticidas industriales que he hallado indica que se ha cultivado de manera profesional. Así que he extraído una lista de distribuidores de semillas y la he usado para obtener otra de empresas de la costa atlántica que la hayan comprado recientemente. Hay tres coincidencias posibles en Virginia, pero solo una cumple todos los criterios que me diste, al oeste del aeropuerto y al este de la interestatal 81.

Peter le entregó a Nick un papel.

Frunció las cejas y su postura se volvió rígida al leer el informe. Arrugó el ceño, inusualmente callado, mientras lo doblaba y se lo introducía en el bolsillo superior del abrigo.

—Espera —dije con curiosidad por conocer la razón por la que Peter estaba tan emocionado—. ¿Qué pone?

Nick me dio media vuelta tomándome por los hombros y con firmeza me dirigió con una mano hacia la puerta.

—Gracias, Pete. Tenemos que irnos.

La sonrisa de Pete se vino abajo.

—Esperad, ¿ya os vais? ¡Hay más!

—Luego te llamo —dijo Nick girando la cabeza.

—¡Adiós, Finlay! —se despidió Peter—. ¡Ha sido un placer conocerte!

No tuve oportunidad de responderle. Nick ejercía una presión constante en la parte baja de mi espalda, acompañándome hacia donde comenzaban las escaleras.

—¿A dónde vamos?

Me agarré al pasamanos para no caerme con los tacones.

—Voy a llevarte a casa. Necesito comprobar una cosa.

Su paso era tenso y rápido, su voz baja sonaba como un motor revolucionado.

—¿Qué has descubierto? —Fuera lo que fuese, debía de ser importante—. ¿Por qué no me lo quieres contar? —le pregunté persiguiéndolo escaleras abajo.

—Porque ya te he contado demasiado.

Me paré en medio del vestíbulo y me crucé de brazos con expresión obstinada mientras él marchaba disparado hacia las puertas de cristal, con las llaves del coche ya en la mano.

—Si esto es por lo de anoche, ya te dije que estoy bien. No tienes que protegerme de Feliks y sus matones.

Giró sobre sí mismo para volver hacia mí, me tomó del codo con firmeza y me arrastró a la puerta.

—No estabas bien. Te llevo a casa. Me he equivocado. Quiero que te alejes de esta investigación.

Clavé los tacones en el suelo y lo paré en seco.

—Si no quisieras que me involucrara, no me habrías traído contigo. —Se le tensó un músculo de la mejilla—. Has descubierto algo en ese informe que no quieres que yo sepa. ¿No es así?

Se pasó una mano por el pelo oscuro y dijo un taco por lo bajo.

—Me has contado todo lo demás sobre este caso. ¿Por qué esto no? ¿Por qué ahora no?

Apretó un dedo contra los labios, lanzando miradas nerviosas a nuestro alrededor.

—Porque creía que podíamos ayudarnos mutuamente —dijo esforzándose por mantener la voz baja—. Querías pruebas de que Theresa no es apta para tener la custodia y querías que la detuviera. Pero esto ya no solo tiene que ver con Theresa.

—Tienes razón. Ya no es así. Pero después de lo que Feliks intentó hacerme anoche creo que merezco saberlo.

Se pellizcó el entrecejo y soltó un suspiro profundo.

—Es mejor que no.

—¡No puedes echarme ahora del caso! Tú mismo lo has dicho, ya sé

dema…

—El vivero de Steven —se rindió en voz baja—. La hierba del Lincoln procede del vivero de tu exmarido.

Di un paso atrás para no caerme. De todas las cosas que esperaba oír, esa no era una de ellas.

—Debe de haber sido un error —dije con la garganta tensa—. Theresa nunca habría sido lo suficientemente estúpida como para llevarse a su ligue al vivero de Steven.

—Estás dando por hecho que estuvieron allí por razones personales. Pero ¿y si fue por negocios?

«La señora Hall y yo mantenemos una relación puramente profesional».

Eso es lo que había dicho Feliks. Pero tenía aún menos sentido.

—Steven compró el vivero el año pasado. No lo tiene puesto en venta.

—Si no está en venta, ¿qué hacía Feliks allí?

No tenía respuesta para esa pregunta.

—¿Ahora entiendes por qué no quería contártelo? Si puedo demostrar que Feliks estaba desarrollando actividades ilícitas en el vivero de Steven y un abogado consigue demostrar que tú o tus hijos os beneficiáis de cualquier forma de ese negocio, tu implicación pone en peligro todo el caso.

—Mi implicación ya pone en peligro tu caso —argumenté—. Nadie tiene por qué enterarse.

—Feliks lo sabe y puede utilizarlo en mi contra en un juicio.

—No puede demostrar que yo sepa nada sobre tu caso. Le dije que teníamos una relación amorosa.

Un desafío brotó en el brillo oscuro de los ojos de Nick.

—¿Vas a decirle lo mismo a tu ex cuando entremos en su vivero?

Así que allí era donde iba Nick. Al vivero. Podía decirle que me dejara en casa y pasar el resto del día preguntándome qué habría descubierto o podía obligarle a llevarme consigo.

—No va a estar allí —dije y mis piernas flojearon un poco al pensarlo—. Hoy tiene a los niños.

Nick se mordisqueó el labio por dentro mientras me contemplaba, con los nudillos aferrados a las caderas. Bajó la voz.

—Puedo hacer esto sin ti, Finlay. Cuanto menos sepas, mejor para los dos.

No estaba segura de a quién intentaba convencer, si a mí o a sí mismo. Lo único que sabía con seguridad era que Harris Mickler estaba enterrado en ese vivero y no podía dejar que Nick lo encontrara.

—Voy contigo.

Le arrebaté las llaves de la mano antes de que pudiera protestar. Si Nick iba a acercarse a ese vivero, sería mi ruina que lo hiciera sin mí.

Capítulo 36

—¿Estás segura de que Steven no está?

A Nick se le notaba lo tremendamente tenso que iba conforme giraba el coche para bajar por el largo camino de gravilla que llevaba al vivero. El estómago yo ya lo tenía hecho un nudo y los surcos de la carretera no estaban ayudando en absoluto. Me tragué el impulso de devolver sobre las alfombrillas del coche.

—Tiene a los niños hasta el lunes.

—¿Hay alguien más aquí?

Reconocí el Volkswagen compacto rojo que estaba aparcado delante de la caseta en la que atendía a los clientes.

—Bree. Trabaja en la oficina.

—¿Te conoce?

—Sí.

—Entonces va a ser fácil —dijo Nick introduciendo el coche en el espacio contiguo al de Bree y abriendo la puerta—. Sígueme el rollo.

Se me abrió un agujero en el estómago cuando lo seguí hasta la caseta. Me sujetó la puerta, pero tardé en entrar.

—¿Podemos estar aquí? —susurré—. Es decir, ¿no deberíamos tener una orden o algo así?

—Solo he venido a comprar césped. —Forzó una sonrisa inocente y me condujo adentro.

Bree levantó la vista del ordenador.

—¡Hola, señora Donovan! Qué alegría verla por aquí. Pero Steven no está. —Inclinó la cabeza, insinuando que debería haberlo sabido—. Hoy tiene el día libre.

—Lo sé. Está con los niños. Probablemente estén en el refugio de animales mirando cachorritos.

—Ay, qué mono.

Se llevó una mano al corazón. Casi pude oír sus ovarios explotar. Nick levantó una ceja. Le contesté con un leve asentimiento.

Reprimió una sonrisa irónica y se presentó:

—Soy un amigo de la señora Donovan. —Puso especial énfasis en la palabra *amigo* mientras movía la mano hacia la parte baja de mi espalda, un poco más debajo de donde había estado en el laboratorio. Los ojos de Bree la siguieron y la vi zamparse esa información jugosa —. Quiero arreglar mi jardín y Finlay me ha dicho que tienen una

buena selección.

—Desde luego. —Abrió un cajón archivador—. Le enseño un folleto con mucho gusto.

—En realidad, un amigo mío me ha recomendado una variedad llamada festuca azul. ¿La cultiváis aquí?

—Sí, la tenemos. Pero ya hemos vendido el primer cultivo, así que está todo reservado. Este verano un promotor nos pidió por adelantado toda la parcela.

—¿Entonces no se la habéis vendido a nadie más? —preguntó Nick. Le pisé el dedo gordo del pie. Bree podía ser joven, pero no era tan ingenua.

—Todavía no —dijo—, pero vamos a sembrar otra parcela en primavera. Puedo facilitarle los precios si quiere hacer un pedido.

—Gracias, pero creo que prefiero echarle un vistazo primero, si no le importa. ¿Ha dicho que ya tienen algo brotado?

Sus dedos se enroscaron en mi cintura. Un hilo de sudor me recorrió el costado y deseé que no lo notara traspasar mi camisa.

—Por supuesto. Salgo un momento y se lo muestro con mucho gusto. Déjeme solo que ponga una nota en la puerta por si acaso viene alguien mientras no estamos.

Bree abrió el cajón del escritorio y extrajo un taco de pósits con forma de corazón antes de que Nick la frenara.

—No, cómo voy a pedirle eso. Está usted sola y no quiero hacerle dejar el mostrador. Si me dice dónde está, puedo encontrarlo sin problema.

Bree parecía aliviada. Rebuscó en el cajón archivador y sacó un mapa fotocopiado del vivero. Me mordí la uña del pulgar mientras señalaba con un fluorescente rosa la carretera de tierra e indicaba el cuadrilátero de terreno que Nick buscaba… Era el solar que estaba enfrente de donde yacía el cadáver de Harris Mickler, justo al otro lado de la carretera de tierra.

—Su pareja…, digo, su… amiga ya conoce el camino —dijo Bree corrigiéndose mientras le entregaba el mapa a Nick. Se giró hacia mí y dijo—: Usted ya ha pasado por ahí. Es la última porción de terreno antes de llegar a la entrada trasera, tras cruzar el solar grande que está sin sembrar. El cultivo que usted busca tiene un tono azulado. No tiene pérdida.

—Gracias, Bree. Muy amable. —Nick me cogió de la mano y me llevó hacia la puerta—. Os llamaré pronto.

Sus zapatos crujieron por el aparcamiento en pasos gigantes y vigorosos. Bajé un poco la ventanilla en cuanto entramos en el coche; la sudoración me estaba aumentando en las pantorrillas y en las

axilas.

—Lo de tu ex es un auténtico coñazo. —Subió la vista al espejo retrovisor y sus ojos se entrecerraron al divisar algo detrás de nosotros —. Me van a echar la bronca por esto y probablemente debería sentirme culpable por hacerlo, pero no me voy a arrepentir.

Se inclinó sobre el reposabrazos, me tomó la cara entre las dos manos y me besó. Fue esa clase de beso fugaz y excitante que me habría puesto la carne de gallina si no fuera porque estaba muy ocupada preguntándome cómo me quedarían las esposas y un mono naranja. Lo empujé hacia atrás con firmeza poniendo una mano sobre su pecho.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté ruborizada y sin aliento.

—Por Bree. Porque nos está mirando por la ventana ahora mismo. Y, como la señora Haggerty no ha visto nada que merezca la pena, pensé que alguien debería decirle a Steven que estamos liados para respaldar nuestra versión. Por lo que sabe la gente, tú y yo solo hemos estado aquí por asuntos personales. —Su sonrisa estaba un poco torcida—. Vamos a escoger algo para el jardín de mi casa.

Sentí una tensión en el pecho cuando metió la marcha atrás; el aire me faltaba dentro de ese sedán que bajaba botando por la larga carretera de tierra que atravesaba campos, levantando nubes marrones de polvo. Nick aparcó antes de que llegáramos al final, justo donde ya se veía la hilera de cedros que rodeaba el límite del vivero. Tras ellos, distinguía la estrecha carretera local por la que Vero y yo habíamos llegado hasta allí la noche que enterramos a Harris.

Nick apagó el motor. Contempló el tramo de gravilla que se extendía delante de nosotros y luego dirigió la vista hacia los campos, tamborileando los dedos pensativamente sobre el volante.

No me atreví a mirar a la izquierda, al montículo de tierra marrón rojizo bajo el que Harris se descomponía. En su lugar, contemplé el oscilante mar de cabellos de festuca azul que estaba a mi derecha. Conforme las palmas de las manos se me iban enfriando, recordé que Nick no traía pala. No iba a cavar en ningún sitio; al menos hoy no. Solo tenía que mantener la calma y determinar el próximo paso que iba a dar. Luego Vero y yo pensaríamos qué hacer.

—¿Qué crees que hacían Feliks y Theresa aquí? —pregunté con voz temblorosa.

—No lo sé. Vamos a averiguarlo.

El pulso se me aceleró cuando Nick bajó del coche. Caminó por la línea del campo en la que empezaba la carretera y terminaba la festuca, y se detuvo junto a un grupo de marcas de neumáticos que habían aplastado la hierba y formado un sendero corto. Las marcas

habían dejado surcos profundos donde comenzaba la gravilla y se había segado de raíz una amplia sección de hierba, como si los bajos de un coche la hubieran arrastrado. El Lincoln de Feliks.

Demasiado nerviosa como para quedarme sentada tranquilamente, me bajé del coche y crucé los brazos para protegerme del viento cortante que rodaba por las hectáreas interminables de césped y hacía ondear el fino tejido de mi camisa. Vagué por detrás de Nick mientras él seguía las marcas de rodadura campo adentro. Morían solo unos metros más allá de donde empezaba la hierba.

—Feliks y Theresa probablemente entraron en el vivero por el acceso trasero —dijo estudiando la dirección de las marcas—. Parece que el coche solo pisó la hierba para dar la vuelta.

—¿Entonces solo estuvieron de paso? —Esperaba que eso significara que nosotros también nos íbamos a marchar enseguida—. A lo mejor Feliks decidió que el vivero no le gustaba más que los otros terrenos.

Nick negó con la cabeza, con las manos puestas sobre sus estrechas caderas mientras se daba la vuelta entre las marcas de rodadura, pensativo.

—¿Por qué vendría a mirar una parcela que no está en venta? ¿Y por qué entrar por atrás si no es porque no quería que lo vieran? —Caminaba despacio de una marca a otra, hablando consigo mismo en alto, como si intentara ver el lugar con los ojos de Feliks—. Si le preocupaba correr el riesgo de que lo vieran aquí, entonces no habría venido de día, sino de noche, cuando la oficina ya hubiese cerrado, cuando ya estuviera todo a oscuras…

Se paró donde habría estado el Lincoln. Sus pies formaban un puente sobre el tajo, al borde del campo; con los ojos parecía seguir la trayectoria de los faros delanteros del coche hacia el punto exacto donde habíamos cavado el hoyo. Se me cortó el aliento cuando fijó la mirada en la tierra que cubría la fosa de Harris.

—Yirov quiere esta tierra para algo y no le importa si pertenece a otra persona mientras nadie lo vea utilizándola. Entonces, ¿qué está haciendo con ella? ¿Y por qué involucrar a una agente inmobiliaria si no está en venta? A no ser que…

La voz de Nick se desvaneció. Se aproximó al campo en barbecho; la tierra crujió bajo sus zapatos antes de detenerse al borde. El viento me aullaba en las orejas. O quizá era la sangre. Me empecé a sentir mareada cuando su expresión de confusión se transmutó en asombro.

—Eso es —dijo con una voz tenue—. No está utilizando a Theresa porque sea agente inmobiliaria. La está utilizando porque está a punto de convertirse en propietaria. Legalmente, todo este vivero será suyo

desde el minuto en que se case con tu exmarido.

Volvió hacia mí alejándose del campo, con los ojos prendidos de una intensidad desenfrenada.

—No me puedo creer que no se me haya ocurrido antes —dijo para sí mientas volvía a toda prisa al coche.

—¿A qué te refieres con «eso es»? ¿A dónde vamos? —me apresuré a seguirlo.

El motor ya estaba en marcha cuando me metí torpemente en el coche. Rodeó el respaldo de mi asiento al girarse para mirar detrás de nosotros mientras daba marcha atrás; al otro lado del parabrisas, unas densas nubes de polvo enturbiaron la carretera cuando aceleró.

—A encontrar un juez al que Yirov no haya comprado todavía —dijo—. Preferiblemente uno que emita una orden de registro en sábado.

Torció de golpe el volante, girando el coche. Me aferré al salpicadero.

—¿Una orden de registro para qué?

Sus ojos se entornaron mientras pisaba el acelerador.

—Para excavar el vivero de tu exmarido.

Capítulo 37

Nick se abalanzó sobre el carril izquierdo de la interestatal haciendo señales con las luces a los coches que iban más despacio e inclinándose sobre el claxon. Sus nudillos estaban blancos alrededor del volante, con la atención puesta plenamente en la carretera. Casi podía oler la goma quemada de las ruedas de su cerebro dando vueltas.

—No lo entiendo. ¿Por qué hace falta excavar el vivero de Steven?

—Feliks no busca comprar terrenos. Si así fuera, habría entrado al vivero por la puerta delantera, habría plantado los billetes en la cara de Steven y le habría hecho una oferta que no pudiera rechazar. Y si Steven la rechazaba, Feliks lo habría presionado para que vendiera, probablemente amenazando con violencia. Mi teoría es que Feliks solo busca utilizar el vivero para algo turbio y quiere mantener cuanta discreción sea posible. Así que ha ido a por Theresa: alguien que puede manipular fácilmente con atenciones y dinero. Me apuesto algo a que Yirov está sobornando a Theresa para que le deje utilizar el vivero para un fin muy específico. Sea lo que sea, no planea usarlo durante mucho tiempo.

Pensé en el dinero en efectivo que Steven había encontrado en el cajón de Theresa.

—A lo mejor Feliks simplemente organiza sus reuniones allí.

—No —dijo Nick impacientándose con el conductor que estaba delante y adelantándolo por la derecha. Me agarré al tirador de la puerta mientras zigzagueábamos entre los coches—. Yirov tiene restaurantes y hoteles por todo el estado. Puede hacer sus reuniones donde quiera. Si solo fuera para reunirse con gente, no se tomaría tantas molestias.

—Entonces, ¿qué crees que está haciendo?

—No lo sé. Pero sospecho que la respuesta está enterrada en algún lugar de ese campo.

Contuve un acceso de náusea.

—¿Por qué piensas eso?

—Había más marcas de neumáticos. Había otros dos pares al borde del campo.

—¿Otros dos?

—Los tres vehículos entraron por el acceso trasero. Todos

aparcaron en puntos distintos, pero los tres pararon orientados al campo de tierra. El escondite de Feliks probablemente esté debajo de la intersección de las luces de sus faros.

—A lo mejor solo estaban… haciendo negocios. —Pegué el cuerpo al asiento cuando me vi rodeada por seis carriles de tráfico —. Encima de la tierra, digo. A escondidas. Delante de los faros.

Nick negó con la cabeza.

—La tierra estaba recién removida. No había ni una sola huella. Alguien había limpiado el lugar después de ellos. Y voy a descubrir lo que sea que están ocultando.

Los músculos de la mandíbula de Nick estaban tensos. No tenía duda de que destrozaría el condado hasta que consiguiera lo que buscaba.

—¿Cuánto vas a tardar en conseguir la orden?

—A lo mejor un día. Probablemente dos. El vivero no está en mi jurisdicción, por lo que tendremos que coordinarnos con los del condado de Fauquier. Voy a llevarte a casa —dijo con un tono que no dejaba lugar a discusión—. Tendré que pedir algunos favores. A los jueces no les gusta que les saquen del campo de golf y probablemente sea mejor que lo haga yo solo.

Metió el coche delante de mi cochera con una sacudida brusca del volante. Dio unos bandazos hasta pararse y puse una mano en el tirador de la puerta.

—Oye, espera —dijo Nick. Me giré, esperando que no pudiera ver la culpa y el miedo que llevaba escritos por toda la cara. Me cubrió la mejilla con su mano y me la acarició con el pulgar—. Sé que el día de hoy ha sido un poco frenético. ¿Qué te parece si vengo después y te llevo a cenar?

—Me parece… —Me aclaré el tenso nudo de la garganta—. Me parece muy bien, pero probablemente no debería salir. Tengo un montonazo de trabajo que hacer y llevo todo el día fuera. Me va a tocar hacer malabares con las fechas de entrega.

Y con un cuerpo bien muerto.

Nick se inclinó y me robó un beso delicado y dulce que me dejó sintiéndome aún más culpable. Abrí la puerta, salí y observé su coche alejarse de la entrada de mi cochera. Nick saludó con un gesto al agente Roddy cuando pasó a toda velocidad junto a él.

Al otro lado de la calle, las cortinas de la señora Haggerty estaban descorridas hasta los topes y su pelo blanco se cernía tras el cristal como un espectro. Estaba harta de esa mujer. Hasta ahí habíamos llegado. Por fin iba a cantarle las cuarenta.

Su cortina se corrió cuando crucé la calle; mis tacones bajos

resonaron cuando subí precipitadamente los escalones de la entrada de su casa.

—¡Señora Haggerty! —Llamé con fuerza a la puerta—. ¡Soy Finlay Donovan y tengo que decirle un par de cosas!

Acababa de alzar la mano para llamar de nuevo cuando la puerta se abrió. La ráfaga de aire caliente que salió de dentro me desconcertó.

—Ya era hora de que me hiciera una visita.

La señora Haggerty me fulminó con la mirada por encima de la montura dorada de sus gafas de medialuna. Se había puesto el pintalabios rosa tostado por fuera de los bordes naturales de sus morros fruncidos, llevaba demasiado colorete en las pálidas mejillas y su perfume de anciana resultaba denso a mi olfato.

La miré boquiabierta, respirando débilmente. No hizo ningún gesto para invitarme a pasar, pero tampoco me cerró la puerta en las narices.

—¿Qué quiere decir?

—Que ya era hora. Llevo esperando su disculpa desde hace ya un año. Entonces, bien, ¿no ha dicho que tiene algo que decirme?

Levantó la barbilla; la piel floja de debajo se bamboleó con orgullo entre las cadenas doradas que le colgaban de las patillas de las gafas.

—¿Por eso no me abrió la puerta la semana pasada? ¿Porque estaba esperando a que… me disculpara?

Ladeé la cabeza, perpleja, y me asintió con un gesto corto y decidido.

—Sabía que usted vendría en algún momento, ya que probablemente querría saber si vi que sucediera algo sospechoso en su cochera.

El suelo se me abrió bajo los pies.

—¿Vio usted algo sospechoso?

—Para algo soy miembro del comité de vigilancia del vecindario.

—¿No me diga? —Me callé, cerré la boca antes de decir alguna tontería y negué con la cabeza—. O sea, por supuesto. Y tiene razón, es exactamente por eso por lo que he venido. Para disculparme. Por…

Levantó las dos líneas finas y torcidas que tenía por cejas, que se había dibujado con lápiz en la cara. No tenía ni idea de qué era aquello por lo que quería que le pidiera perdón. Era ella la que me espiaba. Era ella la que se había chivado de lo de Steven y había hecho que mi matrimonio se viniera abajo. Era ella la que se lo había contado al resto del comité de vigilancia vecinal. Pero al final la culpa caía enteramente sobre una sola persona. Y esa persona probablemente no era la mujer huesuda y encorvada que estaba delante de mí en ese momento. Levantó más la barbilla, a la espera.

—Siento mucho —dije tragándome lo que me quedaba de orgullo— haberle gritado y haberle soltado esos insultos tan horribles. Estaba enfadada con mi marido y lo pagué con usted. Y no debería haberlo hecho. —La señora Haggerty arrugó la nariz, ajustándose las gafas para escrutarme a través de ellas, como si estuviera juzgando mi sinceridad. Con un gruñido de satisfacción, las dejó caer sobre el pecho—. Entonces, lo de mi cochera… —dije con cautela—. ¿Qué es lo que vio exactamente?

Se acercó un diario cerrado con una cinta de goma que tenía sobre la mesa del recibidor, detrás de ella. Lo abrió, se mojó un pulgar nudoso y hojeó las páginas. Se detuvo en una con un suspiro.

—La tarde del martes, ocho de octubre, la vi a usted salir con los niños un poquito antes de las seis. Y después la vi volver sin ellos, aproximadamente a las siete menos veinte. Me imaginé que probablemente estaría pronto de vuelta, dado que no sale mucho. —Me miró por encima de la punta de la nariz y yo respondí con una sonrisa tensa. Era lo único que podía hacer para no estrangular a esa mujer—. Pero luego la vi salir otra vez, vestida como para ir a una cita, supongo que con ese policía moreno que ha recibido últimamente en casa. —Alzó una ceja mal dibujada, invitándome a compartir con ella los detalles de mi relación con Nick, pero ¿para qué? Parecía saberlo ya todo—. En realidad, al principio la confundí con la señora Hall, para serle sincera. Pero después se tropezó con el escalón de la cochera al salir en tacones y supe de inmediato que era usted. Usted es más torpe que Theresa. Y camina con una postura horrenda —añadió escudriñándome los hombros—. Es probable que eso sea de todo el tiempo que pasa delante del ordenador. Eso no es bueno para la salud, sabe.

Le hice un gesto de impaciencia para que continuara.

—De todas formas, creo que debió de llegar después de las siete —dijo devolviendo la atención a su libro—. Luego todo estuvo en calma durante unas horas. Me vi mis programas de la tele y me tomé un trozo de pastel, gracias a lo cual sé que eran las diez menos cuarto cuando me di cuenta de que había luces en su cochera. Se dejó el coche con el motor encendido cuando entró corriendo en casa. Me imaginé que habría ido a por algo que se hubiera olvidado antes de ir a recoger a los niños de dondequiera que estuviesen.

—A casa de mi hermana —dije repitiendo el gesto.

—¿Su hermana, la agente de policía? Debe de haber habido cantidad de agentes de policía por su casa estos últimos días…

—Sí, me hizo de canguro —dije de una forma un poco brusca—. ¿Vio algo más?

—Por supuesto —espetó como si la mera pregunta fuera una ofensa —. Estuve observando la casa para asegurarme de que nadie le hiciera nada a su coche mientras estaba usted dentro. Al principio me exasperé porque estaba tardando mucho y me estaba perdiendo mi programa de noche por todo ese asunto. Pero entonces sucedió algo extraño.

Se ajustó las gafas, las gruesas cadenas le caían sobre las hombreras del jersey.

—¿Qué vio?

Me apuntó con un dedo artrítico.

—Vi a alguien fisgoneando en su cochera.

La respiración se me escapó del cuerpo. Ya está. La señora Haggerty había visto a las personas que habían matado a Harris.

—¿Recuerda cómo era?

—Era difícil verlo con claridad desde aquí, sobre todo a esa hora de la noche. Los faros del monovolumen estaban detrás de él, pero diría que era alto. Tuvo que agacharse un poco para mirar por las ventanillas de su coche. Pensé que podía ser uno de esos macarras del vecindario y que estaba planeando robarlo, así que bajé para llamar a la policía. Pero para cuando llegué al teléfono de la cocina, usted debió de salir y lo espantó. Cuando me asomé a la ventana de la cocina, la puerta de la cochera ya estaba cerrada. Por lo que pude ver, se había marchado.

Eché un vistazo, detrás de ella, al salvaescaleras anclado a un raíl al pie del primer tramo. Mi abuela tenía uno en su casa. Se movía con la fluidez del cemento. A saber cuánto tiempo habría perdido la señora Haggerty al bajar. O si incluso se podía considerar que era una testigo fiable. En realidad, no había visto a nadie cerrar la puerta de la cochera. Y, aunque lo hubiera visto, la mujer no era capaz ni de verse bien la cara en el espejo para pintarse los labios. Un juez podría desestimar su testimonio.

—¿Ha dicho que era un hombre? —pregunté para asegurarme de que lo había oído bien.

Asintió con seguridad. Me eché el pelo hacia atrás, esforzándome por descifrar su identidad. Feliks era alto. Supongo que podría haber venido con Theresa. O incluso con Andréi. Pero algo de ese supuesto no encajaba. Había tenido suficientes encuentros con Feliks para saber cómo actuaba. No era él quien hacía el trabajo sucio. Para eso tenía a Andréi. Y Andréi no era discreto.

—¿Vio con quién estaba?

—No vi a nadie más. Solo a ese.

Pero eso no tenía sentido. Alguien más tendría que haber estado allí

para ayudar al asesino a cerrar la cochera. Quizá había esperado en el coche y apareció justo cuando la señora Haggerty estaba bajando las escaleras.

—¿Vio qué tipo de coche conducía?

Sus ojos se entrecerraron.

—No había ningún coche. No hasta donde pude ver.

Así que el culpable había venido a pie, como había sospechado yo al principio. Y sin la descripción del sospechoso ni de un vehículo —sin pruebas de que otra persona asesinara intencionadamente a Harris—, me convertiría en la principal sospechosa una vez que Nick descubriera que yo era la mujer de The Lush. Mi mayor esperanza era que Nick se metiera en un callejón sin salida. Que Julian no me identificara ante la policía y que nadie demostrara que Harris Mickler había estado en mi casa.

—Por casualidad…, ¿vio u oyó algo más esa noche? ¿Algo… extraño en mi cochera? —pregunté con cautela.

—No —dijo—. No oía gran cosa con los ladridos de los perros del final de la calle. Debieron de ver al ladrón y eso los alborotó. Parecieron calmarse cuando ya se hubo marchado. —Se rascó la cabeza volviendo a comprobar su diario—. A ver…, vi a su canguro entrar por la puerta principal. Supuse que todo estaba en orden, por lo que me fui a dormir poco después. —La señora Haggerty encogió la nariz juntando las arrugas de la frente, que formaron una maraña de surcos pensativos—. Ahora que lo pienso, antes de que amaneciera me despertó un estallido terrible, pero no sabría decirle qué fue lo que lo causó.

Debió de haber sido la puerta de la cochera al caerse después de que Vero y yo llegáramos del vivero. Lo que significaba que no nos había visto salir ni entrar.

—Bien… Digo…, gracias. —Los hombros se me relajaron de alivio —. ¿Acabó llamando a la policía? ¿Por cualquiera de los sucesos?

—No. —Meneó la cabeza haciendo oscilar su piel flácida—. No me tomé la molestia de hacerlo. No había por qué hacerle perder tiempo a… —Interrumpió sus pensamientos. Se quitó las gafas y me contempló desde abajo con sus pequeños ojos azules—. ¿Por qué lo dice? —preguntó con avidez—. ¿Le robó algo aquel hombre? Si es así, podemos acercarnos ahora mismo y hablar con ese policía.

Señaló el coche de incógnito del agente Roddy.

—No, no. Está todo bien —insistí retrocediendo un paso.

Pero no era así. Ni de lejos. Según mis cálculos más optimistas, tenía cuarenta y ocho horas para averiguar quién había matado a Harris Mickler antes de que Nick desenterrara su cadáver.

Capítulo 38

Giré el cerrojo de la puerta principal de mi casa y entré, sorprendida por el silencio que había dentro hasta que recordé que los niños estaban con su padre. Aun así, resultaba inquietante. La tele estaba apagada. También las luces.

—¿Vero? —la llamé. Su nombre me volvió en forma de eco. Quizá se había ido a estudiar a la biblioteca.

Mis tacones resonaron con fuerza al cruzar la cocina. Me asomé por la puerta de la cochera. Su Charger estaba allí, junto al espacio vacío donde yo solía aparcar. Había dejado el coche de sustitución de Ramón en su taller después del incidente con Feliks y aún no había recuperado mi monovolumen.

Cerré la puerta de la cocina y, cuando la casa vacía absorbió el sonido, de pronto tuve la profunda sensación de que no estaba sola. De que me estaban observando.

No cabía duda de que algo no iba bien. Había algo m…

—¡Sorpresa!

Se me paró el corazón de golpe. Vero saltó por el arco del comedor con Zach apoyado sobre la cadera. Delia salió de un salto después de ella. Llevaba un manojo de globos de helio atado a los botones del peto con cintas de colorines que iban a juego con su pelo pincho. Una tarta reposaba en el centro de la mesa plegable, ahora despejada, donde solían acumularse nuestras facturas. Habían colgado serpentinas de la lámpara de araña de latón y habían puesto a enfriar una botella de champán y dos cartones de zumo en un cubo de hielo.

Delia se enredó en mis piernas y casi me tira al suelo. La envolví en un fuerte abrazo, memorizando la forma de su cuerpo —su peso ligero, el roce de su piel suave contra la mía— y preguntándome cuántos años tendría la próxima vez que la viera después de que Nick encontrara el cadáver de Harris.

—Pensaba que ibais a pasar el finde con vuestro padre.

Me retiré para mirarla a los grandes ojos de color avellana.

—Papi tenía que irse al trabajo —dijo Delia.

Sus manos diminutas jugueteaban con los pendientes de diamantes de mis orejas.

—Steven se ha presentado con ellos hace como una hora —explicó Vero meciendo a Zach sobre la cadera—. Ha dicho que tenía una

emergencia en el vivero y que necesitaba ir. Theresa está enseñando casas y no ha podido contactar con ella, así que me ha preguntado si los niños podían dormir aquí. Y, dadas las maravillosas noticias, ¡los tres hemos pensado que era una buena excusa para celebrarlo!

Delia me dio un globo. Zach sopló escupiendo saliva en el matasuegras de plástico que tenía en la boca, con una amplia sonrisa llena de dientes.

—¿Qué noticias? —pregunté mientras Zach se estiraba y se tiraba hacia mis brazos. Lo pegué fuerte a mí, muy segura de que nada era tan relevante como lo que había descubierto Nick esa tarde.

Vero me pasó un ejemplar doblado del periódico local.

—Ve al final de la primera página —dijo.

Dejé a Zach en el suelo y empezó a gatear. El globo chocó contra el techo con un golpe sordo cuando lo solté para abrir el periódico.

Ahí estaba yo.

Mi foto de escritora —con la peluca-pañuelo rubia, mis ojos ocultos tras unas gafas de sol oscuras— estaba impresa en blanco y negro bajo el titular «Una autora local se hace con un contrato de seis cifras por su próxima novela policiaca».

Mi corazón remontó el vuelo durante medio segundo antes de estrellarse y arder en forma de un montón de cenizas.

Había salido en el periódico. Mi libro había salido en el periódico. ¿Qué demonios había hecho Sylvia?

Leí detenidamente el artículo mientras el pulso se me aceleraba.

> En una entrevista con la agente literaria de Fiona Donahue, Sylvia Barr, de Barr y Asociados (Manhattan), nos ha revelado un adelanto del libro de Donahue, que saldrá a la venta el próximo otoño.
>
> A la pregunta de por qué creía que este libro había causado sensación, su editora, la señorita Barr, respondió: «Fiona tiene verdadero talento. Este libro la lanzará a las listas de los más vendidos. Es fresco. Es actual. ¡Me huelo un éxito enorme!».

Solté el aliento. A lo mejor solo les había contado eso. A lo mejor no le había dicho a nadie de qué iba el libro en…

Me hundí en una silla, y al seguir leyendo sentí que casi me daba un infarto.

> Cuando la desesperada mujer de un marido tóxico —un contable acaudalado con vínculos con la mafia— contrata a una sicaria para que se deshaga de él, alguien se adelanta a la asesina a sueldo… y la esposa también desaparece. Decidida a investigar el misterioso asesinato de su objetivo antes de que la puedan incriminar, esta sicaria sexi forma equipo con un policía experto que no sospecha nada para averiguar qué pasó.

—¡Lo has conseguido, mami! Vero dice que eres famosa. Como los de la tele. —Delia me achuchó las piernas, mirándome desde abajo con la misma expresión cariñosa de cordero degollado que suele reservar para su padre—. ¿Podemos comernos ya la tarta?

—¡Sí, esto merece un trozo de tarta!

Vero hizo pasar a los niños a la cocina mientras yo leía el resto del artículo con el corazón en la boca. Un mes antes, esta noticia habría sido mi mayor sueño, el que siempre había deseado vivir. Pero si Nick se hacía con la orden para excavar ese campo, esa noticia podría ser mi golpe de gracia.

Vero puso un pedazo de tarta untado de cobertura en la bandeja de la trona de Zach y otro delante de Delia.

—¿Puedo hablar contigo? —susurré.

—Después de la tarta —dijo Vero cortando una porción para ella y echándole un pegote de helado encima.

La tomé por el codo y la arrastré conmigo; la cuchara de helado que asía obstinadamente con la mano goteó de camino hacia el salón.

—¡Au!

Me miró frunciendo el ceño mientras se ajustaba el sombrerito de fiesta de papel. Me resistí a quitárselo de la cabeza de un manotazo.

—Nick y yo acabamos de venir del vivero de Steven —susurré.

Vero palideció.

—¿Qué habéis hecho allí?

—Nick encontró césped en el coche de Feliks y al analizarlo se ha descubierto que pertenece a uno de los campos de Steven. Va a solicitar una orden para excavarlo.

Vero bajó la vista al periódico como si se estuviera mareando. Una cosa era que tu novela de misterio y asesinatos apareciera en las noticias locales y otra muy distinta era que alguien encontrara el cadáver de verdad.

—¿Por qué demonios no le paraste los pies?

—¿Y qué debería haber hecho?

—¡No sé! —Las gotas de vainilla le bajaron por la mano y se esparcieron por la moqueta—. ¡Distraerlo! ¡Usar tus armas de mujer, como ya habías hecho antes!

—¡Para lo que me ha servido…!

Volvimos la mirada a la cocina, probablemente las dos estábamos pensando en lo mismo.

—¿Qué leches hacemos ahora? —preguntó.

—No lo sé.

Podíamos coger el dinero de Irina, recoger las cosas de los niños y huir del país. Pero ¿a dónde iríamos? Y ¿cuánto tardarían Andréi y

Feliks en encontrarnos una vez que Irina les hubiera contado que le habíamos robado el dinero?

—¿Cuánto va a tardar en conseguir la orden? —me preguntó Vero.

—Ni idea. —No podía llamar a Julian como si nada para preguntárselo—. Nick ha dicho que no es fácil localizar a un juez en fin de semana. A lo mejor un día o dos.

—Vale —dijo Vero empleando una técnica de respiración profunda que me hizo recordar con dolor el método Lamaze de preparación al parto—. Vale, está bien. Lo único que tenemos que hacer es cambiar el cadáver de sitio antes de que lo encuentre.

Una risa estridente estalló en la cocina. Vero y yo nos giramos para ver a Zach untarse la cobertura de la tarta sobre el pelo. Delia lo observaba con una ligera expresión de asco, con el mohín manchado de colorante azul. En la tarta había azúcar suficiente como para tenerlos despiertos durante las próximas cuarenta y ocho horas. Esto no iba a ser nada fácil.

—Podría ser peor —dijo Vero.

—¿En serio? Dime exactamente cómo podría ser peor.

—Podrían habernos traído un perro a casa. Hagas lo que hagas, no se lo menciones a Delia. Acabo de conseguir que deje de llorar.

—¿Por qué estaba llorando?

—Steven los ha llevado esta mañana al refugio, pero Sam ya no estaba.

—¿Lo han adoptado ya?

—Aaron, el chico este, el amigo de Patricia. La empleada del refugio le ha dicho a Steven que Aaron se lo llevó la semana pasada. Que le parecía raro, porque ya había adoptado dos perros la semana anterior y no es fácil viajar con tres perros.

Una desazón se me instaló en la boca del estómago.

—¿Viajar? ¿Qué quieres decir?

—Se marchó esa tarde. Dijo que se iba de vacaciones, pero no ha vuelto. Nadie sabe a dónde se ha ido. —Cruzamos la mirada. Nos la sostuvimos—. ¿No creerás que…?

Eso debió de haber sucedido justo después de que nos conociéramos, cuando le hice todas aquellas preguntas sobre Patricia. Había rellenado la solicitud con la dirección de Theresa. Y Theresa y yo vivíamos en la misma calle. Si había visto el nombre de la calle antes —como la noche que murió Harris—, Aaron podría haberla reconocido y averiguado quién era yo. Y por qué la estaba buscando.

«Los perros rescatados son buenos compañeros».

¿Era eso? ¿Aaron había cerrado la puerta de la cochera, decidido a rescatar a Patricia de un entorno de abusos, tal y como había hecho

con Sam y los otros perros del refugio, sin saber que Patricia ya tenía sus propios planes para zanjar el asunto? ¿Yo le había arrebatado a Aaaron su oportunidad al raptar a Harris del bar? ¿Me había seguido hasta aquí y aprovechado el momento para terminar la tarea que a mí me daba demasiado pavor llevar a cabo?

«No oía gran cosa con los ladridos de los perros del final de la calle»… «Parecieron calmarse cuando ya se hubo marchado».

Ladridos de perros. Yo había oído ladridos de perros esa noche en el aparcamiento de The Lush, cuando metía a Harris en el monovolumen. Y otra vez más tarde, esa noche, mientras estaba al teléfono con mi hermana. Según dijeron en el informativo de la noche en que desapareció, Patricia no tenía perros. Pero Aaron había adoptado a un montón.

¿Estarían Molly y Pirata con él en el coche?

Recordé el Subaru marrón que había visto en la cochera de Patricia, con las pegatinas de dos monigotes humanos y dos perros. En la foto de la sala de descanso del refugio, Patricia estaba sentada al lado de Aaron, con Molly y Pirata, y no llevaba la alianza. ¿Era Aaron algo más que un amigo? ¿Era su novio? ¿Un amante? ¿Habían planeado un futuro en común? ¿Era por eso por lo que los dos tenían tantas ganas de deshacerse de Harris? Y, si así era, ¿quién había ayudado a Aaron a encerrar a Harris en mi cochera?

Si realmente había estado solo, como había dicho la señora Haggerty, ¿cómo pudo impedir que la puerta de la cochera se le cerrara de golpe sin estar lo suficientemente cerca como para… sujetarla?

Me giré hacia Vero, le quité la cuchara de helado de la mano y la tiré al cubo lleno de hielo.

—Dame tu cinturón —dije.

—¿Mi cinturón?

—Tú hazme caso.

Vero se desabrochó el cinturón de cuero y lo sacó de las trabillas de los vaqueros. Era más delgado que el que llevaba Aaron el día que lo vimos en el refugio, pero parecía igual de resistente.

—Quédate con los niños. Ahora vengo.

Le di al botón de la pared de la cochera. El sol de la última hora de la tarde cubrió a raudales el hormigón y me quedé allí en medio, con la vista fija en los raíles, buscando una manera de utilizar el cinturón para que la puerta no se cayera, como había hecho Aaron con el suyo para mantener abierta la jaula de Sam.

En la parte frontal del garaje, encima de los raíles y cerca del punto en que se curvaban, se cruzaban dos barras de metal. Cogí la

escalerilla, me subí a ella y enlacé el cinturón alrededor, asegurándolo justo debajo del borde inferior de la puerta abierta. Luego moví la escalerilla al centro de la cochera, me subí y tiré del cordón de emergencia.

Sonó un suave chasquido cuando la puerta se desacopló del motor. Se combó, suspendida en el sitio por donde estaba el cinturón de Vero.

Aaron había matado a Harris.

No habían sido Theresa ni Aimee. Ni Feliks ni Andréi. Aaron lo había hecho solo. Sabía que la puerta se cerraría y bajaría dando un golpe, de la misma forma en que las jaulas con cierre automático habían sembrado el caos en el refugio cuando Vero soltó a los animales y dejó que las puertas se cerrasen de un golpe. Aaron había atado el cinturón al raíl y luego había tirado del cordón para separar la puerta del motor. Sigilosamente, había desenganchado el cinturón con una mano y había bajado la puerta con cuidado.

Pero si Aaron había matado a Harris para estar con Patricia, ¿para qué se había marchado ahora de la ciudad, si Patricia estaba muerta? Yo era la única persona que sabía la verdad sobre la muerte de Harris y, dado lo culpable que podría parecer a ojos de un juez, no estaba más dispuesta que Aaron a denunciar lo que había descubierto. Sin Patricia, Aaron simplemente podría haberse quedado en la ciudad y haber seguido con su vida. A no ser que…

«Patricia Mickler ya no existe. Me he asegurado de que así sea».

Recordé la conversación con Irina en el gimnasio. Nunca había afirmado abiertamente que Patricia estuviera muerta, solo que ya no quedaba rastro de ella.

«Tiene amistades que pueden hacer desaparecer a casi cualquiera… Nombre nuevo, pasaporte nuevo… y los borra del mapa como si nunca hubieran existido».

¿Y si Patricia Mickler no estuviera muerta después de todo? ¿Y si Irina solo había ayudado a su amiga a desaparecer? ¿Y si habían tirado su coche y sus objetos personales al pantano para fingir su muerte? ¿Y si Patricia ahora era otra, vivía en otro sitio y estaba con otra persona? Alguien que cuidara de ella y la hiciera sentir a salvo.

El coche que había visto en la cochera debía de ser el de Aaron: las pegatinas de la ventanilla trasera debían de representarlos a ellos y a su familia de perros. ¿Y si escaparon juntos en el Subaru para empezar una nueva vida? Aaron y Patricia podrían estar en cualquier parte. Borrados del mapa, como si nunca hubieran existido. Lo que me dejaba como la siguiente y única sospechosa de la muerte de Harris Mickler: era mi palabra contra una montaña de pruebas en mi contra.

Aturdida, me bajé de la escalerilla.

El teléfono me zumbaba sin parar en el bolsillo. Lo agarré, sorprendida al ver que tenía como doce llamadas perdidas: mis padres, Georgia, Sylvia… Todas ellas probablemente fueran para felicitarme por el artículo del periódico. No soportaba la idea de hablar con uno solo de ellos.

Unos neumáticos chirriaron delante de mi cochera. Me giré rápidamente y me estremecí cuando un parachoques plateado se paró a unos centímetros de mis rodillas. Al otro lado del parabrisas del sedán vi la cara llena de furia de Nick. Me señaló con un dedo firme y luego al asiento del copiloto. «Monta», pronunciaron sus labios.

Miré con anhelo la sombra de Vero en la ventana de la cocina antes de abrir la puerta del coche y entrar. Nick metió la marcha atrás, pisó el acelerador y salió derrapando de la entrada de mi garaje, hirviendo de furia en silencio mientras nos alejábamos. Al final de la calle, giró hacia un callejón sin salida y paró con una sacudida junto al bordillo, sin mirarme.

—Ha pasado algo curioso cuando te he dejado en casa. He llamado a mi comandante para contarle que estaba sobre la pista de algo gordo, que tenía novedades. Me ha informado de que él también tenía novedades. Y luego me ha contado todos los detalles de una noticia que ha salido en un periodicucho. —Nick sacó un periódico de la guantera y me lo tiró sobre el regazo—. Al parecer, yo soy el poli experto que no sospecha nada y mi investigación simplemente ha sido una gran fuente de inspiración para tu libro.

—No ha sido así… No es lo que…

—Me han suspendido. —Las palabras absorbieron todo el aire del coche—. Estoy pendiente de que mis superiores me reevalúen. Me han quitado la pipa. Me han quitado la placa. Y ahora tengo que esperar hasta el lunes para entrar en el despacho de mi jefe y explicarle por qué he dejado que una novelista con un interés personal en el caso haya trabajado en mi investigación. Y, para entonces, todo este dichoso asunto habrá acabado.

Se me secó la boca.

—¿Qué quieres decir con que se habrá acabado?

—Mi jefe se ha quedado con mi caso. Se está coordinando con la policía de Fauquier para progresar en la solicitud de la orden. Si mañana la consiguen, para cuando me devuelvan la placa ya estará ese campo abierto en canal y Theresa y Feliks detenidos.

—Lo siento. —Mi disculpa salió con un suspiro de pánico—. En teoría nadie sabía de qué iba el libro. Solo se lo mandé a mi agente. Ella se ha entusiasmado tanto que…

Volvió la cara hacia mí, con un destello de rabia y traición en los

ojos.

—¿En algún momento se te ocurrió que te estaba confiando información sensible? ¿Que si alguien se enteraba de cuánto te había dejado ver y oír podía perder mi puesto?

—¡Eso fue decisión tuya, no mía! —Me desabroché el cinturón de seguridad, girándome en el asiento mientras mi pánico cedía ante el enfado—. Tú viniste a mí, ¿te acuerdas? Tú te ofreciste a ayudarme con la investigación para mi libro.

—¡Me has utilizado!

—¡Y tú a mí! Porque querías pescar a la prometida de mi exmarido para inventarte una acusación por secuestro y pensaste que yo podría conseguirte la información a la que tú solito no podías llegar. Porque no tenías pruebas suficientes para justificar tu interrogatorio y mucho menos registrar su despacho o su casa. ¡Así que no me hables de utilizar a la gente!

Apartó la mirada, exhalando despacio con la vista puesta fuera de la ventana.

—Respóndeme a una cosa.

Metió la mano en su abrigo y extrajo algo del bolsillo interior. Lo soltó en mis manos. Mi peluca-pañuelo —el bonito disfraz bajo el que me había escondido, la persona exitosa que había estado fingiendo ser todo ese tiempo, la identidad que se suponía que me mantendría a salvo y alejada de cualquier problema— no era más que un gurruño en mi regazo. El pañuelo se había roto y la cabellera rubia estaba cubierta de polvo. La mirada de Nick cruzó el coche hasta llegar a mis ojos.

—¿Qué van a encontrar en ese campo cuando lo excaven?

Me miró como si no me conociera, como si me estuviera viendo por primera vez y no le gustara la cara que le devolvía la mirada.

Como no respondí, arrancó el coche. No hablamos durante el camino de vuelta a casa. No se despidió cuando me dejó delante de mi cochera.

Vero se retorcía las manos ante la puerta cuando por fin entré.

—¿Qué ha pasado?

Un globo vagaba por el techo. Los niños jugaban en la habitación de al lado. El helado de Vero, que no había llegado a comerse, estaba derretido en un charco sobre su plato.

—Tenemos que cambiar de sitio el cadáver de Harris. Esta noche.

Capítulo 39

Vero y yo estábamos de pie ante el maletero abierto del coche de sustitución de Ramón. La luz tenue iluminaba el contenido con un brillo espeluznante que solo conseguía que la oscuridad que nos rodeaba resultara más siniestra.

Pasar por delante del agente Roddy no había resultado tan difícil como quizá tendría que haber sido. Le rogué a mi hermana que dejara que los niños se quedaran a dormir en su casa, explicándole que iba apurada con la entrega del libro y que necesitaba una noche de tranquilidad para trabajar. Después de mucho lloriqueo y soborno por mi parte, aceptó. Vero había llevado a los niños al apartamento de Georgia después de montarlos en su Charger y salir como si nada de la cochera, mientras yo me quedaba a la vista de la ventana de mi cocina para que el agente Roddy y la señora Haggerty pudieran ver claramente que estaba en casa. De regreso de casa de Georgia, Vero había cambiado su coche por el de sustitución que yo había dejado en el taller de Ramón. El viejo sedán azul iba a resultar menos llamativo que el deportivo de líneas agresivas de Vero o mi monovolumen, y si montábamos una escena del crimen en el maletero y luego teníamos que convertirlo en chatarra para no dejar pruebas, estaba bastante segura de que nadie lo echaría de menos.

Vero después había llegado con el coche de sustitución a nuestro punto de encuentro en el parque que estaba al final de la calle. Entretanto, yo había rescatado de una caja polvorienta del sótano unos temporizadores para luces de Navidad, los había conectado a las lámparas de mi despacho, mi dormitorio y la cocina, y los había programado para que se encendieran y apagaran cada pocas horas. Tras el anochecer, me había recogido el pelo en una cola de caballo y me había cambiado la ropa para ponerme unos pantalones de chándal negros, guantes negros y una sudadera negra con capucha. Luego había corrido las cortinas y había salido a hurtadillas por la puerta trasera, rezando por no llamar la atención de mis vecinos con el destello blanco de mis deportivas al atravesar su jardín y que no decidieran pegarme un tiro de camino al parque.

Llegamos a la entrada trasera del vivero hacia las once y sin incidentes.

El aire era frío y seco. Mi aliento se escapaba en forma de nubes

mientras hacíamos inventario de nuestro instrumental, de pie frente al maletero del coche de Ramón.

—¿Por qué tenemos novecientos metros de film transparente? —le pregunté a Vero.

—Estaba de oferta en el súper.

Arrugué la cara.

—¿Y has decidido hacer acopio justo ahora?

—Me pediste que trajera film transparente.

—Te dije que cogieras *lona* transparente.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo. El film transparente se usa para envolver bocadillos. La lona transparente se usa para envolver cadáveres. Es más grande y recia, como una cortina de ducha.

—¡Me dijiste que no trajera una cortina de ducha para no levantar sospechas!

—¡Claro, porque no hay nada más inocente que un cadáver en descomposición envuelto en novecientos metros de papel albal transparente!

Tomé las palas y le encajé una a Vero en la mano. El portazo del maletero se extendió como un eco a kilómetros de distancia y la corteza de hielo que cubría la tierra crujió aún más fuerte bajo nuestros pies a medida que nos aproximábamos al borde del campo.

Los faros del coche abrían secciones de luz sobre la tierra y estiraban nuestra sombra al pasar. Vero hundió la punta de la pala en la tierra.

—¿Estás segura de que es aquí donde lo dejamos? —Señaló a unos metros a su derecha—. Yo creo que estaba más hacia allá.

—No —dije de pie a su lado—. Era aquí, sin duda.

No le dije que no estaba cien por cien segura. Esta vez habíamos tenido cuidado de aparcar el coche sobre el camino de gravilla, con los faros orientados al campo, en lugar de dejar otras cuantas marcas de neumáticos en la tierra blanda para que la policía las siguiera. Entre la oscuridad que nos envolvía y el haz de luz inquietante que arrojaba el coche de Ramón, resultaba un poco difícil orientarse. Pero teníamos que empezar por algún punto. Y este parecía estar lo suficientemente cerca.

Vero lanzó de reojo una mirada de anhelo hacia el enorme tractor amarillo del campo de al lado.

—¿Estás segura de que no quieres que traiga la artillería pesada? He visto unos vídeos en YouTube…

—¡No vamos a desenterrarlo con una cargadora! —Lo último que necesitábamos era que encima nos acusaran de hurto agravado—. No

está muy profundo. Podemos hacerlo solas.

Vero se quejó para sus adentros mientras daba un paso adelante sobre la superficie irregular del campo e hincaba la pala en la tierra.

—Vamos al lío. Que hace un frío que pela.

Apagué los faros. Mejor trabajar en la oscuridad para que nadie viera las luces desde la carretera. Me aventuré a alejarme unos metros de Vero, más cerca de donde ella había señalado antes, por si acaso tenía razón. Las ampollas apenas se habían convertido en callos, pero al menos esta vez teníamos dos pares de guantes y dos palas rígidas. Con tanto cavar y tanto *spinning* durante las últimas semanas, en cierta forma me sentía más fuerte, capaz de levantar más peso. Clavábamos las palas en la tierra con un ritmo constante y los hoyos se iban ensanchando y convergiendo en algún punto intermedio. La tierra suelta iba formando montículos a nuestro alrededor, lo que nos hacía sentir que estábamos más abajo de lo que probablemente estábamos.

—¿A dónde lo vamos a llevar? —me preguntó Vero con una bocanada de niebla azul—. ¿A un cementerio, como en tu libro?

Dejé escapar una risa entrecortada entre paladas. Si hacíamos eso, el dichoso libro probablemente sería la razón por la que acabásemos en prisión.

—No, lo conservaremos durante unos días hasta que cierren el caso y luego lo volveremos a poner en el mismo sitio. No es muy probable que la policía consiga otra orden para volver a excavar una misma parcela. Y la tierra estará mullida. Será fácil cavarla y esconderlo aquí. —añadí entre resoplidos.

—¿Unos días? —Vero echó el cuerpo sobre el mango de su pala y se pasó la manga por una ceja; su asco se percibía incluso en la oscuridad—. Ramón me va a matar cuando le devolvamos el coche. ¿Tienes idea de lo que va a apestar un cadáver en descomposición? El papel film será muchas cosas, pero un buen desodorante para pies no es.

Hundí la hoja de la pala más adentro; el hoyo ya nos llegaba a las caderas.

—En el hipermercado ahora están liquidando los arcones congeladores. Podemos ir a por uno mañana por la mañana y ponerlo en el garaje.

Soltó una risilla sombría.

—Y pensar que te preocupaba una dichosa cortina de ducha. No hay nada que sea más de asesino en serie que tener un congelador en el garaje.

—¿Tienes una idea mejor?

Un golpe sordo resonó en la tierra, a mis pies. La presioné

suavemente con la punta de la pala y toqué algo duro. Moví la pala unos centímetros, y volví a golpearla, por si acaso era una piedra.

—Espera. —Vero arrugó la nariz al hurgar en la tierra a unos metros de mí. Olisqueó cautelosa, el aire de pronto se volvió acre y empalagoso—. Creo que lo he encontrado.

Sustituí la pala por la linterna que tenía en el bolsillo y dirigí el haz a la tierra, a los pies de Vero. El olor me hizo apartar la cara.

—¿Qué pinta tiene?

—Eh… ¿Finlay? —Elevó la voz con un tono cantarín mientras se arrodillaba para apartar la tierra—. Harris no llevaba vaqueros cuando lo enterramos, ¿verdad?

Me dejé caer de rodillas a su lado y limpié frenéticamente de tierra una larga pernera de tela vaquera. El símbolo de Nike apareció en un extremo.

—No. —Reprimí el impulso de vomitar—. Y ni por asomo llevaba zapatillas de correr.

—¿Entonces quién narices es este?

—No lo sé, pero Harris seguro que no.

Cautelosamente, palpé los bolsillos de los vaqueros del hombre buscando una cartera, pero estaban vacíos. Con la cabeza estirada hacia atrás por el olor, retiré unos puñados de tierra de la cara del muerto. La saliva me encharcaba la garganta.

—¡Ah! Ay, no...

Me tapé la nariz con la manga.

—¿Qué pasa? —me preguntó Vero acercándose a gatas para ver.

Los ojos del hombre, abiertos de par en par, estaban cubiertos por una neblina blanca. La piel pálida estaba hundida, con un tono gris espantoso, y sus labios azules rebosaban de tierra por las comisuras. Un agujero púrpura le oscurecía la sien.

—Creo que le dispararon en la cabeza.

Vero se detuvo en seco. Bajó la mirada lentamente, pinchando la tierra que estaba junto a sus rodillas.

—¿Finlay? —Apartó con la mano un puñado de tierra, soltando palabrotas en español, y su voz tembló cuando dijo—: Siento tener que decirte esto, pero he encontrado otro par de zapatos. Y casi seguro de que tampoco son los de Harris.

Cuando me impulsé para levantarme, noté la inestabilidad de la tierra bajo mis pies. El olor se aguzó. Me empezaron a llorar los ojos cuando desenterramos otro par de zapatos. Nick tenía razón. Feliks estaba usando el vivero de Steven para sus negocios. Como vertedero de cadáveres.

—¿Y cómo vamos a encontrar a Harris con este barullo?

—No lo sé.

Vero parecía estar al borde de un ataque de pánico. Desvió la linterna hacia mi cara.

—Apunta hacia abajo —le espeté protegiéndome los ojos—, que no veo.

—¿Apuntar el qué? No estoy apuntando…

La interrupción repentina de su voz indicó que algo no iba bien. Mantuve el brazo sobre mis ojos, parpadeé, pero no pude distinguir su cara a contraluz.

—No es una linterna —susurró frenéticamente—. ¡Viene alguien!

Nos agachamos. Los zapatos de los muertos se nos clavaban en las espinillas mientras nos asomábamos por el borde del hoyo. Los faros oscilaron al bajar por la carretera de gravilla hacia nosotras; las luces eran cuadradas y de gran amplitud, de las que nunca querríais ver por el espejo retrovisor de noche.

—¡Mierda! Creo que es Nick.

Debía de haber caído en que estaría vigilando el vivero. No había forma de que se mantuviera al margen y dejara que otra persona se hiciera cargo de su investigación sin seguir metido en ella. Probablemente nos había visto llegar. Lo más seguro era que hubiera estado esperando, aguardando el momento en que ya estuviéramos metidas hasta las trancas en un hoyo repleto de pruebas antes de actuar para atraparnos. Con suerte, no habría solicitado refuerzos.

—¿Qué hacemos? —dijo Vero con voz ronca mientras el coche de Nick se detenía despacio junto al de Ramón. Marchó al ralentí de forma amenazadora; el humo del tubo de escape flotaba sobre nosotras y los faros nos apuntaban directamente.

—No tiene sentido esconderse. —Ya está. No había forma de salir del hoyo que habíamos cavado sin unas esposas y una condena—. Conoce el coche de Ramón. Ya sabe que estamos aquí. Debería entregarme y explicárselo todo. Le diré que fue todo idea mía.

Vero me siseó protestando, tirándome del codo mientras me ponía en pie. Solté la pala en señal de rendición, un brazo me protegía los ojos del resplandor de los faros.

Vero se quedó de pie a mi lado. Su mano temblaba cuando dejó su pala en el suelo. Con las manos arriba, esperamos a que Nick se bajara y nos detuviera.

La puerta del coche se abrió. Dejó el motor encendido; el humo del tubo de escape ahuyentaba el olor a cadáveres putrefactos a medida que sus botas se dirigían hacia nosotras crujiendo sobre la gravilla. Se detuvo delante del coche y los haces de luz recortaron la silueta de su cuerpo mientras se llevaba la mano al bolsillo izquierdo.

Probablemente estaba sacando las esposas.

Oímos chasquear la piedra de un mechero. Dos veces.

Bajé el brazo, parpadeando hacia los faros conforme la llama se prendía y extinguía. El ascua roja del cigarrillo de Nick brilló con mayor intensidad cuando le dio una calada larga y reflexiva.

—No sabía que Nick fumara —susurró Vero.

—Y no fuma —dije con voz ahogada.

Vero se arrimó a mi lado. El hombre exhaló una bocanada larga de humo blanco que se fundió con el destello claro de los faros y las nubes del tubo de escape. Una chaqueta acolchada distorsionaba el contorno de la mitad superior de su cuerpo. Pero fueron sus piernas, abiertas al ancho de los hombros al contraluz, lo que me llamó la atención. Eran más robustas que las de Nick, como dos troncos sólidos que se alzaban desde la tierra. Mis ojos treparon por ellas y se detuvieron en la longitud desconcertante de su brazo derecho, que era sospechosamente más largo que el que sostenía el cigarrillo.

—¿Finlay…?

Vero me tomó la mano en el momento en que la luz iluminó el cañón de una pistola. Cuando el hombre me apuntó con ella se me paró el corazón.

—Puedo explicarlo… —dije esperando que el poli al que estuviera mirando conociera a mi hermana o que a lo mejor se dejara sobornar con un autógrafo.

El arma emitió un suave clic y cerré la boca. Se aproximó al hoyo, apuntándola hacia nosotras, con la cara iluminada a contraluz e indescifrable en la oscuridad.

—Salid. —Su voz era grave y áspera, y parecía dentada, como la piedra de su mechero.

—¿No tendría que leernos nuestros derechos?

—¡He dicho que salgáis!

Vero se aferró a mi brazo. Con las piernas temblorosas, salimos del hoyo, sujetándonos la una a la otra para no perder el equilibrio.

—Daos la vuelta —exigió.

Nos giramos hacia el campo. Los faros del coche del agente proyectaban nuestras siluetas sobre los montones de tierra que habíamos excavado, sobre los espectros borrosos de un par de zapatillas sucias y las formas neblinosas de rostros putrefactos en la oscuridad. Se me disparó el pulso cuando la sombra del agente se estiró hacia nosotras.

—No sabíamos que estos cuerpos estaban aquí —farfullé—. Mi hermana trabaja en el departamento de policía de Fairfax. Si pudiéramos llamar…

—Poneos de rodillas —ladró. Ya está. Iba a esposarnos.

—Mire, debe de haber habido un grave malentendido. Si pudiéramos hablar con…

—¡He dicho que os pongáis de rodillas!

Empujó la pistola contra mi nuca. Me tambaleé hacia adelante y casi me caí al hoyo. Vero me agarró del brazo y me estabilizó mientras seguía las órdenes del agente. Me arrodillé en el suelo. La resistencia a la autoridad era un delito que no nos convenía en ese momento.

Vero se arrodilló a mi lado sin soltarme de la mano; las dos temblábamos, esperando oír el sonido de las esposas.

En cambio, el frío acero de su pistola me presionó la nuca.

Se me atascó el aliento. Cerré los ojos muy fuerte y pregunté con voz temblorosa:

—¿No va a arrestarnos?

Su pistola comenzó a agitarse cuando el hombre soltó una risa ronca y profunda, que empezó a volumen bajo y luego ascendió, trepó por el terreno accidentado de su garganta y reverberó en el hoyo hasta llegar a nosotras. Murmuró algo que no entendí. Algo que se parecía mucho al ruso.

Vero me clavó las uñas.

Andréi Borovkov.

Bajé la vista a las punteras de las zapatillas blancas del hoyo. Estos eran sus cadáveres. Estos eran los trapos sucios que Feliks había estado ocultando. Y nosotras íbamos a ser las siguientes.

—¿Qu… qué haces aquí?

¿Había más cadáveres en el maletero del coche? ¿Iba a enterrar a alguien más?

—No escuchas cuando te hablan. Feliks dijo que te iba a vigilar de cerca. Tu policía, el que estaba aparcado cerca de tu casa…, no era tan buen guardaespaldas.

El agente Roddy… Andréi había estado vigilando mi casa.

—¿Nos has seguido hasta aquí?

Lo sentí encogerse de hombros por el pequeño movimiento de su pistola.

—Tenía curiosidad por ver qué tramabais. Y ahora ya lo sé. A todos nos sorprendió que Harris Mickler desapareciera tan de pronto. Al no devolver la llave de la caja fuerte después de hacer sus depósitos habituales, Feliks estaba convencido de que había huido del país con su dinero.

La llave pequeña del llavero de Harris… Patricia se la había quedado el día que nos reunimos en el Panera. Debió de haber usado el dinero para escaparse con Aaron.

Andréi aspiró una calada, pensativo.

—Pero habría apostado por que había sido mi mujer. A Irina nunca le gustó el marido de Patricia. Decía que era un pedazo de mierda asqueroso que se merecía la muerte. —Contuve la respiración con una pausa larga mientras él expulsaba el humo por encima de mi cabeza —. A lo mejor ni me molesto en contarle a Feliks lo que estabais haciendo aquí. No me gusta perder las apuestas.

Dejé escapar el aliento de golpe cuando bajó la pistola. ¿Iba a dejarnos escapar? ¿Iba a chantajearnos para que no habláramos?

No me atreví a inmutarme cuando las piernas de Andréi aparecieron a mi lado. Metió un pie en el montículo de tierra del borde del hoyo, fumando mientras se asomaba. Una sonrisa siniestra le torció el labio al exhalar una larga voluta.

—Parece que ya me habéis hecho la mayor parte del trabajo. Así va a ser mucho más fácil enterraros.

Vero profirió un sonido ahogado y se me encogió el estómago. Andréi iba a matarnos. Allí mismo. Al estilo de las ejecuciones de guerra, con un tiro en la nuca. Iba a caer dentro de ese hoyo, encima de todos los demás cadáveres. Encima de Harris Mickler. El jefe de Nick vendría mañana con una orden y me desenterraría. Mi hermana tendría que identificar mis restos.

Meneé la cabeza a modo de protesta muda. Ya había tenido suficiente con Harris Mickler. Ni de puñetera coña iba a caer en esa fosa sin luchar.

Andréi dio la última calada antes de arrojar la colilla al hoyo; desprendió con su zapato terrones sueltos de tierra que cayeron en cascada hacia mí.

Fijé la mirada en mi puño, que se agarraba a la tierra. Al polvo arenoso que cubría los nudillos de mi mano. Subí la vista a Andréi y lo miré a través de los mechones de pelo que se me habían soltado de la cola de caballo y que ahora agitaba el aire. El viento desplazaba el humo del tubo de escape sobre el hoyo. Observé a Andréi expulsar la última calada, girando la cabeza para que la brisa no le echara el humo en el rostro.

«La pifié en mi primer control de tráfico cuando un punki me vació un cenicero en la cara».

Solté mi mano de la de Vero y la hundí en el suelo. Agarré dos puñados de tierra seca y la estrujé entre los dedos hasta convertirla en arena fina. Los hombros de Andréi se agitaban con una risa muda, y negando con la cabeza como si no pudiera creerse la suerte que había tenido, se volvió hacia nosotras.

—Ya estoy —dijo—. Vamos a acabar rápido con esto.

Alcé las manos lanzando la tierra a lo alto. La arena se arremolinó con el viento y le golpeó la cara. Gritó, dándose manotazos violentos en los ojos. Su pistola centelleaba a la luz de los faros mientras intentaba sacarse la arena con las dos manos. Esperé a que soltara el arma, preparada para cogerla y salir corriendo, pero lo único que hizo fue asirla con más fuerza; la pistola se agitaba dando bandazos mientras nos gritaba y soltaba palabrotas. Me agaché cuando disparó; el impacto sordo esparció tierra junto a mis rodillas.

Un silenciador. La pistola llevaba silenciador. Nadie iba a oír los disparos. Nadie vendría a salvarnos.

El corazón me aporreaba el pecho. Cogí a Vero de la mano y la arrastré conmigo para resguardarnos tras el coche de Ramón.

Andréi gritaba y chillaba de dolor; sus botas daban pisotones contra el suelo mientras se metía los dedos en los ojos. Otro disparo. Vero y yo nos acurrucamos más cerca del parachoques, con las manos pegadas a la boca y abrazadas con fuerza. Otra bala silbó cerca del capó. Con un gritito, nos movimos con dificultad hasta el extremo más alejado del coche y nos agazapamos tras la rueda trasera; nos agarramos las manos mientras Andréi se agitaba y nos llamaba a voces.

Si lográbamos meternos en el coche, a lo mejor podríamos huir.

Pasé por delante de Vero para alcanzar el tirador de la puerta del copiloto. Resonó otro disparo. Me agaché, esta vez rodeándola con los brazos. Se oyó un fuerte golpetazo proveniente del hoyo.

Luego, silencio.

Nos pegamos al costado del coche, esperando a que se oyera otro.

Pero los disparos habían cesado.

El único sonido era el del leve murmullo que producía el motor al ralentí del coche de Andréi. El viento susurraba entre los cedros que estaban a nuestra espalda. El aliento entrecortado nos salía humeando de los labios. Ninguna se atrevió a mover un músculo.

Tras un instante que se hizo eterno, me asomé por encima del capó. El humo del tubo de escape del coche de Andréi sobrevolaba el hoyo. Estaba despatarrado sobre la tierra que había en al borde. El resto de su cuerpo desaparecía en su interior, como si se hubiera caído dentro.

Vero se aferró a la espalda de mi sudadera, abrazada a mí como una sombra mientras me acercaba cautelosamente hacia su cuerpo. La pistola de Andréi brillaba trémula en su mano floja. Me arrodillé dentro del hoyo remolcando a Vero, intentando no pensar en la humedad pringosa que se estaba filtrando a través de las finas rodillas de los pantalones de chándal mientras gateaba hacia él. Cuando nos acercamos lentamente, las dos nos estremecimos. Andréi tenía la cara

destrozada de un disparo certero. Un charco oscuro se expandía desde lo que quedaba de su cabeza.

Respiré hondo, temblando; lidiando con el impulso de vomitar.

—Se ha disparado a sí mismo.

—¿Aposta? —farfulló Vero.

Parpadeé y bajé la mirada a la pistola que tenía en la mano. La había meneado como un loco; había dado bandazos y se había arañado los ojos con cada disparo a ciegas que dirigía hacia nosotras.

«Me dolió tanto que no pude pensar con claridad»… «Tuve suerte de no matarme».

—No lo creo. Creo que ha sido un accidente.

—¿Y ahora qué hacemos?

La pila de cadáveres que Andréi había enterrado se amontonaban en el fondo del hoyo. Encima de ellos, el ascua del cigarrillo que había tirado se debilitaba, consumida.

—Apaga el motor de su coche —me oí decir mientras le palpaba los bolsillos y sacaba la cartera para metérmela en el abrigo—. No dejes huellas.

Vero salió con dificultad del hoyo y corrió hasta el coche de Andréi. El campo se oscureció cuando apagó el motor. Me tomé un momento para pensar. Para respirar. Para procesar lo que sabía, mientras los ojos se me acostumbraban a la luz de la luna.

La policía iba a excavar este campo en las próximas veinticuatro horas.

Encontrarían dentro a todas las víctimas de Andréi. Incluido Harris.

Nick ya había dado por hecho que Feliks estaba vinculado a la muerte de Harris. Por lo que ellos podían llegar a saber, Harris solo era un cadáver más.

—Vamos a dejar aquí a Harris —dije infundiendo a las palabras todo el aplomo del que pude armarme.

—¿Dejarlo aquí? —susurró como si temiese que nos fuera a oír—. ¡No podemos dejarlo aquí!

—Si nos lo llevamos, la policía va a seguir buscándolo.

—Pero si lo encuentran con Andréi y todos los demás…

—Probablemente darán por hecho que ha sido cosa de la mafia. —Era jugársela, pero mover a Harris de sitio parecía mucho más arriesgado—. Ayúdame a poner a Andréi con los demás.

Cogí su cuerpo por los brazos. Vero lo agarró por las botas y, con un gruñido, lo depositamos en el hoyo. Cuando la policía viniera al día siguiente y hallara una fosa común, encontrarían su cigarrillo recién fumado y su pistola. Parecería que se había reunido aquí con alguien —probablemente Feliks— que lo habría observado enterrar los

cadáveres y luego lo habría asesinado y tirado con sus víctimas, para así librar a la organización del matón poco cuidadoso que seguía sacando a la luz sus trapos sucios.

Nick no estaría aquí para llevarse el mérito del hallazgo, pero podría gozar de la satisfacción de saber que había resuelto el caso que por fin metería a Feliks Yirov entre rejas. Patricia e Irina se habrían librado de sus maridos, Patricia y Aaron podrían salir de su escondite, y Vero y yo podríamos seguir con nuestras vidas.

Sin mediar palabra, devolvimos toda la tierra a la fosa y llevamos las palas al maletero, con cuidado de no dejar ningún rastro. Cuando terminamos, me senté al volante del coche de Andréi y Vero me siguió con el de sustitución por la carretera hasta llegar a un campo lleno de malas hierbas, como a un kilómetro de distancia, donde abandonamos el coche de Andréi con su cartera en la guantera.

De vuelta a casa, paramos en el taller de Ramón, cambiamos el coche de sustitución por el Charger de Vero y emprendimos el viaje de regreso a South Riding en silencio, demasiado conmocionadas y agotadas como para hablar.

Llegamos al parque justo antes del amanecer. Vero paró para comprobar que nadie nos observaba cuando me metí en el maletero. Con una sonrisa de disculpa, lo cerró de un golpe conmigo dentro.

Hecha un ovillo junto a las palas, oí los neumáticos volver a rodar sobre la carretera. El motor se redujo a un ronroneo suave cuando pasamos despacio junto al coche del agente Roddy para asegurarnos así de que tanto él como la señora Haggerty veían a Vero regresar sola a casa.

Mi cuerpo se meció cuando el coche entró en el aparcamiento de casa. Se paró mientras la puerta de la cochera crujía al subirse. El coche avanzó unos metros y después el motor se apagó. En el exterior de la carrocería, el sistema zumbó al volver a ponerse en marcha para cerrarse. La puerta de Vero se cerró y sus zapatillas rechinaron sobre el hormigón pulido al rodear el coche. Al abrirse el maletero, me descubrió su sonrisa cansada y cubierta de polvo mientras me tendía una mano para ayudarme a salir de su oscuro interior.

Capítulo 40

Vero y yo dejamos las noticias puestas, viendo cómo cambiaban los titulares mientras el día se fundía en la noche. Acabábamos de meter a los niños en la cama cuando saltó la noticia.

> «Seis cadáveres, entre ellos el de Harris Mickler, cuya desaparición denunció su mujer hace casi tres semanas, han aparecido enterrados en Viveros de Árboles y Tepes, en el condado de Fauquier. Se ha identificado uno de los cuerpos como el presunto miembro de la mafia Andréi Borovkov. Los inspectores, tanto de la policía del condado de Fauquier como de la de Fairfax, afirman que las muertes parecen ser asesinatos vinculados al crimen organizado. Mientras que el propietario del vivero asegura que no tenía conocimiento de los sucesos hasta esta misma noche y la policía considera que por el momento no es un posible sospechoso, las fuerzas de seguridad han detenido al presunto líder de la mafia Feliks Yirov y a un cómplice anónimo para ser interrogados. Continuaremos ampliando la información».

Mi móvil vibró. Lo pesqué entre los cojines del sofá. El nombre de Steven brillaba en la pantalla.

—¿Finn? ¿Estáis bien tú y los niños?

Parecía desesperado. No me gustaba admitirlo, pero me alegraba oír su voz.

—Estamos bien. Acabamos de ver las noticias. ¿Tú estás bien?

—Creo que sí. Pero se han llevado a Theresa para interrogarla. No sé qué está pasando. —Se oían los ruidos de la comisaría de fondo: *walkie-talkies* y zumbidos de puertas automáticas, el retumbar de las voces de los agentes que se hacían bromas por los pasillos—. Finn, te juro por Dios que yo no sabía nada de esto.

—Te creo.

Me abracé las rodillas. Era difícil no sentirse culpable por mi participación en todo aquello. Pero, incluso si no hubiera enterrado a Harris y a Andréi en el vivero de mi exmarido, seguiría habiendo otros cuatro cadáveres ahí escondidos gracias a Feliks Yirov. Al menos ahora podrían identificarlos y darles digna sepultura.

—¿Crees que Theresa lo sabía?

—Sinceramente, no lo sé. Ella jura que no. Pero ya no sé qué creerme. Estoy ahora en la comisaría. Está aquí tu amigo el poli, Nick. Dice que puedo quedarme hasta que hayan terminado con ella, pero pueden pasar unas horas hasta que la suelten.

Si es que la soltaban. Si Nick o su jefe creían que Theresa tenía la más mínima idea de lo que habían enterrado en ese campo, la ficharían y la acusarían de ser cómplice de los delitos.

—Tómate el tiempo que necesites —lo tranquilicé—. Vero y yo nos haremos cargo de los niños. ¿Quieres que le pregunte a Georgia si puede ir para allá?

Steven exhaló un suspiro entrecortado.

—Eso sería… estupendo. Dales un beso a los niños de mi parte. Mañana te llamo cuando sepa algo más. Y, oye —dijo—, lo siento. Por todo esto.

—No pasa nada —dije—. Ya lo arreglaremos.

Colgó.

—¿Crees que Nick sospecha algo? —me preguntó Vero mientras dejaba el móvil en la mesa.

Estaba hecha un ovillo en el otro extremo del sofá con un par de pantuflas de pelo sintético y un pijama abrigado, abrazada a un cojín pequeño. Las noticias destelleaban en la televisión sin volumen. Los titulares no habían cambiado mucho en las últimas horas.

—Si sospechara algo, ya estaríamos en el asiento trasero de un coche patrulla camino de comisaría.

Patricia era tonta si confesaba algo justo en ese momento. Lo más inteligente era que saliera de dondequiera que estuviese y afirmara que sospechaba que la mafia estaba involucrada en la desaparición de su marido y que se había escondido porque temía por su vida. Podría prestar declaración como testigo ocular de los vínculos de su marido con los negocios sucios de Feliks, cobrar la póliza del seguro de vida de Harris y seguir viviendo una vida larga y feliz con Aaron y sus tres perros.

E Irina Borovkov debía de estar contentísima. Su marido estaba muerto. Problema resuelto.

—¿Qué pasará con Theresa? —preguntó Vero descansando la barbilla sobre el cojín, con aspecto de estar tan agotada como yo. Dudaba que ninguna de las dos fuera a dormir mucho esa noche.

Recliné la cabeza contra el sofá, enfrentándome a los sucesos de la noche anterior.

—Supongo que todo dependerá de cuánto sabía. Si aceptó sobornos a sabiendas y permitió que la mafia usara el vivero para sus asuntos, es cómplice de cualquier delito que se hubiera cometido y que estuviera ahí enterrado. Si la policía puede demostrarlo, probablemente irá a la cárcel.

—¿Tan terrible sería? —preguntó Vero.

Suspiré. Ese pensamiento quizá debería haberme provocado una

mínima sensación de satisfacción; después de todo lo que le había hecho a nuestra familia, Theresa había recibido su merecido. Pero no me podía obligar a sentirme así. Por mucho que Theresa no fuera nadie para mí, lo era para mis hijos, y sentía un pinchazo en el corazón al pensar en qué les diría si al final acababa entre rejas. Esperaba, tanto por su bien como por el de ellos, que no tuviera ni idea de lo que Feliks quería de ella realmente. Y quizá una parte de mí —la mayor parte— quería lo mismo para Steven.

—Estoy bastante segura de que Steven ya ha sufrido suficiente.

Vero levantó una ceja.

—¿Crees que ahora volverá arrastrándose?

Me encogí de hombros.

—Que llame al timbre y espere a ver si le abro, como todo el mundo.

Capítulo 41

La mañana siguiente Georgia se presentó en mi puerta, con ojeras y una caja de dónuts glaseados bajo el brazo. Al parecer, había pasado toda la noche en la comisaría con Steven.

Preparé una cafetera mientras ella me ponía al corriente. El fiscal del distrito le había ofrecido a Theresa un acuerdo de conformidad: todo lo que sabía sobre Feliks y su operación —y el vínculo de ella con todo eso— a cambio de cargos más leves. Probablemente perdería su licencia de agente inmobiliaria, pero no pasaría una sola noche en prisión. La decisión de Theresa había sido fácil y se había pasado toda la noche prestando declaración.

Georgia y yo nos llevamos el café y los dónuts al salón. Iba a ser más fácil charlar sobre todo eso sentadas juntas en el sofá que con una mesa de por medio. Así no tendría que mirarla a los ojos. Se hundió en el asiento de al lado, dio un sorbo del café y me contó lo que sabía con la boca llena de dónut.

Según lo que había leído en la declaración de Theresa, Feliks la había contratado para encontrar un solar sin construir. Le había dicho que solo quería un contrato de arrendamiento y ella nunca fue consciente de la finalidad que tenía prevista, solo que necesitaba enterrar algo durante un breve periodo de tiempo. Ella supuso que iba a ocultar alijos de droga y aseguró que nunca habría aceptado que Feliks usara el vivero de haber sabido que tenía previsto esconder cadáveres en él. Había aceptado arrendarle el campo en barbecho durante unos meses a cambio de una gran cantidad de dinero; un primer depósito, el que Steven había encontrado en su cajón de la ropa interior.

Steven había dado por supuesto que Theresa y Feliks tenían una aventura. Y no se equivocaba. Theresa, de hecho, tenía una coartada sobre su paradero para la noche que Harris Mickler había desaparecido. Había sellado su acuerdo con Feliks en el vivero, con una botella de champán en la parte trasera de la limusina, que fue como Nick logró descubrir la tierra y el césped incrustados en los bajos de la limusina. Según el informe preliminar del forense, a Harris probablemente lo enterraron esa noche, a las otras cuatro víctimas unos días después y a Andréi Borovkov hacía tan solo treinta y seis horas. A todos menos a uno les habían disparado desde muy cerca.

La muerte de Harris, explicó Georgia, tardaría un tiempo en aclararse. Pero se esperaba acusar a Feliks de los seis homicidios.

Pellizqué el borde del dónut.

—¿Qué cree Nick que pasó?

—La hipótesis actual es que Feliks contrató a Andréi para matar a las primeras cinco víctimas y que luego lo mató para ocultar su rastro. Últimamente Andréi estaba siendo descuidado. Demasiados arrestos y demasiados titulares; se había convertido en una carga para la operación de Feliks. Probablemente quería perderlo de vista. Así que lo utilizó para unos cuantos trabajillos y después lo enterró con el resto de la gentuza.

»La teoría de Nick es que Feliks nunca planeó exhumar y cambiar de lugar los cadáveres. Lo más probable es que pensara abandonarlos allí, dando por hecho que nunca los encontrarían.

Georgia se introdujo un pedazo enorme de dónut en la boca. El mío se convirtió en una bola seca que se me pegó a la lengua.

—¿Y qué dice Feliks?

Esa era la parte delicada. Si Feliks admitía haber matado a los cuatro hombres anónimos que habían encontrado, pero afirmaba ser inocente de los asesinatos de Harris y Andréi, ¿la policía le creería y abriría una nueva investigación? ¿O darían por hecho que mentía?

—Aún no ha declarado. Sus abogados están siendo cautos, están ganando tiempo para diseñar una estrategia. Con la declaración y el testimonio de Theresa, a Feliks le va a costar salir indemne de esto. Por lo que Nick sabe, todas las víctimas de esa fosa tenían una conexión directa con la organización de Feliks.

—¿Y cuál era la de Harris Mickler?

—Blanqueo de capitales. Al parecer, era un contable estupendo, pero debió de hacer algo que cabreara a Feliks.

Feliks no debía de haberles contado lo de la llave robada y el dinero que faltaba. ¿Para qué? Eso le proporcionaría a la policía un móvil para usarlo en su contra.

—¿Han encontrado a su mujer?

Georgia resopló con el dónut en la boca.

—Anoche abrieron ese campo en canal y ni rastro de ella. Y mira tú por dónde, ha llamado esta mañana temprano a la comisaría después de ver las noticias. Ha dicho que se había marchado de la ciudad, que temía por su propia seguridad porque sospechaba que la mafia estaba detrás de la muerte de Harris. Que había recibido una amenaza de muerte en su casa y que estaba demasiado asustada como para contarle nada a la policía porque no creía que pudieran protegerla. La OCN envió a alguien a su casa para verificar su declaración y

efectivamente encontraron una marca de cuchillo en su puerta trasera exactamente donde les dijo que miraran. Al parecer, su versión encaja. Una vez ha visto que Feliks está detenido y Andréi muerto, ha dicho que por fin se sentía segura como para salir de su escondite.

—Ya me imagino.

Porque, ahora que Feliks había caído en la trampa e iba a pagar el pato, no tenía que preocuparse de que yo la delatara.

—Y —añadió Georgia con énfasis— se ha ofrecido a facilitar todo lo que sabe sobre las actividades de blanqueo de Harris a cambio de inmunidad ante cualquier acusación de obstrucción a la justicia y ocultación de información. Ha aceptado pasarse después para prestar declaración y entregar los archivos de Harris.

—Me alegro de que esté bien —dije con una sonrisa forzada. Aunque supongo que en gran medida era verdad.

—Y ojo con esto —dijo Georgia entusiasmada—: la mujer de Andréi Borovkov ha ofrecido su plena cooperación con la policía. Ha aceptado declarar sobre la implicación de su marido con la mafia. Su abogado ha logrado un acuerdo con la fiscalía. Inmunidad a cambio de echar mierda sobre Yirov.

Bueno, pues la cosa no había sido muy discreta, pero me imaginaba que Irina estaría contenta. Por lo que a ella respectaba, el trabajo estaba hecho y yo me podía lavar las manos.

—Nick debe de estar satisfecho con cómo han salido las cosas.

Georgia se lamió el azúcar de los dedos.

—Nick está en el séptimo cielo —dijo con la boca llena—. Entre el testimonio de Patricia Mickler, la declaración de Irina Borovkov y las de Theresa debería bastarle para mantener cerrada la operación de Feliks durante muchísimo tiempo. A lo mejor incluso termina con un ascenso.

—¿Entonces no ha tenido problemas?

—¿Cómo? ¿Por lo de tu libro? —Georgia puso mala cara—. Qué va. Le darán un tirón de orejas por haberse ido de la lengua en sus conversaciones de alcoba…

—¡No tuvimos conversaciones de alcoba! —Levantó una ceja y le tiré lo que me quedaba de dónut—. ¡No fue así! ¡No hubo nada en ninguna alcoba!

—Lo que fuera. —Recogió el trozo de dónut de su regazo y se lo limpió—. Pues en la parte de atrás del coche.

—La de delante —le corregí a regañadientes. Georgia sonrió con satisfacción—. ¿Sigue enfadado?

Georgia se encogió de hombros.

—Lo superará. Pero si vuelve, yo que tú no se lo pondría demasiado

fácil. Que se lo curre.

La mayoría de las veces que me había imaginado viendo otra vez a Nick había sido con una orden de detención de por medio. Lo único que veía al imaginar su cara era la decepción de sus ojos después de tirarme encima la peluca-pañuelo.

—¿Y cómo está llevando Steven todo esto? —pregunté para cambiar de tema.

Georgia negó con la cabeza despacio.

—No te voy a mentir. Estaba bastante hecho polvo. Nick dice que lo oyó discutir con Theresa por su declaración. Steven le dijo que pensaba irse de casa. Me imagino que han roto el compromiso. —Georgia observó mi reacción por el rabillo del ojo—. Si te lo pidiera, ¿volverías con él?

—No entra en mis planes rebajarle la pena a nadie —dije sacudiéndome el glaseado de los dedos—. Voy a seguir adelante con mi vida. Steven ya es mayorcito. Le va a ir bien.

—Conque seguir adelante, ¿eh? —Levantó una ceja—. ¿Con Nick?

—No. —Reposé los pies con los calcetines puestos sobre la mesita baja, cruzando las piernas mientras sopesaba las diferentes posibilidades. Sentaba muy bien tener donde elegir—. No. Yo sola. Yo, Vero y los niños. Nos va a ir bien.

Había pagado las facturas, había recuperado mi monovolumen y tenía una bola de billetes bajo el brócoli del congelador. Estaba bastante segura de cómo iba a terminar mi historia.

Georgia también puso los pies en la mesa. Reclinó el cuerpo y cerró los ojos, con una sonrisa satisfecha.

—Bien. Supongo que ya puedo dejar de preocuparme por ti.

Capítulo 42

Recoger el correo ya no era tan desmoralizante como antes. El buzón ahora solía estar vacío, a excepción de unos catálogos, folletos de cupones y alguna que otra factura insignificante de vez en cuando. Crucé el jardín justo al anochecer, encorvada en mi chaqueta, con las manos embutidas en los bolsillos para protegerlas del frío mientras esquivaba los esqueletos de papel que colgaban del árbol y las lápidas de poliestireno que adornaban el jardín delantero. El aire estaba impregnado de humo de chimenea y calabazas vacías; la noche neblinosa titilaba con la promesa de Halloween.

Las hojas crujientes de la hierba congelada resonaban bajo mis pies, y saludé con la mano a la ventana de la cocina de la señora Haggerty, convencida de que debía de estar observándome. Ya no me molestaba tanto su entrometimiento.

La bisagra del buzón chirrió cuando saqué un taco delgado de sobres. Los pasé con el pulgar sin pensar mientras cruzaba el jardín de vuelta a la puerta principal. Factura de la luz, factura del agua, del teléfono e Internet, lo de siempre… Me detuve en un sobre grueso del abogado de Steven, que probablemente contenía el nuevo acuerdo de custodia compartida que había propuesto esa semana.

Al pasar al siguiente sobre, mis pies se pararon en seco. La delgada carta venía sin franqueo. Sin remitente. Solo mi nombre escrito en unas negritas austeras por la parte de delante.

Miré a ambos lados de la calle. No había coches que no reconociera aparcados junto a la acera. Todos los vecinos estaban dentro de casa. Al agente Roddy lo habían despachado hacía unos días, en cuanto habían detenido a Feliks, y volví a echar un vistazo a la ventana de la señora Haggerty, preguntándome si ella podría recordar quién la había echado.

Noté demasiado calor en la casa cuando dejé las facturas en la mesita auxiliar y cerré la puerta de una patada. El recibidor estaba cargado del fuerte olor a queso burbujeante y salsa para la pasta que se colaba desde la cocina. Rasgué el sobre, desdoblando lentamente el papel de dentro.

PANERA. MAÑANA A LAS 10:00

—¿Qué es eso?

Me sobresalté cuando vi a Vero asomada a mi hombro.

—Casi me matas del susto.

—Estás un poco asustadiza, ¿no? —Vero examinó la nota—. ¿Crees que es de Patricia Mickler?

—¿De quién podría ser si no?

La hice trizas mientras la llevaba a la cocina y metí los trozos en el triturador de basura.

—¿No vas a ir?

—No. Se acabó. Seré muy feliz si no vuelvo a ver jamás a Patricia Mickler.

Sentía exactamente lo mismo con respecto a Irina Borovkov. Llevaba días evitando responder a sus llamadas. No quería más dinero de ella. No me importaba lo que pudiera pensar; yo no había sido quien había matado a su marido, así que no tenía ningún motivo para aceptar el pago. Por lo que a mí respectaba, nuestro asunto estaba zanjado. Estaba dispuesta a cerrar todo ese capítulo desastroso de mi vida.

Entreabrí la puerta del horno, aliviada al ver cocerse la lasaña con la pasta de los bordes de un ligero tono dorado. Vero se me acercó por un lado para levantar el papel de aluminio, pero la detuve con un manotazo.

—Hoy me toca cocinar a mí. Es tu fiesta.

Cerré el horno y saqué dos copas de vino. Vero había aprobado sus exámenes de contabilidad y esa noche los cuatro íbamos a celebrarlo.

Se quejó mientras ponía la mesa.

—Pues yo en tu lugar le diría unas cuantas cosas a esa mujer.

—¿A quién? ¿A Patricia?

Ah, a mí no me faltaban cosas que decirle. Podría pasarme horas hablando de cómo había ahuecado el ala y de la que había liado su novio en mi cochera. Abrí el grifo y accioné el interruptor del triturador, y dejé que los últimos restos de Patricia Mickler y su marido chiflado se fueran por el desagüe mientras fregaba las cacerolas y sartenes que había usado para preparar la cena.

Sonó el timbre. Solo habían pasado unos días desde que la policía había desenterrado el cadáver de Harris, y aún conteníamos un poco el aliento con cada timbrazo. Apagué el triturador. Vero y yo nos miramos.

—¿Esperas a alguien? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Probablemente sea Steven, que vendrá a hablarme del nuevo acuerdo para la custodia. Estaba hoy la carta en el correo.

Vero fue muy despacio hasta la puerta. La cerradura crujió y se

abrió la puerta, que dejó entrar una corriente de aire frío.

—Hola, Vero. ¿Está Finlay?

La columna se me estiró cuando reconocí la voz áspera de afuera.

—Inspector Anthony —dijo Vero lo suficientemente alto como para avisarme—. No lo esperábamos.

Georgia no me había mencionado nuevos avances en la investigación cuando había hablado antes con ella. Por lo que sabía, la ronda de declaraciones estaba yendo bien. Y Feliks se había declarado inocente de todos los homicidios, así que la muerte de Harris no destacaba necesariamente sobre las demás. Nick y yo no habíamos hablado desde el día que vio el comunicado de prensa sobre el libro. Entonces, ¿qué lo traía por ahí?

Me quedé paralizada en la cocina durante la pausa incómoda que hubo entre Vero y Nick.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro, perdone —farfulló Vero.

Reponiéndome, salí de la cocina. Nick estaba cerca de la puerta, con expresión adusta. Sus cejas oscuras descendieron cuando me vio y mantuvo algo escondido tras la espalda. Esperaba por Dios que no fuera una orden de detención.

—Hola, Finlay.

—Hola —dije con un ojo puesto en la mano que tenía escondida.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Delia asomándose por detrás de las escaleras, con el disfraz de princesa de satén rosa que no se había quitado en toda la semana.

Vero y yo miramos a Nick para obtener una respuesta, esperando en un silencio tenso. Se acababa de afeitar la barba y las ondas oscuras de su pelo estaban peinadas hacia atrás con esmero. Llevaba su clásico conjunto de vaqueros negros y Henley verde militar, y a través de su chaqueta de cuero abierta se distinguía su arma dentro de la funda. No habría sabido decir si se había vestido para ir trabajar o para una cita, ni si para él existía alguna diferencia entre una cosa y otra.

—Solo he venido a ver a tu madre —dijo.

—Ah. —Se toqueteó la diadema de plástico; su cara encogida con desconcierto era el vivo retrato de la inocencia—. Mi papá dice que eres un gilipollas.

Vero se tosió fuerte en la mano y apretó con fuerza sus labios rojos.

—¡Delia Marie!

Apunté con un dedo firme a su dormitorio. Con un resuello, subió las escaleras a pisotones. Nick encajó el golpe con una sonrisa discreta, haciendo una mueca como si le hubiera dolido un poco.

—Lo siento —dije.

—No te preocupes. Probablemente su papá tenga razón.

Se aclaró la garganta bajando la vista al suelo.

—Voy a… ver qué hacen los niños —dijo Vero antes de desaparecer por las escaleras.

Nick no dijo nada durante un periodo de tiempo dolorosamente largo.

—¿Va todo bien? —pregunté.

La mirada se me fue a propósito a la mano que tenía detrás de la espalda. Si me iba a entregar una orden de detención, no tenía sentido alargarlo más.

—Ah, casi se me olvida. —Todos los nervios del cuerpo se me relajaron de alivio cuando sacó una botella de champán de la espalda —. Nunca te di la enhorabuena. Por tu libro.

Me remordió la culpa al agarrarla.

—Yo también debería haberte dado la enhorabuena. Georgia me ha contado que te han ascendido.

—Sí, bueno —dijo rascándose la nuca—. No es que lo hiciera yo solo.

Levantó los ojos hasta encontrarse con los míos. Examiné la botella sintiendo calor en las mejillas. No era de una marca barata. Había decidido no escatimar.

—No hacía falta, de verdad.

—Sí que hacía falta. —Se frotó la mano vacía, como si no estuviera seguro de qué hacer con ella ahora que la botella no estaba—. Siento haberte dicho esas cosas. Es que… el artículo del periódico me pilló con la guardia baja. Y tenías razón. En todo. No fue culpa tuya. Fui yo el que te involucró.

—Aun así —admití—, yo te tendría que haber contado lo del libro.

Se encogió de hombros, no estaba del todo segura si a modo de rechazo o de reconocimiento.

—Nos hemos utilizado mutuamente, supongo. Pero estaba pensando… —Esbozó una sonrisa tímida y torcida que hizo aparecer un hoyuuelo—. Si quisieras utilizarme otra vez, a lo mejor podría llevarte a cenar un día.

La oferta era tentadora. Nick era atractivo. Era una persona seria, de fiar. Y se me ponía un poquito la carne de gallina ante la perspectiva de volver a enrollarme con él. Pero últimamente ya había cubierto con creces mi cupo de decisiones impulsivas. Y había pasado mucho tiempo intentando ser alguien que no era. Nick nunca me había visto con la peluca-pañuelo o con un vestido. Nunca me había conocido actuando como si fuera Theresa o Fiona, ni como otra persona que no fuera Finlay Donovan. Había estado en casa y había

conocido a Vero y a mis hijos. Me había visto en bata y pantuflas, y aun así… Nick no me conocía de verdad. Nunca podría conocerme de verdad. Porque si lo hacía, supongo que no le iba a gustar lo que vería.

Como Steven, a veces me daba la sensación de que a Nick solo le interesaba ver las partes de mí que él quería conocer. Por una vez en mi vida, quería a alguien que viera y valorara lo que realmente había estado ahí todo el tiempo.

Toqué la etiqueta de la botella de champán caro que acunaba en mi brazo.

—¿Puedo pensármelo?

Nick puso cara larga. La quitó enseguida.

—Claro, por supuesto. Lo comprendo —dijo intentando no parecer sorprendido mientras retrocedía un paso hacia la puerta—. Ya sabes, llámame. Cuando quieras. Si cambias de opinión.

—Gracias de nuevo por el champán. Y suerte con el juicio.

Esperaba que fuera capaz de meter a Feliks en la cárcel para siempre, por el bien de los dos.

Nos despedimos con incomodidad en la puerta, yo dentro y él fuera, y suspiré cuando la cerré, esperando no arrepentirme dentro de unas horas, cuando estuviera sola tumbada en la cama y contemplando el techo.

Vero asomó medio cuerpo por la esquina. Le tendí la botella de champán.

—¿Se acabó? —preguntó con una sonrisa empática. No estaba segura de si se refería a la investigación o a mi relación con Nick.

—De momento, sí.

Arrugó la nariz y, acto seguido, giró la cabeza hacia la cocina.

—¡La lasaña!

Corrimos hasta el horno mientras unas volutas de humo se escapaban por las ranuras de la puerta. La abrí de golpe, me puse los guantes de cocina y solté el recipiente humeante sobre los fogones apagados. Vero abrió las ventanas y saludó a la señora Haggerty mientras el viento frío penetraba en la cocina.

—Al champán caro le va mejor una *pizza*, la verdad —dijo Vero por encima del pitido ensordecedor del detector de humos.

Apoyé la cadera contra la encimera, apartándome el humo de los ojos mientras flotaba por la cocina.

—Me parece perfecto. Pago yo.

Según nuestro acuerdo, a Vero le pertenecía el cuarenta por ciento de la Supreme grande con extra de queso que compartimos esa noche, pero en esa ocasión ninguna se molestó en contar las porciones.

Capítulo 43

Unas horas más tarde, después de que Vero y yo nos hubiéramos zampado toda la *pizza,* una ración de alitas picantes y las Oreo que quedaban en casa, me subí una cerveza al dormitorio. La primera copa de champán me había dado dolor de cabeza y la había tirado por el fregadero, que se llevó consigo los restos de la carta de Patricia que se resistían a desaparecer.

Chupándome la grasa de la *pizza* de los dedos, me dejé caer sobre la cama. El techo se me hacía demasiado bajo, como si lo tuviera cerca de la cara, y la casa estaba demasiado silenciosa desde que los niños se habían ido a dormir. Me limpié una mancha de tomate de la camiseta. La tela era elástica y holgada, y tenía el color apagado tras años de lavados. Las letras que llevaba se habían ido despegando en tantos sitios que ya era imposible leerlas. No me veía como una autora superventas en ciernes. Pero imagino que tampoco me veía como una asesina a sueldo. Contemplé el techo, preguntándome quién era ahora que la pesadilla había terminado, con mis hijos profundamente dormidos en las habitaciones contiguas a la mía y Vero instalada al otro lado del pasillo. Ahora que Steven vivía solo en la caseta del vivero y que la amenaza del litigio por la custodia ya no se cernía sobre mí.

Apoyé la espalda en el cabecero con la cerveza en el regazo y despegué los bordes mojados de la etiqueta pensando en Julian y en lo que me había dicho la noche que nos conocimos en The Lush. En cómo había visto lo que había bajo mi disfraz.

«Entonces ¿de cuáles soy?»

«De las de cerveza fría y *pizza* a domicilio. Mejor descalza, con vaqueros y una camiseta ancha y desteñida».

Posé el botellín sobre la mesita de noche y cogí el móvil. Mi índice sobrevoló su número. Eran las nueve y media de un martes por la noche.

«Ya sabes dónde estoy».

Le mandé un mensaje a Vero.

FINN: `¿Te importa quedarte con los niños si salgo un rato?`

VERO: `Creía que no me lo ibas a pedir nunca.`

Llevé las piernas al borde de la cama y me puse las deportivas y una sudadera con capucha. La puerta de mi dormitorio chirrió al

abrirla mientras me ponía una gorra de béisbol. Vero se asomó.

Escrutó con un gesto de dolor mis vaqueros y mi camiseta. Negando con resignación, me lanzó una bolsita del Macy's.

—Al menos maquíllate un poco si vas a ver a tu abogado. Mañana cuando llegues quiero enterarme de todos los detalles con un café. No te espero despierta —dijo con un guiño.

Cerré la puerta. Abrí la bolsa y miré su interior, esperando encontrar una explosión de color, pero me sorprendió ver un brillo de labios claro y un rímel de un marrón discreto. Me incliné sobre el espejo y me los apliqué, cohibida pero satisfecha de que la mujer que me devolvía la mirada fuera alguien que reconocía.

Por instinto, fui a coger el bolso del bebé, y lo solté cuando me di cuenta de que no lo necesitaba. Esa noche no. En su lugar, tomé un pequeño fajo de efectivo del cajón de mi escritorio y lo metí en el bolso. Algo suave me hizo cosquillas en la mano al introducirla. Saqué mi peluca-pañuelo. Estaba rota y enredada, con la larga cabellera rubia apelmazada en forma de nudos. Pasé los dedos por ella para alisar la seda arrugada. Con un suspiro, la dejé en mi escritorio.

Eran las diez menos tres cuando dejé mi coche junto al Jeep de Julian en el aparcamiento casi vacío. Las ventanas de The Lush estaban poco iluminadas; la silueta de las patas de los taburetes volcados sobre las mesas se recortaba sobre las luces de color whiskey que alumbraban débilmente el local desde detrás de la barra. Hice visera con una mano para mirar a través de la puerta y me sorprendió que se abriera.

Julian estaba de espaldas a mí, reponiendo botellas de licor en los estantes de por encima de su cabeza. Llevaba las impecables mangas blancas enrolladas hasta el codo y el cuello desabotonado, como si ya hubiera terminado su jornada.

—Lo siento. Estamos cerrando —dijo sin apenas volver la cabeza.

—No soy precisamente una clienta de alto *standing*. —La mano de Julian dejó de moverse y sus ojos se encontraron con los míos en la pared de espejos. Deposité el bolso en la barra y me encaramé a un taburete—. ¿Llego tarde para tomarme esa cerveza?

—¿De barril o de botellín?

—Un botellín me vale.

Metió la mano en la nevera de debajo de la barra. Salió vaho del cuello de la botella cuando le quitó la chapa y la dejó sobre una servilleta delante de mí. Se echó una bayeta al hombro y se apoyó contra el mostrador que tenía detrás, contemplándome mientras daba un sorbo. Un rizo le colgaba sobre los ojos, de color claramente dorado ahora que contrastaba con la luz ámbar que tenía detrás.

—No te lo tomes a mal, pero no eres del estilo de las chicas que normalmente vienen por aquí.

—¿No? ¿Y de cuál soy?

Se apartó del mostrador y se quedó de pie frente a mí, con las manos aún agarradas a la barra.

—De las escritoras famosas y modestas. De las que utilizan nombres falsos y disfraces muy malos.

Posé la cerveza y le tendí una mano sobre la barra.

—Hola. Creo que no nos hemos presentado como es debido. Me llamo Finlay Donovan.

Me dedicó una sonrisa lánguida.

—¿No te llamas Fiona Donahue?

—Puedo enseñarte el carné de identidad si quieres.

Pareció sopesar esa posibilidad. Cuando por fin me estrechó la mano, me resultó agradable. Tardé en retirarla. O a lo mejor fue él.

—Un placer conocerte por fin, Finlay Donovan.

Escondí mi rubor tras la cerveza, complacida por cómo había sonado mi nombre en su boca.

—¿Te va todo bien? —preguntó.

—Sí —dije sorprendiéndome a mí misma. Por primera vez en mucho tiempo sentía que lo decía en serio—. Creo que sí.

—¿Quieres hablar del tema?

Pellizqué el borde de mi servilleta.

—Es una historia más bien larga.

—No tengo ninguna prisa.

Metió la mano en la nevera y destapó una cerveza; sus ojos no dejaban de mirar los míos mientras daba un sorbo largo y lento.

Le eché una mirada bajo la sombra de mi gorra de béisbol.

—¿Nuestra conversación estaría protegida por el secreto profesional entre cliente y abogado?

Mi tono burlón indicaba que estaba coqueteando con él, pero la pregunta rondaba los límites de un miedo muy real. Excepto Vero, nadie sabía toda la historia.

Me observó dando otro sorbo a su cerveza.

—Todavía no soy abogado. Y tú no eres mi clienta. Pero cualquier camarero que se precie contrae un juramento solemne y tácito con los clientes que frecuentan su establecimiento. —Se inclinó hacia adelante, cruzando los brazos sobre la barra y atenuando la voz mientras jugueteaba con el cuello de su botella—. Digamos que es un deber de confidencialidad.

El bar estaba vacío. Las luces de encima de los reservados del fondo se fueron apagando por secciones hasta que lo que quedó fue el brillo

tenue tras la cabeza de Julian y la luz blanca y brillante que entraba por la puerta batiente de la cocina, donde se oía el tintineo de la cristalería y el estrépito de los platos, con los sonidos amortiguados por un rociador a presión.

Me quité la gorra de béisbol, la dejé a mi lado sobre la barra y me peiné el pelo hacia atrás mientras los ojos de Julian vagaban por mi cara. Tomé fuerzas con un suspiro largo y lento, y luego empecé por donde realmente empiezan todas las historias: no por la primera página, sino por el principio del todo. Le hablé de mi familia y de mi infancia, de Georgia y mis padres, de mi matrimonio con Steven. Le hablé de mi trabajo como escritora y de los libros que había escrito y que nadie leía. Le hablé de Theresa y de cómo había terminado mi matrimonio. De Vero y de mis hijos, y del día en que la compañía eléctrica me cortó el suministro. De mi encuentro con Sylvia en el Panera, y de cómo mi vida había entrado en una espiral de descontrol desde entonces. Le conté todo, sin guardarme nada, observando las reacciones de su cara mientras relataba la noche que me había escapado por la puerta trasera de The Lush con Harris colgado de mi brazo. Julian me escuchó, apartando la vista solo para sustituir mi cerveza vacía por una nueva. No había desaprobación en su cara, ni juicio en su mirada. La única pista que recibí sobre sus pensamientos fue el aceleramiento de su pulso en la piel tersa y bronceada de encima de su pulgar, mientras relataba cómo Vero y yo habíamos huido de Andréi en el vivero.

Cuando llegué al final, nuestras cervezas estaban vacías. No me ofreció otra. Solté un suspiro largo que me hizo estremecerme mientras abría el bolso y dejaba un billete de veinte en la barra.

—Gracias por las cervezas. Y por escucharme. Debería irme…

La mano de Julian cubrió la mía cuando fui a coger la gorra.

—Ya he acabado mi turno. ¿Te apetece ir a por algo de comer?

Se me aceleró el corazón.

—Me apetece.

Julian me sostuvo la mirada. Sus ojos dorados me hicieron entrar en calor mientras llamaba a su jefe.

—Oye, Les, me marcho ya. Nos vemos mañana.

Dejó la bayeta en la barra y se puso el abrigo con un movimiento de hombros para reunirse conmigo al otro lado de la barra. Sentí sus ojos recorrer mi cuerpo; una sonrisa le hizo arrugarlos cuando repararon en la camiseta larga que me asomaba por debajo de la sudadera. Me sujetó la puerta para que saliera, levantando una ceja cuando saqué las llaves del bolso.

—¿A dónde vamos? —preguntó mientras me seguía hasta el

monovolumen.

A veces, concluí, una solo tiene que sentarse delante de una pantalla en blanco y empezar a escribir. El monovolumen estaba limpio. El alternador arreglado. Tenía una canguro y un montón de efectivo.

—No lo sé aún —dije. Pero tenía un presentimiento bastante bueno de que ese capítulo tendría un final feliz—. Monta. Ya veremos.

Capítulo 44

Eran casi las diez de la mañana siguiente cuando salí tropezándome y a regañadientes del apartamento de Julian. Descalzo y sin camiseta, me había acompañado hasta la puerta con los vaqueros apenas subidos hasta la cadera y sus manos enredadas en mi pelo, susurrando adioses entre besos que yo sentía por todo el cuerpo. Con una sonrisa que se resistía a abandonarme la cara, esperé en un semáforo en rojo cantando una canción de la radio y peinándome los nudos del pelo mientras pensaba en qué le iba a contar a Vero. En teoría, solo le debía el cuarenta por ciento de la historia. Pero era agradable saber que había alguien esperando, con ganas de saber qué había pasado, cuando llegara a casa.

Al otro lado de la concurrida intersección, unos pocos coches se esparcían por el aparcamiento del Panera. Miré la hora en el reloj del salpicadero. Patricia Mickler probablemente ya estaría dentro esperándome. Pero ¿por qué? ¿Qué tendría que ofrecerme que no fuera una explicación? ¿Quizá una disculpa?

El semáforo se puso en verde. El Mercedes que venía detrás tocó el claxon. En vez de continuar de frente en la intersección, pisé el acelerador y giré fuerte el volante, cruzando dos carriles y entrando al aparcamiento del Panera. Parada delante del restaurante, fijé la vista al otro lado de las ventanas tintadas, en el comedor, pero no pude distinguir las caras de los comensales de los reservados.

A lo mejor Vero tenía razón y sí que necesitaba desembarazarme de tres o cuatro cosas. Aparqué el coche, me colgué el bolso al hombro y crucé el aparcamiento antes de cambiar de opinión.

La cola para pedir era corta y todas las cabezas tras el mostrador levantaron la vista cuando entré. Francamente, no me importaba si Mindy la Encargada acababa reconociéndome. Lo peor que podría hacer sería pedirme que me marchara o llamar a la policía. Que lo intentara. Entré al comedor pavoneándome, con la cabeza alta y la seguridad de la mujer que ha pasado la noche con un abogado bastante guapo.

Inspeccioné las caras buscando la de Patricia, pero me paré en seco cuando Irina Borovkov me saludó con la mano desde su asiento con aire despreocupado.

Estaba sola, en la esquina más alejada, observándome con un café

delante; su sonrisa de labios carmesís se curvó hacia arriba cuando la miré con la boca abierta. Me indicó con un gesto el asiento vacío enfrente de ella. Me subí más el bolso sobre el hombro, reuniendo valor al cruzar la estancia.

—Señora Donovan —me saludó cuando me metí en el reservado—, me alegro de que recibiera mi nota.

Un escalofrío me recorrió la espalda. La forma en la que pronunció mi nombre —esa manera sutil de dejarme claro que sabía exactamente quién era y dónde podía encontrarme— me recordó demasiado a Feliks y a nuestra conversación en el garaje de Ramón.

Irina recorría el borde de la taza con una uña larga y muy cuidada. La otra mano estaba oculta bajo la mesa y el cuerpo se me puso rígido cuando se me ocurrió que podría ir armada.

—Pensaba que había quedado con Patricia —dije.

Irina asintió con una inclinación pensativa de la cabeza.

—Patricia ha hecho sus declaraciones. Ahora mismo ella y su joven acompañante están en un avión camino a Brasil para empezar una nueva vida en un lugar más cálido.

—Te alegras por ella.

—Pues claro —dijo con el pelo negro azabache sobre los ojos—. Si no, nunca habría preparado su huida.

—¿Y qué va a ser de ti? —pregunté—. ¿Qué vas a hacer ahora que…?

Me estremecí ante el recuerdo de la cara ensangrentada de Andréi. Ante el sonido hueco y pesado que había producido su cuerpo al echarlo en el hoyo.

—¿Ahora que mi marido ya no está? —Irina se encogió de hombros con elegancia—. Alguien tiene que quedarse aquí y asegurarse de que Feliks termina donde debe estar. No le va a hacer gracia averiguar cómo murió Andréi. Tú y yo le hemos salido demasiado caras y Feliks no es tonto. No va a tardar mucho en darse cuenta.

Me dio que pensar.

—¿Crees que podría quedar en libertad?

Alzó una ceja perfectamente perfilada mientras daba un sorbo al café. Su mano fue firme al posar la taza en el platillo.

—Supongo que siempre hay una posibilidad, pero tu amigo el inspector está bastante decidido a llegar hasta el final. Y, como me comentó Patricia, fuiste muy discreta. —Me elogió con la misma expresión divertida que llevaba en la clase de *spinning* del club—. Debo admitir que me sorprendiste gratamente.

Sacó la mano de debajo de la mesa y soltó un sobre encima, deslizándolo hacia mí.

—¿Qué es esto? —pregunté embargada por un repentino *déjà vu* que me dejó sin aliento.

—Es lo que te debo. Has completado el trabajo tal y como habíamos acordado. —Resistí el impulso de mirarlo—. No te preocupes. Está limpio: sin marcar y es imposible rastrearlo.

Aceptar el dinero de Andréi no parecía lo correcto. Dinero que probablemente Harris Mickler había blanqueado y que Feliks habría usado para pagar al marido de Irina.

Su sonrisa relajada se endureció levemente.

—Si no aceptas el pago, deberían preocuparme tus razones. ¿Tal vez has intimado demasiado con el inspector Anthony? ¿O es tu hermana la que te preocupa? —Me acercó más el sobre—. Era Georgina, ¿no?

Agarré el paquete comprobando que nadie del comedor me estuviera observando al atraerlo hacia mí. Un chico delgaducho con un uniforme del Panera barría migas de una alfombra con la cabeza gacha y una mujer de pelo gris estaba encorvada sobre una sopa unas mesas más allá. A nadie le importaba que me metiera un sobre de dinero negro en el bolso. A nadie menos a mí.

Irina se dio toquecitos en la boca con su servilleta y se encajó el bolso de Prada bajo el brazo.

—Bien. Me alegro de que nuestros negocios hayan concluido satisfactoriamente para ambas. Volveré a contactar contigo si veo que necesito tus servicios otra vez.

—No, yo no… —Irina metió la mano en el bolso y colocó en la mesa un sobre blanco y delgado.

—Una carta de Patricia. No me he tomado la libertad de abrirla, pero si no me equivoco creo que es otra posible clienta. Antes de dar contigo, estuvo un tiempo merodeando por un foro de Internet, un sitio para mujeres como nosotras. —Ante mi expresión confundida, explicó—: Mujeres en situaciones difíciles que buscan a un especialista con unas habilidades determinadas. —El guiño de complicidad de Irina me hizo sentir que necesitaba darme una ducha—. Al parecer, Patricia piensa que este trabajo en particular podría interesarte. Me pidió que me asegurara de que la recibías.

Irina dejó el sobre en la mesa. Extendió la mano. Levitó en el espacio que había entre nosotras durante un periodo de tiempo incómodamente largo. Todas las células de mi cuerpo retrocedieron cuando lo tomé de un zarpazo, dispuesta a pirarme.

El agotamiento empezó a pesarme mientras la observaba marcharse, la absolución que había encontrado tras mi confesión con Julian anoche de pronto se vio sepultada por una nueva montaña de

culpa. La carta de Patricia parecía pesar tanto como el fajo de billetes con el que Irina me había pagado. Le di la vuelta en las manos, agradecida por que estuviera cerrada. Así, no estaría tan tentada a abrirla. Y no se me podría acusar de saber a quién pertenecía el nombre de dentro. O cuánto valía su vida.

Me la metí en el bolso y salí del Panera dando gracias por que nadie me parara. Me monté en el monovolumen dando gracias por que el alternador funcionara. Dando gracias por la noche que había pasado con Julian. Dando gracias por que Patricia estuviera viva, por que Irina hubiese salido de mi vida y por que Feliks estuviera entre rejas. Pero, sobre todo, dando gracias por llegar a casa y poder estar con Vero y mis hijos, y por que la pesadilla de las últimas semanas hubiera acabado.

Epílogo

La casa estaba tranquila. Vero estaba abajo viendo un *reality* en la televisión y los niños ya se habían acostado. Me llevé un tazón de chocolate caliente al despacho, lo deposité sobre el posavasos que había al lado de mi teclado y meneé el ratón. La pantalla se reactivó.

Me armé de valor y miré al nuevo documento en blanco. La pantalla brillaba, estaba vacía y resultaba bastante aterradora. La noche anterior le había entregado el borrador terminado a Sylvia y mi editora ya quería saber el argumento del siguiente libro.

Me crují los nudillos y empecé a teclear.

«LIBRO 2: Primer borrador sin título de Fiona Donahue»

Mis manos sobrevolaron el teclado esperando que me entrara la inspiración divina. Contemplé la pantalla durante lo que me pareció una eternidad, pero no tenía ni pajolera idea de qué escribir.

Me arrellané en la silla. Di un sorbo al chocolate. La otra historia había empezado con la nota de Patricia Mickler…, un pedazo de papel en una bandeja del Panera.

Abrí el cajón y eché un vistazo al sobre cerrado del fondo. Vero y yo habíamos jurado que nunca lo abriríamos. Y, aun así, ninguna de las dos se había animado a tirarlo a la basura. En cambio, me lo había quedado, con la excusa de que era un recordatorio a modo de advertencia de la caja de Pandora que habíamos abierto.

Lo cogí y lo sostuve contra la luz de la pantalla, pero la tinta era demasiado tenue y el sobre demasiado grueso; no podía distinguir las letras al trasluz del rugoso papel color hueso. El cursor parpadeaba, marcando los segundos. Y ahí estaba yo, desperdiciando mis preciadas horas en soledad en contemplar una pantalla vacía.

Solo necesitaba una idea. Una chispa de inspiración.

Hice un agujero diminuto en el borde del sobre e introduje un dedo. El papel emitió un fuerte sonido cuando lo deslicé y rasgué la ranura. Me detuve, escuchando los pasos de Vero en el pasillo, convencida de que el rasgón se había oído lo suficientemente como para incriminarme. Una risa de la televisión destacó de fondo y liberé la carta de su envoltorio.

Solo necesitaba un nombre. El nombre de algún hombre horrible y terrible cuya vida poder investigar de pe a pa por Internet hasta que

se me ocurriera una historia a mí sola.

Desdoblé el papel e inspeccioné la nota de Patricia.

HE ENCONTRADO ESTE ANUNCIO EN INTERNET, EN UNA WEB PARA PERSONAS COMO YO. NO ESTABA SEGURA DE SI TE PODÍA INTERESAR, PERO HE PENSADO QUE TENÍAS QUE SABERLO.

Bajé la vista al nombre y me quedé paralizada. Lo volví a leer y después la cifra en dólares, convencida de que debía de haberlo leído mal la primera vez.

STEVEN DONOVAN
100000 $ EN EFECTIVO

La dirección era la del vivero de mi exmarido.

Agradecimientos

Este libro nació en 2017 en un Panera atestado de gente, durante una comida con mis compañeras de crítica desde hace muchos años, cuando estábamos hablando sobre las lagunas argumentales especialmente difíciles de resolver de una historia especialmente sangrienta que yo andaba escribiendo y para la que me habían puesto un plazo especialmente ajustado. Los comensales a nuestro alrededor nos habían estado mirando bastante raro y más tarde, esa misma noche, nos reímos de la suerte que habíamos tenido porque no hubieran pensado mal de nosotras ni de lo que estábamos (y de lo que no estábamos) tramando allí. En ese momento, me vi abrumada por la inspiración que al final me animó a escribir este libro, y para cuando terminó la noche las tres ya nos habíamos puesto de acuerdo para perfilar el personaje de Finn muy a grandes rasgos, así como un punto de partida para su historia. Como con cada libro que he escrito, debo expresar mi más profundo agradecimiento a Ashley Elston y Megan Miranda. Gracias por vuestro apoyo, por el ánimo y por las incontables risas que hemos compartido por el camino. Esta historia es tan vuestra como mía. Seguís siendo la mejor parte de este viaje tan loco y e iría cualquiera de vosotras a enterrar un cadáver.

Nunca habría encontrado a estas dos amigas tan extraordinarias si no hubiera sido por mi agente-superhéroe en la vida real, Sarah Davies. Gracias por presentarnos a las tres aquel año ya tan lejano, gracias por esa fe inquebrantable que has tenido en mí desde entonces y gracias por querer a Finn. Doy gracias por todo lo que he aprendido y por todas las maneras en las que continuáis apoyándome.

La historia de Finlay es el primer libro que he escrito para un público adulto. No soy capaz de encontrar las palabras adecuadas para expresar lo agradecida que estoy a Kelley Ragland y Hannah Braaten por su disposición a darnos una oportunidad a mí y a Finn. Gracias por hacerme sentir como en casa en Minotaur.

Muchas personas han contribuido con su talento y sus cualidades al éxito de mis libros. Guardo un tremendo amor a todo el equipo de Minotaur y St. Martin's Press, entre ellas a Catherine Richards, Nettie Finn, Laura Dragonette, el diseñador de cubiertas David Baldeosingh Rotstein, John Morrone, Allison Ziegler y Sarah Melnyk. No podría imaginar un hogar más maravilloso para la historia de Finn.

Y gracias a todo el mundo que está detrás de Greenhouse Literary, de Working Partners y de los maravillosos compañeros de Rights People. Un millón de gracias a Flora Hackett de WME, por presentar a Finlay con ese entusiasmo extraordinario. Os agradezco todo lo que hacéis.

Desplegar las alas y comenzar a escribir un libro en un estilo nuevo supone un gran acto de fe, así como un proceso de aprendizaje que ha de llevarse a cabo con rapidez. Agradezco las miradas atentas y los corazones abiertos de mis amigas escritoras que se ofrecieron a leer versiones muy prematuras de esta historia. Tessa Elwood, Megan Miranda, Ashley Elston, Chelsea Pitcher, Romily Bernard y Christey Farley: todas vosotras habéis contribuido a hacer la historia de Finn mucho más potente. Y vuestro entusiasmo desde bien pronto, cuando aún no me sentía tan segura de mí misma, ha significado muchísimo para mí.

Le debo una gratitud enorme a la familia de Ashley Elston, en particular a Jim y a Mary Patrick, que nos invitaron una noche a cenar. Estábamos todos sentados alrededor de la mesa, riéndonos de la comida que habíamos tenido en el Panera, cuando John y Sarabeth Ogburn fueron los primeros que se plantearon «¿No habría sido desternillante que la gente del Panera se hubiera creído que erais asesinas a sueldo?». ¡Esa pregunta me abrió una vía que jamás habría imaginado recorrer!

Mi madre siempre ha sido mi mayor animadora y durante el proceso de escritura de este libro no ha sido una excepción. Mamá, gracias por todas las ideas que me apuntaste en las fichas. Tu entusiasmo por mis historias es incansable y es lo que me hace seguir adelante en los días más complicados. Tengo la suerte de tener en mi vida a una persona con tan buenas ideas como tú. Así que gracias ti, mamá, y también a mi padre y a Tony, por su paciencia infinita y por estar dispuestos a salir a socorrerme cuando necesito tiempo para escribir. No podría haber hecho nada de esto si mi familia no tuviera una confianza inquebrantable en todo lo que hago.

El personaje y la voz de Finn surgieron de lo más hondo de mí. Quizá porque las dos somos escritoras (y, por tanto, siempre andamos luchando), pero sobre todo porque ambas somos madres. Al igual que Finn, no hay nada que no arriesgaría o daría por mis hijos. Connor y Nick, este libro está dedicado a vosotros de muchísimas maneras.

Y, por último, a mis lectores, los antiguos y los nuevos. Gracias por recibir a Finn con los brazos abiertos y gracias por ser una parte tan maravillosa de mi historia.

Título original: *Finlay Donovan Is Killing It*

© Copyright © 2021 by Elle Cosimano
© de la traducción: Jorge Ollero Castela, 2023
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-18945-53-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Epílogo
Agradecimientos
Créditos